



Y TE QUEDAS A MI LADO

J U D I T H P R I A Y

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

Aclaración

Prólogo

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor

Vincent

Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor
Vincent
Taylor

Agradecimientos
Biografía
Créditos
Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A ti, Juan Carlos.
Porque te quedas a mi lado.*

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

PRÓLOGO

VINCENT

Desde el instante en que la vi en la playa algo se despertó en mi interior. Estaba aletargado, perdido en fiestas en las que terminaba con chicas anónimas y una sensación de frustración continua. Ella me despertó, se metió en lo más profundo de mi corazón y ahora es demasiado tarde para volver atrás. Sé que guarda un secreto, y ruego para que no nos separe porque no puedo perderla. Cada sonrisa, cada caricia y cada palabra han ganado mi corazón y, por primera vez, he entendido que una fuerza devoradora puede impulsar mi forma de actuar. No quiere hablar del futuro, pero, sea cual sea, yo quiero formar parte de él.

TAYLOR

El plan era fácil: trabajar para ganar el dinero que necesito y disfrutar de la playa durante este verano. Enamorarme no era parte de él, pero incluso cuando mi sentido común y del deber me exige que me mantenga lejos de Vincent, mi corazón y mi cuerpo me piden todo lo contrario. Una parte de mí anhela que me ame, la otra tiene miedo a lo que sucedería si eso pasara. Odio la forma como hace que mi corazón se acelere y mi cuerpo se estremezca tanto como la necesito. Porque, cuando el amor y la pasión te invaden, no puedes seguir las reglas, ni siquiera las tuyas propias. Y ahora solo temo que, el día que descubra mi secreto, le cause un daño irreparable.

VINCENT



El sol de primera hora de la mañana se filtra a través de las cortinas y me obliga a abrir los ojos perezosamente. Cuando los abro por completo, en las sábanas impregnadas de perfume barato de mujer, una mata desparramada de cabello rubio muy teñido y estropeado me recuerda que no estoy solo. Mi cuerpo se tensa y trato de recordar lo sucedido la noche anterior. Observo el rostro de la chica. Tiene unas facciones que supongo me resultaron atractivas la noche anterior, pero que ahora con el maquillaje corrido y la boca abierta me resultan algo desagradables. Me muerdo el labio mientras los recuerdos de cómo terminamos en la cama me vienen en oleadas. Su nombre se ha borrado de mi memoria, no debió importarme cuando me lo dijo. Tampoco sé qué bebida tomaba ni a qué se dedica. A juzgar por las curvas que las sábanas dejan entrever, eso debió ser lo único en lo que me fijé. Frunzo el ceño, en un gesto de dolor por lo que intuyo será una resaca que me durará todo el día, hastiado de mí mismo. Hace un tiempo, ni siquiera me gustaban las chicas tan exuberantes. Pero desde hace unos meses todo ha ido de mal en peor y ahora tengo la sensación de que estoy atrapado, me siento vacío, me despierto en una cama que no es la mía con una chica de la cual no me importa saber nada y tras beber más de lo que debía. No me reconozco. Agobiado, me levanto y me arrastro hasta el ventanal. Entreabro la cortina un poco más de lo que está y mis ojos vagan hasta el mar. Vuelvo la mirada hacia la cama y siento que me ahogo. Tengo que salir de allí. Me visto con rapidez y salgo en silencio, lo último que me apetece es que esa desconocida con la que solo me une una noche de sexo se despierte queriendo conversar. Intuyo por la forma de conocerla que la única forma de hablar que me puede interesar de ella es la que tuvimos la noche

anterior, solo manos y labios. Cierro la puerta tras de mí y bajo las escaleras. No se escucha ningún ruido, supongo que el resto de asistentes a la fiesta estarán curando sus resacas con sueño. Algo que yo no me puedo permitir. En una hora tengo que estar en mi trabajo y a lo único que aspiro es a que un paseo por la playa aleje las nubes de mi mente, y no solo las que ha dejado el alcohol.

La casa de mi amigo, una de las más ricas de la zona, tiene un acceso directo a la playa a través de una escalera de madera. Desciendo los escalones con rapidez. En cuanto mis pies descalzos tocan la arena, la brisa del mar golpea mi cara y, cuando respiro hondo, el olor salado de la playa se adentra en mis fosas nasales. Cierro los ojos unos segundos, dejando que los primeros rayos del sol iluminen mi rostro, lo que me provoca la sonrisa sincera que la noche pasada con la desconocida no consiguió. Es como si por unos segundos el sol me trajera el recuerdo del chico que era hace unos meses, antes de que Dallas y Gillian se casaran y se fueran a vivir a Harvard con sus hermanos. Sabía que los echaría mucho de menos, pero no imaginaba que tanto. Dallas ha sido mi amigo desde que tengo uso de razón. Mi compañero de batallas, de fiestas, de risas y de trabajo. Y Gillian, aunque en un momento me gustó mucho, pronto quedó claro que ella y Dallas estaban hechos el uno para el otro, así que se convirtió en una buena amiga y consejera. Cuando estaban ellos, yo era muy diferente a ahora. Tranquilo, sereno, contento conmigo mismo y pasándolo bien sin necesitar emborracharse hasta perder el sentido. Pero cuando se marcharon, tuve que lidiar no solo con eso, sino también con que perdí mi trabajo, el mismo que me encantaba, como mecánico de Harleys. Eric, mi jefe y amigo, tuvo un ataque al corazón y, entre los gastos médicos y que la maldita crisis ha sacudido con fuerza nuestra pequeña ciudad, ya no podía mantener el taller abierto. Para él fue muy duro, pero como Nancy, su mujer, recalcó, lo más importante ahora es que se recupere. Él me ayudó a buscar trabajo, pero no encontré nada y necesitaba ayudar económicamente a mi familia, así que acepté la oferta de mi tío de pasar el verano con él y trabajar en un club de lujo de la zona. Pasar el verano en un lugar tan bonito como este no parecía una mala opción, pero odio mi trabajo. Echo de menos arreglar Harleys, lo único que me apasiona, y me siento frustrado de pasarme horas atendiendo a ricos mimados. Además, me siento solo, sin amigos. Aquí únicamente he hecho conocidos con los que voy de fiesta en fiesta, de borrachera en borrachera, de chica en chica. Es mi forma de evadirme,

pero dura tan poco como se alarga al día siguiente la sensación de que no sé lo que estoy haciendo con mi vida y de que estoy hastiado de todo.

Escucho un pequeño ruido y, al abrir los ojos, advierto que no estoy solo. Muy cerca del agua, una chica está de pie, mirando el mar con la expresión más absorta que jamás he visto, con las manos extendidas, como si estuviera recibiendo algo que yo no puedo ver. Se la ve tan en paz... Nunca veo a nadie en paz, menos aún a mí mismo. Tiene la tez muy blanca, que contrasta con el sencillo vestido que lleva, rojo y corto, dejando entrever unas piernas bien torneadas y la figura delicada de una bailarina que siempre me ha cautivado. Sus cabellos pelirrojos largos y rizados se mueven en un baile perfecto con la brisa marina, y son los más bonitos que he visto nunca. Una vez, volviendo de noche de una fiesta, el auto que venía en sentido contrario me cegó momentáneamente con sus brillantes luces, inapropiadas para el tipo de vía en el que estábamos. Dado que había bebido y mis reflejos estaban disminuidos, estuve a punto de tener un grave accidente. Y ahora la visión de esa chica me ciega de nuevo. No sé qué hace ahí, ni el porqué de su postura, pero hay algo en mí que se despierta, que anhela poder tener la expresión que ella tiene en su rostro, como si no hubiera nada que la afectara y estuviera recibiendo el mejor de los regalos. Sin pensarlo siquiera, me acerco a ella. Al escuchar mis pasos se gira asustada, supongo que estaba tan concentrada que no imaginaba que habría nadie más en la playa a esta hora del día. Es preciosa, de un modo completamente diferente al de las chicas que encuentro en las fiestas a las que acudo, todas exuberantes, provocadoras y, por qué no decirlo, vulgares. Pero no hay nada de vulgar en esa chica, es toda delicadeza. Sus ojos son del color del lago de mi ciudad en un día de sol, de un verde muy claro, grandes, profundos, y me transmiten serenidad. Su boca es tentadora, con unos labios carnosos que contrastan con el resto de sus facciones, muy dulces y suaves. Me quedo embobado mirándola varios segundos, sin saber qué decir, y ella me observa a la vez, mostrando en sus ojos que siente desconfianza, puede que hasta algo de miedo. No me extraña. Mis tatuajes, mi camiseta negra arrugada y mi rostro que denota una noche de fiesta y alcohol no son una gran carta de presentación; y probablemente se está preguntando si voy a atacarla, así que me apresuro a decir:

—Lo lamento, no quería asustarte. Vengo de ahí —comento señalando la casa de mi amigo, esperando que el lujo visible de esta la calme.

—¿Esta zona de la playa es privada?

—No, solo a partir de esa escalera.

—Bien, no querría cometer un delito en mi primer día aquí.

Lo dice con una sonrisa, y comprendo que es lo que hace que su rostro sea tan hermoso. No es solo el conjunto de sus facciones, sino la forma en la que sus labios se abren cuando sonrío, como si lo hiciera de corazón, no en el gesto falso de las chicas a las que conozco en las fiestas. La observo y, ahora que parece que ya no me tiene miedo, le pregunto:

—¿Qué haces tan temprano en la playa?

—Me acabo de trasladar aquí. He conducido parte de la noche y he dormido en el coche, así que antes de entrar a trabajar en mi primer día he pensado en despejarme un poco con la brisa marina.

Una sonrisa asoma a mi rostro, a mí también me encanta empezar el día en la playa. No obstante, mi instinto protector asoma y, a pesar de que no la conozco, protesto:

—¿Has dormido en el coche? No parece muy seguro.

Se encoge de hombros.

—Tenía que haber llegado ayer por la tarde pero se me complicó el día. Y no quería despertar a mi anfitrión en mitad de la noche. Además, puse el seguro del coche y tengo un bate de béisbol que heredé de mi abuelo. O sea que no corrí ningún peligro.

Sonrío. Su comentario me recuerda a Gillian y a que no debo subestimar a las chicas con aspecto delicado.

—¿Dónde vas a vivir?

—En casa de un viejo amigo de mi abuelo. He tenido mucha suerte.

Sus ojos brillan y me pregunto qué se ha tomado para estar tan feliz después de una noche de conducir y de dormir en el coche. Quizá es una niña rica que solo trabajará unas horas en alguna causa benéfica, de ahí su estado de ánimo. Me pongo en guardia. No me gustan las niñas ricas, cómo me miran a mí y a mis tatuajes, tampoco al resto del servicio cuando vienen al club.

—¿De qué trabajarás?

—Camarera.

Su tono me provoca una risa irónica. Lo siento por ella, pero mascullo:

—Entonces no eres afortunada. Mucho trabajo y clientes insoportables. Lo odiarás a los cinco minutos, créeme.

Ella me escudriña con la mirada. Parece que mi negatividad le resulta tan difícil de aceptar como a mí su positividad:

—Puede que sea duro, pero vale la pena trabajar aquí solo por poder venir a un lugar tan bonito en mi tiempo libre —replica.

Arqueo una ceja. Es extraña la forma que tiene de ver las cosas, hasta ahora no he escuchado a nadie que no se queje de trabajar aquí. Quizá no se ha tomado algo, sino que tiene que ver con lo que estaba haciendo cuando la he visto por primera vez.

—¿En eso pensabas cuando mirabas al horizonte de ese modo?

—Sí, debía tener un aspecto extraño con las manos extendidas —se ríe.

—No, al contrario. Parecías estar disfrutando mucho. Ojalá yo pudiera concentrarme así —confieso.

—Es fácil. Solo estaba dejando que las sensaciones me invadieran. Así cuando esté lejos me recordaré en la misma posición, disfrutando de la brisa acariciándome, del olor del mar, del graznido de las gaviotas, del sol cálido pero no caliente en exceso... Este sitio es espectacular y vale la pena retenerlo en la memoria, ¿no crees?

Su voz es aterciopelada y su tono es positivo, optimista, y contrasta con la desgana con la que yo miro todo lo que sucede a mi alrededor últimamente. Sin embargo, contesto con honestidad:

—Correr por las mañanas en esta playa no compensa el resto de horas de trabajo, lo descubrirás en cuanto lleves unos días aquí.

—Una hora de felicidad puede compensar muchas malas —me contradice en ese tono de entusiasmo que ninguno de mis comentarios negativos consigue rebajar—. Estoy deseando tener tiempo libre para venir a pasar la tarde. Me encanta nadar, pasear por la playa y en esas rocas se debe estar muy bien sentada tomando el sol y leyendo. Eres afortunado de vivir aquí.

—Esa no es mi casa, solo he dormido aquí porque anoche hicimos una fiesta que se alargó demasiado. Es la casa de un conocido. Pero mi casa también está cerca de la playa y suelo correr por las mañanas antes de ir a trabajar.

Una sonrisa asoma a las comisuras de los labios y sé lo que está pensando, que mi rostro resacoso y mi aspecto no incitan a pensar en mí como deportista matutino.

—No después de salir de fiesta. Hoy me basta con caminar un poco para despejarme y poder ir al trabajo.

—Yo he conducido gran parte de la noche y tú has estado de fiesta... No sé si nuestros jefes estarán muy contentos de nuestra cara de sueño.

Lo dice con una sonrisa, en un gesto que parece típico en ella. Yo trago saliva, deseando alargar la conversación, a la vez sin comprender qué me está pasando. He hablado más con esta chica de la playa que con cualquiera de las que he pasado la noche este verano. Y lo más curioso es que tengo la necesidad de continuar la conversación. Hay algo en ella que me atrae, quizá por esa sonrisa y esas expectativas que contrastan con mi amargura. Ella también parece sentirse cómoda conmigo y, durante unos segundos, nos miramos con más intensidad de la que ninguno de los dos esperábamos. Sin embargo, añade a mi pesar:

—Me ha encantado hablar contigo, pero debo marcharme, no quiero llegar tarde mi primer día.

Estoy a punto de preguntarle dónde trabaja y su nombre cuando una voz chillona se escucha desde la escalera:

—¡Cariño!

La chica de la playa esboza una mueca que no sé interpretar y deduzco que la magia se ha roto cuando me dice con tono de decepción:

—Tu novia te llama.

—No es mi novia —mascullo mientras veo a mi compañera de cama bajar las escaleras hasta la playa únicamente ataviada con una escueta camiseta que deja muy poco a la imaginación. Reconozco que su cuerpo puede ser apetitoso con dos copas de más, pero en absoluto compensa tener que aguantar cómo me llama a gritos en un tono que pretende ser seductor pero que me saca de mis casillas. Se acerca a mí con rapidez y, cuando deduzco que busca abrazarme, me aparto instintivamente, mientras ella me regaña en un tono todavía más molesto que el anterior:

—¡Cariño, deberías haberme avisado de que venías a la playa! Cuando he visto que no estabas en la cama he tenido que recorrer toda la casa antes de que Jerome me dijera que seguramente estabas aquí.

—Quería estar solo. Y no me llames cariño.

La chica arquea las cejas, algo me dice que no está acostumbrada a ser rechazada. Con una mueca malhumorada mira a la chica de la playa y masculla:

—¿Y esta quién es? ¿La chica del servicio?

Aprieto los puños y mi mirada se vuelve a la aludida, que comenta con una suavidad que la otra chica no merece:

—Solo pasaba por aquí. Y ahora tengo que irme.

—¡Espera! —La retengo, ignorando las miradas asesinas de mi compañera nocturna—. No me has dicho tu nombre.

Mis palabras la turban, lo sé por la forma en la que juega con su vestido, y leo en sus ojos que se siente cohibida ante la expresión malhumorada de la otra chica cuando replica con elegancia:

—De verdad tengo que irme. Que paséis un buen día.

La veo marchar y siento que me estoy perdiendo algo importante, pero cuando intento decir algo más, la otra chica me toma del brazo y me pregunta furiosa y posesiva, dos características que me ponen todavía más enfadado de lo que ya estoy por la forma con la que ha tratado a la desconocida:

—¿Por qué quieres saber el nombre de esa zorra?

Yo la miro incrédulo y disgustado por la escena que me está montando y le contesto en tono duro:

—Por nada que te importe. Y solo es una chica que estaba paseando por la playa, así que ahórrate los insultos, no te ha hecho nada.

La chica aprieta los puños, intuyo que se está conteniendo, en un gesto típico de las mujeres como ella. Y eso es algo que me saca de quicio. Odio que sean tan complacientes, que se entreguen a mí a los cinco minutos de conocerme, que no se molesten en saber qué pienso y que no adviertan lo hundido que estoy. Y sobre todo que piensen que, después de que se acuestan conmigo sin siquiera saber apenas nada de mí y que hayan hecho lo mismo con cualquiera de mis conocidos antes, voy a empezar una relación. Puede que solo estuviera encaprichado un tiempo de Gillian y que pronto supiera que ella y Dallas estaban hechos el uno para el otro. Pero ese breve espacio de tiempo me hizo comprender el tipo de mujer con el que quiero estar. Y claramente la chica fácil y vulgar que tengo delante no cumple ninguno de mis requisitos. En un tono de voz estricto contesto:

—Tengo que ir al trabajo.

—Los chicos ricos no tienen que trabajar por obligación. Seguro que puedes tomarte el día libre.

De mis labios se escapa una sonrisa de frustración. No estuvo conmigo anoche por mis encantos, sino porque creía que yo tenía dinero. Patético. Ahora comprendo su insistencia en estar conmigo, desde que me puso la vista encima anoche ha pensado en mí como el pasaporte a una vida de lujo y ocio. Su codicia me da asco y respondo con ironía:

—No soy un chico rico, solo conocido del que sí lo es.

Los ojos de ella se abren incrédulos y, visiblemente frustrada por su error anoche, me espeta:

—Así que te haces pasar por rico para ligar...

—No —la contradigo al instante—. Yo voy a fiestas con mis amigos y me acuesto con las chicas que quieren hacerlo libremente. No tengo la culpa de que tú lo hagas por dinero.

—¡Yo no lo hago por dinero! —protesta.

Su tono es tan poco creíble que, si no fuera porque sigo profundamente molesto de que alguien se acueste conmigo porque cree que tengo dinero, me provocaría risa. Me hace sentir que la estoy comprando, cuando lo único que hago es dejarme llevar con chicas que también lo hacen. Sin compromisos. Sin victimismo. Solo dos personas que buscan placer una noche. Con dureza mascullo:

—En ese caso, estamos en paz y no hay más de qué hablar. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir al club.

—¿Trabajas allí?

—Soy uno de los responsables —contesto con hastío sin prever las consecuencias de mis palabras.

Sus ojos vuelven a brillar y comenta, de nuevo en el tono meloso con el que debe obtener muchos caprichos de sus amantes:

—Genial, vas a ser mi jefe. Yo comienzo hoy, aunque ya he estado de camarera el resto del año. Supongo que mis vacaciones han coincidido con tu incorporación.

Esta situación comienza a sacarme de quicio. Con este tipo de chicas lo único que quiero es desaparecer rápido de la cama que hemos compartido, algo difícil cuando he sido tan idiota de enrollarme con alguien que trabaja conmigo y del que seré supervisor. Trabajar en el club ya me resulta bastante odioso como para añadir dramas románticos con una chica tan interesada como ella, que ahora me mira de nuevo seductoramente y me propone:

—Podemos desayunar en la cama e ir juntos en tu coche. No creo que me pongas falta por llegar tarde.

Su tono es de una falsa inocencia que no voy a tragarme. Me han hablado de las chicas fáciles que pueblan la zona con el mismo sueño: engatusar a algún niño rico con mucho sexo y fingida complacencia. Y en este caso, dado que la chica en cuestión se equivocó escogiendo al chico pobre, se ve con claridad que al menos quiere sacar partido utilizando su presunta conexión conmigo para obtener ventajas laborales. Pero no voy a caer. Anoche estaba borracho y no le negué el sexo al que con tanta facilidad le apetecía entregarse, pero eso es todo lo que va a pasar entre nosotros. Sin darle opción a réplica, le digo:

—Será mejor que cojas un taxi.

—Pero vamos en la misma dirección —insiste apretando los labios y también la presión sobre mi brazo.

Yo me suelto y repito, dándole varios billetes del bolsillo de mi pantalón:

—Tú coge el maldito taxi.

—Al menos podríamos comer juntos luego —propone con un brillo de esperanza en sus ojos.

Yo respiro hondo. Estoy cansado, me duele la cabeza y me espera un día horrible. Lo único bueno desde que me he levantado ha sido la paz que la conversación con esa desconocida me ha transmitido; y ni siquiera sé su nombre por culpa de la pesada que tengo delante de mí y que no acepta una indirecta. Respiro hondo. No es la primera vez que alguna de las chicas del club busca estar conmigo para que les mejore los turnos o haga la vista gorda en sus funciones. Por ello nunca me enrollo con ninguna. Y puede que haya cometido el error de hacerlo esta vez por desconocimiento, pero se termina aquí y ahora.

—No vamos a comer juntos, y en el momento en que pisemos el club te trataré exactamente igual que al resto de los empleados.

—Anoche eras más simpático —protesta.

—Anoche estaba bebido y tú también. Así que yo no le daría valor a nada de lo que dijéramos o hiciéramos.

—Eso lo veremos. Y, por cierto, dado que no parece recordarlo, mi nombre es Amber —replica con una mirada furiosa, parece que no es de las que se rinden con facilidad.

Yo me niego a seguir discutiendo con ella y la dejo farfullando en la arena algo que no me interesa escuchar y subo las escaleras con rapidez, primero hasta la casa y luego hasta la habitación en la que he dormido. Recojo mis pertenencias y, antes de correr el riesgo de encontrármela de nuevo y tener otra discusión, salgo corriendo de la habitación. Miro el reloj algo agobiado. Tengo muy poco tiempo para ducharme y cambiarme de ropa antes de entrar a trabajar, por lo que decido hacerlo en el club, en los vestuarios de los empleados. Sin apenas despedirme de nadie, me voy de la casa con el único pensamiento de que espero olvidar pronto el regusto amargo que me ha dejado la escena con esa chica, algo que me será fácil si me concentro en la visión de la dulce y sonriente desconocida de la playa. Lo malo es que no volveré a verla y, aunque lo hiciera, tampoco me hablaría con la naturalidad con que lo ha hecho antes de que Amber hiciera su inoportuna aparición. Ahora la imagen que tendrá de mí es la del chico contesta mal a la chica con la que ha pasado la noche.

La idea me amarga todavía más y sacudo mi cabeza, justo para oír a Amber llamarme a lo lejos. Finjo que no la escucho y me subo al coche, algo me dice que mis problemas con esa chica no han hecho más que empezar.

TAYLOR



Camino con rapidez por la arena, intentando alejarme de la escena que la pareja de desconocidos mantienen. Él ha dicho que no era su novia, aunque parece que han pasado la noche juntos. Nada que no haya visto antes en la universidad. No voy a juzgarlos ni a inmiscuirme, cada cual lleva su vida como quiere. Aunque reconozco que me hubiera gustado hablar algo más con él. Al principio, cuando le he visto, mi instinto me ha hecho retroceder. La playa estaba desierta y el chico que me miraba con detenimiento podía ser extraordinariamente guapo, pero eso no implicaba que no fuera peligroso. Hace tiempo que aprendí a cuidar de mí misma y tengo un fuerte instinto de supervivencia. Pero también tengo un sexto sentido sobre las personas que me rodean, y en cuanto ha empezado a hablar, algo me ha hecho confiar en él. Era amable y parecía triste, perdido. Una sonrisa asoma a mis labios. Tengo que contener mi innata atracción a todo el que parece herido. Puede que haya sido una agradable conversación, pero no lo conozco y es poco probable que vuelva a verle. Y, aunque lo hiciera, lo último que querría es volverme a encontrar a esa chica semidesnuda con cara de desquiciada y aires de superioridad. Además, independientemente del mal carácter de ella, no me gustan los chicos que se acuestan con una chica y la rechazan con tanta dureza a la mañana siguiente.

Trato de quitármelos de la cabeza y centrarme en la suerte que tengo de que todo haya funcionado como lo planeé. Todavía no me puedo creer que el señor Higgins se haya encargado de buscarme un trabajo y un lugar para quedarme. Su ayuda ha resultado providencial, ya que me ha salvado de una situación insostenible. Y me la ofreció en cuanto le dije que necesitaba un trabajo para el verano para pagar las deudas

pendientes de las facturas médicas de mi abuelo. Mi corazón se encoge, como siempre que pienso en ello. Lo que le dije al señor Higgins no es del todo cierto, tampoco del todo falso, como casi todo en mi vida. Vivo en una delgada línea entre lo que es correcto, entre la mentira y la verdad. No estoy orgullosa de lo que oculto, menos a aquellos que me ayudan, pero es lo mejor para todos.

Gracias a las precisas indicaciones del señor Higgins, llego al club sin perderme. Es un lugar impresionante. El parquin principal está lleno de coches lujosos que hacen que mi destartalado coche todavía se vea en peor estado. Busco el parquin de los empleados y localizo un lugar para aparcar, y me siento cómoda al ver que en esta zona las furgonetas y coches viejos están a la orden del día. Aunque el mío, más que viejo, está en estado de muerte casi inmediata. Durante el viaje he tenido que parar un par de veces a recargar la batería, y el vapor que sale a bocanadas del capó me indica que ha llegado a su último trayecto, al menos hasta que consiga un mecánico y pueda pagar la reparación. Algo que tendrá que esperar, con el dinero que me queda apenas si he tenido para comprarme algo de desayuno. Tendré que esperar a cobrar mi primera paga para poder pensar en gastos extras.

Apago el motor y respiro hondo para tomar fuerzas, empieza una nueva etapa y quiero que todo vaya bien desde el principio. Estos últimos meses han sido muy solitarios. Me han ayudado a enfocarme, a decidir cómo enfrentarme a lo que está pasando y eso ha sido bueno. Pero no quiero seguir estando sola. Me apetece hablar, conocer gente, pasar un verano lo más libre de preocupaciones posible. Además, este sitio es perfecto, puedo explorar sus playas en mis horas libres y la paga será suficiente para saldar mis deudas. Sonrío y salgo del coche. Me dirijo hacia una de las entradas en la que hay un cartel que pone «Oficinas». El señor Higgins me dijo que me esperaría allí. Estoy deseando conocerle. Mi abuelo me habló mucho de él y de la amistad que mantuvieron desde que sirvieran juntos en el ejército. Y, cuando este murió, el señor Higgins continuó estando pendiente de mí. Es curioso, no le he visto nunca en persona, pero a través de sus fotos, de los recuerdos de mi padre, de sus cartas y de las llamadas de teléfono es como si fuera parte de mi familia. Cuando llego a la oficina, una oronda señora de unos cincuenta años y piel color de ébano me recibe con una sonrisa.

—¡Tú debes ser Taylor! Aaron me ha dicho que venías, él ha tenido una urgencia, pero ahora mismo viene a saludarte. Soy Emma.

Su acento es marcadamente latino y está lleno de amabilidad y dulzura, lo cual me atrae de forma instantánea:

—Hola, encantada de conocerla.

—Tutéame, querida, por lo que me ha contado Aaron, vamos a ser compañeras de trabajo.

—¡Taylor!

Me giro. El señor Higgins me mira sonriente desde la puerta.

—Te pareces mucho a tu abuelo.

Me acerco a él y le estrecho la mano. A pesar de los años que han pasado desde la fotografía que se tomó con mi abuelo, ambos vestidos de oficiales, le hubiera reconocido en cualquier sitio. Mantiene el mismo tipo delgado y fibroso de la juventud a pesar de tener unos sesenta años. Sus ojos son negros, profundos, y sonríen con la misma amabilidad con que sus palabras lo han hecho por teléfono siempre que hemos hablado. Algo en mi interior se remueve, aprieto con más fuerza su mano y le digo:

—No sabe cómo le agradezco que me haya conseguido trabajo.

—Es lo menos que puedo hacer. Tu abuelo me salvó la vida. Pero, cuéntame, ¿cómo estás? ¿Ha ido bien el viaje?

—Sí, muy bien —contesto omitiendo la parte de que he dormido en el coche—. Incluso me ha dado tiempo a detenerme un momento a descansar en la playa, es preciosa.

Por mi mente pasa de nuevo la imagen del guapo desconocido con el que he hablado allí, pero la borro con rapidez, debo focalizarme. El señor Higgins incide:

—Me alegro, pero será mejor que hoy te lo tomes con calma. Emma se ocupará de ti. Yo tengo que encargarme de unos asuntos; te espero esta noche en casa.

—Gracias de nuevo.

—No hay por qué darlas.

Nos sonreímos mutuamente y, cuando nos quedamos a solas, Emma me ofrece un café y unas pastas. Yo lo rechazo:

—Ya he desayunado, muchas gracias. Si no te importa, prefiero comenzar el trabajo lo antes posible.

—Comprometida desde el primer día, me gusta. Ojalá el resto de las camareras fueran como tú —tuerce el gesto como si el recuerdo de alguien en particular asomara a su memoria. Sacude la cabeza y me observa con detenimiento unos segundos. Finalmente declara—: Eres bonita, eso te ayudará con las propinas. Aunque te advierto que las relaciones con los socios están prohibidas, así como entre los empleados, pero yo también

he tenido veinte años y las hormonas desbocadas; así que ahí sí hago la vista gorda.

—Te aseguro que no estoy interesada en salir con nadie este verano. Solo quiero trabajar y pagar mis deudas.

—Pagar las deudas, el sueño de mi vida —ironiza ella—. Bien, querida, no te preocupes, como te he dicho, aquí viene gente con mucho dinero que no dudará en darte buenas propinas si eres amable y atenta con ellos. Aunque ten cuidado con los viejos verdes y con los jóvenes salidos, alguno puede tener las manos largas. Si algo así sucede, coméntamelo y juntas se lo diremos a Mike o a Vincent.

Yo arqueo una ceja y ella me explica:

—Mike es el responsable de la parte interior del club, él se ocupará de explicarte todo lo relacionado con el comedor. Solo tiene veinte años, pero te garantizo que es muy competente. También es encantador y muy guapo, pero no le gustan las chicas, aunque puedes alegrarte la vista con él.

Una sonrisa asoma a mis labios y ella continúa:

—Aaron me ha explicado que tienes veintitrés años, igual que Vincent, que se ocupa de los servicios exteriores, como el campo de golf. Él es el sobrino de Aarón. Un chico excelente aunque con una perpetua expresión de que el mundo está a punto de terminarse.

Arqueo una ceja y ella se muerde el labio.

—Ya estoy hablando demasiado... Será mejor que le juzgues por ti misma. Ahora sígueme, te daré tu uniforme.

Hago lo que me dice y me acompaña a una habitación cercana que hace de vestuario. De una de las taquillas saca un conjunto blanco y rosa, formado por un polo de manga corta y una falda lo suficientemente larga para trabajar, pero que deja parte de los muslos a la vista. Toco la tela, de calidad, y comento:

—Es muy bonito.

Sonríe halagada.

—Lo escogí personalmente. Este es un lugar elegante y debemos vestirnos de acuerdo con él. Pero también hay que marcar la figura, sobre todo si es tan bonita como la tuya. Deberás llevar el cabello recogido y maquillarte para resultar atractiva a los clientes, pero nada de coqueteos vulgares con ellos. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Algo me dice que no me darás problemas con eso. Por otra parte, obviamente no podemos hacer nada si alguien te mira más de la cuenta,

pero insisto en que, si en algún momento un cliente te molesta y cruza la línea de lo correcto, me avises.

—Muchas gracias.

—A ti. Te dejaré unos minutos para que te vistas y luego te presentaré a Mike. Puedes dejar tus cosas en esta taquilla, está libre. Te espero en la oficina.

Asiento y ella me deja sola. Con rapidez dejo mi bolso, me desnudo y me pongo el uniforme. Como Emma ha resaltado, es elegante pero también pensado para marcar la figura. Cierro la taquilla, memorizo la combinación y me dirijo a la oficina, donde Emma está hablando con un chico guapísimo que parece salido de un desfile de modelos. Es alto y delgado, con un cuerpo bien musculado. Tiene el cabello rubio desteñado por el sol, cortado al estilo surfista. Sus ojos son de un verde intenso y sus labios carnosos. Es muy guapo y, aunque no provoca en mí lo mismo que el chico de la playa, no puedo dejar de observarle. Él también se fija en mí y pregunta:

—¿Nos conocemos?

Giro la cabeza. Un chico tan guapo no me hubiera pasado desapercibido.

—Creo que no. Aunque quizá me has visto antes al entrar en el parquin.

Una sonrisa asoma a su rostro.

—Será eso. Soy terrible para los rostros, pero me pareció reconocer el tuyo. Sea como sea, Aaron me ha hablado mucho de ti.

—Estoy segura de que lo hará muy bien —intercede Emma por mí.

—Claro que sí. Taylor, si te parece bien, te enseñaré el resto de las instalaciones y te presentaré a Vincent, tu responsable cuando estés en la zona exterior.

—Perfecto. Te sigo.

VINCENT



Conduzco a toda velocidad hasta el club, me ducho, me cambio y, cuando llego a mi despacho, para mi desagradable sorpresa, mi tío está allí. Le aprecio mucho, pero se ha tomado demasiado en serio lo de cuidar de mí. Y no tengo edad ni ánimo para aguantar recriminaciones. Le observo. Es un hombre sencillo. Ha vivido como mayordomo de una de las mansiones más lujosas de la zona durante cuarenta años. Conoce a todo el mundo y todo el mundo le conoce a él. Mantiene las distancias con los señores ricos de la zona, pero después de tantos años todos le saludan al pasar, y algo me dice que debe ser de ese tipo de personas que ha visto muchas cosas y guarda celosamente muchos secretos. El dueño de la mansión en la que trabaja es el mismo del club. Todavía no lo he visto. El primer dueño murió hace poco tiempo y su heredero todavía no ha dado señales de vida. Supongo que estará de fiesta en fiesta en algún lugar exótico disfrutando del dinero que genera el club mientras otros como yo trabajamos en él. No lo critico, al contrario, yo haría lo mismo en su lugar. Solo que yo cogería mi Harley y emprendería un viaje sin rumbo fijo. Y si le sucediera a mi tío, seguiría viviendo en la mansión y haciendo su trabajo, algo me dice que a estas alturas no quiere cambiar nada de su rutina. Trato de parecer amable:

—Buenos días, tío. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte. Llegas tarde.

Su tono es severo, como el de un profesor en el colegio. Suspiro, como me temía, no es una visita de cortesía. Trato de parecer casual.

—He tenido que ocuparme de unos asuntos.

—¿Emborracharte y pasar la noche fuera de casa es uno de ellos? — protesta con el rostro contraído.

Aprieto los puños. No quiero contestarle mal, pero tampoco aceptaré que me trate como un niño.

—Soy mayor de edad, puedo hacer lo que quiera.

—Sí, lo eres, pero estás aquí bajo mi responsabilidad. ¿Acaso vas a pasarte el verano de fiesta en fiesta sin pensar en nada más que en chicas y alcohol?

Una parte de mí sabe que tiene parte de razón, pero le recuerdo:— Que yo sepa, no he faltado ni un día al trabajo.

—Puede, pero desempeñarías mucho mejor tu puesto si durmieras las horas necesarias. —Hago una mueca, y él insiste—: Vincent, este es un buen lugar para trabajar. Si demuestras tu valía podrás conseguir un puesto fijo para todo el año.

Dejo caer los hombros. ¿Cómo explicarle a alguien que adora este sitio que jamás seré feliz trabajando aquí? No encuentro la forma de hacerlo y, además, ahora no quiero hablar de ello. Todavía siento la presión en mi frente por la resaca y el malestar que ya es parte de mí y que me llevó a terminar anoche en casa de Jerome borracho y con una chica que no me importa nada y que me ha sacado de quicio en cuanto nos hemos despertado. Por ello trato de zafarme de él.

—Tengo mucho trabajo. ¿Podemos hablarlo en otro momento?

—Sí, pero hay algo más que quería comentarte. Se trata de la casa de la piscina.

Abro los ojos. La casa de la piscina ha sido una de las pocas cosas buenas de estar aquí. Mi tío vive en la mansión, en el ala del personal, que cuando no está el dueño solo se la ocupan él, una señora de la limpieza que viene cada día unas horas y el guardia de seguridad. Cuando me consiguió el trabajo, preguntó al dueño si podía quedarme en alguna de las habitaciones vacías del servicio, pero este le ofreció que ocupara la casa de la piscina, ya que nadie la usaría durante el verano. Fue una oferta increíblemente generosa y, aunque no conozco de nada al dueño, le estoy muy agradecido. Por eso temo que se termine. No encontraré nada similar en esta zona y me aterra la idea de convivir con mi tío bajo el mismo techo, ya me controla bastante como para compartir espacio. Al menos en la casa de la piscina tengo algo de independencia. Trago saliva y pregunto:

—¿Hay algún problema en que me quede allí?

Mi tío respira hondo, algo que siempre me preocupa. Después, con el aplomo que le caracteriza, contesta:

—No exactamente. Pero me temo que necesito que la compartas con alguien a partir de hoy.

—¿Alguien?

La experiencia me ha enseñado que la palabra «alguien» no precede a nada bueno, y esta vez no es una excepción.

—Se trata de Taylor, la hija de mi amigo del ejército. Te he hablado alguna vez de ella.

Supongo que lo ha hecho, pero yo no estaba escuchándole. Tampoco importa, porque mi respuesta es rotunda:

—No, bajo ningún concepto. No pienso compartir mi espacio con ninguna chica.

—Vincent, sé razonable. Tú sabes perfectamente lo caro que es el alojamiento en esta zona. No puede permitirse pagar un alquiler, y dado que va a trabajar en el club...

—¿Que también va a trabajar aquí?

—Sí, me avisó de que buscaba trabajo por la zona y el dueño estuvo de acuerdo en contratarla.

Una idea aparece en mi mente.

—¿Cuándo la invitaste a quedarse en la casa de la piscina?

—Hace una semana —confiesa con rostro culpable.

—¿Una semana? ¿Y me lo dices ahora?

Mi tío tuerce el gesto. Intuyo que ha esperado a última hora para decírmelo y así atrapar me en mi respuesta. Trata de explicarse.

—Vincent, no es nada que deba preocuparte. Taylor es una chica encantadora y estoy seguro de que os llevaréis bien.

—Por si no lo has notado, no me llevo bien con las chicas. Solo traen problemas —mascullo.

—Tienes una hermana —incide.

—Sí, y se pasa la vida metiéndome en líos.

Mi tío aprieta la mandíbula.

—Puede, pero tú la adoras.

—No voy a adorar a esa tal Taylor, que seguro será una chica tan molesta como todas las demás. Es más, si ella viene yo me largo.

—No puedes marcharte. Tienes que ahorrar todo el dinero posible para tu familia —me recuerda.

—No será necesario que te vayas. Señor Higgins, le agradezco mucho que me ofreciera el alojamiento, pero está claro que no es una buena opción.

Su voz se clava en mis oídos y me giro apresuradamente. Es la chica de la playa. Va vestida con el uniforme del club y se ha recogido el cabello en una coleta que acentúa sus facciones, que se me han quedado clavadas en la retina esta mañana. Mike está a su lado, con una mirada reprobadora. Peor es la de ella, con una mezcla de ira y tristeza. Estoy aturdido. ¿De verdad la única chica que me ha gustado en más tiempo del que recuerdo es la misma a la que acabo de dejar sin casa? Mi tío, visiblemente frustrado, insiste:

—Taylor, querida...

Ella le toma de las manos y le obsequia con una sonrisa.

—Tranquilo, estaré bien, se lo aseguro.

Mi tío mueve la cabeza, no está convencido. Taylor se gira hacia mí y, ya sin sonrisas, masculla:

—Me han dicho que vas a ser mi jefe. Espero que este pequeño conflicto con el alojamiento no impida que siga trabajando aquí.

—No, claro que no, yo...

Me quedo sin palabras y ella sale con la misma rapidez con la que ha entrado. Protesto:

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me has dicho que ella estaba aquí? — escondo mis ojos detrás de mi mano.

—No me has dado tiempo. Estabas demasiado ocupado dejándola sin alojamiento y criticándola —observa con sarcasmo.

Suspiro. No es la primera vez que le digo algo desagradable a una chica, sí la primera que me importa; aunque no sepa por qué.

—Hablaré con ella.

Sus ojos se iluminan esperanzados.

—¿Vas a ofrecerle que viva contigo?

Aprieto los dientes. Por muy guapa y encantadora que me haya parecido en la playa, sigo sin querer convivir con ninguna chica.

—Eso está fuera de discusión. O ella o yo.

Mi tío suspira apenado.

—No te obligaré a aceptarla, pero me has decepcionado.

—Tío...

Él levanta la mano para impedir que siga hablando y sale furioso de la habitación. Yo me llevo la mano a la cabeza. A la resaca ahora tengo que sumarle el sentimiento de culpabilidad por haber dejado a una chica sin alojamiento y haber defraudado a mi tío. Mi día empeora por momentos.

TAYLOR



Salgo al pasillo y me alejo de ese despacho todo lo rápido que me permiten mis piernas. Mi rostro está ardiendo y mi respiración está agitada. No puedo creer que el chico sexy de la playa haya resultado ser mi jefe y el que me ha dejado sin casa. Mike, que me ha seguido en mi carrera, parece muy incómodo por la situación y susurra:

—Vincent es un buen tipo, si le das un poco de tiempo quizá cambie de idea.

Deniego con la cabeza.

—No quiero causar problemas al señor Higgins, él ha sido siempre muy bueno conmigo y no interferiré en la relación que mantiene con su sobrino. Aunque necesito alojamiento, ¿se te ocurre algún sitio?

Él duda.

—Te ofrecería mi casa, pero solo es una habitación alquilada.

—No importa, tampoco me parecería adecuado —respondo con sinceridad.

Una amplia sonrisa asoma a sus labios:

—Tranquila, soy gay, no había segundas intenciones en el ofrecimiento. Les preguntaré a los camareros si se les ocurre algún sitio económico.

Suspiro y recuerdo lo que Emma me ha contado de que no le gustan las chicas. Es un alivio, necesito amigos, no chicos que alteren mis hormonas, como me pasó esta mañana en la playa. Además, Mike me ha caído muy bien. Es de esa clase de personas que emanan un magnetismo especial, siempre sonriendo y con la voz amable y encantadora.

—En ese caso, te lo agradezco mucho.

—No hay de qué. Acompáñame.

Mike me conduce hasta el comedor, donde me reciben un par de ojos familiares. Es la chica de la playa. Se ha recogido el cabello en un moño y lleva el uniforme con dos botones desabrochados en el escote. Su expresión pasa de la sorpresa a la ira:

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí. Es mi primer día.

—¿Y qué hacías en la playa tratando de ligar con mi novio? — pregunta sin miramientos.

Mi corazón se acelera al pensar que el chico de la playa ha resultado ser el mismo que me ha dejado sin alojamiento gratis. No parecía su novio, pero no es algo que quiera discutir con alguien con ese aspecto de desquiciada. Conciliadora, respondo:

—No trataba de ligar con él, solo nos encontramos por casualidad.

Ladea la cabeza, observándome con desprecio.

—Bien, pues que siga así o no durarás en este club ni un día.

Su tono me enerva casi tanto como su aire de superioridad, pero es Mike quien habla por mí:

—Amber, este no es tu club. Así que deja de comportarte como si lo fuera y ponte a trabajar, que para eso te pagan.

Ella lo fulmina con la mirada, pero hace lo que le pide. Yo respiro hondo y Mike susurra:

—Por curiosidad, ¿qué has hecho para que la bruja de Amber saque las uñas tan pronto?

—Nada importante. Esta mañana fui a pasear por la playa y había un chico, al parecer con el que ella había pasado la noche. Comenzamos a hablar y ella nos encontró y creyó lo que no era.

—¿Quién era el chico?

Dudo unos segundos antes de contestar. Aunque me haya dejado sin alojamiento, Emma ha dicho que las relaciones entre miembros del personal están prohibidas y no quiero crear problemas a nadie, así que respondo:

—No importa.

Mike me sonrío con camaradería.

—No eres una chivata, me gusta. Pero ten cuidado con Amber, está loca. No puedo echarla si no hace nada muy grave porque se ha acostado con algunos clientes importantes a los que no quiero agraviar. Aun así, no le toleraré que te acose. Si pasa algo, avísame.

La crudeza con la que habla de ella me asombra, pero le respondo:— No pasará nada.

Mike no parece convencido, pero yo tomo la libreta de anotar los pedidos y un bolígrafo y añado:

—Hora de empezar. ¿Cuáles son mis mesas?

Mike me señala varias y me dirijo a la primera de ellas, ocupada por una dama que capta mi atención por completo. Debe tener unos setenta años, pero igualmente está sentada muy erguida, con la espalda recta y la barbilla levantada. Lleva un traje de chaqueta gris que por la perfección con la que se ajusta a su cuerpo esbelto deduzco que está hecho a medida. Su rostro es muy hermoso. Es una de esas mujeres a las que la edad no marchita su belleza a pesar de las arrugas de la piel y del alma. En sus años jóvenes debió ser una clásica belleza rubia, de talle delgado y ojos azules como el mar. Lleva el cabello recogido en un moño perfecto, y su rostro tiene el maquillaje justo para corregir algunas manchas pero no ocultar el paso de los años ni su belleza natural. Lleva un collar de perlas de una sola vuelta, a conjunto con unos pendientes de oro blanco con una perla incrustada. Es la viva imagen de la elegancia.

Me acerco a ella, que me observa a su vez y masculla en tono seco:—
Eres nueva.

Sonrío sin amilanarme.

—Sí, es mi primer día.

Frunce el ceño.

—¿Y tienes experiencia?

—Sí, señora. ¿Qué puedo traerle?

—Café, zumo de naranja y tostadas. Memorízalo, no me gustaría tener que repetírtelo cada día.

—Por supuesto, señora. Ahora mismo vuelvo.

Regreso con rapidez y mientras le sirvo pregunto:

—¿Cómo se llama?

—Soy la señora Dumphy. ¿No has oído hablar de mí?

—Me temo que no. Acabo de llegar —me disculpo.

—Mejor, no te dirían más que cosas malas —masculla irritada.

Hay algo en ella que me atrae. Parece dura, pero algo me hace intuir que no lo es.

—No se preocupe, me gusta formarme mis propias opiniones sobre las personas, no basarme en chismes.

Arquea una ceja, parece sorprendida.

—¿Cómo te llamas?

—Taylor.

Su tono se suaviza.

—Eres la hija del amigo de Aaron.

—¿Conoce al señor Higgins?

Una sonrisa nostálgica asoma a sus labios.

—Sí, desde que éramos jóvenes. También luchó junto a mi marido y una vez a la semana quedaban en nuestra casa para jugar al ajedrez. Además, nos había ayudado en varias ocasiones cuando tuvimos problemas con el servicio. Es muy bueno eligiendo a la gente, los que él seleccionaba siempre cumplían mis expectativas. Ahora apenas tengo servicio ya que estoy sola, pero todavía me hace algunas visitas desde que mi marido murió.

Sus ojos se entristecen y me compadezco.

—Lo lamento mucho.

—Fue hace cinco años. Tu abuelo murió hace dos, según me contó Aaron.

—Así es.

—Y no tienes más familia.

Deniego con la cabeza y esta vez su sonrisa es más amable:

—Parece que tenemos algo en común.

Intercambiamos una sonrisa cómplice, pero en ese momento Amber se acerca a mí y me empuja con disimulo pero lo suficientemente fuerte como para que derrame el café sobre el vestido de la señora Dumphy. Me sonrojo por la vergüenza y la ira. Acabo de estropear un traje carísimo porque esa maldita chica de la playa me odia por algo que ni siquiera he hecho. Me apresuro a tratar de limpiarla mientras escucho a Amber reír. Mike se acerca a nosotras.

—¿Todo en orden? —pregunta mirándonos alternativamente a las tres.

—Parece que la novata no sabe llevar una bandeja —contesta Amber en mi lugar.

Yo trago saliva y matizo:

—Ha habido un accidente y he derramado el café. Lamento mucho haberla manchado, señora Dumphy.

—Ahora deberás pagar la tintorería que sacará esa mancha. Es la política del club —incide Amber antes de dejar hablar a la señora Dumphy, que echa chispas por los ojos.

Yo arqueo las cejas, no tengo dinero para gasolina y mucho menos para pagar un servicio que seguro será caro a juzgar por la calidad de la prenda. Amber me observa y sonrío victoriosa;

—Mike, deberías haberla avisado. O quizá no imaginabas que fuera tan torpe...

Él la masacra con la mirada:

—Amber, ya basta. Vuelve a tus mesas.

Hace lo que le indica con aire victorioso. Yo suspiro y acepto.

—Por supuesto que pagaré el tinte. Y lo lamento de veras, no volverá a pasar, señora Dumphy. Le traeré otro café.

—Yo lo haré —se ofrece Mike—. Tú termina de ayudarla a limpiarse.

Cuando nos quedamos a solas la señora Dumphy me recrimina furiosa:

—¿Por qué lamentas algo que no has hecho? Esa camarera malcarada y descocada te ha empujado deliberadamente. Yo soy testigo.

Así que con quien está enfadada es con Amber y no conmigo. Bien, al menos no tengo problemas con mi primer cliente.

—No quiero discutir con nadie en mi primer día —le explico.

—No me gusta esa chica. Los días que no ha estado han sido un alivio —insiste ella.

Me encojo de hombros.

—A mí tampoco me gusta, pero si he de lidiar con ella prefiero hacerlo sin discutir. Odio los conflictos.

Suspira frustrada.

—Está bien, pero no será necesario que pagues el tinte.

—Sí que lo pagaré. No quiero que nadie crea que pido excepciones en mi primer día.

Una sonrisa asoma a sus labios.

—Eres como Aaron te describió. Fuerte y honrada.

Sonríó halagada. Mike se acerca con el nuevo café y comenta:

—Envíenos la factura del tinte, nos encargaremos de ella.

Me tiemblan las piernas al pensar en lo cara que será, pero trato de ocultarlo y sirvo las otras mesas. Cuando vuelvo para recoger la mesa de la señora Dumphy, me sorprende ver un billete de cien dólares sobre el mantel. Ella ya se ha levantado y está casi en la entrada, al lado de Mike, así que apresuro el paso. Al escucharme se gira y pregunta:

—¿Sucede algo?

—Se le ha caído este billete.

Suelta una débil carcajada.

—A mí nunca se me cae nada, querida, es tu propina.

—No puedo aceptarla, es...

—Tu propina —insiste, y añade guiñándole el ojo a Mike—. Paga el tinte con ella y quédate el resto. Te lo mereces después de un primer día tan accidentado.

—Pero yo...

—Gracias por su amabilidad —me interrumpe Mike—. Que tenga un buen día, señora Dumphy.

Ella sonrío y girándose de nuevo hacia mí me pregunta:

—Taylor, ¿Por qué no vienes mañana a mi casa? Tengo un té con unas amigas y me iría bien contar con una camarera. Mi doncella tiene la cabeza peor cada día...

Su oferta me sorprende y me halaga, pero no sé si puedo compaginar los dos trabajos. Miro a Mike dubitativa y él se encoge de hombros:

—Lo que hagas con tu tiempo libre es cosa tuya.

—En ese caso, lo haré encantada, muchas gracias por la oportunidad, señora Dumphy.

—Mike te dará la dirección. Nos vemos mañana.

Mike la observa marcharse con el entrecejo fruncido.

—¿Sucede algo?

—Me he quedado sin palabras.

—No pareces de los que te quedas sin palabras.

—No suelo hacerlo. —Mike sacude la cabeza e ironiza—: Es la primera vez que la señora Dumphy muestra interés en alguien o pide que una camarera del club sirva en su casa.

—¿Y eso es malo?

—No, solo sorprendente. Dicen que antes era muy sociable, pero desde que murió su marido su carácter se agrió y para la mayor parte de la gente solo es un incordio exigente con mal carácter.

—Si piensan eso de ella no me extraña que esté molesta con el mundo —tercio—. La muerte de un ser querido puede afectarte mucho.

Mike me escudriña con la mirada y después una sonrisa asoma a sus labios:

—Eres diferente. No te pareces en nada a las otras chicas que trabajan aquí.

Una arruga asoma a mi frente y él se apresura a añadir:

—Es un cumplido. Y ahora vuelve a tu turno antes de que la loca de Amber tenga más ideas malignas para esta mañana.

—¿Cómo sabes que me ha empujado?

—Porque es lo que hacen las reinas sin cerebro del instituto. Perseguir a las que son más guapas que ellas.

—No soy más guapa que...

—Claro que lo eres, preciosa, y también más elegante e inteligente — me interrumpe—. Así que ándate con cuidado y avísame si pasa algo más. Está bien no ser una chivata, pero, como dije antes, no permitiré que nadie de mi personal sea acosado. Además, si encontramos una forma de echar a la loca te estaré más que agradecido.

Tengo que morderme el labio inferior para contener la risa por su forma de definirla, pero no quiero mofarme de ninguna compañera, incluso si es tan desagradable como esa rubia malhumorada.

VINCENT



Estoy furioso y entro a la sala de descanso del personal con tanto ímpetu que todos se giran. Amber alza la vista y camina hacia mí moviendo las caderas. Yo pregunto:

—¿Podemos hablar en privado un momento?

Una sonrisa radiante asoma a su rostro. Seguro que se le borrará en cuanto sepa para qué la he ido a buscar. No me gusta andarme con rodeos, y en cuanto estamos solos en una sala cercana al restaurante le espeto:

—Emma me ha explicado lo que ha sucedido con Taylor en el restaurante.

—Emma la cotilla —se burla—. Es curioso, Mike siempre protesta por las habladurías, debería aplicarse la misma regla.

—Ni Mike ni Emma estaban cotilleando. Pero Mike ha considerado que Emma tenía que estar al tanto de lo que ha pasado para asegurarse de que no se repita.

Amber esboza una cara de fastidio.

—¿Qué te importa lo que ellos digan?

—Me importa desde el momento en el que atacas a una chica solo porque la viste hablando conmigo en la playa.

—Es una zorra que intentaba ligar contigo —masculla con prepotencia—. Solo le he recordado quién manda aquí.

Sus palabras me enervan y replico sin contemplaciones:

—Las únicas zorras que he visto estaban en la fiesta buscando acostarse con chicos ricos. Y los jefes somos Mike y yo, no tú.

Frunce los labios, enfurruñada en un gesto que supongo que cree que es muy sexy y que termina de sacarme de quicio.

—Esta mañana eras adorable conmigo, y en cuanto ella ha aparecido...

Me asombra cómo pueden algunas chicas tergiversar la verdad.

—En cuanto me he despertado he huido de la cama sin decirte ni buenos días y eres tú la que ha venido a montarme el espectáculo a la playa. Taylor no ha tenido nada que ver en eso.

Ella aprieta los labios con disgusto.

—Mucha gente tiene un mal despertar.

Respiro hondo. Es hora de recordarle la verdad por cruel que sea.

—Amber, lo de anoche fue un error. No sabía que era tu jefe o no hubiera pasado nunca.

—¿Tan malo fue? Recuerdo que disfrutaste mucho.

Me encojo de hombros. Nada que no haya tenido antes estando borracho. Sexo sin sentido para paliar mis agobios. Ella me observa, como si estuviera trazando un plan. Con el rostro tomado por una expresión coqueta recorre mi pecho con el pulgar de su dedo.

—No hagas eso...

—Me gusta que te hagas el duro tanto como hacerte gozar.

Me pregunto cuántas veces habrá utilizado la misma frase. Por lo que me han explicado esta mañana de ella, es la chica más fácil de todas las chicas fáciles que he conocido. Y han sido unas cuantas. Ella no parece comprender mi mirada de asco, porque antes de que me dé cuenta se arrodilla delante de mí y, tomando la hebilla de mi pantalón, susurra:

—Es hora de que recuerdes lo bien que lo pasamos anoche. Eso te dará una mejor perspectiva de la situación, de lo increíble que fue anoche y de lo que puede ser...

Me quedo quieto unos segundos. ¿De verdad está pensando en hacerme eso en mitad de una sala del club? La aparto con brusquedad.

—No vuelvas a hacer algo así.

Me mira sorprendida, supongo que no está acostumbrada a que nadie sea tan estúpido como para rechazar sus favores sexuales. De lo que no se da cuenta es de que aquí estoy siendo inteligente. No quiero saber nada de ella ni de sus tejemanejes, soy su jefe y pienso mantener mi profesionalidad. Además, puedo tener a cualquier chica como ella en una fiesta, pero no puedo fallar en mi trabajo.

—Lo de anoche no hubiera pasado si hubiera sabido que trabajamos juntos. Aléjate de mí.

Esboza una mueca de superioridad.

—Dudo mucho que sepas lo que quieres.

—Claro que lo sé. Olvidar la estúpida noche que pasamos juntos estando borrachos, así que te agradeceré que dejes de recordármelo. No significó nada y no volverá a pasar bajo ningún concepto.

Su rostro se contrae por la rabia, pero en lugar de protestar sale de la estancia contoneándose, como si el movimiento de su trasero fuera a hacerme cambiar de idea. Yo me dirijo a mi despacho, todavía echando chispas a causa de los comentarios de Amber. No soy alguien que se enfade con facilidad, pero últimamente me cuesta calmarme, sobre todo con situaciones a las que no sé cómo enfrentarme. Miro alrededor de mí. En la mesa se acumula el papeleo de ayer: facturas e incidentes reportados. Pero ahora mismo no puedo lidiar con cifras, necesito descargar la adrenalina para no hacer estallar mi rabia. Abro el armario, cojo la caja de herramientas y me dirijo hacia la cocina, donde Emma se ha quejado de una puerta suelta. Le cambio el clavo y golpeo con fuerza. Cuando termino, giro sobre mis talones y la mirada cómplice de Mike observándome desde la puerta se clava en la mía.

—¿Pensabas en alguien en particular mientras machacabas a ese pobre clavo?

—Amber —mascullo con hastío.

—Rubia loca. Si no fuera porque se ha acostado con clientes importantes que nos dejan generosas propinas y se tomarían mal que la despidiera, ya no estaría aquí.

Yo bajo los ojos y él adivina:

—Y contigo...

—No sabía que trabajaba aquí cuando pasó. Y no hubiera sucedido si lo hubiera sabido —aclaro algo avergonzado.

—Lo imagino. También que ahora busca que la beneficies a cambio de lo que pasó.

—¿Cómo lo sabes?

Mike se encoge de hombros.

—Es su modo de operar habitual. Pero, como he dicho, vía sexo se ha conectado con las personas adecuadas y no quiero problemas con clientes buenos.

—Yo tampoco, pero no pienso darle un trato preferente.

—No lo hagas, te cubriré. Pero, te lo advierto, es guapa e insistente.

Aprieto con fuerza la mandíbula.

—No te preocupes por eso. Acabo de evitar que me bajara los pantalones. Y no pareces sorprendido por ello...

—Como he dicho, llevo unos meses lidiando con ella. Por eso sé lo insistente que es.

Respiro hondo.

—Puedo controlarla, te lo aseguro. Es una chica con la que me acosté estando borracho y que estuvo conmigo porque pensaba que tenía dinero. No le debo nada ni me interesa en absoluto.

Me mira con admiración.

—Bien, eso es justo lo que quería oír. Y ya que estamos de confesiones, ¿estás seguro de dejar a Taylor sin alojamiento?

Un deje de culpabilidad asoma a mi rostro.

—No voy a permitir que viva conmigo.

Mike escudriña mi cara y protesta:

—¿Por qué no? Es encantadora.

—Todas lo parecen al principio. Y después te vuelven loco. No pienso compartir casa con una chica. Punto. Por muy mal que le sepa a mi tío.

—Está bien. Y ahora, cuando acabes de machacar clavos, lo cual no es tu trabajo, te recuerdo que los papeles esperan encima de la mesa.

—Odio los papeles.

—Puede, pero que seas un genio con la mecánica no impide que sepas llevar tus facturas, ¿no te parece? Así el día que tengas tu propio taller...

—Dudo mucho que eso pase nunca —le interrumpo con tristeza.

—Deberías ser más positivo.

—Para eso ya te tenemos a ti. Siempre tiene que haber un ser oscuro en el equipo.

Mike esboza una sonrisa ante mi tono irónico.

—Hagamos un trato. Yo me encargo de tu papeleo si tú me haces un favor.

Abro la boca.

—¿En serio?

—Sí, por supuesto.

—Haré lo que quieras con tal de no ver facturas hoy.

Una sonrisa traviesa asoma a sus labios.

—Lleva a Taylor a los apartamentos en los que uno de los camareros le ha dicho que todavía hay habitaciones libres.

—¿Que haga qué?

—Su coche se ha roto. Está en la parada de autobús, pero no me parece muy justo que espere una hora bajo este sol de justicia maleta en mano hasta que pase el próximo autobús.

—¿Y por qué no la llevas tú?

—Prefiero las facturas —contesta guiñándome un ojo.

Algo me dice que hay algo más detrás de su petición, pero la idea de meterme en la oficina me da mucha más pereza que acompañar a Taylor, así que asiento. Mike toma mi caja de herramientas, me quita el martillo de la mano y me dice:

—Taylor sale en veinte minutos. Te da tiempo a ducharte.

—¿Ahora te preocupas por mi higiene personal?

—Se supone que eres el chico guapo del lugar, ¿no?

Su tono burlón consigue arrancarme una sonrisa y me dirijo a las duchas. Me cambio de ropa, subo a mi camioneta y conduzco hasta la parada de autobús. El enfado que todavía siento por la discusión con Amber se disuelve cuando veo la imagen de Taylor sentada en la parada de autobús. Me pregunto si no he sido un poco duro con ella. Por algún motivo indefinible, me parece vulnerable. Parece cansada y tiene la mano apoyada en la sien, como si le doliera mucho la cabeza. Acercó la camioneta a ella, bajo la ventanilla y, en un intento de parecer amable, pregunto:

—¿Qué haces?

—Leo un libro mientras espero el autobús.

Su tono es seco, muy diferente al que tenía en la playa. No me extraña teniendo en cuenta que la he dejado sin alojamiento.

—Mike me ha dicho que tu coche se ha roto.

—Sí, digamos que cuando llegué al club esta mañana el motor decidió que ya había trabajado bastante. Por suerte Mike me ha dicho que puedo dejarlo en el parquin de trabajadores hasta que reúna el suficiente dinero para repararlo.

Arqueo una ceja.

—No se me ocurre que nadie pueda estar sin coche dos semanas.

—Te asombrarías de las cosas a las que uno se acostumbra.

Baja los ojos y finge concentrarse en el libro. Está claro que no tiene ganas de entablar una conversación conmigo, así que propongo:

—Mike me ha dicho que un camarero te ha dado la dirección de unos apartamentos. Te llevaré.

—No es necesario. Tengo...

—Un libro y la marquesina te protege del sol —la interrumpo—. Lo sé. Pero llevarte no me cuesta nada.

—Prefiero que no.

Es una chica, solo una chica más con la que voy a ser amable porque Mike me lo ha pedido. Pero ¿por qué el pulso me late tan deprisa? La respuesta es fácil. Me gusta su mirada orgullosa, tanto como la amable de esta mañana. Quizá porque sus ojos son tan increíblemente bonitos traslucen inteligencia y me los imagino oscurecidos por la pasión con su cuerpo enredado con el mío, sus labios húmedos hinchados por mis besos y mis manos recorriendo esa piel perfecta. La idea hace que mi cuerpo se incendie, y agradezco seguir dentro de mi camioneta y que no pueda advertirlo. Trato de serenarme, recordar que solo estoy haciendo un favor a Mike, e insisto:

—Yo prefiero que sí. Hace un sol implacable y no creo que te apetezca seguir bajo esa marquesina una hora. Además, te lo debo.

—No me debes nada. No tenías ninguna obligación de aceptar el favor que tu tío me ofreció.

—Pues acepta el favor mío de que te lleve...

Me escudriña con la mirada y suspira resignada.

—Está bien.

Sube a la camioneta. Solo lleva una pequeña maleta y un bolso, que deja en el asiento trasero.

—¿Dónde has dejado el resto del equipaje?

—No hay resto del equipaje.

Arqueo una ceja incrédulo.

—¿En esa maleta te cabe todo lo que necesitas para pasar el verano?

Se encoge de hombros.

—En el trabajo llevamos uniforme, y para mi tiempo libre tengo vestidos y bañadores. Eso y artículos de aseo es lo único que necesito.

Definitivamente, es diferente. Por el rabillo del ojo observo su belleza, que tan de cerca vuelve a ser impactante. El escote de su vestido, aunque no es muy pronunciado, deja entrever la blancura de su piel, lo cual provoca un montón de imágenes inadecuadas en mi mente. Sacudo mi cabeza. ¿Qué me pasa? No puedo tener pensamientos ardientes por ella cada dos segundos, debo controlarme. Algo difícil porque mantiene la vista fija en la ventanilla del pasajero, como si no quisiera hablar conmigo, lo cual me da un ángulo demasiado perfecto de su cuello. Respiro hondo y trato de romper el hielo con la esperanza de alejar de mí los pensamientos lujuriosos.

—Y bien, ¿cuál es el libro que te tiene tan apasionada?

— *El hombre en busca de sentido*, de Víctor Frankl.

—Tú sí que sabes escoger lecturas de verano...

—Esto es California. Si tengo que esperar a que deje de hacer sol para leer algo profundo, no lo haré jamás —responde con sarcasmo.

—¿Y eso sería malo por...?

—Me perdería un libro increíble...

Lo que me imaginaba, estoy delante de una chica lista. Lo cual aumenta mi inadecuado deseo por ella. Me gustan las chicas guapas, ¿a quién no?, pero la combinación de belleza, inteligencia y agudeza siempre me ha parecido letal y muy poco frecuente. Con interés pregunto:

—¿Qué estudias?

—Nada.

—¿Lees a Víctor Frankl y no estudias nada?

Se encoge de hombros y trato de adivinar:

—¿Por eso estás aquí? ¿Para ganar dinero durante el verano e ir a la universidad?

Tuerce el gesto.

—Haces muchas preguntas.

—Y a ti no parece gustarte responder a ninguna.

Respira hondo antes de declarar en tono seco.

—No voy a ir a la universidad. Y antes de que lo preguntes, no sé lo que haré después del verano.

Una chica misteriosa. Me gusta. Ya seguiré con mis averiguaciones sobre la universidad después, ahora le pregunto:

—¿Qué te ha parecido el trabajo?

—Es genial.

De nuevo me sorprende. Su tono vuelve a ser amable, como el de esta mañana en la playa. Tiene una voz suave, armoniosa; muy diferente del tono estridente de Amber que me ha sacado de quicio. El de Taylor es como una caricia, incluso cuando trata de ser seca. O quizá es que su voz me recuerda lo que haría si pudiera tocar su piel... Aclaro la garganta en un enésimo intento de cambiar la onda de mis pensamientos y, dado que me sorprende su comentario del trabajo, aclaro:—Puedes quejarte aunque sea el jefe.

—No tengo quejas, al contrario, ha cumplido con las expectativas que te dije esta mañana. Este sitio es increíble. Nunca podría haberme pagado unas vacaciones aquí, por tanto trabajar me da la oportunidad de disfrutar en mi tiempo libre de estas maravillosas playas. Mike es un encanto, estoy segura de que me llevaré muy bien con él. El horario y el trabajo también me parecen asequibles, así que, ¿por qué iba a quejarme?

La miro boquiabierto.

—Solo por curiosidad, ¿cuántos libros de «cómo ser positivo» te leíste antes de llegar aquí?

—No lo sé. ¿Cuántos te leíste tú de «cómo estar enfadado todo el tiempo»?

Río. Lista, guapa e irónica. Una bomba de relojería en toda regla. Si no fuera porque no quiero complicaciones cambiaría de idea sobre lo de dejarla vivir en la casa de la piscina.

Llegamos al motel en unos minutos y le sugiero que dejemos el equipaje en la furgoneta hasta haber hablado con el dueño. Taylor asiente y nos dirigimos a la recepción, donde una chica con el cabello cardado, un exceso de maquillaje y un vestido tres tallas menor que la suya nos tiende una llave y nos dice que el dueño se reunirá con nosotros en la habitación. Algo comienza a darme muy mala espina, pero sigo a Taylor hasta su habitación, al fondo del pasillo. Es una habitación pequeña, que apesta a alcohol y tabaco rancio. En las esquinas se acumula la suciedad y los cristales, y me estremezco de pensar en Taylor pasando la noche aquí. No soy el único, la mueca de asco es visible en su rostro. Horrorizado masculino:

—Será mejor que busquemos otro lugar.

—Es tarde y todos los lugares que puedo pagarme son como este. Pero estaré bien, no te preocupes. Gracias por traerme.

Su respuesta es una clara invitación para que me vaya, pero sigo allí de pie, mirando todo con desaprobación. No puedo dejarla aquí. Menos cuando aparece el dueño del motel. Es un hombre de unos cincuenta años, con la barba de tres días, aliento apestando a alcohol y una barriga enorme que sale por encima de su camiseta a medio abotonar.

—¿Tú eres la chica que ha llamado antes?

Taylor asiente, parece muy incómoda. No me extraña, teniendo en cuenta que ese tipo la está desnudando con la mirada de una forma que me incita a darle un puñetazo y borrarle esa expresión babosa de su rostro.

—La tarifa de la habitación es la que te comenté por teléfono. Y el 30 % de lo que saques con los clientes es para mí.

—¿Disculpe?

—Está bien, el 20 % y no se hable más.

—Yo no...

—Lo que la chica quiere decir es que no va a quedarse aquí —termino su frase.

El hombre nos mira alternativamente y propone:

—Me quedaré con el 10 % y una noche a la semana conmigo.

Aprieto los puños para evitar golpearle.

—¿Está usted loco? Taylor, nos vamos.

Antes de que pueda decir nada la tomo de la mano y la arrastro hasta la camioneta. Ella protesta.

—Vincent, ¿qué haces?

—No puedes quedarte aquí.

—¡Pero no conozco ningún otro sitio!

Engancho los pulgares en los bolsillos y respiro hondo antes de decir:

—Yo sí.

—¿Que pueda pagar yo? —ironiza.

—Sí, la casa de la piscina.

Sus ojos se abren mucho.

—Pero has dicho...—Sé lo que he dicho, pero cuando me conozcas mejor verás que digo muchas cosas de las que luego me arrepiento. Puedes quedarte conmigo.

Frunce el ceño.

—¿De verdad? Esta mañana parecías muy convencido de que no me querías allí. No deseo crearte problemas, ni a tu tío.

—Esta mañana no sabía que el único lugar disponible al que podías acceder pertenece a un tipo con cara de perverso que cree que te vas a dedicar a prostituirte en tus ratos libres y darle una comisión.

—Sé cuidarme sola —me contradice alzando el rostro.

Su gesto me gusta. Puede parecer vulnerable, pero está claro que es una chica a la cual le gusta hacer las cosas a su manera.

—Puedes cuidarte sola en mi casa —propongo—. No sé si será fácil o difícil convivir, pero no dejaré que te quedes aquí.

Ella respira hondo y sopesa sus posibilidades. Finalmente, acepta clavando sus ojos dulces en los míos:

—Está bien, te lo agradezco mucho.

Su sonrisa me conmueve. Sería un error crear lazos entre ella y yo. Lo sé, pero ya es demasiado tarde. En el momento en el que la he acompañado su problema se ha convertido en el mío. Una sonrisa irónica asoma a mi rostro. Mike conoce a la perfección la zona y habla con sus empleados a diario, así que debió imaginar mi actitud ante este lugar. Hay que reconocer que es listo, mucho más que yo. Una parte de mí le mataría, la otra sabe que tiene razón, no es justo que Taylor pague mi mal humor contra el sexo femenino. Por no hablar de que una parte de mí

está muy tentada a querer conocerla mejor, aunque de una forma distinta a las de las otras chicas. Soy su jefe y va a vivir conmigo, si quiero acercarme a ella va a tener que ser desde un punto estrictamente amistoso, aunque mis pensamientos me inciten a lo contrario. En un primer gesto de acercamiento, me ofrezco:

—Mañana le echaré un vistazo a tu coche.

—No es necesario, en cuanto cobre llamaré a un mecánico.

—Yo soy mecánico.

Me mira intrigada y explico con hastío:—Soy mecánico. O al menos lo era hasta que tuve que venir a trabajar aquí porque el taller en el que lo hacía cerró.

—¿Cuándo fue eso?

—Poco antes del verano. Mi tío me encontró este trabajo y de ahí el cambio de profesión.

—¿Te gustaba ser mecánico?

—Más que nada en el mundo —confieso con una rapidez que me sorprende.

—Qué pena que tuvieras que dejarlo. Seguro que será solo temporal.

Lanzo una mirada y observo la sonrisa amable y comprensiva que aparece en su rostro, la misma de esta mañana en la playa, antes de que se enfadara conmigo. No me gusta dar lástima, pero si ayuda a que olvide mi gesto me parece bien.

—Eso espero, aunque con la crisis no hay muchos talleres. Además, el mío estaba especializado en Harleys, dudo que pueda encontrar otro.

—¿Tienes una Harley?

—Sí, aunque a veces utilizo la furgoneta de mi tío, como hoy. ¿Te gustan?

—Me encantan. Uno de mis vecinos tenía una y a veces me llevaba a pasear con ella. Era genial, el ruido, la sensación de libertad...

Guapa, lista y le gustan las Harleys. Demasiado bueno para ser verdad. Susurro:

—No parece una chica motera...

Una carcajada suave asoma a sus labios.

—No tengo moto, así que no lo soy. Pero sé apreciar la belleza y una buena experiencia.

—En ese caso, te llevaré a dar una vuelta algún día. Si quieres, claro.

—Sí, estaría bien.

Sus ojos me miran con una expresión que no sé descifrar. Se me ocurren un montón de idas inteligentes por las que no debería haberle

propuesto el paseo. Se supone que solo la dejo vivir conmigo por lástima y que no debo complicar las cosas. Pero ninguna razón es tan fuerte como el latir de mi corazón, de mi sangre ardiendo y de mis manos con voluntad propia que sueñan con recorrer su cuerpo después de haberla llevado apretada a mí en mi Harley por los acantilados de la zona.

Trato de concentrarme en la carretera, pero antes hago un amago de subir el aire acondicionado. Taylor tiene la misma idea y nuestras manos se rozan accidentalmente, lo cual me provoca como una descarga eléctrica. Su piel es tan suave como había imaginado, delicada, y aunque solo nos rozamos unos segundos, despierta en mí el instinto de retenerla. Ella aparta la mano, con un ligero rubor, como si también le hubiera afectado el contacto. Yo subo el aire, aunque si sigo así lo que voy a necesitar es una ducha de agua helada. Esta situación es extraña. Tengo a las chicas que quiero cada noche en esas fiestas a las que acudo, así que de día me centro en mi trabajo aunque no me guste y las ignoro. Pero no puedo ignorar a Taylor. Necesito conocerla mejor, descubrir por qué me cautivó esta mañana en la playa, por qué vuelve a hacerlo ahora. Y debo recordar que soy su jefe y que le he garantizado a Mike que no tengo relaciones con mis subordinadas en el trabajo. Claro que eso es fácil de decir respecto a Amber, pero muy diferente con la chica que tengo al lado. Aunque si él me ha enviado a acompañar a Taylor es porque no le molesta, o al menos eso quiero creer. La idea de que pueda tener algo con ella me atraviesa con fuerza. La última vez que me acerqué a una chica como ella el final no fue el que yo esperaba. Fue un error que he pagado porque Gillian dejó el listón tan alto que no he vuelto a encontrar a nadie a su altura. Hasta hoy. Y eso a mí, que creía que me había vuelto duro, frío e inmune a las chicas más allá del contacto físico, me aterra.

TAYLOR



La mansión es impresionante, con vistas al mar y al lado de la playa. Durante unos segundos, me quedo embobada mirando el paisaje. Cuando me giro, Vincent tiene la vista clavada en mí. Yo le observo intrigada. Debo reconocer que hay algo interesante en su toque de chico furioso con la vida, también que su mirada es seductora como una caricia de lo más inconveniente. Esta mañana, en la playa, ha sido encantador conmigo, pero su forma de tratar a Amber me ha mostrado un lado más oscuro. También cuando me ha dejado sin casa sin contemplaciones delante de su tío, aunque se ha arrepentido en cuanto ha visto que el apartamento no me convenía, como si quisiera protegerme. Esa intensidad de sentimientos contradictorios me atrae, es como un gato salvaje y, si no fuera por lo complicado de mi situación, estaría tentada a contrariarlo solo para ver refulgir ese destello en sus ojos que se produce cuando pasa de la ira a la calma, del ceño fruncido a la sonrisa. Solo un día en el club me ha bastado para darme cuenta de que muchas chicas cuchichean sobre él. No me extraña. Tiene un cuerpo increíble. Parece sólido como una roca, y la camiseta apretada marca un duro y liso vientre y unas espaldas fuertes a las que inconvenientemente pienso en sujetarme. Al igual que me pasó esta mañana en la playa, algo me dice que es difícil estar al lado de alguien tan deseable y no sentir que todas tus hormonas se desbocan, incluso para mí, que presuntamente soy controlada. Además, hay algo especial en la belleza de su rostro, con esos rasgos que mezclan melancolía, dureza y a veces un halo de ternura como cuando me ha salvado de dormir en ese cuchitril. Una chica podría quedarse extasiada mirándolo, y eso me hace pensar que convivir con él puede llegar a quemarme. Tiene una dualidad en su interior que no había visto

nunca. Por una parte, es ardiente, por la otra es tierno, dulce y atento. Dos facetas que combinadas crean una explosión de fuego en mi interior que me cuesta mucho apagar. Permanecemos mirándonos varios segundos hasta que susurra:

—Uno de los dos debería decir algo.

Su tono es irónico, y me pregunto si sabe lo atractivo que resulta. Es como el canto de una sirena pero en versión masculina. Un canto que debo sacar de mi cabeza ahora mismo. Conciliadora, propongo en tono práctico:

—Es tu casa, pon tú las normas: dónde voy a dormir, limpieza, comidas, etc. Vincent sopesa mi idea unos instantes. Mira a su alrededor y reconoce:

—No es mi casa. Estoy aquí tan de prestado como tú.

—Pero tú llegaste primero. Así que, ¿cómo quieres que lo hagamos?

—Hay dos habitaciones, cada una con baño propio. Las dos son iguales, puedes instalarte en la que está vacía. Respecto al resto, no es muy espacioso, pero ponte cómoda. Hay una pequeña nevera. Yo suelo desayunar con mi tío si duermo aquí y el resto de comidas las hago en el club, o sea que no hay demasiada cosa. Pon lo que quieras en ella. Te mostraré todo.

Asiento con la cabeza y le sigo. Para ser la casa de la piscina, es lujosa y muy bonita. Me gusta porque no hay una decoración excesiva, todo en ella invita a relajarse. Los colores imperantes son blancos y algunas pinceladas de azul que imitan al mar. Mi habitación tiene una amplia cama, un armario en el que sobra la mitad de espacio teniendo en cuenta mi ropa. El baño tiene una bañera enorme en la que pienso darme algún largo baño cuando tenga tiempo, y toallas y objetos de aseo están dispuestos ordenadamente. Me pregunto si es obra de Vincent que todo esté tan arreglado o de alguna señora de la limpieza. Él adivina lo que pienso y dice:

—Por suerte para nosotros, la mujer que se encarga de la mansión también viene aquí un par de veces por semana.

—El jefe de tu tío es muy generoso.

—Sí, supongo que es tan rico que no le importa un gasto más.

—Aun así, es una lástima que no podamos agradecerlo en persona.

—¿Siempre eres tan agradecida?

—Solo con quien lo merece.

Esboza una sonrisa y luego sus ojos me miran traviosos al comentar:

—Hay algo más. Mi tío me prohibió traer chicas, o sea que supongo que la misma norma rige para ti.

—No se me ocurriría nunca —le garantizo.

—Has sido rápida en tu respuesta.

—Eso es porque estoy segura de ella. No me interesa ninguna relación.

—¿Ni siquiera una para pasar el verano de forma más divertida?

Tuerzo el gesto al recordar la expresión de Amber medio desnuda en la playa cuando le ha visto hablando conmigo.

—No necesito sexo de una noche con un desconocido para divertirme, hay más cosas en el mundo.

Una sonrisa irónica aparece en su rostro.

—Solo por curiosidad, ¿podrías ilustrarme sobre alguna de ellas?

—Si no las has descubierto ya por ti mismo, dudo que yo pueda hacer nada al respecto.

Volvemos a mirarnos en un tenso silencio. Hay algo en él que me atrae tanto como me perturba. Mis relaciones con el sexo opuesto han sido demasiado escasas como para darme experiencia. Solo sé hablar con un chico como lo haría con una chica, con normalidad. Pero no hay nada normal en hablar con Vincent. Es demasiado guapo, y tiene ese aire de torturado necesitado de ayuda que resulta inevitablemente muy peligroso para mi salud mental. Si voy a convivir con un chico así, debo mostrarme distante y tratarle como a un amigo o, mejor dicho, un pariente por el que no puedo sentir nada. Aunque es difícil cuando lo tengo en mi habitación e ideas inconvenientes de lo que en otras circunstancias haría con él toman mi mente. Le observo. Hay algo en su mirada, en su aroma, que he notado cuando se ha agachado a por mi maleta, que es todo masculinidad y deseo. He visto chico guapos con anterioridad, pero hay algo en él que me despierta una vorágine de sensaciones. Mis ojos se desvían de sus labios y me estremezco de pensar que desearía besarlo. Pero no puedo porque eso incendiaría algo más que mi cuerpo, rompería todos mis buenos propósitos para este verano. Maldigo que tenga ese poder sobre mí. ¿Cómo lo hace? ¿Ha sido por cómo lo vi en la playa? Porque debo recordarme a mí misma que acababa de acostarse con una chica a la que ha ignorado... Chica a la que, teniendo en cuenta la forma territorial como ha actuado, parece que no le importa cómo Vincent la ha tratado, o quizá tiene demasiadas ganas de repetir una noche con él y por eso ha pasado por alto su actitud. Me sorprendo pensando si es porque la ha dejado muy satisfecha, y me digo que eso no es de mi incumbencia porque bajo

ningún concepto trataré de comprobarlo. Aunque eso no significa que mis hormonas no me hagan desear tocar su piel, averiguar si es tan duro como parece y no salir de la habitación hasta saciar mi curiosidad... Sacudo la cabeza, a la vez que mis pensamientos. Trabajar, ganar dinero, disfrutar de la playa. Es una ecuación fácil en la que no puedo meter más variantes. Y lo primero para conseguirlo es salir de mi habitación y de su tentadora presencia al lado de mi cama.

Me dirijo al pasillo y comento:

—Me gustaría avisar a tu tío de que estoy aquí, le quitaremos un peso de encima cuando sepa que has aceptado su propuesta.

Una arruga asoma a su frente.

—Mi tío parece muy ligado a ti.

—Lo estamos, aunque te confieso que hasta hoy no nos habíamos visto en persona. Y le agradezco mucho lo que ha hecho por mí este verano. Estaba bastante desesperada cuando contacté con él.

Arquea una ceja, pero no me apetece darle más información en este momento. Él asiente y me siento obligada a añadir:—Vincent, si cambias de idea, lo entenderé. Valoro mucho mi privacidad y comprendo que te resulte extraño tener que compartir tu espacio con una desconocida. Si esto no funciona, puedo buscarme otro sitio.

—En temporada alta eso será imposible, así que tendremos que hacer que funcione. Vamos, te acompañaré a ver a mi tío.

Le miro extrañada.

—¿No has quedado con tu novia?

—No tengo novia.

—Amber. Camarera, playa... —ironizo.

Una mueca de desdén asoma a sus labios.

—No sería novio de Amber ni aunque fuera la última chica en la Tierra.

—Así que eres de esa clase de chicos... —se me escapa.

Sus ojos centellean.

—¿A qué te refieres?

—De los que se olvidan de las chicas con las que están a la mañana siguiente. Nos ves como objetos.

—En primer lugar, no sé por qué defiendes a alguien como Amber, que te ha hecho tu primer día imposible. Mike me ha contado el incidente del comedor.

Respiro hondo. Tiene parte de razón, pero tengo mis propios motivos para defenderla. Aunque por ahora utilizaré una respuesta menos

comprometida.

—Solidaridad femenina.

—Ahórratela. Amber es una cazafortunas que va de fiesta en fiesta acostándose con todos los chicos que cree que tienen dinero. Aunque conmigo se equivocó. Luego ha intentado obtener beneficios al descubrir que yo soy su jefe para no dar la noche por perdida. ¿Te sigue dando pena?

Suspiro.

—No es pena, pero me parece cruel hablar así de alguien con quien compartiste algo tan íntimo.

Me escudriña con la mirada y respira hondo antes de contestar:

—Eres diferente a las otras chicas.

—¿Es un cumplido o una acusación?

—Todavía no lo sé —contesta con sinceridad—. Y ahora será mejor que vayamos a ver a mi tío.

Asiento, tampoco quiero continuar con la conversación. No es asunto mío con quién se acuesta, solo debo concentrarme en mi plan. Aunque una parte de mí no deja de preguntarse qué debió sentir Amber al estar con Vincent, sentir ese cuerpo de modelo tentador como un demonio rodeándola. Pero es una parte que debo olvidar. Estoy aquí para ganar dinero, no para acostarme con nadie. Lo único que debe preocuparme es equilibrar mis ingresos y gastos para poder ahorrar todo el dinero que necesito. Va a ser difícil, pero no es la primera vez que hago malabarismos con el dinero ni con mi vida. Solo tengo que olvidar que mi compañero de alojamiento tiene un cuerpo de infarto, un rostro perfecto y una irresistible aura de chico malo tierno.

VINCENT



Han pasado dos horas desde que entramos en la mansión para ver a mi tío. No había estado con él tanto tiempo desde que llegué, ni siquiera me apetecía. Pero nos ha invitado a cenar y, en cuanto él y Taylor han comenzado a hablar del pasado de su abuelo y de mi tío, me he quedado subyugado por las historias que contaban. Me avergüenza decir que nunca le he prestado demasiada atención, pero esta noche me he dado cuenta de que ha tenido una vida muy interesante. También como mayordomo en esta mansión, algo que nunca hubiera dicho. Es como si comenzara a verle con los ojos de Taylor, que observa al mundo y a las personas con un interés que yo perdí hace tiempo. Pregunta y escucha con tanto interés que mi tío ha mantenido una expresión muy diferente a la que veo en él a diario. Es lo mismo que me ha sucedido a mí cuando la he visto en la playa, cuando solo era un desconocido y no el chico que quería dejarla sin alojamiento. La forma en la que me miraba, me sonreía y hablaba era especial y me ha hecho sentir especial a mí. Me pregunto si puedo reconducir lo que ha pasado desde entonces y, cuando nos despedimos de mi tío, propongo antes de entrar en nuestra casa:

—¿Quieres que te enseñe la playa? Hay luna llena.

Duda unos segundos.

—No lo sé, es tarde.

—Solo será un momento. Y mojarte los pies antes de acostarte te aseguro que es muy relajante.

Asiente y le indico que me siga hasta los escalones que conducen a la playa. Cuando llegamos a la arena, nos descalzamos y caminamos hasta la orilla, respirando el aire del océano y disfrutando de la suave brisa nocturna. Taylor es la primera en mojarse los pies, y lanza un grito

porque el agua está más fría de lo que pensaba. Yo la imito. Ella alza las manos, como hizo por la mañana, y declara:

—Este sitio es perfecto.

—Yo también pensé lo mismo cuando llegué y echaba de menos mi hogar.

Ella me mira sorprendida, supongo que no tengo el aspecto de chico que añora nada ni a nadie, y le explico:

—Siempre que podía me escapaba con mis amigos o mi familia a un lago cercano a mi casa. Íbamos a nadar, a tomar el sol, a pasar el día... Prácticamente me he pasado más tiempo allí que en el parque de caravanas en el que vivía.

—¿Vivías en un parque de caravanas?

Su voz no es acusadora ni muestra decepción, como sería el caso de muchas de las chicas que he conocido este verano cuando se enteraran de dónde procedo. De hecho, no suelo nombrarlo, me ha salido sin más. Ella comenta:

—Yo también crecí en un parque de caravanas. Era duro, pero también tenía algunas ventajas.

Arqueo las cejas incrédulo, nadie en sus cabales diría eso de un lugar tan pobre e incómodo. Ella se explica:

—Teníamos mucha libertad, los vecinos nos ayudábamos los unos a los otros y siempre estábamos en contacto con la naturaleza.

—No se me había ocurrido definirlo así —contesto con sinceridad.

—¿No te gustaba vivir allí?

Vacilo en mi respuesta. Por mi mente pasan como en una película fotográfica las imágenes de todo lo que compartí allí con Dallas, lo unidas que estaban nuestras familias y cómo nos apoyábamos mutuamente. Las noches de verano de risas y charlas con Dallas y Gillian mientras nuestros hermanos jugaban. La sensación de que siempre había alguien a quien pedir ayuda para cualquier tema que te preocupara, ya que allí vivía gente de toda índole. El cine de verano cuando hacía demasiada calor para estar dentro de las caravanas. Con una media sonrisa concedo:

—Sí que tenía algunas ventajas.

—Y además podías ir al lago —termina ella mi frase de un modo que me resulta encantador.

—Sí, lo cierto es que resulta un lugar precioso, como sacado de una postal. Mis mejores amigos se prometieron y se casaron allí.

—Suena muy romántico.

—Lo fue —contesto en el tono que me recuerda más al chico que yo era en aquella época que al que soy últimamente. Me sorprende de la facilidad con la que Taylor ha conseguido que me abra, y añado—: Cuando llegué aquí, echaba de menos ir al lago, y la playa se convirtió en un buen sustituto.

—Aunque sigues añorando a tu familia y amigos.

Me sorprende su comentario, como si leyera en mi mente lo que estoy pensando: en cuánto me gustaría volver a estar en casa, en el trabajo que adoraba, con mi mejor amigo al lado para tomarme siempre que quisiera una cerveza con él; en mi hermana, a la que, a pesar de mis quejas por tener que cuidarla, echo mucho de menos, como si me faltara su sonrisa cada día. Las comidas de mi madre, las charlas con mi padre, los consejos de Eric y la calidez de Nancy.

—Sí, sobre todo a Dallas y Gillian, mis mejores amigos. Aunque ellos ya no viven allí. Su hermano es superdotado y tiene una beca en Harvard.

—¿Hermano?

Sonríó ante su confusión.

—Sí, es una larga historia. Daría para una novela. Los hermanos de Gillian y Dallas son hijos del mismo padre. Pero ellos no tienen lazos de sangre. Aunque les costó un poco descubrirlo y tuvieron muchos conflictos por ese tema, al final todo salió bien y ahora viven en una permanente luna de miel.

Una mueca amarga asoma a mi rostro sin que pueda evitarlo.

—¿Y eso te parece mal?

—No, es lo correcto y me alegra mucho que sean felices. Pero los echo de menos y a veces también envidia lo que Dallas ha conseguido.

Me escudriña con la mirada.

—¿Estás enamorado de Gillian?

—No, claro que no.

—Pero ¿lo estuviste?

Dejo escapar el aire con lentitud. Maldigo que sea tan perspicaz. Escojo con cuidado mis palabras.

—No. Nos hicimos amigos y pasamos mucho tiempo juntos porque yo cuidaba de mi hermana pequeña, Mary; y ella de sus hermanos. Me gustaba, pero supe muy pronto que no tenía posibilidades con ella, que era la chica de Dallas, y la cosa no fue más allá de una cita, un fugaz beso y decidir que seríamos solo amigos. Incluso fui el padrino de su boda.

Frunce el ceño.

—Si no estás enamorado de ella, ¿por qué envidias a tu amigo?

—Por la estabilidad que ha conseguido con ella. Dallas trabaja de mecánico, que es su pasión como la mía, está casado con la mujer que ama y viven juntos y felices. Se suponía que ese era mi plan de vida, y el suyo ir de chica en chica; pero en algún momento nos intercambiamos los papeles. Y siento que yo he perdido con el cambio —confieso.

El asombro asoma con fuerza en su rostro.

—¿Tu plan era casarte y ser hombre de una sola chica?

—Sí. ¿Por qué no me crees?

—¿Hace falta que te lo diga?

Debería sentirme insultado, pero lo que conoce de mí no da para mucho más. Algo se remueve con fuerza en mi interior y trato de silenciar mi mente. No quiero pensar en cómo ha cambiado mi vida en los últimos meses y en todo lo que he perdido. Tampoco en que hace unos años la imagen que Taylor se hubiera hecho de mí sería muy diferente. Una parte de mí lamenta no haberla conocido entonces, sobre todo porque, desde Gillian, no había hablado con ninguna chica con esta facilidad ni había sentido que puedo explicarle cualquier cosa personal y que ella me comprenderá. Una parte de mí tiembla. Desde que Gillian comenzó a salir con Dallas creí que no encontraría a nadie como ella, y el tiempo me ha dado la razón. Hasta esta mañana. Lo he pensado antes y lo vuelvo a sentir ahora que observo a Taylor chapotear con los pies en el agua. Está preciosa, de una forma subyugante que me hace observarla con intensidad. Ella sonríe y se dibujan dos tentadores hoyuelos junto a las comisuras de sus labios. Inconscientemente, mis ojos se clavan en esa parte de su boca y me concentro en lo que haría si pudiera besarla. De algún modo, ella se da cuenta de lo que pienso y propone en un tono más seco:

—Es tarde y estoy cansada. Deberíamos regresar.

Maldigo que sea tan intuitiva, también no haberme controlado. No quiero asustarla, así que trato de parecer casual:

—¿Segura? Se está muy bien aquí.

Taylor duda y yo, en un movimiento muy poco inteligente, trato de tomarla de la mano, pero ella se zafa y ordena:—Mantén la distancia conmigo.

La dureza de su tono me extraña.

—¿No quieres que seamos amigos? Vamos a compartir casa y después de esta noche parece que nos llevaremos bien.

Traga saliva y sopesa varios segundos lo que va a decir.

—Podemos ser amigos, eso me gustaría, pero, por favor, no te acerques a mí como haces con las otras chicas.

Así que se trata de eso. Solo me ve como al capullo que ha ignorado a la chica con la que ha pasado la noche. Justo lo que no quiero que haga.

—No pensaba hacerlo —le aseguro—. Solo trataba de...

—Sé lo que tratabas, pero no funcionará —me interrumpe—. Tú solo sé mi amigo, pero no me mires de ningún otro modo, por tu bien y por el mío.

Sus palabras me dejan sin habla. ¿Qué demonios quiere decir con eso? ¿Por qué quiere que me mantenga alejado de ella por mi propio bien? No tiene sentido. Puedo entender que quiera protegerse de mí, el chico de los rollos de una noche; pero no al revés. Me gustaría preguntárselo, pero ella se gira y comienza a subir las escaleras en silencio, está claro que hoy no habrá más confesiones. La sigo y entramos juntos en la casa, pero ya no hablamos, solo nos decimos buenas noches. Y cuando cierra la puerta de la habitación tras de sí, intuyo que me oculta algo importante que estoy dispuesto a descubrir.

TAYLOR



El aire azota mis mejillas y el intenso olor a mar se cuele en mis fosas nasales. Alzo el rostro para disfrutar del viento. El sol brilla en lo más alto y cierro los ojos varios segundos para sentir su calor sobre mis párpados. En esta zona de la playa inhóspita no hay sombrillas ni lugares en los que refugiarse. No me importa, no busco la sombra. El sol me hace resplandecer, lo mismo que la brisa que mueve mi ropa. Se escucha el sonido de las gaviotas y el romper de las olas contra las rocas. No hay nadie con quien hablar, con quien reír ni tampoco con quien enojarse. Solo paz. Cuando he aparcado, al lado del acantilado, he escuchado el ladrido de un perro correteando con su dueño en una playa cercana y la música lejana de algún coche que pasaba por la carretera; pero esos sonidos se han ido apaciguando a medida que descendía a la playa por los escalones de piedra.

Es mi primer día libre desde que llegué. No hay mesas que servir ni copas que preparar. Solo disfrutar de la naturaleza. Lo necesitaba tanto... Algunos compañeros me han ofrecido que pase mi día libre con ellos, pero he denegado su propuesta. Hoy necesitaba estar en contacto con la naturaleza, reconectarme conmigo misma. El viento atrae mechones de cabello sobre mi rostro, los retiro y los sujeto en una rápida coleta que nada tiene que ver con el moño perfecto que utilizo cuando voy de uniforme. Otro símbolo más de libertad. Cierro los ojos de nuevo y casi puedo ver a mi madre a mi edad, en este mismo lugar, con el cabello ondeando también salvaje sobre su rostro. Tan iguales, tan distintas la una de la otra. A ella le hubiera atrapado más alguno de los lugares creados por un lujo tan bello como artificial. Yo prefiero esta pequeña extensión de tierra, solitaria, limpia, libre de la acción humana. ¿Quién

quiere estar en un sitio prefabricado cuando puedes estar en la obra pura de la naturaleza?

Me siento sobre la arena y escucho todas las veces que mi madre me habló de este sitio. Me pregunto cómo hubiera sido mi niñez creciendo aquí, aspirando a diario el mar salado, corriendo por la arena descalza, dándome largos baños en el agua hasta que la piel se arrugara. Ojalá hubiera conocido a la chica que vino aquí con mi misma edad, y no a la que solo sabía hacer observaciones cáusticas sobre todo lo que veía a su alrededor. Demasiadas cosas la carcomían por dentro. Había perdido lo único que quería, y nunca supo reponerse de ello. Respiro hondo. No sé si le desagradaría que yo estuviera aquí siguiendo sus pasos, aunque de una forma tan diferente. Supongo que ahora tampoco importa. Respiro hondo y la arruga que se marcaba entre mis cejas desaparece. Una voz me saca de mis cavilaciones:

—¿Robando horas?

Me giro con rapidez. Es Vincent, ataviado con un bañador y una camiseta que marca sus bíceps, pectorales y vientre, esas zonas en las que mi mente me ruega que no me fije pero que hace que mis ojos no puedan apartar la mirada de él. Trago saliva y, esperando que no se fije en lo que provoca en mí, contesto con suavidad:—Es mi día libre.

—Lo sé, te recuerdo que soy tu jefe. Solo bromeaba.

Sonríe tentadoramente, fuera de lugar, y pregunto sin rodeos:—¿Qué haces aquí?

—Te seguí —reconoce.

Tuerzo el gesto.

—¿Eres un acosador?

Ríe.

—Mi tío me ha pedido que cuide de ti. Y tenía curiosidad por saber dónde ibas en tu día libre.

Le observo unos segundos. Sus ojos son tan profundos e intensos que podría perderme en ellos.

—Podrías haberme preguntado —incido.

—Entonces me hubiera perdido el espectáculo de ver cómo te concentras mirando al mar.

—Este sitio es precioso —reconozco—. Me deja sin aliento.

Su mirada se clava en mí, como si estudiara las líneas de mi perfil, y me garantiza:—Lo mismo digo.

Me sonrojo, y aunque a una parte de mí le gusta que me encuentre atractiva, protesto:—¿Utilizas mucho esa técnica para ligar?

—No, es la primera vez que la digo. No necesito subterfugios para conseguir chicas.

—No lo dudo —mascullo recordando a Amber.

Él parece leer mis pensamientos porque pregunta:

—¿Cómo va con ella? ¿Sigue molestándote?

—Me ve como a una intrusa robanovios y quiere condenarme al fracaso para que me despidan. Pero no quiero pensar en ello. Ahora es el momento de disfrutar del mar, no pensar que mañana tendré que enfrentarme al trabajo extenuante o a las malas caras de Amber. Este verano no voy a disponer de muchas horas libres, así que estoy dispuesta a aprovechar al máximo estos preciosos momentos.

—Suenan bien.

Mira a su alrededor, observando la playa desierta.

—Parece que compartimos el gusto por los lugares solitarios. Lo que en tu caso representa un grave problema de seguridad.

—Sé cuidarme sola —le recuerdo, aunque mi corazón late desbocado. Hace mucho tiempo que nadie se preocupa por mí, y desde luego ningún chico como Vincent lo ha hecho jamás. Desde lo sucedido en el apartamento sentí que se le activaba un instinto protector hacia mí que me gusta mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Siempre dices lo mismo —ironiza.

—Será porque es verdad.

Una sonrisa sexy asoma a sus labios, parece que mis comentarios le gustan. Lo malo es que a mí también los suyos, de una forma totalmente inadecuada. Puedo resistir a un chico guapo, pero en los momentos que he pasado con Vincent me ha quedado claro que hay mucho más en su interior que músculos o belleza. Es divertido, irónico y cuando habla de su Harley y de su trabajo de mecánico leo una pasión envidiable en sus ojos. Yo no he tenido tiempo de descubrir cuál es mi talento o a qué quería dedicarme, y ahora solo me dejo llevar por el destino. Pero admiro al que sí lo ha hecho. Vincent mira a su alrededor y comenta:

—A nadie parece importarle este trozo de playa, es demasiado agreste para los turistas. ¿Cómo la has encontrado?

—Emma me habló de este lugar y me dio las indicaciones para llegar.

—Fue una buena idea. El agua aquí es perfecta. ¿Te apetece un baño?

La idea de quitarme el vestido empapado de sudor y dejar que el agua del mar me quite el calor es tentadora, pero respondo:

—No he traído bañador, solo pensaba pasear.

—¿Y no usas ropa interior?

—¡Claro que sí!

—Entonces, báñate con ella. Estamos solos.

Solos. Gran argumento para quedarme medio desnuda delante de un chico como él, guapo y tentador, al que no puedo mirar mucho tiempo seguido sin que mi corazón se acelere e ideas inconvenientes sobre cómo se sentiría su cuerpo contra el mío tomen mi mente. Trato de parecer fría e ironizo:

—¿Qué te hace pensar que quiero que me veas en ropa interior?

—¿Estadística?

Esbozo una mueca y él se ríe:

—Es broma. Pero no hay mucha diferencia entre un bikini y la ropa interior, o sea que no lo veo tan grave... Además, prometo ser un caballero.

Un caballero... Quizá lo es. Aunque obviamente la primera noche trató de coquetear, no fue insistente cuando le alejé. Y estos días no ha hecho ningún otro acercamiento, aunque algo me dice que cuando me mira sus pensamientos son tan fuera de lugar como los míos. No obstante, aunque puede intentar conquistarme, algo me dice que no me presionaría a hacer nada que yo no quisiera hacer. Además, me hace reír, es inteligente y cuando no está atormentado es amable, casi tierno. Pero es el mismo chico que se acostó con Amber y la ignoró a la mañana siguiente; y no quiero que piense de mí lo que no es. Prefiero que seamos amigos, ya que vamos a compartir trabajo y casa; y eso implica mantener mi ropa puesta y mis hormonas controladas. Por ello accedo, aunque con condiciones.

—Me bañaré con mi vestido. Con el calor que hace se secará pronto.

Arquea una ceja.

—¿Vas a bañarte vestida?

—O eso o no me baño...

—Como quieras...

Él se quita su camiseta y yo trato de no mirar de reojo los abdominales perfectos, aunque estoy tentada a alargar mi mano hacia ellos para comprobar si son tan duros como parecen. En su lugar, dejo el bolso sobre la arena y camino hacia el agua. Me sumerjo en ella, dejando que relaje mi cuerpo y mi mente, y susurro:

—Estar aquí es un privilegio. Es un lugar perfecto.

—No es lo único.

Sus ojos se clavan en los míos y no le pregunto si es otra frase hecha para ligar porque no quiero saberlo. No soy Amber, pero tampoco quiero

ser nada especial para él. Amigos, solo amigos, me repito, y comienzo a nadar para dejarle atrás y, ya de paso, dejar que el agua trate de calmar el ardor que su visión en bañador ha provocado en mi cuerpo.

VINCENT



Desde que llegué he dedicado mi tiempo libre por completo a dos extremos: la vida social en las fiestas nocturnas y los momentos a solas en la playa. Las chicas han estado claramente delimitadas en la noche, pero ahora estoy a plena luz del día con la única que me ha atraído desde Gillian. Le he mentado, mi tío no me ha pedido que cuide de ella. Tiene algo que me atrae y que me impulsa a conocerla mejor. Es serena y muy dulce, pero también obstinada. Ha asumido con rapidez sus responsabilidades en el club y no hay duda de que Mike está más contento con ella que con ninguna de las otras camareras. No es el único. Quizá porque la he conocido de forma diferente, sin alcohol ni la búsqueda desenfrenada de una noche de sexo, me hace sentir que cuando estoy con ella es real. Las chicas como Amber, con las que solo pasé una noche estando borracho, se esfuman de mi mente con rapidez en cuanto tomo el café de la mañana, pero cada palabra con Taylor se queda grabada. Me pregunto cómo sería estar con ella. ¿Romántico? ¿Único? No hay nada de eso en los encuentros que he tenido hasta la fecha. Solo sensaciones físicas. Pero algo me dice que estar con Taylor sería especial, que ella trastocaría mi mundo.

Le he prometido ser un caballero, pero estaría loco si no me tomara mi tiempo para admirarla cuando salimos del agua. Al mojarse, su melena se pega a su piel perfecta. De sus labios generosos caen gotas de agua que desearía capturar con los míos. La línea de su mandíbula es firme pero delicada y estoy tentado a acercarme y acariciarla. Sus curvas son más visibles por el vestido blanco mojado y pegado como una segunda piel, mucho más seductor que si hubiera aceptado mi propuesta de bañarse en ropa interior. Trago saliva, luchando con el ardiente y

punzante deseo que me atraviesa y que no puedo ni pensar en que sea aliviado.

Mi mirada asciende y se encuentra con la de ella, que protesta:

—¿Has terminado de repasarme?

Me encojo de hombros y observo sus largas pestañas aletear de una forma que hace que se me acelere el corazón. Dudo mucho de que ninguna otra chica resulte más atractiva que ella, emana una fuerza entremezclada con dulzura que es letal para mí.

—Podría estar horas haciéndolo —confieso.

—¿Eso te funciona con alguna chica?

—A diario.

Para mi sorpresa, una carcajada suave asoma a sus labios. Esperaba que se sonrojara o que protestara más por el examen de su anatomía, pero bromea:

—Bien, en ese caso puedes seguir mirando. Te irá bien para bajar tu ego saber que no todas las chicas somos iguales ni nos morimos por tu atención.

Camina hacia mí pausadamente y su expresión burlona es lo más sexy que he visto. Me tiende la mano y me dice:

—¿Me prestas tu toalla?

—Me has dicho que puedo seguir mirando...

—Lo sé, pero estoy muy mojada y ya te has regalado bastante la vista.

Me gusta la forma como alza la barbilla, desafiante, a la vez que sus labios y sus ojos sonríen. Es una combinación perfecta que sacude mi cuerpo tanto como mi corazón. Inspiro para serenarme y le tiendo la toalla en un gesto de falsa reverencia. Ella se ríe de mi insolencia y se cubre con ella para secarse.

—¿Te dejo mi camiseta? —propongo.

—No, gracias, no puedo permitir que vayas con el torso descubierto volviendo locas a las chicas que nos cruzamos contigo. No sería justo para ellas —ironiza.

Trato de reprimir la risa, pero no puedo evitar que las comisuras de mis labios se abran, y contesto imitando su tono:—Es cierto, no queremos crear tumultos.

Ella ríe de nuevo de esa forma que hace que sus ojos brillen. Se seca el cabello con la toalla y un rizo se escapa sobre su mejilla. Sin pensar lo enrosco en mis dedos y lo coloco detrás de su oreja. Taylor se ruboriza y algo me dice que tiene la misma sensación en el pecho que yo. Sin

embargo, reacciona con naturalidad y retrocede un paso, devolviéndome la toalla.

—¿Nos vamos?

Mi corazón late todavía con tanta fuerza que hace que me zumben los oídos. Un deseo voraz me ha dominado mientras la observaba secarse, y ha aumentado cuando he leído por unos segundos el mismo deseo en sus ojos. No obstante, a diferencia de mí, parece controlarlo con facilidad. Y eso me pone muy nervioso. Me gusta jugar, pero cada vez que interacciono con Taylor es como si ella fuera a ganar antes de iniciar la partida. Tiemblo. No puedo permitirme este tipo de sentimientos. Taylor es como Gillian, demasiado buena para mí. No soy lo que ella quiere, o busca, o necesita, y lo único que podemos tener es una amistad como ella misma ha propuesto. Pero aun así, me duele no poder hacer lo que mi cuerpo me pide. Necesito tocarla, no como a las otras buscando un alivio rápido, sino con caricias de verdad, de esas duraderas que se clavan en el alma. Es tan perfecta... No solo físicamente, sino también en la forma en que actúa, habla e interacciona con todo el mundo. Debería ponerla en un pedestal y alejarme de ella. Pero no puedo hacerlo porque cada vez que la veo mi cuerpo solo piensa en estar pegado al suyo. Es como una adicción de la que no puedo o no quiero curarme. Desde que llegué solo buscaba relaciones físicas. Ahora quiero más, mucho más. Y por eso no puedo dejarme llevar. Una parte de mí me pide a gritos que atrape sus labios con los míos, que la haga arder con un reguero de besos desde su boca hasta el pecho pasando por ese cuello exquisito. Humedecer su cuerpo con mi aliento y sentirla temblar debajo de mí. Pero le he dicho que soy un caballero, así que aparco mis pensamientos lujuriosos y camino a su lado en dirección al parquin, tratando de no volver a centrarme en su vestido mojado o ceñido, o en ese mechón de cabello que se le escapa una y otra vez y que estoy deseando retener en mis dedos. Cuando llegamos a la zona de aparcamiento, propongo:

—¿Te apetece que vayamos a casa y nos bañemos en la piscina? Allí puedes ponerte el bikini...

—Sí, eso estaría bien. Aunque ¿el dueño está de acuerdo en que la utilicemos? —inquire preocupada.

Esbozo una mueca irónica. No hay duda de que es el tipo de chica que sigue las reglas. Me gusta, quizá porque el día que se las salte puede ser más interesante. Por ello la tranquilizo:

—Mientras nos duchemos para quitarnos la arena antes de entrar en el agua no hay problema.

—Bien, entonces nos vemos en la casa.

—¿Echamos una carrera? —propongo.

—Tienes una Harley y yo un coche cochambroso. Seguro que pierdo.

—Lástima, hubiera sido divertido apostar.

Ríe.

—No sé si quiero descubrir lo que tenías en mente...

Yo tampoco quiero decirlo, básicamente porque se basa en un montón de cosas que un caballero no dice, así que me pongo el casco y susurro, sin darme cuenta de lo íntimo de la propuesta:

—Nos vemos en casa, iré preparando las toallas limpias.

Ella sonrío agradecida y yo enciendo el motor, que ruge casi tan fuerte como los latidos de mi corazón. Lo que me recuerda que soy un chico duro de la moto, no alguien que se derrite con solo una mirada. Taylor lo cambia todo, y si le he propuesto que continuemos pasando el día juntos en la piscina es porque quiero averiguar por qué provoca todo eso en mí y hasta dónde quiero llegar. Aunque eso signifique ser un caballero en mis modales y un chico con las hormonas desbocadas en mi mente.

TAYLOR



Hace dos semanas que llegué. Me gusta mi trabajo, mis compañeros, a excepción de la loca de Amber y, por supuesto, mi compañero de piso. De hecho, este me gusta demasiado. Trato de no pensar en él, pero es difícil evitar que ideas lujuriosas sobre lo que podría pasar si yo quisiera se cuelen en mi mente cuando vivo y trabajo con él. Sería más fácil si él no se fijara en mí, al fin y al cabo tiene cualquier chica a sus pies con solo chasquear los dedos. Pero su forma de mirarme, llena de deseo, me dice que se encuentra en la misma situación que yo. En mi caso, que me resulte imposible mirarlo sin desear besarlo o sentir su cuerpo entre mis brazos es algo poco habitual en mí, pero a él le debe pasar con todas las chicas que ve y no debo darle más valor del que tiene.

Por suerte, mi jornada de trabajo es tan larga y atareada que me ayuda a no estar todo el día dándole vueltas a lo mismo. En este momento lo último que me conviene es pasar horas a solas, menos aún con Vincent en la casa que compartimos. Lo que necesito son ocupaciones que me mantengan con la mente centrada en el trabajo el mayor tiempo posible. Y ha habido mucho de esto durante los últimos días. El congreso de médicos que colaboran con países del tercer mundo, organizado por una gran farmacéutica, ha llenado los hoteles de la zona y nuestras salas de reuniones. También la zona de golf donde los asistentes se relajan después de las charlas. Hay tanto trabajo en el comedor que he comenzado a levantarme más temprano y a hacer horas extras por sistema. Estoy agotada y cada día caigo rendida en la cama. Aun así, no me quejo, el dinero extra me irá muy bien.

Estos días, antes de llegar al club, no me detengo por la mañana en la playa a pasear como hacía la semana pasada. Disfruto de respirar el olor a

sal mientras observo el cielo teñirse con los colores del alba; pero si quiero que todo esté a punto para cuando llegan los asistentes al congreso no puedo permitirme perder ni un segundo de mi tiempo. En cuanto salgo del vestuario me dirijo al comedor, realizo mi trabajo y después, con pulcritud, termino de arreglar las servilletas de mis mesas y repaso las de Amber, que siempre las deja torcidas porque lo hace todo con prisa y desgana, intentando ganar unos minutos libres para retocarse el maquillaje o coquetear con algún cliente. Mike, que al parecer me ha estado observando, me saluda y comenta cuando está a mi lado:

—No deberías cubrir las faltas de Amber.

—No lo hago. Pero su trabajo afecta al nuestro. Y quiero que los clientes tengan una buena imagen del restaurante cuando entren.

—Has trabajado mucho y muy bien estos días. En cuanto termine el congreso, te has ganado un día libre extra.

—Ya me pagan por las horas que he hecho de más.

—Lo que cobras de forma extraordinaria no compensa todo lo que haces —insiste—. Además, no me repliques, soy el jefe.

—El mejor que he tenido nunca —confieso.

Sonríe halagado y propone:

—Pues no te vayas cuando termine el verano. Es cierto que baja mucho la faena, pero siempre hay clientes de todo el año, como la señora Dumphy, que me harían un homenaje si consigo que te quedes.

Bajo los ojos inmediatamente.

—Te lo agradezco, pero no puedo quedarme.

—¿Y si mejoro cualquier oferta que te hagan?

—No es eso, es que me voy del país en cuanto acabe la temporada. A Europa.

Suspira y hace una mueca de decepción.

—Europa en otoño, suena muy romántico. ¿Qué harás allí?

—Todavía no lo tengo pensado —contesto con vaguedad.

Mike me escudriña con la mirada y finalmente afirma:

—De acuerdo, pero, si cambias de idea, avísame.

—No lo haré —le aseguro.

Lo lamento, he sido sincera cuando he dicho que ha sido mi mejor jefe, también que no puedo quedarme cuando acabe la temporada. Por mi mente pasa la idea de que estoy estableciendo muchos más vínculos de los que pretendía en un principio, también que me resulta imposible no hacerlo. Mi expresión cambia y Mike comprende que necesito estar a solas, así que se aleja para abrir la puerta del comedor. Vincent, que estos

días ayuda también en el interior del club, entra el primero y se coloca a mi lado, junto a las otras camareras que han ido llegando para recibir a los comensales, incluida Amber. Cuando veo a Vincent, y en contra de mi deseo, aparece una sonrisa bobalicona que espero que nadie detecte. Trato de centrarme en los clientes, pero, cuando varios asistentes al congreso entran conversando entre ellos, un escalofrío recorre mi espina dorsal. Me gustaría escabullirme, pero no hay salida en el lugar donde estoy. Mi rostro palidece y Vincent se inquieta:

—¿Sucedo algo?

—No —respondo, y ruego para que él no me vea, algo que evidentemente no sucede.

Nolan se acerca a mí en cuanto me divisa. Lleva unos pantalones de tela veraniega y un polo que le hace parecer más joven que sus colegas. Estos, al igual que Vincent, nos observan extrañados por la expresión que ambos tenemos. También Amber, que nunca pierde la ocasión de un cotilleo. Nolan parece ajeno a lo que provoca, porque me dice por todo saludo:

—Taylor, ¿qué haces aquí? Te he estado buscando como un loco.

Trago saliva y aprieto las manos, recordándome a mí misma que tengo que guardar la calma. No estamos solos y nadie, absolutamente nadie puede tener la más mínima idea de lo que nos une. En voz baja respondo:

—Trabajo aquí.

Camina hacia mí y yo doy un paso atrás instintivamente. No quiero mirarle, no quiero hablar con él ni que tenga la más mínima oportunidad de hacerme cambiar de idea. Por fin el advierte que hay demasiados testigos y susurra:

—Llevo mucho tiempo buscándote. Y lo último que esperaba es encontrarte trabajando aquí. ¿Podemos hablar en algún lugar a solas?

Sacudo con la cabeza:—No tenemos nada de que hablar.

—Taylor, por favor...

—¡He dicho que no! —Respondo con rotundidad.

Él parece abatido, con las manos en los bolsillos y mirándome con la cabeza ladeada como tantas veces ha hecho con anterioridad. Yo rompo el contacto visual y susurro:

—Tus colegas te esperan y yo debo trabajar.

Nolan suspira. Siempre ha sido un hombre calmado y sé que no me montará una escena. Sin embargo, tampoco es de los que se rinden con facilidad, por eso hui de él. Clava su mirada en la mía y su voz es firme

cuando me dice:—De acuerdo, pero esta conversación no se ha terminado, Taylor. Estaré aquí todo el día.

Yo sacudo la cabeza. No puedo lidiar con esto ahora y aquí. Me alejé por un buen motivo y solo quiero olvidar que este existe.

Cuando Nolan se marcha, estoy temblando y Vincent me toma de la mano y, preocupado, inquiere:

—¿Qué ocurre? ¿Quién es ese tipo?

—Nadie importante.

Me alejo de él y trato de concentrarme en atender mis mesas. Por suerte, la de Nolan no es una de ellas. Trabajo sin parar para evitar cruzar la mirada con él, también con Vincent, que está visiblemente intrigado. La tensión es tan fuerte que en cuanto se vacía un poco el comedor me dirijo al baño para refrescarme un poco. No puedo permitirme el lujo de que me entre el pánico. Tengo que ser fuerte y mantenerme firme. Estoy mojándome la frente cuando Amber aparece por la puerta.

—¿Un mal día?

Me giro con desgana. Ha utilizado su tono malévolos habitual, pero esta vez algo en su mirada me pone en alerta.

—¿Qué quieres, Amber?

—Nada... Solo darte unos consejitos si no quieres tener problemas por acostarte con un cliente.

Me pongo rígida. Sé lo que trata de hacer y no se lo permitiré.

—No necesito tus consejos, no soy como tú, yo respeto las normas —afirmo despacio y en tono firme.

—No eres como yo... —se burla—. Por favor, estamos solas, puedes dejar de fingir. Tiene que ser agotador.

—Amber, te lo advierto, normalmente tengo mucha paciencia contigo, pero hoy no es un buen momento.

—Parece que el médico ese te ha afectado bastante... ¿Cuánto duró vuestra aventura? Porque lleva anillo de casado...

La miro varios segundos. Con otra persona trataría de dialogar. Con Amber es imposible. Ya se ha hecho una idea y nada de lo que diga la hará cambiar de opinión. Pero no quiero que vaya contando chismes sobre mí.

—Nada de lo que haga fuera del club es de tu incumbencia.

—¿Y de la de Vincent?

Tiemblo. No de rabia, sino de miedo. No quiero que Vincent se lleve una idea equivocada de mí, pero tampoco puedo contarle la verdad. Trato de fingir aplomo:

—Solo somos amigos, así que tampoco es de su incumbencia.

—Para ser tan falsa, mientes muy mal.

—No soy falsa, soy como me ves y, si no te gusta, es tu problema, pero déjame tranquila. No tengo la culpa de que Vincent te rechazara.

Mis palabras dejan boquiabierto a Amber, ya que no está acostumbrada a que le repliquen, y aprovecho para salir con rapidez del baño, es la única forma de dejar zanjado el tema. Sin embargo, algo me dice que la aparición de Nolan no ha terminado de amargarme el día, porque está esperándome en el pasillo.

—Deberías estar en la conferencia —mascullo.

—No antes de hablar contigo. No quiero que vuelvas a marcharte sin avisar.

—Te avisé.

—Me dejaste una nota para que no pudiera protestar.

Nuestras miradas se cruzan y en ese momento Amber sale del baño. Como lo último que quiero son testigos, me alejo hacia una de las salitas vacías, donde podremos hablar libres de miradas curiosas. Él parece comprender lo que pasa por mi mente, porque permanece en silencio hasta que cierro la puerta.

—¿Cómo estás?

—¿Qué quieres, Nolan? —respondo con dureza.

—Ya lo sabes.

—Y tú sabes mi respuesta a eso.

Su expresión no se altera, pero sí leo en sus ojos una profunda tristeza y sensación de fracaso en la que no quiero ahondar.

—Nolan, tienes que alejarte de mí. Aquí soy feliz —le ruego.

—Es un espejismo —me contradice—. Y no deberías estar trabajando.

—Trabajar en este club me hace feliz —insisto—. Tengo amigos e incluso un jefe genial. Pero si te quedas lo perderé todo.

Una sonrisa amarga asoma a su rostro.

—Terminarás perdiéndolo igualmente y lo sabes. Vuelve conmigo, es tu única opción.

He escuchado esa amenaza muchas veces. Tantas que ha terminado por no tener sentido.

—Es mi decisión, no puedes obligarme a que vuelva. Soy mayor de edad y una mujer libre.

—Eso no significa que sepas qué es lo mejor para ti.

—¿Y tú sí?

La desolación asoma a sus ojos.

—Nunca te he obligado a nada y no lo haré ahora. Pero, al menos, ¿me prometes que me llamarás si me necesitas?

Yo muevo la cabeza en una fuerte negación. Ya he roto demasiadas promesas y tengo la firme intención de no volver a hacer ninguna. Nolan deja caer los hombros, se acerca a mí y me besa la frente. Después se aleja y me asegura:

—No voy a olvidarme de ti, estaré esperando esa llamada.

Mis ojos se humedecen, me apoyo en una de las sillas y siento que voy a desfallecer.

VINCENT



Sentado en mi despacho, no puedo concentrarme en nada. La mirada de desesperación de Taylor cuando ha visto a ese tipo me ha alterado. Ella es la clase de persona que te hace feliz solo con estar a tu lado. Al principio, creí que solo me gustaba porque era bonita. Pero no hay nada normal en la forma de desearla y de querer estar con ella, de un modo que raya la desesperación. Ella es dulce, divertida, buena con todo el mundo y hace desaparecer todo lo malo con una facilidad increíble. Por eso sé que si ese hombre la ha puesto tan nerviosa es porque algo muy grave sucede. Mike entra por la puerta, me observa y se sienta a mi lado.

—¿Qué pasa? Vuelves a tener esa expresión de que el mundo está a punto de acabarse.

Suspiro. Mike y yo nos llevamos bien, pero no solemos hablar de temas personales.

Sin embargo, no tengo amigos aquí y no puedo llamar a Dallas cada vez que me pasa algo con Taylor, y algo en Mike me hace confiar en él:

—He discutido con Taylor.

—¿Por el tipo del congreso?

Le miro sorprendido, ya que no estaba en el comedor cuando ha sucedido.

—No se te escapa nada.

—Es difícil que eso pase cuando tienes a Amber en plantilla.

—¿También te ha ido a ti con el cuento?

Asiente.

—¿Qué opinas? ¿Crees que está con él?

—¿Qué crees tú? —replica.

¿Qué pienso yo? Es una buena pregunta, ya que no debería inmiscuirme en lo que hace o deja de hacer. Pero necesito saber si está libre o no, porque estas dos semanas hemos estado conviviendo en la casa y trabajando en el club como dos amigos, pero ni un solo segundo me he quitado de la cabeza que quiero más, mucho más. He estado interesado en chicas, pero esto no tiene nada que ver. Puedo enterrar cualquier conato de deseo por una chica si no me conviene. Pero no puedo hacer desaparecer nada de lo que Taylor despierta en mí cada vez que escucho el sonido de su dulce voz o la observo sonreír de esa forma que ilumina sus labios y sus ojos. Estoy desesperado y necesito la opinión de Mike, que parece haber intimado bastante con ella.

—Yo he preguntado primero.

Él sonríe con ironía.

—Desde que te conozco no creí que te importara ninguna chica más allá de una noche.

—No lo hacían. No me importaban nada. Eran solo rostros y cuerpos anónimos con los que compartía un rato de placer que olvidaba a la mañana siguiente. Pero Taylor es diferente a esas chicas —confieso.

—Sí, lo es. Es buena, inteligente y tiene mucha más clase que la mayoría de las chicas ricas que visitan el club. No creo que se enredara con un hombre casado y, siempre que ha surgido el tema, me ha dado la sensación de que está libre.

Doy otro trago a la cerveza y pregunto:

—¿Y qué hago?

—¿Es necesario que hagas algo?

Tomo aire. No esperaba sincerarme tanto con él, pero quiero que me comprenda.

—Necesito saber si está libre o no. Ya pasé por eso una vez.

—¿Alguien te rompió el corazón?

Asiento con suavidad.

—Por un tiempo me gustó una chica, Gillian. Se parecía mucho a Taylor, era guapa, inteligente y podía pasar horas hablando con ella. Pero se casó con mi mejor amigo. En realidad siempre fue su chica, pero al principio parecía que iban a distanciarse y me hice ilusiones. Aunque somos amigos y sé que no estaba destinada para mí, fue duro pensar que no encontraría a ninguna chica con su valía. Y entonces conocí a Taylor y es como si sintiera lo mismo que por Gillian, pero amplificado por mil. No quiero volver a pasar por lo mismo, esta vez sería infinitamente peor.

Una sonrisa asoma a los labios de Mike.—Ya sabía yo que eras un romántico en el fondo...

—Eso no ayuda... —mascullo.

Mike me mira a los ojos con serenidad, de una forma que me recuerda a la de Taylor cuando habla, quizá porque tienen el mismo color y una forma muy similar de brillar, como si emanaran paz.

—Quizá este consejo sí te ayudará. Habla con Taylor y pregúntale con sinceridad lo que te inquieta.

Arqueo una ceja.

—¿Estás seguro?

—Es mejor que estar aquí apretando los puños y sufriendo por algo que quizá no esté pasando. Ve, yo te cubro con tu trabajo.

—Gracias, eres un amigo.

—Eso espero.

Dejo a Mike revisando los papeles en los que yo no he podido concentrarme y voy en busca de Taylor. La encuentro en una de las salas superiores. Está sola, sentada en una de las sillas de la esquina y respirando agitadamente. Tiene las rodillas dobladas contra el pecho y cuando me mira solo leo pánico. Me siento a su lado.

—¿Estás bien? —pregunto en contra de mi buen juicio. Una parte de mí cree que no debo inmiscuirme en sus asuntos, pero es algo que no puedo evitar. Ya no solo porque quiera saber si está con alguien o no, es que no soporto verla triste, y menos ver que sus ojos brillan por las lágrimas que está reteniendo.

Ella asiente con la cabeza y se tapa la cara.

—Sí, no te preocupes.

—¿Seguro?

Ella asiente y yo susurro:

—Solo quiero asegurarme de que no necesitas nada

—Quédate tranquilo, de verdad.

—No puedo si no sé por qué te escondes. ¿Por qué no me acompañas a mi despacho? Allí no te verá nadie.

—No importa, se me pasará.

Las palabras se atragantan en mi boca. He sentido celos antes, por Dallas y Gillian. Pero esto es muy diferente. Dallas es mi mejor amigo y algo en mi interior me decía que ambos estaban hechos el uno para el otro. Sin embargo, no puedo asumir que Taylor me haya rechazado por mi noche con Amber y en cambio ella haya sido la amante de un hombre casado. La chica que yo conozco, la que se preocupa por todo el mundo y

siempre tiene una palabra positiva para todos, ¿sería capaz de algo así? Y, si lo ha hecho, ¿cambia en algo lo que siento por ella? Aprieto la mandíbula y me atrevo a preguntar:

—Es sobre ese tipo, el del congreso. Parecías muy afectada y me preguntaba si necesitas ayuda.

Ella me observa con los ojos entrecerrados y sé que lee en los míos que estoy mintiendo.

—Has hablado con Amber —adivina.

—Ella me contó una teoría sobre vosotros.

—¿Desde cuándo comentamos los chismes que Amber expande?

—Desde que no puedo quitarme de la cabeza que hayas sido la amante de un hombre casado. De que igual todavía lo eres y por eso me dijiste que solo podemos ser amigos.

Lamento las palabras en el momento en que dejan mi boca. No está furiosa, sino herida.

—¿Has venido hasta aquí solo para acusarme?

Hace ademán de marcharse, pero la detengo.

—Taylor, solo quiero saber la verdad. Parecías muy afectada por su presencia y la forma en la que te habló.

—Olvidalo, Vincent. Solo es alguien que conocí una vez. Nada que te importe ni a ti ni a Amber.

Leo con facilidad en su mirada lo ofendida que está.

—Solo pretendía ayudarte.

—Pues la próxima vez que quieras hacer eso no escuches a Amber — responde con hastío.

Un dolor absoluto inunda su rostro y siento el irrefrenable deseo de ayudarla.

—Taylor, lo siento, no puedo evitar preocuparme por ti... —reconozco—. No quería acusarte de nada, es solo que desde que llegaste jamás te había visto actuar de este modo, ni tan dolida. Me he preocupado.

Mi confesión suaviza su expresión. Respira hondo y sacude la cabeza, está claro que no quiere continuar esta conversación.

—Vincent, lo único que puedo decirte es que no estoy con Nolan y nunca lo estaré. Y él no tiene nada que ver con nosotros, así que volvamos al trabajo.

—Está bien, pero si quieres hablar de ello, aquí o en casa, puedes contármelo.

—No hay nada de qué hablar —me asegura en tono bajo y sin mirarme a los ojos.

Intuyo que me está mintiendo, pero no quiero insistir. Algo me dice que la forma de acercarme a ella no es a base de presiones, sino poco a poco. Puede que sonría la mayor parte de las veces, pero comienzo a darme cuenta de que eso no significa que no tenga problemas, sino que encuentra la forma de que no la afecten. Algo que admiro, pero también quiero saber esa parte que me oculta y que me resulta tan intrigante.

En silencio, ambos salimos de la estancia y nos separamos para retomar el trabajo, aunque me prometo intentar encontrar la forma de acercarme más a ella y adivinar lo que esconde.

TAYLOR



Llevo todo el día distraída. La visita de Nolan ha abierto la caja de Pandora de todos mis recuerdos. Como dejar la universidad. Jamás olvidaré lo último que hice antes de descubrir que todo cambiaría y borraría mi antigua vida de un plumazo. Junto a varias amigas y a mi compañera de habitación mirábamos un partido de fútbol mientras comíamos perritos calientes y palomitas de maíz. El recuerdo es tan vívido que casi puedo sentir el olor de la comida, el sabor amargo de la cerveza; escuchar los gritos de los aficionados y la vibración en las gradas por los saltos de alegría cada vez que nuestro equipo marcaba. Eran buenas chicas y las apreciaba. Una parte de mí lamenta haberme alejado de todo y de todos con tanta prisa que pareció que olvidaba lo que habíamos compartido. Pero no era así. Tuve que tomar la mejor decisión para mí, y después la que creía que era mejor para todos, incluso sin que supieran el motivo.

Suspiro y, para distraerme, voy en busca de Vincent con la excusa de entregarle un par de albaranes. Me recibe en su despacho con una sonrisa de preocupación:

—¿Estás bien?

Asiento y aprieto mis labios con fuerza en una fingida sonrisa. Le agradezco que se preocupe por mí, pero no puedo contarle nada. Las cosas que yo acepto no serían tan fáciles de asumir por otros. Mi vida ha tomado un camino difícil que no puedo cambiar, solo adaptarme a él. Y no puedo inmiscuir a otros. Hago ademán de irme, pero en ese momento Amber entra y su sonrisa, esa que solo saca con los chicos, se congela en cuanto me ve al lado de Vincent. Es tan incómodo...

—No sabía que fuera tu hora libre, Taylor —ironiza.

Vincent tuerce el gesto.

—Tú no controlas los turnos, yo lo hago. ¿Qué quieres?

Amber hace un mohín ante su frialdad.

—Será mejor que hablemos más tarde.

—Si es de trabajo me lo puedes decir delante de Taylor.

—¿Y si no lo es?

Su tono vuelve a ser el de una harpía a punto de lanzarse sobre su víctima.

—Entonces no tenemos nada que decirnos.

Amber le fulmina con la mirada y sale con andar furioso del despacho. Yo sonrío en mi interior. No es la primera vez que noto como su voz cambia cuando habla con ella. Conmigo es amable y dulce, con ella solo distingo hastío. Algo que no puedo decir que me moleste...

—¿Dónde habrá aprendido a ser tan dramática? ¿Genética? — protesta Vincent.

—Más bien intuyo que se debe a años de ser la reina del instituto.

Se hace un incómodo silencio y me veo en la obligación de decir:

—No tienes que dejar de verla fuera del club porque ella y yo no nos llevemos bien.

Arquea una ceja.

—No lo hago por eso, sino porque no la soporto. Si por mí fuera preferiría que no trabajara aquí.

Respiro hondo antes de confesar:—No puedo evitar sentir que estoy en medio de vosotros.

—No se puede estar en medio de la nada. Lo único que haces es librarme de ella. Así que gracias. Aunque si te molesta solo tienes que...

—Déjalo, Mike ya se ocupa de controlar la situación —le interrumpo.

—¿Por qué eres tan terca?

—Porque no necesito que nadie me defienda. Sé manejar a las chicas como ella. Y ahora debo volver al trabajo.

Hago ademán de irme, pero me retiene.

—Un momento, hay algo que quiero comentarte. Me han invitado a una fiesta esta noche. ¿Te gustaría venir conmigo? Te iría bien para distraerte.

Distraerme... Es difícil que haya algo que pueda quitarme de la cabeza a Nolan. Si voy a casa, solo podré pensar en él. Pero no sé si salir con Vincent de fiesta es la mejor forma de ser solo amigos. Menos cuando recuerdo que la última fiesta a la que acudí fue cuando le conocí, con resaca y recién salido de la cama de Amber. Desconfiada pregunto:

—¿Qué clase de fiesta?

Se encoge de hombros.

—Una fiesta. Música, baile...

—No soy demasiado aficionada a las fiestas —confieso.

Leo decepción en sus ojos, e insiste:—Podemos ir solo un rato, para que pruebes si te gusta. Pero si no te apetece, podemos buscar otro plan

—No hace falta que hagamos algo juntos.

—Me apetece...

Lo dice mordiéndose el labio inferior de una forma sexy que me desarma. Dudo. Vincent puede ser la forma de que me olvide de que he visto a Nolan, también de que me meta en un problema mayor. Pero no quiero estar sola esta noche, así que acepto:

—Está bien.

Su rostro se ilumina y me pregunto si me estaré equivocando. Salgo rápido del despacho, justo para encontrarme con Amber, que parece que ha estado escuchando todo. Paso por su lado sin mirarla, pero me sujeta por el brazo. Yo mascullo:

—No tengo tiempo para dramas. Hay muchos clientes esperando.

—Te crees especial, pero no lo eres. Se acostará contigo y luego pasarás a ser una más de sus chicas de este verano. Conozco bien a los chicos como Vincent.

Me giro muy despacio y clavo mi mirada en la suya:

—Si eso es cierto, ¿por qué sigues persiguiéndolo? No tiene dinero.

Esboza una mueca de desagrado y yo me enderezo con confianza.

—Es porque te rechazó. Por eso me odias, crees que puedo conseguir algo que tú no lograste y no lo soportas.

Su rostro se contrae por la ira y me zarandea.

—Escúchame, estúpida, no hay nada que tú puedas hacer mejor que yo para atraer a un chico.

Una expresión de pena asoma a mi rostro. Ella de verdad cree lo que dice, que si sigue acostándose con todo el que se le pone por delante, terminará el verano siendo la novia de un chico rico que la alejará del trabajo, de su pasado pobre y le ofrecerá la vida con la que lleva años soñando. Es incapaz de ver que Vincent no es el único para el que no significó nada. He escuchado comentarios de ella en miembros del club y también del personal. Nadie la toma en serio, es solo alguien con quien pasar un buen rato y olvidar a la mañana siguiente. Respiro hondo y trato de hacer lo correcto, aunque algo me dice que mis palabras caerán en saco roto.

—Te daré un consejo gratis, Amber. El sexo no lo es todo. Deberías hacerte valer más.

—¿Hacerme valer? Todos me desean, no tienes ni idea de lo que valgo.

Sacudo mi cabeza, está claro que no conseguiré nada.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero no vuelvas a agarrarme del brazo, no me gusta.

Me alejo de ella veloz antes de que pueda responderme, y vuelvo a mi turno.

VINCENT



La fiesta es en casa de uno de los usuarios del club. Le he arreglado su moto y él ahora me invita a sus fiestas. No es el único. Los niños ricos de la zona se aburren de los de su propia clase, por tanto es normal que inviten a gente nueva, sobre todo a las chicas que trabajan por la zona. Entramos por una puerta vigilada y, tras decir mi nombre y que comprueben que estamos en la lista, nos abrimos paso entre el pasillo atestado de gente hasta llegar al salón, donde la música está tan alta que apenas escucho a Taylor decir:

—No sé qué hago aquí. No encajo. Míralas.

Lo hago. Las otras chicas llevan ropa tan ajustada que parece que, si se mueven demasiado, se romperán en pedazos para regocijo de los asistentes. Su maquillaje es exagerado, también sus peinados. Son llamativas, preparadas para que chicos como yo las invitemos a una copa y las llevemos a la cama con rapidez. El Vincent de hace dos semanas se fijaría en ellas. El Vincent de hoy solo tiene ojos para Taylor. Lleva un vestido rojo que en contraste con el fuego de sus cabellos ha hecho que varios de los presentes se giren en cuanto la han visto. No necesita enseñar demasiado para lucir espectacular. Hay algo en ella magnético, intensamente atractivo. Se ha dejado el cabello suelto, tal y como le queda en ondas cuando sale de la ducha y lo seca al viento, sin preocuparse más por él. Un poco de rímel y pintalabios es su único maquillaje. No necesita más para estar perfecta.

—Estás preciosa, voy a tener que vigilarte de cerca para que ninguno de estos niños ricos se acerque a ti.

—¿Vas a quitarme la oportunidad de cazar a un millonario? —se burla.

Su risa es suave, contrasta con la estridencia de las chicas de la fiesta, que confunden ser seductoras con utilizar un timbre de voz que suena falso.

—Si creyera que eres de esa clase de chicas, no te habría pedido que vinieras conmigo, ¿no crees? No tengo casi dinero y vivo como tú en una casa prestada.

Esbozo una sonrisa irónica.

—Dos amigos sin blanca. ¿Qué hacemos en una fiesta en una casa tan lujosa?

—Le arreglo la moto al dueño y él me lo paga con dinero e invitándome a fiestas. Me pareció interesante que conocieras otra parte de esta zona además del club y la playa. Aunque si no te gusta podemos irnos.

—No, tranquilo, estoy bien.

—¿Te apetece algo de beber?

—Agua.

—¿Sigues sin beber alcohol?

—Me sigue provocando migraña. Te lo dije, no encajo aquí —insiste, y señala a las chicas que, cerveza o cubata en mano, comienzan a mostrar evidentes síntomas de ebriedad.

—No hace falta que te emborraches para que nos lo pasemos bien. De hecho, hoy conduzco yo y tampoco beberé.

—Pareces muy concienciado con el tema.

Aprieto la mandíbula.

—Casi tuve un accidente hace algún tiempo. No volveré a arriesgarme a que suceda. Menos aún si tú vas conmigo.

—Podría haber conducido yo mi coche.

—¿Y perderme recorrer la costa contigo de noche en mi Harley? Bajo ningún concepto.

Se sonroja y sugiero:

—¿Te apetece que nos vayamos a la zona del jardín? Se está más tranquilo.

Asiente y sonrío, de esa forma que hace que mi estómago se encoja. No sé por qué la he traído aquí. Debería llevarla a la playa, su ambiente, los dos solos. Miro alrededor de mí. Una morena me guiña un ojo. Lo único que recuerdo de ella es que tomamos unas copas y terminamos en una habitación con su rostro al nivel de mi ingle. Espero que ella no lo recuerde y, sobre todo, que no se acerque a mí y estropee esta noche con Taylor. Ahora me doy cuenta de que aquí ella va a ver una parte de mí que

no me gusta, la del chico que ha estado pasando sus noches libres bebiendo y con chicas que no me importan nada a la mañana siguiente. Taylor es diferente y por eso me atrae como nadie lo ha hecho antes. Es divertida sin necesidad de beber, sexy sin arreglarse, magnética sin tener que hacer nada. Hasta ahora he encontrado chicas complacientes, pero solo me han atraído físicamente y por eso me era tan fácil alejarme de ellas a la mañana siguiente. No significaban nada para mí, ni siquiera recuerdo sus nombres. Cuando estaba con ellas, era fácil que cayeran ante mí. Un par de gestos, unas copas y estaban dispuestas a todo. La conquista era tan sencilla como olvidarlas. Pero si algo tengo claro es que no hay nada fácil con Taylor. Ella es superior a todas esas chicas anónimas con las que me acosté, y por eso es un reto mayor que esté aquí conmigo. Cuando se lo propuse temí que no aceptara, pero cuando lo hizo supe que también quiere conocerme mejor. Sé que le gusta estar conmigo y estaría ciego si no leyera en sus ojos una sombra de deseo que trata de ocultar. Pero insiste en que solo podemos ser amigos, y de momento, si es lo que necesito para conseguirla, es lo que voy a hacer. Puedo estar con cualquier chica de esta fiesta en una habitación en unos minutos si me lo propongo, pero nada de eso sería tan estimulante y gratificante como conseguir una sonrisa sincera de Taylor. Ella es única y hace que las demás parezcan insignificantes. Y yo quiero ser único para ella, cueste lo que cueste.

TAYLOR



Esta noche Vincent está increíble, todavía más que de costumbre. Lleva unos vaqueros negros que se ajustan a la perfección a sus piernas musculosas. Su camiseta es negra con el logotipo de una banda de música, y contrasta con las camisas abotonadas de muchos de los asistentes. Aunque no creo que nadie se fije en ella, sino en que marca a la perfección sus trabajados abdominales. Lleva los antebrazos al descubierto y allí donde no hay tatuajes la piel ha adquirido un sensual tono tostado por el sol. Se ha peinado el cabello al estilo rebelde, y tengo la inoportuna necesidad de pasar mi mano por ellos. Me sorprende mirándolo y sonrío halagado. Ya sabe lo guapo que es, los chicos como él siempre lo saben. Además, no soy la única que le observa. Algunas chicas a las que supongo que ha visto en otras fiestas se acercan y le saludan contoneándose al ritmo de la música. Por la mueca de Vincent al verlas, temo que se haya acostado con ellas. Solo soy su amiga, solo debo ser su amiga, pero no puedo evitar sentirme estúpidamente celosa.

Observo con desidia alrededor de mí. Es como una extensión del club, con muchos chicos y chicas guapos, solo que destilando un ambiente más sórdido a pesar del dinero que debe tener el dueño de la fiesta. No me siento cómoda y Vincent lo advierte, me toma de la mano y un cálido cosquilleo me recorre. Tengo que serenarme. Por una noche puedo fingir que soy una chica normal en una fiesta de verano, disfrutar de la música y la buena compañía. Aunque debo tener cuidado. Por la forma en la que los ojos de Vincent se ciernen sobre los míos intuyo que espera más de lo que puedo darle. Ya no solo por mi secreto, sino porque Amber entra en la habitación contoneándose y me recuerda aquello en lo que no quiero convertirme. Él lo advierte. Sabe que no me gusta esa

faceta de él, la del chico que ignora por completo a las chicas con las que se acuesta. Como si una vez conseguido lo que quiere ya no fueran dignas de sus atenciones. Sin embargo, cuando está conmigo, veo otro chico muy diferente. Me pregunto qué pasaría si yo actuara como esas chicas, si fuera una conquista fácil. ¿Se alejaría de mí tan pronto como consiguiera tenerme? No lo sé, tampoco importa porque igualmente no puede suceder.

Vincent observa mi incomodidad y se abre paso a través de la multitud hacia la puerta que da al jardín. Solo espero que allí no me encuentre a Amber o a ninguna otra chica que haya estado con él.

—Lo siento, no sabía que vendría —se disculpa.

—Trabajo con ella, puedo soportarla en una fiesta. Es solo que...

Mi voz se rompe, pero él sabe lo que quiero decir.

—No deberíamos haber venido...

—Sí, claro que sí. Son tus amigos.

Suspira frustrado.

—No lo son. Pero cuando llegué aquí estaba muy enfadado. Había perdido mi trabajo, que me encantaba, mi mejor amigo vive en la otra punta del país y tenía que ponerme a trabajar de camarero y olvidar que lo único que me gusta es la mecánica. Estas fiestas me ayudaban a olvidar por unas horas que odiaba mi vida.

—Hay muchas chicas fijándose en ti —incido con suavidad.

Se encoge de hombros e ironiza:—No puedo hacer nada con eso. También hay chicos fijándose en ti. No tenemos la culpa de ser guapos...

Río, hasta que mis labios se congelan cuando Amber se acerca a nosotros.

—¡Maldita sea! ¿Qué he hecho para merecer esto? —protesta Vincent en susurros.

—Acostarte con ella.

Las palabras salen de mi boca con rapidez. No es que Amber sea santo de mi devoción, pero no es justo que le eche toda la culpa a ella. Vincent hace una mueca y replica:

—¿Y eso hace que tenga que aguantar a una loca todo el verano?

—No está loca. Solo es... intensa.

—Tan intensa que intentó que te echaran el primer día. Cuando no está ebria buscando millonarios a los que seducir está planeando molestar a alguien en el club. Así que no la defiendas.

—No la defiendo. Pero me odia porque cree que la separo de ti.

—Ya le he dejado bien claro que no tienes nada que ver en mi decisión de mantenerme lejos de ella. No es culpa mía si se niega a entenderlo.

Antes de que pueda replicar, Amber se coloca a nuestro lado.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí. Te veo aburrido, Vincent... ¿Por qué no vamos a algún sitio privado donde podamos divertirnos? Seguro que a Taylor no le importa quedarse sola.

Vincent la fulmina con la mirada.

—Déjanos tranquilos.

Amber se ríe, levanta el vaso de tequila con sorna y masculla mientras se aleja en busca de otra presa:—Tranquilo, solo era una idea. No eres el único chico guapo del lugar y el resto tiene más dinero. Puedes quedarte con la sosa de Taylor.

Respiro hondo. Vincent tiene razón. Lo cierto es que su personalidad apesta y me desgastan sus ironías, su tono de voz agudo y todo el veneno que arrastra. Me alegro de que se haya ido, no quiero discutir con ella. Sin embargo, antes de poder relajarme, un chico rubio con camisa de marca manchada de vino se acerca a nosotros y, con una camaradería que me asusta, me toma por la cintura con una mano y propone con un aliento ebrio que me da náuseas:

—Vincent, no me has presentado a la nueva, aunque le tengo echado el ojo del club. ¿Qué me dices, preciosa? ¿Nos vamos a una habitación?

Me encojo ante sus palabras y Vincent le empuja:

—Suéltala.

—Tranquilo, si esta noche es tuya me la puedes pasar mañana, hay fiesta en casa de Thomas...

Trago saliva. Estoy tan ofendida que me dan ganas de abofetearle, pero es un cliente del club y no me conviene discutir. Además, Vincent lo hace por mí. Furioso, le toma por el cuello de la camisa:—Si te acercas a ella, te mato.

—Eh, tranquilo, si será por putas en esta fiesta...

Mis ojos centellean y Vincent lo empuja con fuerza para que se aleje de nosotros, intuyo que ha controlado sus ganas de darle un puñetazo. Cuando nos quedamos solos, se disculpa:

—Lamento mucho lo ocurrido, no imaginé que...

Me siento como una estúpida. Este es su mundo, no el mío.

—Será mejor que me vaya. Tomaré un taxi.

—Nos vamos los dos.

—No es necesario, tú puedes quedarte. Disfruta de la noche, de verdad. Simplemente no encajo aquí. Te agradezco el esfuerzo, pero...

—¿Esfuerzo? ¿De qué esfuerzo hablas? Taylor, quería salir contigo esta noche, y no sé por qué pensé que esto estaría bien. Este lugar no es para ti, tú no eres como esas chicas y yo tampoco quiero que lo seas. Y no quiero quedarme aquí, quiero ir a dar un paseo por la playa y olvidar todo esto. No eres la única que se siente incómoda aquí.

Dudo unos segundos.

—Por favor, no hagas que me sienta peor. Déjame que arregle la noche.

Miro alrededor de mí sin comprender que quiera marcharse. Si se quedara en la fiesta, podría tener a la chica que quisiera y pasar la noche con ella. Pero elige estar conmigo. Y eso me halaga tanto como me preocupa. Mis ojos se cruzan con los suyos y él adivina lo que estoy pensando. Entrelaza su mano con la mía y me asegura:

—Taylor, no espero de ti nada de lo que tendría en esta fiesta. Solo quiero pasear, que nos conozcamos algo mejor.

—¿No conoces a esas chicas? —pregunto señalando a las que intuyo pueden haber estado con él.

—No, claro que no. Por favor, no soy como crees, o al menos no contigo. ¿Me dejas intentar demostrártelo?

Su tono de ruego me conmueve. Debería mantener la distancia, pero me gusta estar con él. Hace que me olvide de las cosas que me preocupan, incluso de la visita de Nolan. Con él puedo hablar de muchas cosas, es divertido y, cuando no estoy celosa al ver a esas chicas tan disponibles para él, puedo incluso convencerme de que solo quiero ser su amiga. Además, me gusta cómo me ha defendido de ese chico borracho y también me apetece pasear por la playa y dejar que la brisa nocturna borre los malos momentos del día de hoy. Sonrío y acepto:

—Está bien, volvamos a casa y demos un paseo por la playa.

VINCENT



Usualmente, cuando conduzco olvido todo lo que no sea la sensación del movimiento, del viento contra mi cuerpo, del ruido inconfundible de mi Harley. Y, si llevo a Taylor de acompañante como ahora, hay pocas cosas tan eróticas como su pelvis apretada contra mí y sus manos rodeando mi estómago. Pero aunque ahora está haciendo ese gesto, no puedo disfrutarlo porque lo único que pienso es que soy un completo idiota. ¿Cómo se me ocurrió llevarla a esa fiesta en la que el único objetivo es alcohol y sexo? Supongo que estoy tan acostumbrado a que sea mi única forma de diversión que hasta que lo he visto con los ojos de Taylor no me he dado cuenta de lo sórdido que parecía: las chicas que trabajan en la zona de camareras ofreciéndose sin pudor buscando cazar a un millonario, y los chicos borrachos con las manos largas como si compraran ganado. La mano de Taylor seguía temblorosa cuando hemos salido, ofendida por cómo la ha tratado ese tipo. He estado tentado de golpearle, pero no me gusta la violencia ni Taylor lo hubiera aprobado, menos aún con un cliente del club que puede meternos en problemas a los dos.

Cuando llegamos a la casa observo que el paseo en mi Harley ha hecho que Taylor, que se había quedado pálida desde el incidente, recupere el color de sus mejillas, aunque sigue silenciosa mientras descendemos los escalones hasta la playa. Cuando llegamos al final, se sienta de espaldas a mí. La cascada de su cabello rojizo cae sobre su espalda. Instintivamente jugueteo con uno de sus rizos y ella se gira para mirarme. Me fascina el verde de sus ojos tanto como sus rasgos tan suaves y delicados. Quiero que sonría. No estaba sonriendo en la fiesta. Solo pensaba en lo que yo había hecho con las chicas que me saludaban.

Lo he leído en sus ojos y me ha hecho sentir un estúpido al que no se le ocurre una forma mejor de conquistarla que llevarla a un sitio lleno de chicas con las que me he acostado. Agobiado de no poder reconducir la situación, comento con suavidad:

—Estamos mejor aquí, ¿no te parece?

—No quería sacarte de la fiesta —insiste.

—No lo has hecho, a mí tampoco me apetecía estar allí.

Dobla las piernas y apoya la barbilla sobre las rodillas.

—Si no fuera por mí, estarías con Amber.

—Te equivocas por completo. Solo estuve con ella porque estaba muy borracho y me daba igual con quién terminar la noche. No es precisamente una chica que derroche encanto más allá de lo obvio y no volvería a estar con ella bajo ningún concepto.

Baja los ojos y adivina lo que estoy pensando.

—No tienes muy buena impresión de mí por lo que pasó con Amber, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—No es de mi incumbencia lo que pasó entre vosotros. Pero te agradezco que me hayas acompañado.

—Era lo que quería hacer.

Se hace un silencio y me disculpo de nuevo:

—Lamento mucho lo ocurrido con ese chico. No debería haberte llevado. Te puse en una situación violenta y lo lamento.

Respira hondo.

—Sé de lo que hablas, por eso nunca iba a las fiestas de determinadas fraternidades. Demasiado alcohol y decisiones equivocadas.

Su mirada se ensombrece y me pregunto si sucedió algo allí que la hirió. Ella advierte lo que pienso y se explica:—Solo fui una vez y a la media hora estaba tan harta que intenté marcharme. Un borracho idiota me interceptó en una zona oscura del jardín. Casi me desgarró el vestido y tuve que darle una patada donde ya te imaginas para que me soltara y poder salir corriendo. Después de eso, se acabaron para mí los lugares de riesgo.

Un gesto de horror toma mi rostro.

—Espero que golpearas bien duro a ese tipo.

—Lo hice.

—Bien, porque si no, puedo ir a buscarlo y darle una paliza.

Sus ojos brillan traviosos.

—Ya lo hizo otro compañero de la universidad cuando se metió con su hermana pequeña. No apruebo la violencia, pero en este caso no sentí ni una pizca de lástima. De hecho, fuimos unas cuantas las que nos alegramos.

Sonreímos los dos, pero una duda asoma a mi mente.

—¿Por qué dejaste la universidad? Eres muy inteligente.

Taylor mueve los hombros visiblemente inquieta.

—Para mí dejó de ser importante sacarme un título, y me marché a mitad de curso.

—¿Lo dejaste a medias? No parece propio de ti.

Su respiración se vuelve agitada y advierto que no quería contarme eso. Con voz temblorosa responde:

—Fue lo mejor en ese momento.

—¿Y qué hiciste cuando dejaste la universidad?

—Trabajar, leer..., lo normal.

—Y luego viniste aquí a ganar dinero.

Asiente, y una idea asoma a mi mente.

—¿Fue a causa de un chico?

—No.

—¿No salías con nadie en la Universidad? —inquiero, me parece extraño que alguien como ella estuviera sola.

Suspira, esta conversación no le gusta, pero aun así responde:

—Durante un tiempo con un chico que estaba en mi clase.

—¿Por qué rompiste con él? —me intereso, con la esperanza de que eso me dé pistas de por qué afirma tan categóricamente que no quiere estar con nadie.

—No estábamos hechos el uno para el otro. Además, prefiero estar sola y dirigir mi propia vida.

—No te ofendas, pero pareces más una romántica que una solitaria.

—No me ofendo. Pero ahora mismo no necesito a nadie diciéndome lo que debo hacer y cómo debo hacerlo. Por eso nada de novios.

—Pero tuvo que haber un motivo para que rompierais —insisto.

—Dejé la universidad y no quería una relación a distancia, así que rompí con él. ¿Te convence más eso?

—¿Y a tu novio no le importó?

—No teníamos una gran relación. Fue fácil dejarlo.

Sacudo con fuerza mi cabeza.

—Se me hace imposible creer que a alguien le sea fácil perderte.

—No nos importábamos lo suficiente. Eso lo hizo fácil.

La escudriño con la mirada.

—Es raro entender que dejaras tus estudios y a tu novio. ¿Seguro que no pasó nada?

Sus manos se crispan.

—Vincent, ¿por qué te importa tanto que dejara la universidad? Tú no has ido a ella.

—Porque eres muy lista y hay un deje de tristeza en tus ojos cuando hablas de eso. Algo me dice que te hubiera gustado estudiar.

—No volveré a la universidad. Es demasiado tarde.

—¿Tarde? Solo tienes veintitrés años.

No responde y se hace un silencio incómodo que yo rompo preguntando:

—¿Qué harás cuando termine el verano?

Ella alza la vista con precaución.

—Todavía no lo sé.

—Podrías quedarte aquí. Mike dice que la temporada está siendo buena y que quizá habría trabajo para nosotros en invierno.

Taylor abre la boca para hablar y luego vuelve a cerrarla.

—No puedo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros:

—Porque no. Pero, mientras no encuentras trabajo de mecánico, estarás bien aquí, con Mike. Y yo estaré bien donde esté.

Su respuesta evasiva me frustra, pero intuyo que no debo insistir. Aprieto la mandíbula. Esto es nuevo para mí. Cuando estoy con una chica sé lo que decir y cuándo decirlo. Además, no tengo edad de perder la razón y la capacidad de expresarme correctamente. Y sin embargo me pasa. Leo en sus ojos que, aunque ha salido del paso de mis preguntas con aplomo, hay mucho dolor detrás de ellos. Me pregunto si tuvo alguna mala experiencia con ese chico que no quiere contarme, o quizá con algún tema de la universidad. Sea lo que sea, me gustaría averiguarlo, debió herirla profundamente si todavía tiene la capacidad de afectarla tanto.

Permanecemos en silencio durante largo rato, hasta que advierto que tiene frío y le pongo mi chaqueta sobre sus hombros. Ella sonrío agradecida.

—Muchas gracias, tienes unos modales impecables...

—Mike me ha lavado el cerebro.

—Lo dudo mucho, Mike es genial.

—Es gay. Lo digo para que no te desilusiones —mascullo, no puedo dejar de sentirme algo celoso de la camaradería que tienen.

—Ya lo sé, pero no importa porque estoy interesada en salir con chicos. Mi verano ya es lo bastante complicado como para añadir más variables.

—Eso suena muy frío.

—Es que soy fría —se burla.

—No lo pareces.

—Nunca te fíes de las apariencias. Me gusta calcular las cosas.

—¿Y ahora has calculado que estar con chicos es perjudicial? —
ironizo.

—Así es.

—Pero ¿por qué crees eso?

Suspira.

—Solo estaré aquí un verano. No quiero ataduras cuando me vaya y tampoco soy una chica de una noche.

Su respuesta es clara, pero sus ojos se desvían y atisbo nerviosismo, de nuevo intuyo algo que no quiere contarme. Me pregunto si lo admitiría si insistiera, pero temo alejarla. Juguetea con la arena.

—Este sitio es precioso. Ojalá pudiera quedarme siempre en él.

—¿Te devuelvo a la fiesta para que busques un millonario?

—No me refería a la casa, sino a la playa. A esta noche. A la paz.

—Pareces una chica muy tranquila.

Se encoge de hombros.

—Todos tenemos nuestras tormentas. Por eso es tan importante disfrutar de los momentos como este.

Tiene razón. Trago saliva y declaro:

—Deberíamos haber venido aquí en un principio. A mí también me gusta estar aquí, escondido del mundo contigo.

No sé si me cree, pero es la verdad. Si me hubiera quedado en la fiesta tendría a alguna de las chicas bailando para mí eróticamente, si es que no habíamos terminado ya en la cama. Estaría borracho y mi cuerpo se lo pasaría bien un rato. Pero mi mente seguiría en un torbellino, hastiada de todo. No tengo ese sentimiento cuando estoy con Taylor. Ella es diferente, un reto. No se va con cualquiera, no cede con facilidad. Si se entrega a mí estará dándome mucho más que su cuerpo. Y eso es lo que quiero, lo que anhelo desesperadamente.

Respiro hondo. Taylor tiene razón, me gustaría poder congelar este momento. Y por eso sé que hoy no intentaré nada que pueda estropearlo.

Es una noche perfecta y lo único que me permito es seguir jugando con su mechón de cabello mientras observamos en silencio las estrellas. Querría alargarse su mano y entrelazarla con la mía, pero tengo miedo de que me rechace. Respiro hondo y me atrevo a decir:

—No sé por qué mis preguntas te ponen triste, pero lo hacen, así que no insistiré. Pero, si alguna vez quieres hablar, estaré aquí.

Ella sonríe, pero no como otras veces. Lo hace como cuando Gillian me confirmó que estaba enamorada de Dallas. No sé por qué ni cómo, pero es como si cada vez que me acerco a Taylor se distanciara de mí automáticamente. Siento que me ahogo. Creía que tenía controlado a mi corazón. Una vez latió por la novia de mi amigo. Fue un breve latido, que dolió como nunca me había sucedido antes. Pero lo superé, quizá porque sabía que ambos merecían estar juntos. Pero Taylor no está con nadie ni quiere estarlo. Es como si, a pesar de su ternura y su afán por ayudar a los demás, no quisiera crear vínculos profundos con nadie, y menos conmigo. Pero no puedo comprender el porqué. Y solo sé que me hace daño y me da miedo; pero también hace que no quiera rendirme con facilidad.

TAYLOR



Estoy inquieta. Cada vez Vincent y yo estamos más cercanos, y eso me angustia. Ojalá pudiera sentir por Vincent lo que siento por Mike: simple y llana amistad. Pero me resulta imposible. Podría engañarme a mí misma diciéndome que es solo porque es guapo y tiene cuerpo de modelo, pero es por mil cosas más. Me gusta cuando habla de su Harley o de su trabajo de mecánico. Sus ojos brillan y se advierte claramente cuánto le apasiona el tema. También cuando nos levantamos y me ofrece un café con una sonrisa que podría deshacer el hielo de la Antártida. Cuando se acerca a mí y su aroma se entremezcla con el mío. Cuando volvemos a casa y, en lugar de irse de fiestas como solía hacer antes, se queda conmigo, cenamos con su tío y luego damos un paseo por la playa que me hace anhelar ser libre para amar como una adolescente inocente y apasionada. Solo la vida hace tiempo me robó mi inocencia y sé que lo que tengo es lo único a lo que puedo aspirar, me guste o no. Suspiro. No voy a desmoronarme, no lo hice antes y no lo haré ahora. Solo necesito alternar a Vincent con distracciones que disminuyan mi atracción hacia él, o al menos minimicen que pueda perder el control. Sé que él solo se controla porque yo se lo pedí y quiere ser el caballero que me prometió. Pero siempre temo que algún día no lo haga, que se acerque a mí y no haya nada en el mundo que pueda hacer que le rechace. Porque cuando estoy con él siento mucho más que un ardiente deseo. De mi interior surge una profunda necesidad de sentirme protegida y cuidada por él. El miedo ha gobernado mi vida desde hace meses, pero desaparece cuando Vincent está a mi lado y me hace reír y olvidar. Pero no puedo dejar esa responsabilidad en él, no sería justo. Debo hacer actividades y buscar mi espacio lejos de él.

Por eso hoy he decidido ir a visitar a la señora Dumphy a la salida de mi turno. Hay algo en ella que me hace sentir mejor. Todo a su lado parece armonioso, quizá porque no se esfuerza. Su casa y ropa denotan una elegancia que me encanta, y su conversación es muy inteligente. Siempre que he venido a ayudar a servir en algún evento, después me he quedado con ella largo rato hablando. También lo hacemos en el club, no permite que ninguna otra camarera le sirva. Cuando llego a la casa, ella está sentada en el jardín delantero. Me mira sorprendida:

—¿Habíamos quedado?

—No, pero estaba por la zona y he pensado en pasar a saludarla. Espero que no le moleste.

Sus ojos brillan, es obvio que no recibe muchas visitas fuera de las de conveniencia en los eventos que organiza para las damas de la zona.

—No, claro que no. Entremos en la casa y tomemos un té.

Asiento y caminamos hasta la casa a paso lento. A pesar del bastón, la señora Dumphy tiene dificultades para subir los escalones y la tomo del brazo. Por unos momentos temo que se ofenda, pero una oleada de ternura invade su rostro, como si hiciera mucho tiempo que nadie tiene contacto físico con ella. Cuando entramos en la casa y, a pesar de que está sin aliento por el esfuerzo realizado, llama con fuerza a la criada:

—¡Rosalie!

La criada aparece con rapidez y nos indica que vayamos al salón. Este es uno de los lugares más bonitos que he visto nunca y me encanta estar aquí. El club es suntuoso y lleno de lujos, pero esto es muy diferente. Es como una extensión de la señora Dumphy, elegante y bello, como si el tiempo no pasara por él. El sutil aroma de las flores colocadas en los jarrones invade mis fosas nasales mientras observo los retratos familiares colgados de las paredes, las lámparas de cristal y las alfombras laboriosamente tejidas. Hay objetos bellísimos y seguramente muy costosos repartidos por toda la estancia, pero nunca llega a provocar una sensación de agobio. La señora Dumphy me indica que me siente en el sofá y me apoyo sobre un cojín bordado a mano. Es curioso, me he criado en una caravana, pero en este lugar tan diferente a todo lo que yo he vivido me siento como en casa. Quizá sea por la sensación que la decoración me transmite: orden, pero también calidez. Lo mismo que me sucede con la señora Dumphy, aunque es una sensación que no parece compartir el resto de las personas que tratan con ella.

—Ya se lo he dicho en otras ocasiones, pero tengo que repetírselo. Tiene una casa muy bonita, señora Dumphy.

Ella sonríe, pero contesta nostálgica:

—Gracias, pero es demasiado grande para mí —comenta, y me acerca la fotografía de una repisa añadiendo—: Mi marido era un gran hombre, muy apuesto e inteligente.

—Lamento mucho lo que ocurrió.

—Y yo lamento lo que le ocurrió a tu familia.

Rosalie empieza a servir el té y la señora Dumphy se interesa:

—¿Qué te trajo aquí?

—Buen sueldo y el mar. Mi madre trabajó aquí un verano y quise comprobar por mí misma cómo era el lugar. Además, el señor Higgins me consiguió trabajo en el club y alojamiento.

—La mansión en la que te alojas es la mejor de la zona.

Yo la miro sorprendida y ella ríe:

—Puede que esté mayor, pero mi memoria sigue intacta. Y había acudido a muchas fiestas allí cuando era joven.

—No quería parecer insolente.

—No lo has sido —contesta con la mirada afable.

Yo sonrío y no puedo evitar decir:

—Es usted siempre muy amable conmigo.

—Y eso te sorprende... Parece que te han hablado mucho de mí.

Bajo los ojos avergonzada, pero ella añade:

—Todo lo que te han dicho de mí es cierto. Pero en mi defensa diré que la gente tiende a sacarme de quicio.

—¿Y yo no?

—No. Mike tiene razón, eres una buena chica

—¿Ha hablado con Mike de mí? —me sorprende.

—Los secretos se mantienen con dificultad aquí, querida. Y Mike me suele mantener al día de lo que pasa en el club. Aunque preferiría que no lo comentaras.

—No, claro que no.

Se hace un silencio y miro a mi alrededor. Señalo uno de los retratos, el de un hombre con un gran parecido a la señora Dumphy.

—¿Era su padre?

—Sí —suspira nostálgica—. Es extraño ser heredera de una fortuna como la mía. Nunca se habló de ello, hasta que en el momento de la muerte todo pasó a mí. Mi padre me había ido traspasando gradualmente sus responsabilidades, aunque yo no me daba cuenta de ello. Para mí seguía siendo el hombre fuerte que respetaba y admiraba. A veces pienso

que, si me hubiera explicado que estaba enfermo, podría haber hecho algo por él.

—Quiso ahorrarle el sufrimiento de que usted viera que se iba consumiendo.

—Sí, supongo que era humillante para alguien como él que los demás lo vieran como falible, incluso yo. Tenía mucho carácter. En aquel entonces me molestaba, pero ahora yo también he llegado a esa edad en la que hago lo que quiero cuando quiero. Y eso me granjea muchas antipatías.

Dibujo una media sonrisa.

—Me gusta cuando gruñe.

—¿Gruñir? Jovencita, nadie se atrevería a decir que yo gruño.

—Por eso prefiere que yo sea su camarera, es más divertido cuando te dicen la verdad —me atrevo a decir—. Aunque si quiere puedo ser como todo el mundo.

—Como tú dices, eso sería muy aburrido —contesta guiñándome el ojo.

Reímos las dos y charlamos durante largo rato, tanto que ya ha oscurecido cuando comento:

—Gracias por invitarme a pasar, ha sido un placer.

—Puedes venir siempre que quieras.

—Es usted muy amable. Por cierto, mañana por la mañana tengo pensado dar un paseo por estas playas. Algo tranquilo, para conocer la zona. ¿Le gustaría venir conmigo?

Arquea las cejas.

—¿Tú quieres pasear conmigo?

—Es mejor que hacerlo sola. Y usted puede explicarme muchas cosas sobre todo esto.

Sonríe satisfecha.

—Bien, te pagaré lo mismo que cuando vienes a los eventos.

—Bajo ningún concepto —protesto ofendida.

—¿A qué te refieres?

—Señora Dumphy, aceptaré su dinero cuando venga a servir el té a sus amigas o a ayudarla en un evento. Pero le dije de pasear por la playa porque pensé que nos iría bien a ambas, no para que me pague.

—A mi edad el dinero deja de ser importante —repite la señora Dumphy recostándose en el sofá—. Y a juzgar por las horas que haces en el club, tú sí que necesitas todo lo que puedas ganar.

—Puede que el dinero no sea importante a según qué edad, pero siempre lo es la amistad. Señora Dumphy, perdone si soy impertinente, pero quiero ser sincera con usted. El motivo por el que la invité a pasear es porque me recuerda a mi abuela. Si quiere que pasemos un buen rato, solo tiene que aceptar mi propuesta. Pero si busca una dama de compañía, entonces pague a otra.

Me mira sorprendida, supongo que está acostumbrada a que todos se obsesionen por su dinero.

—Podría pagarte bien.

Respiro hondo.

—Lo sé, y se lo agradezco, pero con el dinero del club conseguiré mi objetivo de saldar mis deudas. Y mi tiempo libre es para disfrutarlo. Si quiere ser mi amiga a pesar de la diferencia de edad, estoy aquí. Y si no, podemos volver a ser simplemente camarera y clienta. Pero si somos amigas, será sin dinero de por medio.

Sonríe de una forma extraña y me toma de la mano.

—Conocí a alguien como tú una vez.

Su tono me sorprende.

—¿Qué fue de ella?

—La vida fue dura con ella. Y cambió.

Sus ojos tiemblan y me pregunto si está hablando de ella misma.

—Quizá en su interior siguió siendo igual.

—Lo dudo mucho, querida, lo dudo mucho. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, pasaré a buscarla a primera hora.

—Te acompañaré a la puerta.

—No es necesario, guarde sus fuerzas para mañana. Además, conozco el camino.

Dudo si darle un beso en la mejilla, pero no me parece apropiado, y me limito a estrechar su mano y salir de la casa con una sonrisa en los labios al recordar todas las veces que hablé con mi abuela como hoy lo he hecho con la señora Dumphy.

Conduzco por la carretera de la costa de vuelta a casa. Comienza a oscurecer, y debo concentrarme en el volante para no perderme en el cautivador espectáculo del atardecer. Ralentizo la marcha, quiero disfrutar hasta el último segundo de este atardecer.

Al llegar a la casa, Vincent está apostado junto a la piscina. Apago el motor, me apeo del coche y me acerco hacia él con naturalidad. Lleva unos vaqueros oscuros, pero se ha quitado las botas y está descalzo. La camiseta es de tirantes y marca sus amplios y definidos bíceps de una

forma inconvenientemente seductora. Debería estar prohibido que tu compañero de piso sea un modelo perfecto de belleza masculina, todo fibra y músculos bajo un tono de piel tostado que me hace querer alargar la mano para acariciarle. Respiro hondo y trato de relajarme. Los amigos no pierden la respiración cada vez que se ven, me recuerdo. Él me mira aliviado:

—¿Dónde estabas? Comenzaba a preocuparme.

Sonrío halagada y me siento a su lado.

—Fui a ver a la señora Dumphy.

Arquea las cejas incrédulo.

—¿La gruñona de la señora Dumphy?

—No la llames así, es encantadora.

—Solo contigo... Podrías escribir un libro: cómo conseguir que todos te vean encantadora.

—No todos... —tuerzo el gesto.

—¿Qué ha pasado?

—No es nada —respondo sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Amber... —adivina.

—Hoy tenía un mal día.

—¿Alguna vez lo tiene bueno?

Me encojo de hombros y él se disculpa:

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

Vincent no dice nada durante unos instantes y me pregunto qué está pensando. No me gusta sacar a Amber a colación, me recuerda una parte de él desagradable. Trato de cambiar de tema:

—¿Cómo te ha ido a ti?

—Bien para el club, lo cual se traduce en mucho trabajo. Pero supongo que eso ya lo sabes. Aunque ya me estoy acostumbrando. Mi tío me ha dicho si queríamos cenar con él y le he propuesto hacer una barbacoa. ¿Te apetece? —ofrece señalando a la parte trasera de la casa.

—Sí, por supuesto.

Nos levantamos y rodeamos la casa de la piscina hasta llegar a la zona del jardín donde está la barbacoa. Yo también me quito los zapatos y los dejo al lado de la puerta para recuperarlos después, igual que mi bolso. Con la inmensa valla que rodea la mansión y el impresionante sistema de vigilancia establecido no he de preocuparme por robos.

En la barbacoa el señor Higgins ya ha encendido el carbón para las brasas y está sazonando la carne. Va vestido de una forma mucho más

informal que en otras ocasiones, con vaqueros, una camisa de manga corta y unas sandalias de playa.

—Eso tiene un aspecto estupendo, señor Higgins —comento.

—Deberías llamarme Aaron, todo el mundo lo hace.

Su petición me desconcierta unos segundos, pero acepto con la cabeza. Vincent se lava las manos en un pequeño fregadero adyacente y comienza a ayudar a su tío. Yo me ofrezco:

—¿Os apetece beber algo?

—Sí, tienes refrescos y cervezas en esa nevera —me indica Aaron.

Yo tomo un zumo de naranja y les sirvo una cerveza a cada uno. La verdad es que me encantaría tomar una también, pero no puedo beber alcohol y no es negociable. Otra normalidad más a la que debo renunciar. Comienzo a preparar la ensalada y Vincent comenta:

—Tío, ya no estás solo... Taylor se ha hecho amiga de la señora Dumphy.

—No me sorprende, ambas tienen mucho en común.

Sonrío y pregunto curiosa:

—¿Cómo era de joven?

—Muy bonita, con carácter y muy generosa. Su esposo estaba loco por ella.

—Sigue siendo muy guapa. Y también con carácter —río.

Aaron sonrío también y durante varios minutos me cuenta varios detalles de la señora Dumphy. Es evidente que, a pesar de la diferencia de clase social, hay una buena amistad entre ellos. Vincent escucha con atención:

—Parece que habléis de otra persona.

—Es seca en su trato con la gente porque está triste.

—Así es —confirma Aaron—. Aunque solo Mike y tú parecéis advertirlo.

Tomo un sorbo de mi zumo y Vincent comenta:

—Hoy he hablado con mis padres.

—¿Están bien?

—Sí, con el dinero que les envío todo parece ir mejor.

—Ojalá pudieran venir a verme —comenta Aaron nostálgico.

—También podrías ir tú —propone Vincent—. ¿Cuánto hace que no te tomas unas vacaciones?

Aaron abre las manos y señala a su alrededor:

—Este lugar es espectacular, y mi deber es cuidarlo. No tengo tiempo de vacaciones, tampoco las necesito.

Vincent y yo intercambiamos una sonrisa cómplice, está claro que esta mansión es toda su vida.

—¿Cómo era el antiguo dueño?

—Un gran hombre. Hay pocos como él.

—Emma me ha contado que su sobrino es quien ha heredado su fortuna —incido.

—Así es. Nunca se casó.

—Pues no debían faltarle candidatas —ironiza Vincent.

Aaron deja vagar la vista al horizonte.

—Hubo una mujer. Estaban prometidos y ella murió poco antes de la boda. Todo el mundo le dijo que tenía que pasar página, pero no fue capaz. Aunque en sus últimos tiempos pudo hacer de padre de su sobrino, o sea que al final no estuvo tan solo.

—¿Erais amigos? —se interesa Vincent.

—Él era mi jefe y yo el mayordomo.

—No es eso lo que te he preguntado —insiste.

—Nos apreciábamos, nos respetábamos y nos explicábamos cosas que no comentábamos con nadie más. Sí, supongo que sí éramos amigos aunque jamás lo habríamos expresado así —titubea.

—¿Y su sobrino?

—No he tenido ocasión de conocerle. Aunque he hablado con él por teléfono y espero que nos visite pronto. Me gustaría volver a ver esta casa llena de gente.

—Deberíais contratar más personal si eso pasara —incido.

—Sí, y reconozco que me encantaría. Un lugar tan bonito está hecho para brillar, no solo para que lo habite un mayordomo.

—No sabía que eras tan poético —bromea Vincent.

—Yo entiendo lo que quieres decir, esto tiene que ser muy solitario en invierno. A mí me costó mucho acostumbrarme a no compartir mi espacio con mis abuelos.

Aaron me mira con ternura:

—Tu abuelo me contó que los tres estabais muy unidos.

—Así es. Para mí fueron mis padres.

—Tu familia también está muy unida, Vincent, eso es bueno.

—Sí, aunque ahora que estoy lejos tengo miedo de alejarme demasiado.

Su voz se rompe y Aaron termina su frase:

—Como me pasó a mí.

—No quería ser indiscreto.

—No lo has sido. Tu padre y yo nos labramos caminos distintos. Él no sería feliz aquí siempre al servicio de alguien y yo no lo sería en el parque de caravanas con otro tipo de trabajo. La cuestión es que nos apreciamos, por eso fui el primero al que llamó cuando tuvisteis problemas.

—Sí, eso es cierto. Supongo que es lo mismo que me pasa con mi amigo Dallas. No sé cuándo volveré a verle, pero seguimos en contacto y sé que, si uno de los dos necesitara algo del otro, lo tendría.

Vincent respira hondo y vuelvo a ver en él al chico atormentado que tanto me atrae. Me gustaría aliviar su añoranza, pero es difícil cuando cada vez que me acerco e intimamos corro más riesgo de dejarme llevar. Aun así, le agradezco que tanto él como Aaron se hayan expresado con tanta confianza delante de mí, como si ambos supieran que los comprendo.

Aaron palmea la espalda de su sobrino:

—Si alguien te importa, encuentras la forma de mantener el vínculo que te une a esa persona a pesar de que el contacto sea difícil.

—Es cierto, incluso hablo con mi hermana casi a diario a través de mensajes y eso que no me gustan —admite Vincent.

—Siempre quise tener hermanos —confieso—. Aunque en el parque de caravanas siempre había alguien con quien jugar, me hubiera gustado tener esa relación tan especial con alguien.

—Eso es porque no has tenido una hermana pequeña todo el día detrás de ti —ironiza Vincent.

—Pero tú la adoras —le recuerda Aaron.

—Sí, eso es cierto —admite—. Y además tengo la misión de impedirle que se le acerque ningún chico en cuanto tenga la edad para ello.

—¡Pobre chica! —protesto.

—Para eso soy su hermano mayor —replica Vincent con una sonrisa.

Los tres reímos y continuamos cocinando, ellos la carne y yo cortando tomates, pepinos y lechuga para la ensalada. Termino antes que ellos y ofrezco:

—Pondré la mesa. ¿Dónde están los platos y los cubiertos?

—Los he dejado en la cesta —me indica Aaron al tiempo que señala con el dedo una mesa adyacente.

Sigo sus indicaciones y pronto Vincent trae la primera bandeja de carne. La cubrimos para que no se enfríe y enseguida Aaron trae el resto. Vincent sirve la ensalada y yo preparo una nueva ronda de bebidas. Como la otra noche, la cena es amena y divertida. Aaron nos cuenta anécdotas

de la mansión, Vincent y yo del club. Estar con ellos es relajante, como estar en familia. Cuando terminamos, nos ofrecemos a recoger y fregar los platos, pero Aaron deniega:

—Habéis trabajado duro hoy en el club, yo me encargo de recoger.

—Gracias, tío. Taylor, ¿te apetece que demos un pequeño paseo por la playa como las otras noches?

—Recordad que tenéis que madrugar.

Vincent esboza una mueca, pero yo intercedo:

—Por supuesto. Solo será un pequeño paseo. Nos vemos mañana, y gracias por la cena y por recoger.

—No es nada, hasta mañana.

Nos alejamos de esa parte de la casa y en silencio caminamos hasta la playa.

—Me gusta tu tío, me recuerda a mi abuelo.

—A mí también me cae bien, aunque a veces es algo pesado con el tema del trabajo y todo eso.

—El trabajo es su vida para él, tienes que comprenderlo.

Me mira con admiración.

—¿Cómo lo haces para ponerte en el lugar de todo el mundo?

—No lo hago, solo de las personas que me interesan.

—¿Y te pones en mi lugar? ¿En mi mente...?

Su voz suena seductora y trato de restarle importancia.

—A veces.

Ríe.

—¿Qué harás mañana? Es tu día libre.

—He quedado con la señora Dumphy para dar un paseo por la playa.

—¿Otra vez? Menudo aburrimiento...

—Al contrario. Es una mujer muy inteligente y me gusta escucharla, tiene historias muy interesantes que explicar.

—Puede, pero yo prefiero las chicas de mi edad.

—No me cabe la menor duda —ironizo.

Su rostro cambia de color.

—No me refería a eso.

—Vincent, tranquilo, solo bromeaba.

Se hace un silencio y repetimos el gesto nocturno de sentarnos en la arena.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dice en un tono extraño.

—Claro

Vacila unos instantes.

—¿Por qué siempre pareces feliz y a la vez presiento que algo te preocupa mucho?

Permanezco callada. No sé cómo contestar a eso.

—Nadie está feliz todo el día. Todos tenemos problemas.

—Pero tú nunca hablas de ellos...

—Sí lo hago. Cada día me quejo de Amber al menos un par de veces.

—Eso lo hacemos todos, y bastantes veces más. Me refería a algo más personal.

Respiro hondo.

—Ha sido una velada estupenda. No lo estropeemos hablando de problemas, ¿no te parece?

Suspira, asiente, y cuando tiemblo por la brisa nocturna, desliza el musculoso brazo por encima de mi hombro protegiéndome con su calor. Mi cuerpo arde por el contacto, pero no le pido que se aleje. Prefiero quemarme de deseo que continuar con la conversación, así que contemplo las estrellas sin hacer ningún ademán de hablar. Tampoco lo hace Vincent. Es curioso. Desde la primera vez que le vi, incluso con su aspecto resacoso en mitad de la playa, intuí que podía confiar en él. Ahora también sé que me comprende, incluso aunque tenga más preguntas de las que puedo contestar. Tiemblo, esta vez no por el frío, sino de miedo a que mi verdad se sepa, y me acurruco de forma intuitiva contra él. No sé por qué me hace sentir tan protegida ni por qué sintonizo con él como si lo conociera de toda la vida, pero lo hago. No puedo dejar que lo nuestro vaya a más, pero voy a disfrutar de cada minuto que pase con él.

Más tarde, cuando regresamos a la casa de la piscina, siento una punzada de pena al separarme de él. Vincent lo advierte y me pregunta:

—¿Te apetece algo de beber?

Dudo unos segundos. Una parte de mí se siente tentada a sentarme con él en el sofá, a seguir hablando hasta que nos coja el sueño. La otra intuye que es ese tipo de situación la que debo evitar.

—No, estoy cansada. Será mejor que me acueste.

—Que descanses.

Sonrío y voy a mi habitación. Me apoyo en la puerta y la cabeza me baila. Vincent está cumpliendo lo de ser solo amigos, pero mi cuerpo, mis labios y mi corazón en realidad gritan que haga todo lo contrario. Quiero que me bese con tanto ardor que me maree, que su cuerpo duro que parece esculpido por un escultor se pegue al mío, que su cálido aliento

recorra mi piel en suaves caricias y gemir cuando lo haga. Anhele que sea salvaje y también dulce, que arda conmigo y que apague el fuego que siento en mi interior. Enfadada conmigo misma por mis pensamientos, lanzo mi ropa sobre la cómoda y me tumbo a sabiendas de que, a pesar del cansancio, me va a costar conciliar el sueño. Vincent hace que mi cuerpo esté enfebrecido por el deseo tanto como mi mente lucha por alejarme de él, y eso me vuelve loca.

VINCENT



He terminado mi turno. Es hora de marcharme, pero antes paso a despedirme de Mike. Algo ha cambiado desde nuestra conversación sobre el médico y Taylor. Desde hace mucho tiempo echo de menos a Dallas, intercambiar ideas con él, poder contarle lo que me pasa a diario. Mantenemos un contacto muy frecuente por mensajes y teléfono, pero no es lo mismo que cuando nos sentábamos en los escalones de la caravana y hablábamos durante horas. Cuando llegué, Mike me cayó bien enseguida, pero me mantuve distante, quizá porque estaba alejado del mundo de fiestas nocturnas que yo frecuentaba. Pero desde que Taylor llegó ya no voy a ellas y necesito a alguien con quien compartir lo que me preocupa. Cada noche hablo con Taylor en la playa antes de acostarnos, pero no es lo mismo, porque gran parte de lo que me preocupa tiene que ver con nuestra relación. En cambio, intuyo que Mike puede entenderme. Es muy comprensivo conmigo, con el resto de trabajadores y con los clientes. A veces parece un clon de Taylor con esa habilidad para preocuparse por todo el mundo e intuir lo que necesitan. Como cuando me hizo acompañarla a aquel bloque de apartamentos lamentable para que aceptara que viviéramos juntos. Supo lo que yo quería hacer antes de que yo mismo lo hiciera, quizá ahora pueda ayudarme también.

Cuando llego al despacho, golpeo la puerta con los nudillos y le escucho decir:

—La puerta está abierta.

Entro y me apoyo en una de las sillas. El despacho de Mike es, al igual que el resto del club, elegante y cuidado. Mike encaja en él, yo sigo añorando mi taller y mancharme las manos de grasa. Pero él parece

nacido para estar ahí. Al verme se levanta y me ofrece un café. Yo lo acepto y, señalando a la mesa, bromeo:

—¿Disfrutando del papeleo?

—Más bien feliz de que los beneficios no paren de incrementarse. Eres bueno, Vincent.

—Solo hago lo que tú me dices que haga. Tú eres el crack, yo solo te imito —reconozco.

—No te minusvalores, eres muy inteligente. Y aunque odies estar aquí, lo estás haciendo muy bien —insiste.

Esbozo una sonrisa. Mike es como Taylor, siempre tienen un comentario agradable para subir el ánimo de todo el mundo. Me veo en la obligación de decir:

—No lo odio, y me gusta trabajar contigo. Pero echo de menos el taller. Siempre he trabajado en eso y no pensé que tendría que hacer otra cosa.

Su cara se contrae.

—Deberías abrir tu propio taller.

Suspiro, agobiado, y respondo con sinceridad:—Es mucho dinero y no lo tengo.

—¿Sigues enviándole a tu familia casi todo lo que ganas?

Bajo los ojos y susurro:—Mi padre no va a poder volver al trabajo en mucho tiempo, si es que puede hacerlo. Me necesitan, sobre todo mi hermana. Es muy lista y tenemos que ahorrar para que vaya a la universidad.

Mike apoya comprensivamente su mano sobre mi hombro.

—Es increíble lo que haces por ello, muchos otros ignorarían la situación de su familia.

—Ellos siempre han estado para mí cuando lo he necesitado.

Mike sonrío.

—Tener una familia con la que contar es muy importante. Pero, aunque no tengas el dinero, te sobra el talento. Podrías buscarte un socio que te ayudara con la parte económica.

Suspiro con frustración.

—El único que se me ocurre de socio tiene tan poco dinero como yo. —Mike arquea una ceja y yo le explico—: Se trata de mi mejor amigo, trabajábamos juntos antes de que él se fuera a Harvard con sus hermanos y su esposa, Gillian. Lo que ganan les da para vivir y los pocos ahorros que les quedan van a un fondo para que su hermana pequeña pueda estudiar en la universidad.

—Quizá podrías encontrar a alguien con dinero.

Agradezco su interés, pero le explico:

—No creo que un desconocido quisiera correr el riesgo. No pasa nada. La vida funciona así. Los hay que están en ese lado de la valla, y los que estamos aquí sirviéndoles.

Mike esboza una mueca, como si mis palabras no le convencieran, e insiste:—Puede, pero algo me dice que algún día podrás demostrar tu valía.

Sonrío.

—Me recuerdas a Taylor cuando habla. En realidad, los dos os parecéis mucho en muchas cosas.

—¿Como en que somos guapos e irresistibles? —bromea.

—Ella más que tú.

—Acabas de romper mi corazón.

Reímos los dos y comenta:

—¿Cómo os va?

—Somos buenos amigos.

Mi gesto de fastidio se evidencia y Mike ironiza:

—¿Solo amigos?

—Sí. Estamos juntos cada noche, cenamos y luego paseamos por la playa, y una parte de mí quiere intentar algo; pero la otra teme que si lo hago se irá de la casa.

—Quizá eso sería una reacción exagerada...

—Es lo que me dijo cuando lo intenté la primera noche que nos conocimos.

Una sonrisa divertida asoma a su rostro.

—¿La primera noche de conoceros? ¿Quieres decir la misma en la que te había encontrado por la mañana saliendo de la cama de Amber?

Bajo los ojos admitiendo mi estupidez. Mike insiste:

—Taylor es diferente a las chicas que has conocido hasta ahora. No dudo que piense que eres guapo y todo lo demás, pero no la veo enrollándose contigo a los cinco minutos de conocerte.

—Pero no es solo eso. Dice que no quiere salir con ningún chico, que se irá en cuanto acabe el verano y que solo podemos ser amigos —digo en mi defensa.

—Puede que haya cambiado de idea o que lo haga conforme os conozcáis mejor. Al fin y al cabo, tú has cambiado mucho desde que ella llegó.

Arqueo una ceja.

—¿Tanto se nota?

Una sonrisa cómplice asoma a su rostro.

—No vienes a trabajar con resaca ni tienes la mirada como si fuera a terminarse el mundo en cualquier momento.

—Yo no...

—Claro que tenías esa mirada, y lo sabes.

Tiene razón. Hasta que Taylor llegó, trabajaba con desgana, tristeza incluso. Y luego por las noches iba a fiestas donde trataba de olvidar mis frustraciones con satisfacción física momentánea. Pero no lo conseguía. En cambio, estar con Taylor hace que todo sea mejor, que yo sea mejor. Me llena más una conversación con ella que acostarme con cualquier otra chica. ¿Cómo es posible? ¿Qué significa eso? Sea lo que sea, debo averiguarlo, y por ello me despido.

—Es hora de irme a casa. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Salgo de su despacho y me dirijo al parquin. A lo lejos distingo a Amber y, antes de que pueda decirme algo que me saque de mis casillas o que intente bajarme los pantalones, camino rápido hasta mi Harley. Cuando llego a casa, la cabeza no para de darme vueltas. Cojo una cerveza de la nevera y me siento en los escalones de la entrada mirando al cielo. Si pudiera hacerse realidad lo que Mike dice, conseguir un socio que me ayudara con la parte económica, todo cambiaría. Hago una mueca. ¿A quién quiero engañar? Soy el chico que vive en una caravana y que ha de mantener a su familia. El resto, son solo sueños. Esto es a lo único que puedo aspirar. Mañana iré al banco a depositar el dinero para mis padres. Mi madre ha tenido que ir al dentista y además está la factura de la reparación del coche de mi padre, la comida... A pesar de que, acostumbrados como estamos a hacer malabarismos con el dinero, intentamos ser comedidos, los gastos aparecen de la forma más imprevista. Con lo que les envió me quedará para pagar esta semana la gasolina y poco más. Aunque ahora no me importa tanto, ya que he dejado de salir de fiesta. Desde la otra noche, ir a sitios donde solo conseguiría emborracharme y estar con una chica a la que olvidaría a la mañana siguiente no me resulta nada apetecible. Lo único que quiero es pasear con Taylor y olvidar los sueños que no se cumplirán.

Apoyo la cabeza en mis rodillas y la levanto en cuanto escucho el ruido sordo de las sandalias de Taylor sobre el parqué. Sale de la casa y se sienta a mi lado. Lleva un vestido blanco, largo, sencillo, que resalta el color de su cabello, que se ha dejado suelto en cascada sobre los hombros.

Dos largos pendientes de plumas son sus únicas joyas, y cuando la observo vuelve a mí la sensación que tuve la primera vez que la vi. Antes de poder controlarme comento:

—Hueles a rosas.

—Es mi perfume nuevo. Me he dado un capricho —confiesa con una sonrisa traviesa.

—No lo usas en el trabajo, ¿te lo has puesto por mí? —bromeo.

—A diferencia del resto de las chicas, no hago nada pensando en ti —incide en tono burlón.

No protesto, me lo tengo merecido. Aun así, necesito saber para quién se ha arreglado tanto.

—¿Vas a alguna parte?

—A la fiesta de Emma, ¿lo has olvidado? Hoy es su cumpleaños. Me dijo que te había invitado, pero que le dijiste que no podías ir.

Me muerdo el labio. Eso fue hace tres semanas, cuando la idea de una fiesta con Emma y su familia me parecía menos apetecible que una fiesta desmadrada con chicas fáciles. Claro que entonces no estaba Taylor, vestida de un modo que va a atraer las miradas de todos los chicos que estén en esa fiesta.

—Es cierto, lo dije, pero ahora me gustaría ir. ¿Crees que le importará a Emma si voy sin avisar?

—No, claro que no, es Emma. Además, me dijo que podía llevar acompañante, o sea que cuenta con tener invitados extra.

Sonrío maliciosamente.

—¿Me estás invitando a una cita?

—No, te estoy salvando de poner una excusa. Y todavía puedo arrepentirme y dejarte aquí solo —ironiza mientras me guiña el ojo.

Yo me río, es la respuesta que me merezco, y la tomo de la mano:

—Bien, chica inmune a mis encantos, ¿nos vamos a esa fiesta?

—Por supuesto.

—¿Te parece bien que vayamos en mi Harley?

—Claro, es preciosa, me encanta ir en ella.

Se acerca a ella y la acaricia como si fuera un ser vivo, lo que me asombra y me atrae a la vez. Me pregunto cómo sería recibir esa caricia en mi pecho. Mi pulso reacciona inmediatamente ante ese pensamiento y un calor nada conveniente hace arder mi sangre. Me subo a la moto antes de que ella lo detecte y enciendo el motor, que ruge con fuerza. Taylor se sube, se abraza a mi cintura y ronronea sin saber lo sexy que me parece tanto su gesto como su forma de sujetarse a mí.

—Ojalá pudiera tener una moto como esta.

—Podría ayudarte a conseguir una a buen precio.

—Seguirá siendo muy cara.

—Cuando acabe el verano —propongo—. Las propinas son buenas, y más para alguien tan amable como tú.

—Será demasiado tarde.

—¿Tarde? ¿Por qué?

Se muerde el labio y contesta con una evasiva:

—Ya tengo pensado en qué invertir el dinero. Pero gracias igualmente.

Hago ademán de realizar más preguntas, pero ella añade:

—Será mejor que nos vayamos, es tarde.

Nuevamente, ha interpuesto una barrera entre nosotros. Inicio el recorrido y trato de que su pelvis contra mi espalda no me distraiga de la conducción en la carretera llena de curvas.

Cuando oye el sonido del motor de mi moto aproximándose a la casa, Emma sale a recibirnos con una sonrisa. Al igual que Taylor, lleva un vestido blanco informal. No es la única, desde la puerta abierta diviso otros empleados y gente que no conozco vestida de forma similar, casi todos con colores claros. Algo me dice que mis vaqueros y mi camiseta negra con una calavera me van a convertir en el raro de la fiesta. Emma abraza a Taylor y la saluda:

—Temí que no vinieras, se ha hecho tarde.

—Me entretuve haciendo el pastel —comenta ella mostrándole la bandeja que hemos tenido que llevar haciendo malabarismos en la moto para que no se rompiera.

Emma sonrío y le guiña un ojo.

—Has traído al chico guapo.

—Espero que no te importe que haya venido sin avisar —me apresuro a decir.

—Al contrario, me encanta que estés aquí.

—Pero si te acercas a mis hermanas te mato —añade Barry, su hijo, que ha salido al porche.

Sonrío. Barry trabaja en el mantenimiento de los campos de golf y tiene un gran sentido del humor. También un cuerpo robusto y musculoso de esos con los que no tienes ganas de entrar en una pelea.

—No se me ocurriría nunca.

—En ese caso, es hora de que entréis en casa.

Emma cierra la puerta detrás de nosotros. No me pasa desapercibido que Barry desliza su mirada con lentitud sobre Taylor.

—Estás muy guapa.

Observo horrorizado que el cumplido ha hecho sonreír a Taylor de una forma novedosa que me irrita. ¿Por qué no le he dicho yo lo mismo? Lo he pensado, pero no me ha parecido que fuera adecuado decírselo. Se supone que soy el rey de las chicas y ni siquiera soy capaz de hacer un cumplido. Pero es que con Taylor todo es muy difícil, nunca sé cuándo me paso o cuándo me quedo corto y dejo libre el camino para que otros intenten algo con ella. Como ahora. No me parece sensato que Barry y Taylor estén a solas más tiempo del necesario, de hecho llego a la conclusión de que es mejor que no me separe de Taylor en toda la noche. Por su propio bien, me repito. Barry es un mujeriego y no le conviene. Que yo también lo sea es circunstancial, me repito. Con ella soy diferente y no quiero interferencias. Punto.

§§§§§§*

Llevamos una hora en la fiesta. Ha venido mucha gente. Emma conoce a todos los que trabajamos en el club y le gusta la idea de que seamos una gran familia, aunque obviamente Amber y alguna que otra persona conflictiva no han sido invitadas. Taylor parece encantada, y no dejo de observarla. Me gusta la facilidad con la que las sonrisas asoman a sus labios y cómo en tan poco tiempo ha conseguido conocer a tanta gente. Si algo tengo claro es que no soy el único que está cautivado por ella. Aunque Taylor no parece ser consciente de ello, porque comenta:

—Eres muy amable por estar conmigo, pero esto no es una cita.

Arqueo una ceja.

—¿A qué te refieres? Creía que lo estábamos pasando bien juntos.

—Y lo estamos haciendo. Pero hay muchas chicas guapas con las que quizá quieras hablar.

—¿Aparte de ti?

—Sí.

—¿Lo dices porque quieres quedarte a solas con Barry? —replico en un tono que no puedo evitar que suene celoso.

—No, claro que no.

Un brillo de sospecha baila en mis ojos.

—Has sido muy simpática con él.

—Soy simpática con todo el mundo. Y ya te dije que no estoy interesada en chicos este verano.

—Pues me daba la impresión de que quizá lo estuvieras en él. Barry no ha dejado de coquetear contigo.

—Impresión equivocada. Y no estaba coqueteando, solo era amable —incide.

Una mueca burlona asoma a mi rostro. Si hay algo que todavía hace más irresistible a Taylor es que no se da cuenta de lo sexy que resulta, especialmente esta noche. Ella trata de cambiar de tema.

—¿Nos sentamos? Estoy algo cansada.

La acompaño a una de las sillas y comento:—Trabajas demasiado.

—Como todo el mundo.

—Mike dice que no paras un momento.

Se encoge de hombros.

—A más trabajo, más propinas.

—¿Y sigues sin querer contarme para qué quieres el dinero?

—Planes de los que ahora no me apetece hablar.

—En ese caso, no hablemos. ¿Seguro que no quieres probar la cerveza? Emma ha dicho que la hace un primo suyo de forma artesanal.

Deniega con la cabeza.

—No, gracias, no quiero que una migraña interrumpa la noche.

La culpabilidad se apodera de mí, debería ser más considerado y haber recordado lo que me dijo sobre la bebida y sus dolores de cabeza.

—Lo siento —me disculpo.

—No pasa nada, estoy acostumbrada.

Se hace un silencio y una idea asoma a mi mente.

—No bebes alcohol y no sales con chicos. ¿Qué haces para divertirte a parte de pasear por la playa?

Sus ojos brillan.

—Me estoy divirtiendo ahora.

—¿Conmigo?

Se acerca a mí y nuestros cuerpos casi se rozan. Puedo notar la tensión que eso provoca en ambos, y que ella salva alzando la barbilla y puntualizando.

—Contigo y con el resto de los asistentes de la fiesta.

—Pero sobre todo conmigo...

Se ríe.

—Eres incorregible.

—Lo sé, pero para compensar te traeré un zumo de frutas.

Ella asiente y vuelvo enseguida con dos zumos de naranja. Me pregunta extrañada:

—¿No vas a probar la cerveza?

—Hoy conduzco. Ya te dije que nunca conduzco bebido.

Sonríe, ya hay algo que aprueba de mí. Vuelvo a levantarme y aparezco enseguida con dos burritos.

—Hora de alimentarte. Apenas has comido nada desde el desayuno.

—¿Cómo lo sabes?

—Mike me lo ha dicho.

—¿Mike y tú no tenéis un tema de conversación mejor que yo? — protesta.

—Al parecer, hoy no —replico con una sonrisa, e insisto—: Come, lo necesitas.

Me mira desaprobadoramente por mi insistencia, pero cuando da un mordisco al burrito reconoce:

—¡Está delicioso!

—Bien, porque te voy a traer unos cuantos más.

Temo que proteste, pero lo acepta con un gesto. Otra prueba superada, está bajando la guardia y dejando que la cuide. Lanzo una sonrisa victoriosa a Barry, que se ha retirado sabiamente del medio y voy a por una bandeja de comida.

§§§§§§*

Pasa de medianoche cuando llegamos a casa. Pronto para mí, pero el resto de los trabajadores parece que se toma más en serio que yo lo de dormir las horas necesarias y Emma ha dado por concluida la fiesta pronto. Aun así, no me importa. Estas horas con Taylor en la fiesta han sido lo mejor que ha pasado desde que llegué. Era una fiesta muy diferente a las que estoy acostumbrado desde que llegué, tranquila, familiar, entre amigos. Me ha encantado y me ha recordado las que compartía con Dallas y Gillian antes de que se marcharan.

Taylor desciende de mi moto y camina hacia la puerta con esa elegancia que me tiene cautivado. Querría seguirla y envolver mis brazos a su alrededor, agradecerle el darme una noche mágica sin pedirme nada a cambio, solo mi compañía. Hay algo en ella que hace que el fuego corra por mis venas y que mi corazón se derrita cada vez que me mira o me habla. A su lado no necesito alcohol para divertirme, me embriaga su

mera presencia, su aroma floral y esa aura de femineidad que parece creada para subyugarme. Con ella puedo ser yo mismo, y cada leve contacto de su piel con la mía al tomarme de la mano para bailar ha calado más hondo en mi alma que cualquiera de las noches que he pasado con otras chicas. Y quizá por eso, porque temo estropearlo, me quedo congelado en el camino viéndola entrar en la casa de la piscina, preguntándome si ella es consciente del impacto que tiene en mí, de cómo todo mi ser gira en torno a ella, a lo que me hace sentir.

Taylor abre la puerta de la casa, pero se da cuenta de que sigo al lado de mi moto e inquires:

—¿Sucede algo?

Eso mismo me gustaría saber a mí. Que alguien me explicara por qué mi corazón late como lo hace y por qué me he quedado sin palabras. Despacio me acerco a ella y finalmente consigo susurrar:

—No, solo pensaba que ha sido una fiesta genial.

Sus ojos brillan con una intensidad diferente a las otras noches y me pregunto si algo en su interior también se ha removido cuando bailábamos, hablábamos o veníamos abrazados en la moto.

—Sí, yo también me lo he pasado muy bien. Ha sido la mejor noche que recuerdo en mucho tiempo.

Su sonrisa es tan dulce y abierta que alzo mi mano y enrosco mi dedo con un mechón de su pelo. Deseé hacer este gesto la primera vez que la vi con su cabello suelto ondeando al viento y es algo muy especial para mí. Es tan suave como ella, como sus ojos, como su boca que no puedo dejar de mirar. Continúo jugando con el mechón y ese gesto tan íntimo que ella no rechaza hace que me relaje e inconscientemente me acerque más. Sus ojos se clavan en los míos y, perdido en las emociones acumuladas durante la noche, tomo su rostro con mis manos y poso mi boca sobre la de ella, en un gesto que nos sorprende a ambos.

Un beso. Es solo un beso. Nada que no haya hecho cientos de veces y que sin embargo por primera vez es mucho más que un instante de placer. La suavidad con la que recibe mi beso y lo profundiza es mágica; y denota una pasión descontrolada que nada tiene que ver con lo comedida que suele mostrarse. La deseo con tanta intensidad que me mareo. Sus brazos, que en un principio estaban rígidos contra mi pecho, caen bajo el influjo de pasión que me domina y terminan rodeándome como los míos lo hacen con ella. Estar en sus brazos es una sensación tan embriagadora que borra cualquier otra que haya podido tener. No sé qué me pasa, pero la irresistible necesidad de estar con ella me invade por completo. Me

alejó de su boca, lo que le da la oportunidad de esbozar una protesta, pero en lugar de eso gime cuando mis labios se deslizan por su cuello. Temblamos los dos y ella guía mis labios de nuevo hacia su boca. Nuestros cuerpos se tensan, pidiéndonos a gritos que continuemos. Entramos en la casa con rapidez y, después de cerrar la puerta de un portazo, nos dejamos caer sobre el sofá, enredados nuestros labios y nuestros cuerpos, que se buscan con avidez. Mi corazón golpea mi pecho con tanta fuerza que parece que vaya a reventarme en los oídos. Acomodo su posición en el sofá y sigo acariciándola y perdiendo el sentido de todo lo que no sea su cuerpo, su respiración cálida y entrecortada por los gemidos. Taylor responde a cada caricia con espontaneidad, perdida en la misma locura que yo. La mayor parte de las veces que he estado con una chica ha sido borracho, embotados mis sentidos por el alcohol. Pero hoy, que no he probado ni una gota, es cuando más siento la ebullición de mis hormonas, que me hace susurrarle palabras apasionadas al oído. Taylor es tan dulce y a la vez tan apasionada que me vuelve loco. Cubro su rostro de besos, jamás había deseado a nadie con tanta pasión, como si nada pudiera parar el ansia desenfrenada que ella me provoca. Con el cuerpo en llamas, acaricio con suavidad su seno, turgente y sensible bajo mi tacto sobre la suave tela del vestido. Perdido en lo que despierta en mí, deslizo mi mano hasta el muslo y comienzo a subir por su pierna. Y entonces, cuando estoy a punto de alcanzar su ropa interior, ella me empuja con un susurro triste:

—¡No!

No sé qué he hecho mal, pero la pasión que se había adueñado de ella se ha destruido en un instante en mil pedazos y ahora solo leo pánico en sus ojos. Me empuja hacia atrás, pero no necesita hacerlo. Yo mismo me aparto, avergonzado de lo que leo en sus ojos, herido de que me tenga miedo.

—Taylor, ¿qué sucede? ¿Qué he hecho mal?

—Tengo que marcharme.

De un empujón salta del sofá y corre a su habitación. Yo la sigo y la atrapo antes de que pueda cerrar la puerta:

—Taylor, ¡háblame! Dime qué he hecho mal.

—¡Déjame, Vincent! Esto no debería haber pasado.

Su voz suena a reproche.

—Parecía que te gustaba —protesto. Puede que sea yo el que haya empezado el beso, pero ella me ha respondido desde el primer segundo, hasta que algo que desconozco la ha hecho retroceder.

—Vincent, por favor, vete —insiste con voz temblorosa.

Aprieto los puños. Su rostro está tenso, de una forma que duele. No quiero su rigidez, sino la dulzura que la caracteriza. Y también quiero que vuelva a desearme, que quiera entregarse a mí como ha hecho hace unos segundos. Declaro:

—Taylor, siento si he ido demasiado deprisa. Podemos ir más despacio, pero permíteme que...

—No puedo, no puede pasar nada entre nosotros.

—¿Y eso lo has decidido en un segundo?

En su rostro asoma el cansancio de la noche y de algo que pasa por su cabeza y que la preocupa. Finalmente, esboza un susurro:

—Tú solo quieres una noche.

—No sabes lo que quiero —protesto, indignado de que me esté juzgando con tanta ligereza.

—Te he observado y también he escuchado lo que las chicas del club, como Amber, hablan de ti.

Respiro hondo. Comprendo por qué piensa del modo que lo hace, pero ella solo conoce una parte de mí. La oscura, la de noches de alcohol y chicas fáciles, la que no deja que sus sentimientos salgan a la luz. Pero hay otra que desconoce, la que yo había olvidado hasta que la conocí. Es la que una vez asomó con Gillian, pero que no supone ni la milésima parte de la intensidad con que siento a Taylor. Trato de defenderme:

—Las chicas con las que he estado no quieren de mí más de lo que yo he querido de ellas en ese momento.

—Lo sé y no os juzgo a ninguno, pero yo no soy así.

—No te he pedido que lo seas.

Su mirada se clava de nuevo en la mía y solo leo miedo. Y eso me aterra.

—Solo te he besado y tú me has devuelto el beso, pero haces que parezca que te he atacado. Tengo mil defectos, pero jamás he abusado de ninguna chica. Perdí la cabeza cuando te besé, pero si me hubieras rechazado entonces hubiera parado como lo he hecho cuando has dicho «no». Así que deja de mirarme con miedo porque yo jamás te haría daño.

Ella no me contesta, y me marcho cerrando la puerta de su habitación tras de mí. No le daré ningún otro motivo para que me tenga miedo. Destrozado, voy a mi habitación y me tumbo en la cama. Solo me han rechazado dos chicas: Gillian y Taylor. En el caso de Gillian lo comprendí con facilidad: siempre estuvo enamorada de Dallas. Pero Taylor, en un segundo, ha pasado de corresponder a mi pasión con la

misma intensidad a decir que no puede pasar nada entre nosotros. Y no entiendo por qué, solo sé que tiene miedo y no comprendo el motivo.

TAYLOR



Mi cuerpo palpita todavía con el pulso acelerado y mi aliento entrecortado. Me maldigo a mí mismo por haberme dejado llevar por la pasión y también porque no puedo explicar a Vincent la verdad de por qué le he detenido. Jugueteo con un mechón de cabello como ha hecho él cuando ha empezado todo. Me avergüenzo de mí misma. En una décima de segundo he pasado de mostrarme como la chica más ardiente y dispuesta a llegar hasta el final a alejarme de él sin otra explicación más que el miedo en mis ojos. Y le he herido. Ojalá se hubiera enfadado por mi cambio de parecer, eso podría soportarlo. Pero no puedo aceptar hacerle daño. Me gustaría decirle que no es a él a quien le tengo miedo, pero no puedo explicarle la verdad. Si lo hago, estaré perdida. He conservado la independencia de mis planes manteniendo firme mi resolución de no mostrar a nadie lo que se oculta en mi interior, y no puedo hacer una excepción con Vincent. No debería haber aceptado convivir con él. Creí que podría controlar mi deseo, pero cuando me ha besado el ansia que calmo a diario me ha devorado y solo quería que me abrazara y me hiciera el amor toda la noche. Es lo que les pasa a todas las chicas que le conocen, pero yo lo he hecho por motivos muy diferentes. Es cierto que es sensual y ardiente y me hace sentir que a su lado yo también lo soy, pero es mucho más que eso. No es fácil ver más allá de su aspecto sexy, pero yo lo hago. Tiene un corazón puro, un alma que estaba perdida y que parece que en contacto con la mía vuelve a la luz. Lo he notado toda la noche, llevo advirtiéndolo desde hace días. Y cuando sus labios se han posado sobre los míos, todo lo que no fuera deseo ha desaparecido. La sensación de su sólido cuerpo contra el mío era tan intensa que me he aferrado a él anhelando que se fusionara conmigo. Pero es imposible, y

por eso me he detenido cuando me he dado cuenta de que, si no paraba en ese momento, sería incapaz de hacerlo. Y no puedo estar con él, pero tampoco quiero hacerle daño porque no se lo merece, solo se ha dejado llevar cuando yo le he respondido con la misma pasión; y luego he huido como si me estuviera acosando. No puedo permitir que sufra por mi culpa, y por eso respiro hondo, tomo fuerzas y me dirijo a su habitación. Entro sin llamar. Está tumbado en la cama. Se incorpora en cuanto me ve y no puedo evitar pensar que me recuerda al protagonista de un anuncio. Por unos segundos me pierdo en su belleza y en cómo mi cuerpo responde a ella, pero con rapidez me repongo y me disculpo:

—Lo siento. No quería comportarme como lo he hecho.

—¿Te refieres a aceptar mis besos o a rechazarlos?

Su tono es irónico, pero también denota que está dolido. Me acerco a él y corroboro:

—Me refiero a haberte hecho sentir culpable. Deseaba estar contigo esta noche tanto como tú, y te prometo que en ningún momento he sentido miedo de ti. Sé que nunca harías nada que no quisiera, de lo contrario no hubiera aceptado vivir contigo.

Una sonrisa de alivio se dibuja en sus labios:

—¿Significa eso que no estás enfadada conmigo ni me tienes miedo?

—No —afirmo con menos fuerza de la que me gustaría.

—Bien.

Se acerca a mí y yo trato de permanecer serena.—Vincent, estamos a tiempo de olvidar. Podemos hacer que la convivencia funcione. Solo tenemos que controlarnos.

—¿Por qué haríamos eso?

Desliza un dedo por la curva de mi cuello.

—Taylor, no eres como las demás, y no quiero que lo seas. De hecho, no sentiría lo que siento estando contigo si te parecieras a alguna de las chicas con las que he estado. Por favor, dame una oportunidad...

Su rostro vuelve a estar muy cerca del mío y el hecho de que me mire la boca con anhelo despierta inconvenientemente mis deseos. Puedo escuchar su respiración agitada y el aliento cálido que se escapa entre sus labios, recordándome la calidez de su lengua en mi boca. Mis rodillas flaquean tanto como mi corazón, pero enseguida recupero el juicio y lo aparto de mí con firmeza:

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Acercarte a mí de ese modo.

—Lo siento, supongo que no puedo estar en la misma habitación que tú sin perder la cabeza —reconozco.

—Pues no vuelvas a perderla.

—No soy el único que lo hace —insiste.

Una vez más tiene razón, pero no puedo sucumbir a la tentación. Me alejo y le recuerdo:

—Vincent, tienes a todas las chicas que quieras, así que te lo pido por favor, aléjate de mí.

—¿Y si es a ti a quien quiero?

—No sabes lo que dices. Y en cualquier caso, yo no quiero estar contigo. Por favor, límitate a ser mi amigo porque no me gustaría tener que buscarme otro sitio donde dormir.

Salgo de la habitación con rapidez, pero él me alcanza:

—Taylor, trataré de que no vuelva a pasar, pero no te vayas de la casa, por favor, te lo suplico.

—No me iré, pero no vuelvas a besarme —le ruego.

—¿Tan duro ha sido?

No contesto y él me mira como si tratara de leerme la mente. Parezco una incoherente, lo reconozco, pero es mejor así. Debo ser precavida. Con chicos como Barry es fácil mantenerme distante. Pero con Vincent, que me hace arder con solo tocarme por accidente, debo ser extremadamente cuidadosa o lo estropearé todo. Él se acerca a mí y susurra:

—Taylor, de verdad que lo siento. No quería hacerte sentir mal.

—No es culpa tuya. Será mejor que lo olvidemos y solo recordemos que hemos estado en una fiesta estupenda.

—Está bien —acepta, aunque sé que es imposible que a ninguno de los dos se nos olvide lo que ha estado a punto de pasar o el calor de la piel contra la piel que todavía hace latir el corazón.

Nuestros ojos se encuentran y trago saliva pensando en lo fácil que sería perderme en ellos. Todavía turbada pero firme en mi decisión, me despido:

—Deberíamos ir a dormir.

Asiente y me voy a mi habitación, aunque no estoy muy segura de poder conciliar el sueño. Cuando me siento en la cama, abro el cajón de la mesita y tomo como una autómatas una de las pastillas. Me duele mucho la cabeza, ya que las emociones que Vincent ha despertado en mí han agravado el agotamiento del día y de la fiesta. Necesito dormir, tanto que estoy tentada a tomar otra, pero sé que entonces mañana no podré levantarme y debo ir al trabajo. Cierro los ojos. El dolor martillea mis

sienes, pero sé lidiar con él y, en pocos minutos, la pastilla comenzará a hacer efecto. Para el otro dolor, el que siente mi corazón por haberme visto obligada a rechazar a Vincent, no tengo más remedio que aceptar que es una de las muchas cosas a las que debo renunciar. Y, a juzgar por cómo me siento y por las lágrimas que no dejo salir de mis ojos, la más difícil de todas ellas.

VINCENT



Abro los ojos con pereza. Esta noche he dormido fatal, no podía dejar de pensar en lo que había sucedido con Taylor. Ojalá pudiera quedarme más tiempo en la cama, pero debo ir al trabajo y también necesito ver a Taylor y aclarar las cosas con ella. Me levanto, me doy una ducha que quite algo del sopor de mi mente y me dirijo a la cocina, donde preparo el desayuno para ambos. Cuando Taylor entra en la cocina, observa los huevos revueltos, el tocino y las tortitas y comenta con falsa naturalidad: —Huele muy bien. Pero no tengo hambre.

—Tienes que comer...

—Solo un par de lonchas.

La observo. Está nerviosa, algo que me inquieta. Dado que fingir no es lo mío, me acerco a ella y acaricio su mejilla con suavidad.

—No hagas eso —suplica.

—¿El qué?

—Lo sabes muy bien. Anoche dijimos que seríamos solo amigos.

—Lo hicimos. Pero cuando te besé me lo devolviste con tanta intensidad que me ha mantenido despierto toda la noche. Y por tus ojeras diría que a ti te ha pasado lo mismo.

Respira hondo y algo en su mirada me dice que he acertado, pero que no está dispuesta a aceptar lo que le digo. Sin pensarlo la apoyo contra la pared y la inmovilizo con mi peso. Sé que la pasión prende en su interior porque no opone ninguna resistencia y su pulso se acelera a la misma velocidad que el mío. Mis labios capturan con fiereza los suyos. La humedad de su boca se entremezcla con la mía y una sensación extremadamente placentera recorre mi cuerpo. Nos besamos largo rato, hasta que ella vuelve a apartarse de mí con la respiración entrecortada.

—Vincent, anoche hicimos un pacto. No quiero volver a hablar contigo de esto.

Mis ojos brillan con picardía.

—Genial, en ese caso no hablaremos.

Antes de que pueda protestar, mis labios vuelven a posarse sobre los suyos, pero esta vez está prevenida y no me lo devuelve, sino que trata de alejarse.

—Taylor... —ahora soy yo el que suplica.

Ella me mira a los ojos. Siempre me ha atraído su mirada dulce. Pero en estos momentos lo que sacude mi sangre es algo muy diferente. Es firme, y también tiene un deje de dolor. No he suplicado nunca a ninguna chica, y le estoy suplicando a ella. Pero lo único que consigo es que declare:

—Vincent, es la última vez que te lo advierto. Si vuelves a acercarte a mí de ese modo, me voy. Esto debe terminar. Ahora.

Frustrado, me aparto de ella. Algo me dice que prefiere discutir conmigo que arriesgarse a que mis labios tengan ocasión de volver a atrapar los suyos, porque no podrá resistirse. Protesto:

—Te estás engañando a ti misma.

—Tienes demasiado ego.

—Y tú demasiado autocontrol.

Nos miramos retadoramente varios segundos hasta que ella recuerda:

—Tenemos que ir al trabajo.

—Soy tu jefe, podría darte el día libre —propongo mientras vuelvo a rozar su mejilla con el pulgar de mi mano.

Mi gesto provoca en Taylor un gemido ahogado que invalida sus argumentos. Sin embargo, insiste:—No soy una de esas chicas.

—Lo sé, solo bromeaba.

—Pues no lo hagas con esto. Amigos, Vincent, nada más. ¿Entendido?

No, no entiendo nada. Tiembla con pasión cuando la rozo, pero me rechaza incomprensiblemente. Intento buscar las palabras para convencerla, pero, antes de que pueda decir nada, alguien llama al timbre. Abro la puerta, es mi tío, que palpa la tensión en el aire, lo que me hace sentir vulnerable. Taylor comenta:

—Buenos días.

—¿Estás bien? Pareces cansada.

—Sí, solo algo apurada porque llego tarde. Nos vemos después.

Mi tío asiente y yo la acompaño hasta el coche. Allí susurro:

—Salvada por la repentina aparición de mi tío.

—No necesito ser salvada.

—Es verdad, sabes defenderte sola —ironizo. Taylor esboza una mueca de protesta y añado—: Y no te imaginas lo sexy que es eso.

—Eres incorregible. Pero, te lo advierto, si vuelves a mencionar lo de anoche o a intentar algo, se acabó.

Se mete en el coche de un portazo, dejándome pensativo. Sé que siente lo mismo que yo, por eso responde con tanta pasión a mis caricias. El problema es que luego me rechaza con la misma intensidad. Y no sé por qué. Pero estoy dispuesto a averiguarlo, aunque para eso deba tener una paciencia infinita.

Regreso arrastrando los pies hasta la casa para terminar de desayunar. Mi tío sigue allí e intuyo por su forma de mirarme que me espera un interrogatorio. Como siempre, llega en el peor momento. Le ofrezco un café, me sirvo otro y él inquiera:

—¿Lo pasaste bien en la fiesta de Emma?

—Sí, mucho.

Parece una pregunta inocente, pero se transforma en cuanto añade:

—Supongo que fue diferente a las fiestas a las que estás acostumbrado desde que llegaste.

Esta vez no contesto, y él pasea por la habitación varios segundos antes de continuar:

—¿Qué te parece Taylor?

—Es difícil de explicar con palabras —aclaro mi garganta.

—Lo imaginaba.

Me muerdo el labio. Yo también tengo que ir al trabajo y encontrar la forma de que Taylor deje de estar enfadada, así que pregunto sin rodeos:

—¿A dónde quieres llegar?

—A ningún sitio en particular. Solo me gustaría que fueras consciente de que ella no es como las otras chicas a las que estás acostumbrado.

Suspiro. Sé a lo que se refiere, pero ahora no estoy preparado para hablar de ello, y me encojo de hombros. Él me mira y susurra:—¿Estás con ella?

—No.

—Vincent, hay mujeres a las que es mejor dejar marchar.

Su comentario me sorprende, y confieso:—Ya dejé marchar a una. No quiero volver a hacerlo.

—Algunas cosas son imposibles —insiste.

Enarco una ceja, herido en mi orgullo.

—Crees que no valgo lo suficiente para ella...

—No, por supuesto que no —se apresura a decir en un tono que parece sincero—. Pero Taylor se irá cuando termine el verano y no volverás a verla.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Ella misma nos lo ha dejado claro. Además, no parece que tengáis mucho en común.

—No tienes ni idea de lo que dices —mascullo.

—Solo trato de ayudarte —insiste acercándose y apoyando su mano sobre mi hombro.

—Pues no me lo parece —replico, y retiro su mano.

—Vincent, trato de hacer lo mejor para los dos. Taylor me importa, tú también. Estar juntos no os traería más que problemas —afirma con rotundidad.

Me aparto furioso.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero deja que yo lleve mi vida como quiera.

—Solo trataba de ayudar.

—Pues no lo hagas, no eres mi padre y estoy harto de tus consejos —ordenó con voz cortante.

Suspira y se marcha en silencio. Sé que le ha dolido mi comentario, pero no dejaré que se entrometa de ese modo en mi vida. No sé por qué beso a Taylor como si me fuera la vida en ello ni por qué ella es tan pasional cuando lo hago y parece tan triste cuando me rechaza. Lo único que sé es que yo todavía no he dicho mi última palabra. No voy a alejarme de ella bajo ningún concepto, y solo tengo que conseguir que vuelva a confiar en mí como amigo para intentar que salga conmigo. Y la mejor manera de comenzar es ir al club. Cuando llego allí, la hilera de coches en el parquin me indica que va a ser un día complicado. No me equivoco. Aunque mientras conducía he ido hilvanando mi lista de tareas de forma que pudiera tener algo de tiempo libre para ir a hablar con Taylor, me temo que el trabajo me va a engullir antes de poder hacer nada por evitarlo. Frustrado, me dirijo a los vestuarios y trato de encontrar mentalmente la forma de terminar nuestra conversación de esta mañana.

TAYLOR



La brisa fresca de la mañana acaricia mi rostro y hace ondear mi cabello. Me gusta el olor a mar que inunda esta zona del club, también la luz ya intensa a pesar de que hace poco que ha amanecido. Este lugar es increíble, no entiendo cómo el dueño puede mantenerse alejado de él. Si yo fuera la dueña del club, estaría cerca de él. Y tampoco me alejaría de la mansión. Es tranquila, espaciosa, las vistas son imponentes y la playa está justo al lado de la casa. Es un lugar especial, casi mágico, o quizá es como yo lo siento. Es intangible, pero lo noto. Estar aquí me hace dejar atrás los oscuros meses anteriores. Sé que cuando acabe el verano este espejismo desaparecerá, pero ahora estoy lista para disfrutar de cada minuto de lo que el regalo de este verano supone. Incluso de Vincent. Aunque después de lo sucedido tras la fiesta de Emma necesito encontrar la forma de que todo vuelva a la normalidad. Es un buen chico, un excelente compañero de piso y, cuando consigo controlar mis hormonas, me gusta trabajar a su lado o hablar un rato después de la cena paseando por la playa. Solo necesito mantenerle lejos y evitar situaciones complicadas.

Suspiro comprendiendo la dificultad de esto y levanto la mirada hasta la amplia balconera superior, la que da a uno de los salones. Es un lugar perfecto para celebrar bodas, pienso en un arranque romántico. Observo algunas camareras entrar con rapidez, pronto todas deberemos afanarnos con los clientes que llegan desde primera hora para disfrutar de las ventajas del club. Es casi mi hora de entrar, pero me resisto a dejar el aire libre.

—Este sitio es espectacular, ¿verdad? Hace que te enamores de él.
Me giro con una sonrisa. Es Mike.

—Sí, aunque corro el riesgo de que me haga llegar tarde al trabajo.

—Es pronto. Demos un paseo.

—No creo que...

—Soy el jefe, tenemos tiempo...

Me tiende la mano, que tomo con confianza. Me gusta Mike y su forma de hablarme y de ser cariñoso conmigo. Vincent también lo es, pero de un modo diferente. Cada vez que él me roza, una tormenta se desata en mi interior. Una tormenta que he de dominar una y otra vez o lo estropearé todo. Con Mike no tengo ese problema, podemos ser solo amigos. Le sigo hasta el bar de la zona exterior y me ofrece:

—¿Te apetece un café?

—Mejor una infusión.

—Chica libre de cafeína... Quizá por eso eres tan tranquila. Debería probarlo con Amber...

Río, y Mike prepara un café para él y una infusión para mí. La sorbo despacio. Como suele pasarme últimamente sin previo aviso, me siento algo mareada. Nada que quiera que Mike descubra. Estar aquí me da una sensación de normalidad que, aunque dure solo un par de meses, necesito para mantener mi cordura. Por eso he comenzado a maquillarme, al menos consigo paliar mis ojeras, ya que el sol ha conseguido eliminar la palidez de mi piel. Sin embargo, él lo intuye y pregunta:

—¿Quieres comer algo?

Deniego con la cabeza.

—Deberías desayunar bien teniendo en cuenta el ritmo que llevas.

—Solo hago mi trabajo.

—Haces mucho más que eso. Supongo que como jefe no debería quejarme. Trabajas sin parar y eso es bueno para el negocio. Pero no me gustaría que tuviéramos que llamar al médico.

—Eso no pasará. Odio a los médicos —declaro medio en broma medio en serio.

Una sonrisa paternal asoma a su rostro.

—Ya somos dos... Por eso debes cuidarte. Incluso Emma lo ha advertido. Ella no soporta a las camareras perezosas y siempre se queja de que ha encontrado a alguna que otra holgazaneando. Pero no lo ha hecho contigo.

—Me gusta trabajar.

—Bien, pero descansa cuando lo necesites. Y come.

Una mueca irónica asoma a mi rostro.

—Si tuviera un hermano mayor, me recordaría a él.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

—Bien, aunque te recuerdo que soy más joven que tú. Y ahora come al menos este delicioso sándwich.

—Voy a llegar tarde —insisto.

—Tú come y yo me ocupo de ajustar tu horario.

—Está bien...

Aunque acepto a regañadientes, en cuanto empiezo a mordisquear me doy cuenta de que estoy hambrienta. Mike sonrío y me tiende otro sándwich, que acepto veloz porque ya casi me he terminado el otro. Mientras como, él comenta:

—¿Sabes que hay muchas apuestas sobre ti?

Le miro aturdida.

—¿Apuestas?

—Nunca hablas del pasado o del futuro. Eres guapa y encantadora, pero no sales con nadie. Y trabajas hasta extenuarte, como si eso te ayudara a olvidarte de algo.

Trago saliva. No me gusta llamar la atención ni pensaba que alguien advertiría nada peculiar en mi comportamiento. Aunque no debería extrañarme, en un lugar con tanta gente trabajando codo con codo es habitual que surjan los cotilleos. Trato de parecer casual y olvidar la punzada de ansiedad que siento en el estómago:

—¿Cuáles son las teorías?

—Básicamente tres. La primera es que un novio te rompió el corazón. La segunda, que en el fondo también eres una cazafortunas. Aunque mi favorita es la tercera: tienes problemas con la ley.

Sonrío por la forma tan explícita de contármelo, e indago:

—¿Y cuál crees tú?

—Que eres un encanto, que trabajas bien y que no es asunto mío lo que sea que escondes.

Estoy aturdida, no sé a dónde mirar. Él coloca su mano sobre la mía con suavidad.

—Todos tenemos secretos. Me basta con que sepas que, si me necesitas, estoy aquí.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Me caes bien.

Intercambiamos una mirada cómplice y la voz de Vincent se escucha irónica y con un deje celoso:

—Por esto te has escabullido tan rápido de la casa...

—No te pongas celoso, rompecorazones, tú sigues siendo el chico de mis sueños —se burla Mike.

Yo estallo en carcajadas. Me gusta el rostro de fingida paciencia de Vincent cada vez que Mike le lanza una insinuación para ponerle nervioso.

—¿Qué hacéis aquí?

—La estoy obligando a desayunar.

—Buena idea, ¿me obligas a mí también?

—Chico duro, con todo lo que comes para ir al gimnasio y mantener esos abdominales perfectos, no necesitas mi presión.

Vuelvo a reír y Vincent protesta:

—Mike, ¿vas a convertir en una costumbre reírte de mí delante de ella?

—No me río, solo jugueteo. Y es divertido —responde travieso.

—Deberías buscarte un novio a quien incordiar.

—Si tuviera novio se me ocurren cosas mejores que hacer con él...

Vuelvo a reír. A pesar de que la imagen de Vincent evoca con fuerza nuestro beso y lo que me hizo sentir anoche, tener cerca a Mike hace que me relaje. Aunque, por si acaso, comento:

—Debo volver al trabajo, jefes. Gracias por el desayuno, Mike.

—Yo también te he preparado el desayuno. Y podría preparártelo cada día...

—¿Y me lo llevarías a la cama?

Las palabras salen de mi boca antes de que las piense y maldigo a mi subconsciente por ello. Mike estalla en carcajadas y Vincent susurra:

—Eso sería muy tentador.

Un escalofrío de placer recorre mi espalda.

—Y ese es el motivo por el cual es mejor que me lo prepare Mike.

Vincent esboza una mueca de fastidio.

—Estoy seguro de que mis dotes culinarias son mejores que las de él.

—¿El chico motero sabe cocinar? —pregunta Mike incrédulo.

Vincent asiente con orgullo:

—Sí, y si quieres puedo demostrártelo cenando esta noche en casa. ¿Qué me dices, Mike, quieres cenar en casa con Taylor y conmigo?

Sonrío. Sé por qué está invitando a Mike. Después de lo sucedido anoche y esta mañana, no quiere que me sienta presionada si estamos los dos solos. Se lo agradezco, lo cierto es que no imaginaba que fuera tan comprensivo. Quizá la forma de que recuperemos la normalidad es cenar

como amigos con Mike de carabina. Este comenta con su sinceridad habitual:

—Claro que iré. Quiero comprobar que seas tan bueno con la comida como con la mecánica.

—Por mí bien.

Vincent ríe y mi corazón da un vuelco al observar la forma en la que sus labios sonríen. Aparto los ojos enseguida, pero él ya ha detectado mi conato de deseo y una chispa de orgullo asoma a su rostro. Maldigo ser tan expresiva. Trato de que seamos solo amigos, le he rechazado activamente tanto anoche como esta mañana, así que no puedo mostrarme interesada. Aunque es difícil si le miro, como Mike dice, es demasiado guapo e irresistible. Haciendo un esfuerzo por no volver a caer en la espiral de deseo, me dirijo a la cocina y me recuerdo a mí misma que no hay nada de lo que deba preocuparme porque esta noche no estaremos solos. Solo será una inocente cena de tres amigos. Y dado que hoy me toca el turno lejos de él, eso me dará unas cuantas horas para concentrarme en aprender a mantener mis hormonas y mis miradas pasionales controladas. O al menos, eso voy a repetirme una y otra vez hasta que mi cerebro tome el mando y borre lo que mi cuerpo y mi corazón me piden a gritos. Es la única forma de que mi secreto siga solo destruyéndome a mí.

VINCENT



A pesar del cansancio, ya que hemos tenido un día complicado en el club, me estoy esmerando en que la cena quede perfecta. Aunque, al igual que me ha pasado durante el día, entre tarea y tarea no puedo dejar de pensar en Taylor. Echo un vistazo al reloj, parece que ha transcurrido mucho tiempo desde que llegó del club y se metió en la bañera, pero apenas han pasado quince minutos. ¿Qué me pasa? Necesito verla a todas horas. Cuando me cruzo con ella en el club los nervios se apoderan de mi estómago, sobre todo porque sé que ha tratado de evitarme durante el día, como si eso hiciera que olvidara lo del beso. Si pudiera saber qué siente por mí... Es más, si pudiera entender lo que me pasa a mí... Jamás había sentido nada similar. Estoy a punto de cortarme con el cuchillo con el que estoy pelando las patatas por no fijarme. Respiro hondo y trato de concentrarme. Escucho el timbre, y grito:

—Mike, la puerta está abierta.

Él entra con una caja de bombones en la mano y una botella en la otra, que deposita en la mesa.

—Huele genial. ¿Necesitas ayuda? —se ofrece mientras se lava las manos en el fregadero.

—Ya casi he acabado —contesto sin alzar la vista—. Pero puedes abrirte una cerveza, están en la nevera.

—¿Quieres tú una?

—Sí, gracias.

—¿Dónde está Taylor?

—Se está duchando.

Mike ríe.

—Admiro tu autocontrol viviendo con ella.

—No lo tengo, por eso estás aquí —ironizo.

—Lo sé, y trataré de ser la carabina perfecta. Aunque si en algún momento sobro, solo tienes que indicármelo con discreción.

—La discreción es mi palabra estrella —mascullo para añadir—: No te haré ninguna señal porque no es tan fácil controlarme si estamos solos. Yo... Nunca me había pasado nada así —confieso—. Me han gustado chicas, incluso una fue especial. Pero solo Taylor consigue que no pueda quitármela de la cabeza en ningún momento. Es como si ahora todo para mí girara en torno a ella. Es tan diferente... O quizá es que yo soy diferente cuando estoy con ella. Tiene esa vitalidad y forma de ser que resulta contagiosa. Allí donde ella está trabajando todo cambia, te da la esperanza de que todo va a ir bien si la tienes cerca.

—Lo que has dicho de ella es muy bonito. ¿Por qué no se lo dices?

Respiro hondo.

—Porque cada vez que intento acercarme a ella me reitera que solo podemos ser amigos y que se marchará en cuanto termine el verano y no volveré a verla.

Mike tuerce el gesto.

—A mí también me ha dicho que se va, a Europa, pero es deliberadamente vaga en sus respuestas.

—¿Y eso no te extraña?

—Sí, pero no podemos obligarla a que nos cuente algo que no quiere. Vincent, hay algo de Taylor que desconocemos. Pero es una buena chica y estoy seguro de que, cuando esté preparada, ella misma nos lo dirá. Y de momento, yo en tu lugar seguiría insistiendo. Le gustas, estoy convencido de eso.

—¿Y cómo sabes que cederá?

—Porque si fuera a mí al que pretendieras caería rendido a tus encantos —bromea.

Yo le tiro un trapo al rostro en símbolo de protesta y Taylor entra en la habitación.

—¿Qué os pasa?

—Culpable —responde Mike con una mueca traviesa—. He puesto nervioso a Vincent con una insinuación.

Taylor ríe abiertamente, de esa forma tan especial que me enamora. Si lo que dice es cierto, si nada le hace cambiar su intención de marcharse, entonces nuestra historia no puede prosperar. Pero no puedo dejar de pensar que Dallas y Gillian también creyeron que lo suyo era imposible y finalmente lo lograron. Y una parte de mí no puede apartar la

idea de que quizá hay una posibilidad de que consiga que no se vaya de mi lado y que lo nuestro funcione. Y quiero agarrarme a esa posibilidad. Cuando Gillian escogió a Dallas intuí que sería muy difícil conocer a alguien como ella. Abundan las chicas bonitas, pero no las que además de eso son inteligentes, fuertes, cariñosas, divertidas y positivas. Chicas, en definitiva, que trastocan tu vida por completo porque son lo que siempre has estado buscando. Los años en los que he ido dando tumbos me han dado la razón. No había nadie a la altura de Gillian y por eso no pude enamorarme de ninguna de las chicas que conocí. Pero Taylor no solo lo está, sino que provoca en mí sentimientos mucho más profundos de los que tuve por Gillian. Y eso me da miedo porque, si se va, si me rechaza, no volveré a encontrar a nadie como ella.

Trago saliva, tengo que quitarme de la cabeza estos pensamientos y concentrarme en la cena. Taylor me ayuda cuando pregunta a Mike:

—¿Cómo acabó lo del chico que conociste la otra noche?

—Me dio su teléfono, pero no sé si le llamaré.

—¿Te has hecho de la liga antisexo de Taylor? —me inmiscuyo.

—No tengo una liga —protesta ella.

—Es complicado —responde Mike.

Ladeo la cabeza y lo miro con curiosidad:

—¿Qué es complicado?

Se encoge de hombros.

—Tengo muchas cosas en las que pensar, el club me tiene absorto tanto física como mentalmente.

Su respuesta no me convence y llego a la conclusión de que Taylor no es la única que guarda secretos. Lo que supongo que tampoco es asunto mío. Me dirijo a Taylor y me intereso:

—¿Qué tal hoy en tu turno con Amber? ¿Ha vuelto a molestarte?

—No, hoy tenía demasiada resaca para pensar en nada.

Se muerde el labio en cuanto lo dice, intuyo que no le gusta hablar de sus compañeras delante de los jefes. Mike intercede:

—Tranquila, no es nada que no sepa. Y ahora, hablemos de otra cosa. Como de que la cena está excelente. Vincent, ¿no has pensado en pedir que te pasen a la cocina?

—Si lo hiciera por trabajo perdería la gracia. Solo me gusta cocinar con calma, cuando tengo tiempo, como hoy.

Mike sonrío y Taylor comenta:

—Yo odio cocinar.

—¿La chica perfecta tiene algún defecto? —incido.

—Tengo muchos defectos.

—¿Como cuáles? —intento sonsacar.

—Ninguno que me apetezca desvelar hoy —mantiene el pulso con la mirada y el tono de su voz.

Mike nos mira a ambos y detecta que es uno de esos momentos en los que como buena carabina debe intervenir.

—¿Por qué no nos cuentas cómo aprendiste a cocinar?

—Mi madre me enseñó. Ella trabaja de cocinera y pasaba muchas horas fuera, así que yo me ocupaba de mi hermana pequeña. Y mi padre me enseñó a pescar en el lago, a limpiar el pescado y a cocinarlo. Me encantaban las barbacoas que hacíamos... —recuerdo con nostalgia.

—¿Echas de menos tu ciudad?

—Sí, aunque voy asumiendo que, tal y como están las cosas, tardaré en volver. Esta mañana he llamado a mi padre y me ha explicado que la crisis está empeorando y será muy difícil que encuentre trabajo allí.

Supongo que el dolor de mi tono es evidente, porque Taylor me sonrío con ternura y Mike propone:

—Aunque odio la idea de perderte como compañero, si quieres podría hablar con algunos clientes. Quizá alguno puede darte trabajo como mecánico.

Enarco una ceja, eso sería fantástico, pero respondo:

—Eso estaría bien, pero cuando termine el verano. No quiero dejar mi trabajo a medias.

—Pero... —comienza a decir Mike.

—No hay peros —le interrumpo—. Mi tío dio la cara por mí ante el dueño del club y de esta casa. Como Taylor siempre dice, ese tipo ha sido muy generoso dejándonos vivir aquí. No le pagaré dejándole tirado en mitad de la temporada.

Mike sonrío con orgullo.

—Un chico de palabra, me gusta. ¿Te parece si lo hablamos en septiembre? Todo estará más tranquilo entonces.

—Eso sería genial —contesto enseguida. No dejaré en mal lugar a mi tío, pero la propuesta de Mike es muy tentadora una vez haya terminado mi compromiso.

—¿Brindamos por ello? —propone Taylor.

—Tú no bebes —le recuerdo, ya que al igual que en otras ocasiones ha rechazado la cerveza y el vino y solo se ha servido un vaso de agua.

—Tomaré un sorbo de tu copa, no cuenta como beber.

Choco mi copa con la de Mike y se la ofrezco a Taylor, que da un pequeño sorbo con una sonrisa. Luego me devuelve la copa y bebo exactamente en el mismo lugar en que lo ha hecho ella, en un gesto tan erótico que hace que mi corazón palpite con fuerza. Taylor, que si ha pensado lo mismo que yo no lo demuestra, pregunta dirigiéndose a Mike:

—¿Qué harás tú cuando termine el verano?

—Me quedará unos meses y luego decidiré.

—¿No te gustaría ir a la universidad?

—No ahora mismo, no es el momento. Además, estoy disfrutando del club. Es liberador...

Taylor y yo lo interrogamos con la mirada y él se explica:

—Me gusta aprender, pero mis padres consiguieron que aborreciera los estudios. Nunca aceptaban menos de una calificación de excelente, y si no lo conseguía tenía que tomar clases extra y hacer trabajos hasta conseguir mejorar mi nota. Eso representaba una tensión continua para mí. Aquí estoy disfrutando de aprender en el día a día, en directo. Si voy a la universidad, lo haré porque me apetezca, sin presión.

—A mí nunca se me dio bien estudiar. Me aburría y estaba deseando salir de clase para irme con mi amigo Dallas a montar en nuestras Harleys o a aprender a arreglarlas.

—Eso está bien, seguías tu pasión. No todo el mundo tiene que ir a la universidad o seguir el mismo camino —comenta Taylor.

—¿Cuál es la tuya?

Ella baja los ojos y cuando los alza leo de nuevo esa culpabilidad de que no me está contando toda la verdad.

—No he tenido tiempo de descubrirlo todavía.

No insisto tampoco esta vez, y pasamos el resto de la noche hablando de todo, desde música y películas hasta nuestra experiencia en el club. Los tres somos diferentes, y a la vez tenemos algo en común. Desde que Dallas y Gillian se marcharon no había vuelto a tener veladas de este tipo entre amigos. Y es algo que añoraba mucho y de lo que quiero seguir disfrutando. Desde que llegué solo me he quejado de lo que había perdido, es hora de que, como siempre dice Taylor, agradezca y disfrute de lo que he ganado. Y aunque cada vez que la miro no puedo evitar pensar en lo que sucedió anoche, tengo que encontrar la forma de que se repita cuando esté seguro de que ella no tiene miedo ni va a rechazarme.

TAYLOR



El calor del verano nos golpea con fuerza, pero las altas temperaturas no hacen mella en mi buen ánimo. Me encanta el calor, los días largos y prolongar mis paseos por la playa hasta tarde cuando termine mi turno, aunque para eso todavía falta mucho, ya que la jornada de domingo no ha hecho más que empezar. Desde primera hora de la mañana el club está a rebosar: socios habituales, turistas de alto nivel adquisitivo... Todos lucen sus mejores galas, incluso para hacer deporte, con ropa de marca con un precio que equivale en muchos casos a nuestro sueldo de un mes. Hay muchas parejas, también los que la buscan aunque sea para pasar el día, así que chicas como Amber se pavonean en busca del sueño de conquistar a un hombre rico que les cambie la vida.

Hay mucho trabajo, pero me apetece disfrutarlo. Al menos aquí, ajetreada bajo este día cálido y soleado, puedo olvidarme de las preocupaciones de los últimos tiempos y centrarme en realizar mi cometido lo mejor posible. Miro alrededor de mí. La relajación de vacaciones impregna el aire. Es tiempo de jugar al golf, tomar un aperitivo o dar pequeños paseos. A la tarde, la música del piano invadirá los jardines, y supongo que eso atraerá a más clientes y, por tanto, más propinas que tanto necesito.

Camino con una sonrisa, lo cual provoca que algunos clientes se den la vuelta y me miren o saluden de una forma en la que comprueban sus posibilidades conmigo. Como advierten que no las tienen, se alejan en busca de chicas más receptivas. Objetivamente, algunos de ellos son jóvenes, guapos y musculosos, lo que reafirma mi teoría de que pueden conseguir la novia que deseen, pero aquí solo buscan una noche de

diversión fácil. Lo siento por ellos, no es mi estilo, soy inmune a ese tipo de juguetes y no permitiré que me traten como un objeto.

Y entonces aparece Vincent. Con esa camiseta sus hombros todavía se ven más anchos, su pecho más musculoso y su rostro bronceado perfectamente bello. Trago saliva y una voz maliciosa se escucha a mis espaldas.

—Para fingir ser una santa estás devorando con la mirada a tu jefe.

Me giro para encontrar el rostro de Amber, que tiene una sonrisa tan falsa como el color de su pelo. La observo. Se ha soltado un par de botones del uniforme para marcar sus pechos en cada movimiento. Me dan arcadas de pensar en ella y Vincent juntos, aunque sé que no han vuelto a estarlo desde aquel día en la playa.

—Sé reconocer a un chico guapo cuando lo veo, pero eso no significa que me tenga que acostar con cada uno que vea —contesto con sarcasmo.

Ella suelta una carcajada que hace mover su pecho casi fuera de la camiseta.

—He oído hablar mucho de ti, parece que te estás haciendo amiguita de todo el mundo. ¿Cuál es tu propósito?

A pesar de su sonrisa, intuyo una punzada de envidia.

—Ser feliz. Y si lo son los demás, mejor que mejor.

—Bien, a mí me haría feliz que te largaras de aquí —me dice en tono amenazador.

—No lo dudo, pero no pienso irme a ninguna parte hasta que termine el verano.

Nuestros ojos se cruzan retadores.

—¿Qué haces aquí, Taylor? ¿Huir del médico casado? ¿Buscar a otro? ¿O quedarte con el chico de la moto?

—Estoy aquí para trabajar, ganar dinero y pasar mi tiempo libre en la playa. Lo de ir de chico en chico te lo dejo a ti —replico sin sutilezas, estoy harta de sus pullas

Me lanza una mirada penetrante.

—Algún día yo estaré en ese lado del club y tú seguirás siendo una simple camarera, mi camarera.

Señala a unas mujeres de aspecto cuidado, recién salidas de la peluquería, con la manicura perfecta y vestidos entallados a la última moda. Están sentadas en una mesa y beben champán. El calor del sol golpea con fuerza mi espalda y el sudor la empapa, y por un instante me gustaría no tener mis principios y contestarle lo que se merece. Pero me limito a decirle:

—Sigue soñando. Pero, mientras tanto, te toca trabajar —mascullo señalándole a un grupo de chicas que alzan la mano para pedir.

Ella me fulmina con la mirada, pero hace lo que le digo. Mike, que ha escuchado la conversación, se acerca mí:

—Ya era hora de que sacaras las uñas.

Me echo a reír.

—Las buenas gatitas solo las sacamos cuando nos atacan.

—No lo habías hecho hasta ahora y te ha atacado varias veces —me recuerda.

Me encojo de hombros y suspiro con amargura.

—En el fondo me da pena. Si fuera mi amiga, le diría que esos niños ricos la utilizan. Se acuestan con ella, pero se casarán con alguna chica de buena familia con estudios y con un pasado que no incluya haberse acostado con todos sus amigos. Y un día ni la belleza ni la juventud estarán de su lado y ella tendrá que lidiar con sus sueños rotos.

—Eres muy inteligente. ¿O habla la voz de la experiencia?

Sus ojos brillan curiosos.

—No, la propia —aclaro.

—Pero sí te tocó de cerca.

El rencor se remueve en mi interior, pero contesto con expresión de fingida tranquilidad:

—Tengo que volver al trabajo.

—Claro, aunque si luego te apetece, podríamos tomarnos una copa y hablar de eso o de lo que quieras. Yo invito —ofrece comprensivamente.

—Genial. Cita entonces.

Sonrío y entrelazo mis dedos con los suyos. Intercambiamos una mirada cómplice y en ese momento Vincent, que solo ha escuchado la última frase al acercarse a nosotros, protesta:

—¿Vais a tener una cita?

—Sí, pero no es romántica, así que puedes venir en lugar de reconcomerte de envidia —se burla Mike.

Vincent sonrío, pero protesta en el mismo tono:

—No me convence, tú siempre te pones de parte de Taylor. Y dado que no te gustan las mujeres, eso es muy triste para mi ego.

—Tranquilo, Vincent, para mí sigues siendo el chico más guapo del lugar —ironiza Mike—. Pero Taylor es la más inteligente y divertida, lo que significa que sí, le daré la razón a ella en todo.

Los tres reímos y Vincent se acerca a mí y me susurra al oído:

—¿Por qué puedes hacer «manitas» con Mike y no conmigo?

—No hago «manitas» con Mike —replico con ironía.

—Bien, en ese caso, luego quiero hacer «no manitas» contigo.

Su voz es tentadora, la imagen de nosotros haciendo «manitas» todavía más. Por eso aclaro, más a mí misma que a él:

—Ni lo sueñes.

—Parejita, dejad de discutir u os dejaré solos esta noche —ríe Mike.

—Ni se te ocurra —le prohíbo.

—A mí me encanta la idea, pero la dama manda, así que ¡en marcha! Todos al trabajo y nos vemos a la salida. ¿Con quién prefieres ir, Taylor? ¿Conmigo en la Harley o con Mike en lo que sea que tiene por trasto para conducir?

Un calor sube por mi cuello al recordar lo que me incita cada vez que subo a la Harley con Vincent. Velocidad, mi pelvis apretada contra su espalda... Definitivamente, sé cuál es la respuesta:

—Iré en mi propio coche, no necesito que ningún chico me lleve.

—Lo sé, pero me gusta llevarte en mi moto —insiste Vincent, y recorre mi cuerpo con la mirada, deduzco que él también está pensando en mí pegada a él.

Trago saliva y Mike se burla:

—Será mejor que Taylor vaya en su coche, no quiero que lleguéis al bar en plena combustión.

—No tiene gracia —protesto, pero una sonrisa tironea de mis labios.

—Está bien, nos vemos en el bar directamente —acepta Vincent. Y luego, cuando cree que no le escucho, susurra a Mike—: Ya intentaré lo de la combustión más tarde, cuando estemos a solas.

Me alejo de ellos. Vincent es testarudo, pero yo también. Me acerco a la barra y, mientras lleno mi bandeja con unos pedidos, Amber me lanza una mirada relampagueante.

—A mí me mandas a trabajar, pero tú te has quedado de parloteo con Mike.

—Si eso te preocupa puedo recuperar los minutos extra. Aunque si contamos los que tú te pasas retocando el maquillaje, deberías recuperar muchos más que yo —contesto sin perder la compostura.

Nina, la camarera que prepara las bebidas, se ríe ante mi respuesta y Amber se marcha a seguir entregando los pedidos. Nina comenta con un deje de admiración en su voz:

—Me gusta cómo la pones en su sitio sin alterarte, yo no lo consigo nunca. Aunque el verano pasado estuve a punto de arrancarle el pellejo.

Arqueo una ceja, Nina es una de las camareras más tranquilas.

—¿Qué te hizo?

—Quitarme el novio, solo por el placer de hacerlo. Me rompió el corazón solo para estar con él dos días.

—Lo lamento.

—Yo no, prefiero saber la clase de chico que era antes de hacerme más ilusiones —contesta encogiéndose de hombros—. Además, mi nuevo novio es mucho mejor.

Sonríó y ella añade con picardía:

—¿Sabes que haces muy buena pareja con Vincent?

—No estoy buscando novio ni nada similar.

—Eso no se sabe nunca. Te lo digo por experiencia.

Bajo los ojos y tomo mi bandeja. Mientras camino hacia la mesa que debo servir, observo a Vincent por el rabillo del ojo. Definitivamente, es demasiado guapo para no hacerlo. Por suerte, esta noche Mike será de nuevo nuestra carabina, la necesito.

VINCENT



Llevo todo el día observando a Taylor. Cada vez que un rizo rebelde se suelta de su moño y ella sonríe mientras lo recoloca, siento que podría enamorarme de ella en un instante, si es que no lo estoy ya. Y ahora que estamos en el bar, tomando una copa y ríe de esa forma única, me siento que me pierdo en ella. Cuando se levanta al baño, Mike susurra:

—Es perfecta,  verdad? Hace que te replantees muchas cosas.

— Ya no eres gay? —ironizo.

—Me refería a ti, y lo sabes. Desde que lleg o no has vuelto a ser el mismo.

— Eso es bueno o malo?

—Tu nivel de chicas estaba en las que son como Amber.  Contesta eso tu pregunta?

—El problema es que s e cómo tratar y conseguir a las chicas como Amber. Pero con las que son como Taylor es totalmente diferente.

—Ahí está la gracia. Además, tú lo vales —insiste.

—No estoy tan seguro de eso.

—Yo s .

Sus palabras alivian el malestar que siento cada vez que pienso que Taylor nunca se fijará en un chico como yo más allá de un arrebatado momentáneo del que se arrepiente enseguida. Permanecemos en silencio hasta que ella vuelve del baño y se sienta con una sonrisa. Mike propone pedir otra ronda, pero antes de que pueda alzar la mano, la voz chillona y ebria de Amber se escucha acercarse a nosotros:

— Vaya, vaya!, Taylor jugando con los dos jefes. No sabía que te gustaran los tríos.

El rostro de los tres se tuerce. A diferencia de Amber, a ninguno nos gustan los gritos y jaleos, menos en público.

—Cuidado, Amber —le advierte Mike.

—Estamos fuera del club, puedo decir lo que me plazca —replica con aire desafiante.

—Sigo siendo tu jefe.

Una sonrisa maliciosa asoma al rostro de Amber:

—Puede, pero algún día vendrá el dueño del club y ese día puede que dejes de ser el jefe...

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy diciendo que yo siempre gano —se regodea.

—Esa frase siempre la dicen los perdedores.

La voz de Taylor se escucha suave pero firme. Amber la mira con desprecio y se venga de su comentario:

—Yo de ti tendría cuidado con esa copa, Vincent podría aprovecharse de ti, le gustan las chicas borrachas.

—No te consiento que digas eso —protesto saltando de mi asiento y masacrándola con la mirada.

—Tranquilo.

Mike me obliga a sentarme y dice a Amber:

—Será mejor que te vayas, estás borracha y puedes decir algo de lo que luego te arrepientas.

Ella se ríe, parece que el alcohol le ha nublado el poco juicio que tiene, porque insiste:

—¿Tanta prisa tenéis por estar los tres solos? El chico malo, el gay y la presunta niña buena. Vuestra noche promete. Sobre todo porque Taylor tiene pinta de ser toda una puta en el fondo.

Vincent y yo miramos sorprendidos a Taylor, pero antes de que podamos decir nada ella lanza el contenido de su copa contra el rostro de Amber. Esta grita y levanta su mano para abofetear a Taylor, pero Mike la detiene y le ordena en un tono duro que jamás le había escuchado antes:

—Lárgate.

—No pienso irme sin dar su merecido a esta zorra.

—Amber, estás borracha y solo por eso voy a darte el beneficio de la duda. Pero si no te largas ahora mismo más vale que no vuelvas a aparecer por el club.

La chica que la acompaña tironea de ella y consigue alejarla entre protestas. Taylor susurra:

—Necesito salir de aquí.

La acompañamos fuera y la seguimos en su rápido paso hasta la playa. Allí se deja caer sobre una roca, visiblemente compungida. Yo intercambio una mirada con Mike y la tranquilizo.

—No ha sido culpa tuya.

—Sí lo ha sido. Estaba borracha, no debí hacerle caso, y menos dejar que me afectara como para hacer lo que hice.

—Vincent tiene razón. Amber lleva provocándote desde que llegaste, no sé cómo has aguantado tanto. Y conociendo a Amber, no será la primera vez que alguien le lanza una copa.

—Eso sigue sin justificar mi acción. Deberías despedirme por agredir a una compañera —susurra.

—No estábamos en el club. Y dudo que Amber quiera explicar lo que ha pasado a nadie, así que por mí está olvidado.

Taylor traga saliva y Mike bromea:

—Al menos ahora ya no te dará pena.

—Nunca dejará de dármela —le contradice ella.

Abro los ojos y la boca incrédulo:

—¿Amber te da pena?

Taylor suspira fuerte antes de responder:—Me recuerda a mi madre. Y aunque sea horrible conmigo, no me gustaría que terminara como ella.

—¿A tu madre?

La idea de que su madre se pueda parecer a alguien como Amber no me cabe en la cabeza. Mike también la mira extrañado y Taylor se explica:

—Ella también trabajó aquí, en el club, como camarera. Mis abuelos eran muy pobres, y cuando llegó aquí y vio todo ese lujo, decidió que quería formar parte de él. Todo su tiempo libre lo invertía en ir a fiestas y acostarse con chicos ricos esperando que alguno se enamorara de ella.

—Pero ninguno lo hizo.

—No, y lo que es peor, se quedó embarazada de mí. Y, al llegar el invierno, volvió a casa frustrada, con los sueños rotos y un bebé no deseado en camino.

—¿Quién era el padre? —me atrevo a preguntar.

—No lo sé, nunca me lo explicó. Solo sé que él le dijo que no dejaría que le hundiera su brillante futuro. Le dio algo de dinero y la obligó a marcharse.

—Lo lamento mucho —susurro.

Taylor se encoge de hombros:

—Mi madre creyó que era muy lista utilizando su belleza para conseguir un chico rico. Pero la utilizada fue ella y yo su efecto colateral.

No dejo de pensar que podría haber encontrado a un buen hombre que la amara de verdad. Quizá no hubiera tenido mucho dinero, pero al menos no la hubiera dejado embarazada y sola.

Su tono es amargo, es la primera vez que se lo escucho. Respira hondo y continúa explicando:

—Ella nunca superó lo que había pasado y se pasó los trece años siguientes emborrachándose, yendo con tipos que no le convenían y desapareciendo de casa cuando le apetecía. Hasta que un día nos llegó la noticia de que había estampado su coche contra un arcén. Iba drogada.

Los rostros de Mike y el mío se contraen afectados por la historia.

—Debió ser terrible para ti —intuyo.

—Sí, aún más para mis abuelos, ella era su única hija, y a mí me criaron como tal. Mi abuela murió dos años más tarde de un ataque al corazón. Una parte de mí sigue creyendo que no superó lo que había pasado con mi madre.

—¿Y tu abuelo? —se preocupa Mike.

—Murió hace dos años de cáncer.

—¿Y no tienes más familia?

—Nadie cercano. Tu tío es lo más parecido a un familiar que tengo.

—Siento mucho que pasaras por todo eso.

—Al menos tuve unos abuelos que me querían y que lo hicieron lo mejor que pudieron. Podía haber sido peor y terminar en el sistema de acogida.

Sonrío. Exuda valentía y coraje en todas sus acciones.

—Siempre buscando el lado positivo.

—Es la única forma que sé de sobrevivir. Además, a nadie le gusta escuchar quejas.

—Tienes razón, pero, si alguna vez quieres hablar...

—Lo sé —termina mi frase con voz serena—. Pero prefiero pasar nuestro tiempo hablando de cosas mucho más animadas. Es más productivo y sano.

La observo con admiración. Ojalá pudiera enfrentarme al mundo como lo hace ella. Mike, que parece muy afectado, le pregunta:

—Puede que tú te lo tomes bien, pero es una historia terrible. ¿No has intentado buscar a tu padre?

—¿Para qué? Creería que soy una cazafortunas como mi madre. No, gracias.

—Pero ¿no tienes curiosidad por saber cómo era?

—Supongo que tiene los ojos verdes, nadie en mi familia los tiene salvo yo. El resto de mi rostro es completamente de mi madre, nos parecemos tanto que si ves fotografías de ella y de mí en su juventud somos prácticamente iguales, al menos físicamente. Por suerte, yo me parezco a mi abuela en el carácter.

Se hace un silencio y Mike comenta:

—Sé que lo que voy a decir no mejora tu situación, pero yo crecí con un padre al que me gustaría no haber conocido nunca.

Los dos lo miramos intrigados y él continúa:

—Como todo lo que hace en la vida, solo se casó con mi madre porque le convenía en ese momento. Es egoísta, manipulador y malicioso. Mis únicos recuerdos de él son cuando me gritaba o me ninguneaba, el resto del tiempo estaba ausente. Nunca llegué a crear una verdadera relación de padre e hijo con él, solo le tenía miedo primero, odio después.

Taylor le toma de la mano y Mike respira profundamente:

—Estaba tan ausente y significaba tan poco para mí que en el colegio creían que mi madre era viuda. Cuando mi madre contó la anécdota en casa, mi padre se escudó en que era un hombre muy ocupado, aunque en realidad vivía de la fortuna de mi madre. Pero lo importante es que en tantos años estudiando allí yo no le había nombrado ni una sola vez. Solo hablaba de mi madre, solo me importaba ella.

—Eso es muy triste, lo lamento mucho —susurra Taylor apenada.

—Yo también —me sumo.

—Ahora está fuera de mi vida. Pero lo que quiero decir es que, si me dieran a elegir, preferiría no haberle conocido.

Sus ojos se ensombrecen y Taylor se levanta y le abraza con fuerza. Aprieto los puños. No se supone que deba ponerme celoso, pero lo hago. Cuando se separan, Mike se excusa:

—Es tarde y todavía tengo que repasar unas cosas esta noche. ¿Os importa si os dejo solos?

Temo que Taylor hable de marcharse a casa también. Sin embargo, ella pregunta:

—¿Necesitas nuestra ayuda?

—No, os habéis ganado el descanso esta noche. Mañana será un día largo.

Nos despedimos de él y, cuando nos quedamos a solas, bromeo para hacerle olvidar lo que nos ha explicado:

—Al final sí vas a tener una cita conmigo.

—No es una cita —replica, aunque el aleteo inconscientemente coqueto de sus pestañas me dice lo contrario.

Mis dedos acarician su mejilla:

—¿Puedo al menos decirte lo guapa que estás?

—Estoy como siempre.

—Entonces deduciremos que siempre estás guapa.

Ella se ríe y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Quedamos en «no manitas» —protesta.

—Quedaste tú, yo no dije nada.

Sus ojos brillan, pero no suelta mi mano, y me agradece:

—Gracias por escucharme.

—A ti por confiar en mí. Y en Mike. Tengo celos de él —comento medio en broma medio en serio.

Taylor sonrío, acaricia mi mejilla y, para mi sorpresa, confiesa:

—Y yo odio la idea de tú y ella juntos.

Respiro hondo y dejo escapar el aire con lentitud. Sé a lo que se refiere y por qué lo ha pensado. Ella se disculpa:

—Lo siento, no he debido decir eso.

—Yo también odio esa idea. Supongo que mi mala excusa es que estaba borracho y no pensaba en nada más que en olvidar que estaba harto de todo.

—No necesitas excusas, no tengo derecho a...

—Tienes todo el derecho del mundo. Amber se ha cebado contigo por mi causa. Y tampoco me agrada la visión que doy por haber estado con alguien como ella, menos aún con lo que ha dicho hoy.

—No te preocupes por ella, sé que nunca te aprovecharías de una chica.

—¿Estás segura? Porque odiaría que pensaras eso de mí.

—Completamente segura. Si pensara lo contrario no viviría contigo.

Su gesto me emociona y trato de que no lo advierta al sugerir:

—¿Nos vamos a casa? Ha sido un día largo.

Taylor asiente y caminamos en silencio hasta el parquin, todavía con los dedos entrelazados. Me siento como si fuera un adolescente que saliera con una chica por primera vez. Me gusta el tacto de su mano y la forma sincera en la que ha hablado de su madre. También que no le guste la visión mía con Amber, quizá porque por fin estoy consiguiendo que se fije en mí más allá del arrebató pasional de la otra noche y esté celosa. Su rostro todavía está algo triste, y eso me entristece a mí. Me doy cuenta de que necesito verla sonreír, como la primera vez que la vi, cuando hablaba

llena de expectativas y esa aura de felicidad que ha resultado ser contagiosa. No quiero que temas de mi pasado como Amber la afecten, menos aún que nos separe. Me sorprende a mí mismo pensando que me gustaría poder congelar esos momentos en los que es toda luz y embotellarlos en un lugar al que pudiera aferrarme cuando me siento amargado. En un susurro comento:

—Ojalá me hubieras dejado traerte en mi Harley. Me hubiera gustado dar un paseo contigo.

Una sonrisa tironea de sus labios.

—Ídem. Pero ya he traído mi coche, o sea que tendremos que dejarlo para otro día.

—Lo tomaré como una promesa. Y de verdad lamento lo que ha sucedido con Amber.

Ella respira hondo.

—Decidí hace algún tiempo que viviría plenamente cada instante. No quiero pensar más en lo que ha pasado. Y tampoco volver a hablar de mi madre.

Yo la miro. Para mí no es tan fácil. La única forma de olvidarme de todo sería estrechándola entre mis brazos y quitándome esta sensación de impotencia cuando pienso que no para de recordarme que cuando acabe el verano se irá y no volveré a verla. Ella insiste:

—Quitando esa parte, ha sido una gran noche y me lo he pasado muy bien.

—Yo también. Aunque otro día me gustaría salir solos los dos —me la juego.

Taylor esboza una sonrisa triste y replica:

—De acuerdo, pero nada de citas, solo amigos.

—Solo amigos —miento.

Ella ladea la cabeza y sé que no me cree, pero no dice nada más y se mete en su coche. Y cuando yo me subo a mi moto, solo puedo pensar que esta noche voy a dormir al lado de su habitación y que cada día esta situación se me hace más insostenible.

TAYLOR



Estamos en el comedor del club. Mike está comprobando los centros de flores de las mesas, aunque creo que lo hace para poder curiosear.

—¿Cómo fue anoche?

—Volvimos a casa y nos fuimos a dormir.

—Eso suena muy aburrido... ¿Soy el único que ve que las chispas saltan entre vosotros?

Tomo aire. Vincent es todo lo que una chica sueña: guapo, inteligente y, al menos conmigo, absolutamente encantador. Odia su trabajo, pero lo hace bien porque está comprometido, y me trata como a una princesa, lo cual conquistaría mi corazón romántico si no fuera porque lo dejé congelar por obligación. Nuestras conversaciones son cada vez más largas y cada noche advierto que nos cuesta más separarnos. Nos decimos en silencio a través de miradas que expresan mucho más que mil palabras lo que al menos yo no puedo reconocer. Pero nada de eso importa porque no podemos estar juntos, así que trato de restarle importancia al tema.

—Vincent solo se interesa por mí porque le he dicho que no. Si hubiera pasado algo entre nosotros, ya me habría olvidado.

—No puedes afirmar eso. Lo haces basándote en chicas como Amber, pero tú no eres como ella, no actúas de la misma forma y por tanto lo lógico es que Vincent también sea diferente contigo.

Hago una mueca. Tiene razón, conmigo es muy diferente y está claro que me respeta, pero aun así protesto:

—¿Eres un experto en chicos malos?

Mike me guiña el ojo.

—Vincent no es un chico malo, solo lo finge porque así no tiene que pensar en sus problemas. Y dado que tú le haces sentir bien sin necesidad

de alcohol o de sexo, todo cambia. Aunque, si te soy sincero, la parte de sexo seguro que le gustaría... Y a ti también, lo leo en tus ojos.

Río aunque maldigo interiormente ser tan transparente para Mike, pero matizo:

—No pienso ceder.

—¿No te gusta? Es muy guapo y sexy —bromea.

—Lo es, pero no estoy buscando una aventura de verano, solo lo complicaría todo. Aunque me gustaría ser su amiga, como lo soy contigo. Sin dramas.

Se encoge de hombros.

—En ese caso, ¿qué te parece que salgamos los tres juntos en cuanto acabe nuestro turno? No será tan excitante como si tuvierais una cita, pero nos divertiremos.

Tuerzo el gesto.

—Anoche no fue muy bien.

—Eso fue porque nos encontramos a la loca de Amber. Pero hoy tiene que trabajar, así que nos libramos de ella. Además, no te aceptaré un no por respuesta.

Suspiro, Mike puede ser muy tenaz cuando se lo propone, y cedo:

—De acuerdo, ¿avisas tú a Vincent?

—Seguro que él prefiere que lo hagas tú.

—Eres incorregible —protesto lanzándole una servilleta.

—Lo sé —contesta con una mirada pícara.

Entre risas terminamos de revisar todo y voy en busca de Vincent. Este está en la zona del campo de golf, y sonrío en cuanto recibe mi propuesta. Sin embargo, comento:

—Si prefieres ir a alguna fiesta de tus amigos, puedo ir sola con Mike.

—Como te dije, esa gente no son mis amigos. Y ya no me apetece ir a esa clase de fiestas, no he vuelto a ninguna de ellas desde la que fui contigo. Prefiero pasear por la playa contigo o que salgamos los tres, como propone Mike.

Mi corazón palpita, sé que no debería alegrarme tanto de que prefiera estar conmigo que en una fiesta en la que tendría a la chica que quisiera en su cama, pero lo hago.

—Bien, nos vemos a la salida. Hoy será un día complicado.

—No te canses demasiado.

—Lo intentaré —respondo guiñándole el ojo.

El resto del día pasa como un torbellino, ya que los tres estamos muy atareados y apenas si nos saludamos con una sonrisa cuando nos vamos encontrando. A la salida, después de ducharnos y cambiarnos en los vestuarios, vamos directamente a un bar que Mike sugiere. Cuando llegamos allí y conforme pasan las horas, está claro que Mike ha acertado en su propuesta. Me estoy divirtiendo mucho; y ellos parece que también. En un momento de la noche Mike bromea en mi oído:

—No me digas que no te has fijado en que Vincent hoy está muy guapo.

—Sí —admito—, pero eso no cambia mi férrea determinación.

—Lástima.

Los dos reímos y Vincent pregunta:

—¿De qué hablábamos?

—De un chico guapo —responde Mike enigmáticamente.

—¿Quiero saberlo?

—No —respondo con rapidez.

Vincent sonrío halagado, sabe que hablábamos de él. Me encojo de hombros, doy un sorbo a mi refresco y trato de no fijarme en, como ha recalcado Mike, lo increíble que se ve hoy. Desde que ha entrado en el bar ha captado las miradas de todas las chicas, aunque en la zona se ven bastantes chicos guapos, no tanto como él ni con un cuerpo tan perfectamente trabajado. Además, sus tatuajes y su ropa negra le dan un aura de «chico malo» al que ninguna mujer puede resistirse a darle un buen repaso antes de suspirar por lo que no puede tener.

VINCENT



Llevamos una hora sin parar de reír, hasta que el rostro de Mike se contrae por completo.

—¿Qué sucede?

—Amber está aquí con un par de camareras —responde irritado.

—Pero hoy tenía que trabajar...

La voz de Taylor se escucha llena de frustración.

—Habrá cambiado el turno con alguien —deduce Mike visiblemente molesto por ellos.

—¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? —maldigo.

—Es Amber, siempre lo sabe todo, especialmente si puede utilizarlo a su favor. Si yo estuviera en tu lugar, comenzaría a sentirme acosado...

Resoplo y Mike me pregunta:

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. No quiero pelearme con ella, pero nos lo estábamos pasando muy bien y no quiero marcharme. ¡Me tiene tan harto! —mascullo.

Taylor no dice nada, tan solo mira fijamente hacia su vaso. Me gustaría envolverla en mis brazos, sostenerla, decirle que fui un idiota por acostarme con Amber y que no significó nada, pero no sé si eso es lo que quiere escuchar de mí. Debería haber sido algo de mi pasado que no nos afectara, pero Amber está obcecada con entrometerse en nuestras vidas una y otra vez. Tengo que hablar con ella en serio antes de que esté fuera de control. Últimamente ha estado más posesiva y está comenzando a asustarme, temo que pueda hacer algo que moleste a Taylor y la aleje de mí definitivamente. Intercambio una mirada con Mike y este propone:

—¿Quieres que hable con ella?

—No —sacudo la cabeza con fuerza.

—Quizá sería mejor que nos marcháramos —propone Taylor con la voz tensa.

—¿Por qué? Si la dejamos que gane, no podremos hacer nada porque siempre estará ahí molestando.

—Mike tiene razón. Por eso es mejor que hable con ella de una vez por todas.

Me levanto antes de que ninguno de ellos pueda intentar hacerme cambiar de idea y voy en busca de Amber. Está sentada en un taburete en la barra, con una falda tan corta que en cualquier momento mostrará su ropa interior. Algo que supone que es muy sexy porque a medida que me acerco se contonea como si buscara ese efecto. También se inclina hacia delante, ofreciéndome una amplia vista de su generoso escote. Supongo que cuando estaba borracho ambas cosas me atrajeron, pero hoy no he bebido ni una gota y su desesperado intento solo me parece tan barato como ella. Sonríe, y con ese tono zalamero que odio me saluda:

—¡Vincent, qué sorpresa más agradable...! Supongo que debías estar aburrido con ese par que te acompaña, por eso yo estoy aquí, para cambiar tu suerte esta noche.

Arqueo una ceja. ¿De verdad cree que estar con ella es más divertido que con Mike y Taylor? Lo único que puede resultar atractivo en ella, que es todo veneno e insinuaciones, es lo que haga en la cama; y no es algo que a mí me interese ahora que la conozco. Puede que empezara el verano de chica en chica, pero ahora solo hay una que me interesa y es Taylor, el polo opuesto de Amber. Y no voy a permitir que nada me estropee la oportunidad de estar con ella. Sin rodeos pregunto:

—Amber, ¿qué demonios quieres? ¿Por qué estás aquí?

Ella no contesta inmediatamente, sino que se mira las uñas, y no me queda claro si es que no tiene una respuesta o que ha visto que necesita hacerse la manicura y se ha distraído de lo que quiere decirme. Finalmente responde:

—Dado que en el club no quieres hablar conmigo porque eres mi jefe, he pensado que podríamos hacer algo juntos aquí.

—¿Juntos?

Estoy demasiado cansado para seguir su juego. Solo quiero que se vaya y olvidar el rostro de Taylor decepcionado mirándome desde su silla.

—¿Por qué no? Hacemos una pareja perfecta —declara como si estuviéramos en el instituto y buscara pareja para la fiesta de fin de curso.

—No la hacemos.

—La noche que estuvimos juntos lo fuimos.

¡Cómo no!, tiene que sacar a colación aquella maldita ocasión.

—Aquella noche solo quería echar un polvo y tú fuiste la que cayó primero. No hubo nada más y nunca lo habrá —mascullo.

Quizá no debería ser tan brusco, pero estoy harto de que finja ser más de lo que somos. Tuvimos sexo. Punto. Y teniendo en cuenta que se acostó conmigo porque creía que era un niño rico, no entiendo que siga insistiendo.

—¿Es por la zorra de Taylor?

—No te consiento que la insultes.

Sus ojos me miran amenazantes.

—¿Cuál es tu problema? Lo que tuvimos fue muy especial y dejas que ella lo estropee.

—Lo que tuvimos fue sexo estando borrachos, nada más. Y yo ni siquiera te interesaría si no fuera porque soy tu jefe y quieres que te haga favores con tus horarios.

Su rostro centellea por la ira.

—¿Me estás llamando puta?

—Te estoy diciendo que no me interesas y yo a ti tampoco, así que déjame tranquilo. Y aléjate de Taylor. Estoy harto de que le hagas la vida imposible en el club.

—Solo la trato como merece.

—Eso no es cierto, te vengas de ella porque no puedes hacerlo conmigo —tomo aire—. Viniste a trabajar aquí esperando cazar a un millonario. Bien, pues dedícate a eso y olvídate de mí.

Sus ojos se clavan furiosos en mí.

—Esto no ha terminado.

—Sí que lo ha hecho.

Me alejo, fuera de mis casillas, y vuelvo a mi asiento. Mike se interesa.

—¿Cómo ha ido?

—Como siempre. Yo la rechazo y ella no me escucha —maldigo entre dientes.

—¿Quieres que te vaya a buscar otra copa?

Miro alrededor. De repente estar aquí me ahoga, como si hubiera demasiada gente.

—Saldré un momento a tomar un poco de aire fresco.

—¿Quieres que vayamos contigo?

—No, vuelvo enseguida.

Camino veloz hasta fuera del bar y me dirijo al borde de la playa. A medida que me alejo de la música y la gente, comienzo a tranquilizarme. No debería dejar que Amber me afectara de este modo, pero no puedo evitarlo. Cada intento suyo por intimar conmigo me aleja de estar con Taylor. Aprieto los puños y me siento sobre la arena. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? ¿De verdad Amber cree que, después de lo que sé de ella, la deseo? Aunque no lo crea, apenas tengo recuerdos de la noche que pasamos juntos. Había bebido demasiado, y con lo que ha pasado después, para mí solo significa una mala decisión que puede alejarme de lo único que me importa: Taylor. Y por eso no debería dejar que me fastidiara la noche, darle tanto poder es una forma de que gane. «¡Se acabó!», decido. No voy a marcharme de un bar porque esté ella. Voy a volver con mis amigos, a disfrutar de la noche, y si Amber intenta de nuevo acercarse a mí, seré lo cruel que sea necesario para que me deje tranquilo de una vez por todas. Me incorporo con rapidez para volver, pero al darme la vuelta estoy a punto de chocar con Amber. ¡Lo que me faltaba, me ha seguido hasta aquí! Definitivamente es la chica más pesada que he conocido.

—¿Qué quieres?

Mi tono irascible la sorprende, pero enseguida recupera la sonrisa seductora con la que supongo espera ganarme.

—He visto que salías y he pensado que podíamos continuar la conversación.

—¿Qué conversación? Amber, no sé qué parte de «no quiero nada contigo» no entiendes —protesto desquiciado.

—¿Por qué eres tan duro conmigo?

Arrastra las palabras e intuyo que está borracha. Como siempre. Otra gran virtud de ella.

—Porque te pasas el día acosándome y estoy harto. Amber, no soy un mal chico y no me gusta tratarte como lo hago. Pero no se me ocurre otra forma de decirte que me dejes tranquilo.

Hace un mohín que me indica que sigue sin escucharme. Siento ser duro con ella, pero es la única forma de hacerle entender que no me interesa.

—Tú no lo entiendes. Puedo tener a quien quiera, pero te quiero a ti.

—Lo que quieres es demostrar que puedes ganar a Taylor, por eso marcaste el terreno con ella desde el primer momento.

Me masacra con la mirada.

—Amber, los dos sabemos el tipo de persona que somos, lo que buscábamos el uno del otro aquella noche. No estoy orgulloso de lo que hice, pero tienes que dejar de intentar seducirme.

Una sonrisa torcida asoma a sus labios.

—¿Sabes qué es lo que creo? Que me alejas de ti porque me deseas más de lo que puedes soportar.

Sus palabras me pillan desprevenido. ¿De verdad con todo lo que le he dicho estos días sigue pensando eso? Está claro que no atenderá a razones, pero hago un último intento.

—No te deseo y no lo haré nunca.

—Todos me desean.

—De noche, cuando no te conocen.

Ella me mira confusa.

—¿Cómo puedes tratarme así?

—Porque he tratado de evitarte y no lo has entendido. Amber, no quiero hacerte daño, pero necesito que te alejes de mí.

—¿Y no podríamos ser amigos, al menos? —propone deslizando un dedo por mi pecho.

—No, y no me toques.

—Vincent, estás muy tenso. ¿Qué tal si tomamos una copa y hablamos?

—No quiero seguir hablando contigo. Y estoy con Mike y Taylor.

—Taylor... —repite con amargura—. Todo esto es culpa de esa zorra.

—Si vuelves a insultarla no respondo de mí —la interrumpo.

—La tienes en un pedestal... Pero yo la he calado bien y te demostraré lo mal que has escogido —amenaza con rabia.

Su arrogancia me deja sin palabras y la veo encaminarse de vuelta al bar. ¿Qué estará tramando? Temo que mi rechazo solo haya aumentado su ira contra Taylor. La detengo.

—Amber, ¡cálmate! Taylor no tiene la culpa de que no me gustes.

Ella hace una mueca grotesca.

—Claro que sí. Y te lo demostraré.

Hace ademán de marcharse y la retengo por la muñeca.

—¡Suéltame!

—No te acerques a Taylor o te las verás conmigo.

—No necesito hacerle nada para demostrarte cómo es en realidad — responde zafándose de mi mano—. Solo darle tiempo a que muestre su verdadera personalidad. Y ahora, dado que no quieres entrar conmigo, me voy a tomar otra copa con mis amigas.

—Ya estás bastante borracha.

Vuelve a hacer un mohín.

—Es muy tierno que te preocupes por mí.

Yo ladeo la cabeza desesperado y ella se marcha diciendo, ¡cómo no!, la última palabra:

—Nos vemos mañana...

Yo vuelvo a sentarme en la arena, y supongo que estoy más tiempo del que imagino porque Taylor sale a mi encuentro. Se acomoda a mi lado y susurra:

—¿Estás bien? Vimos a Amber entrar en el bar furiosa.

—Lleva mal mis desplantes. Aunque por su forma de insistirme a veces creo que le gustan...

—El chico malo siempre se lleva a las chicas guapas —ironiza.

Suspiro.

—No soy un chico malo. Y Amber no es guapa, al menos no como tú —declaro acariciando su mejilla con suavidad.

Ella se estremece por el contacto y yo también. Hay algo tan increíble en acariciarla... He estado con suficientes chicas como Amber para saber que al final de estar con ellas, cuando se pasa el subidón de la adrenalina y del alcohol, solo me queda una desagradable sensación de vacío. Pero Taylor es diferente. Con ella cualquier contacto tiene el poder de activar todos los estímulos de mi cuerpo. Si me aceptara... Pero, aunque lo haga, siempre termina diciéndome que solo podemos ser amigos, y yo no quiero conformarme con eso. Sin pensarlo, me acerco para besarla, pero ella se aparta de mí.

—Vincent, no...

—¿Por qué?

Su mirada está llena de dolor. Se echa para atrás y la brisa mece su melena de una forma tan llamativa que tengo que controlarme para no acariciar sus cabellos.

—Es lo mejor.

—¿Es por Amber?

—Es porque nos conviene a ambos —insiste. Respira hondo antes de añadir—: Vincent, me gusta ser tu amiga. Hablar contigo, trabajar y convivir contigo. No lo estropeemos.

—Yo lo llamaría una mejora...

—Lo sé, pero tarde o temprano comprenderías que es una equivocación.

Suspiro. No conseguiré que cambie de opinión, está claro que las chicas ignoran lo que les digo, así que sugiero:

—Si con ello te sientes mejor, te prometo que no intentaré nada más. Pero quiero algo a cambio.

Arquea una ceja.

—Que trates de olvidar lo que pasó entre Amber y yo. No me gusta que me juzgues por lo que ocurrió con ella. Fue un error.

Detecto una sonrisa de alivio.

—Eso es fácil. Solo te juzgo por cómo eres conmigo. Y me gusta, por eso quiero que seamos amigos.

Comienzo a odiar la palabra «amigos». Pero, por esta noche, debo aceptar que no conseguiré nada más, y pregunto:

—¿Mike está dentro?

—Sí.

—Será mejor que volvamos con él.

—En realidad se ha encontrado con uno de los clientes del club y está hablando con él. Si quieres podemos quedarnos aquí un poco más.

Su propuesta me sorprende:

—¿Quieres estar conmigo a solas?

—Quiero seguir hablando contigo de algo que no sea la loca de Amber. Pero si prefieres volver adentro...

—Suená bien.

—No —contesto sacudiendo la cabeza—. En absoluto. Se está mucho mejor aquí afuera.

Taylor se sienta en la arena y yo la imito. Ella mira al horizonte, intuyo que está deleitándose con las estrellas. Yo prefiero observarla a ella y al precioso perfil de sus facciones. Se gira hacia mí y nuestros ojos se encuentran. Aguantamos la mirada unos instantes y ella me sorprende al alargar la mano para entrelazarla con la mía:

—Sigues preocupado...

—No me gusta que nos haya estropeado la noche. Ni siquiera me apetece volver al bar.

—A mí tampoco. Ver a Amber lanzándome maldiciones con los ojos no es divertido —reconoce.

Una idea asoma a mi mente:

—¿Te gustaría darte un baño?

—¿Aquí?

—No, en un sitio precioso con agua caliente.

—¿Dónde?

—Si aceptas, es una sorpresa.

Me mira unos segundos fijamente.

—¿Y Mike?

—Me voy a casa, entre el día en el club y los dramas de Amber estoy agotado —contesta el aludido, que ha aparecido detrás de nosotros.

Sonríó. Me gusta estar con Mike, pero me alegra que me deje vía libre. Taylor sopesa unos segundos mi propuesta y acepta:

—Está bien. Mike, ¿seguro que no quieres venir con nosotros?

Una sonrisa irónica asoma a su rostro, sabe que quiero quedarme a solas con Taylor y trata de ayudarme con eso.

—Os veo mañana, parejita.

Taylor está a punto de protestar, pero Mike ya se está alejando. Cuando nos quedamos solos incide:

—No somos pareja.

—Lo sé, solo amigos. Pero lo amigos también pueden ir a sitios bonitos juntos. ¿Vamos?

Asiente, y la tomo de la mano para ayudarla a levantarse. Me gustaría retenérsela, pero no tengo ninguna buena excusa, y le indico que me siga hasta mi Harley. Por suerte hoy ha aceptado venir conmigo, así que de camino a casa sentiré la fuerza del viento tanto como la de su cuerpo pegado al mío mientras conduzco.

TAYLOR



No estoy segura de por qué he aceptado. No es la primera vez que cuando Vincent me propone algo las palabras acuden a mi boca sin que yo pueda hacer nada por contenerlas. O quizá es que no quiero hacerlo. Juego con fuego, pero no puedo evitar alejarme de él. Al principio creía que era por su físico. Está claro que es uno de los chicos más guapos y con el cuerpo más impresionante que he visto. Pero no es eso lo que me desarma, sino sus ojos y su sonrisa. En ellos leo una dulzura y ternura que nada tienen que ver con el chico duro que parece por su aspecto, su forma de hablar en ocasiones o sus tatuajes. Le he dicho la verdad. Ya no le juzgo por la forma de tratar a Amber, no quiero hacerlo. Solo por cómo me trata a mí, y tengo que reconocer que nadie había estado tan interesado y pendiente de mí como lo está él. Tampoco nadie me había mirado con tanto deseo. Cuando él me mira, me siento la chica más atractiva del mundo. Cuando me observo en el espejo, solo veo a una chica normal, del montón, muy lejos de chicas como Amber u otras camareras del club, todo curvas y pechos inmensos. Pero, cuando Vincent me mira, me hace sentir que soy una chica preciosa. Y eso me gusta, me gusta mucho. Lo cual dificulta aún más si cabe mi decisión obligatoria de ser solo amigos, más cuando llegamos a la casa de la piscina y me pide:

—Ponte el bikini y un albornoz.

—¿A dónde vamos?

Se encoge de hombros.

—Si te lo dijera no sería una sorpresa.

Decido confiar en él y me cambio con rapidez. Me ciño con fuerza el albornoz y salgo de mi habitación, donde él ya me está esperando. Le sigo por el jardín hasta la puerta trasera de la mansión, y de ahí hasta una

gran habitación en la que hay un espectacular jacuzzi bañado por la luz de las estrellas y algunas lámparas de sal que Vincent enciende. Boquiabierta por la belleza de la estancia, pregunto:

—¿Podemos usarlo?

Una sonrisa traviesa asoma a sus labios y me guiña el ojo mientras comienza a apretar los botones para que el agua se caliente y salgan las burbujas.

—No lo sé, pero mi tío toma pastillas para dormir, no se enterará.

—No querría meter en problemas a tu tío.

—No lo haremos. Un baño y recogemos todo cuando salgamos.

Dudo unos segundos y protesto:

—Esto no es una buena idea.

—Lo recogeremos todo, ya te lo he dicho.

—No es eso...

Me interrumpo. No sé cómo explicarle que estar tan cerca, solos, en bañador, con la tensión sexual que siempre hay entre nosotros y se ha acrecentado durante los últimos días, hace que todo cobre un cariz peligroso. Se acerca a mí y con suavidad toma mi barbilla para leerme los ojos:

—No hay nada malo en estar aquí juntos.

—Tú tan cerca de mí es malo.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Miro alrededor.

—Taylor, no he conocido a nadie más sexy que tú en bañador. Pero no te he traído aquí para seducirte, ya que de momento solo quieres que seamos amigos.

—¿Los amigos se cuelan en casas ajenas para bañarse juntos en un jacuzzi?

—Lo hacen cuando tienen intención de que algún día la situación cambie —replica con una sonrisa.

—Eso no va a cambiar.

Se acerca más a mí y susurra:

—Si vas a seguir repitiendo eso una y otra vez deberías dejar de mirarme con tanto deseo en tus ojos.

—Yo no hago tal cosa. —Arquea una ceja y acepto a mi pesar—: Es cierto, lo hago, pero trato de controlarme. Y por eso estar a solas en sitios como este no es una buena idea.

—¿Y si te lo tomas como que es un sitio para que te relajés? Llevas días trabajando sin descanso, te lo mereces. Te prometo que no intentaré nada.

Respiro hondo y dejo caer el albornoz sobre un banco de mármol cercano y él hace lo mismo. Al menos el agua cubre parte de su cuerpo, aunque hay algo en esos hombros anchos y fuertes que me vuelve loca... Maldigo mi poca capacidad de control. Ojalá pudiera estar a su lado sin sentir que voy a entrar en combustión espontánea, pero eso es casi imposible. Pero tengo que tener cuidado, mucho cuidado. No puedo permitirme que Vincent sepa que me hace sentir viva, recordar a la chica que era antes de que todo cambiara. No debería haber cedido la otra noche, pero cuando estoy con él mi corazón siente cosas que no pensé que querría de nuevo, incluso muchas otras nuevas. Y eso es lo que más me aterra.

—El agua todavía estará un poco fría unos minutos, pero pronto se calentará — comenta.

—Este jacuzzi es increíble.

—Sí, deberíamos pedir uno para la casa de la piscina.

Río.

—Lo cierto es que lo voy a echar de menos. Tiene que ser increíble vivir en un lugar como este.

—El dueño no parece pensar lo mismo. ¿No te resulta extraño que ni siquiera haya aparecido por el club.

Me encojo de hombros.

—Quizá tiene otras propiedades mejores o está de viaje.

—Me pregunto qué debe sentir alguien con tanto dinero, cuando todo es tan fácil.

—No podemos afirmar eso —le contradigo—. Por lo que nos explicó tu tío, el dueño perdió a su madre y ahora a su tío. Dos pérdidas en tan poco tiempo tienen que ser difíciles de sobrellevar. Nada de lo que hay aquí puede compensar eso.

—Tienes razón, como siempre. ¿Cómo te lo haces para ponerte siempre en el lugar de los demás?

—No lo sé.

Se hace un silencio que él rompe preguntando:

—¿Qué harías tú si tuvieras todo el dinero que tiene el dueño?

Su pregunta me sorprende. Me muerdo el labio y replico:

—No lo sé, nunca tendré ese dinero, así que no me lo he planteado.

—A veces eres muy práctica... Yo lo he pensado cientos de veces desde que estoy aquí.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Montaría un taller espectacular de Harleys.

Sonríó ante su vehemencia.

—Me gusta ver la pasión que tienes por ellas.

—Lo malo es que ya no puedo trabajar en lo que quería.

—Ser mecánico es tu vocación. Y algo me dice que podrás volver a dedicarte a ello. Tómame este verano en el club solo como un pequeño bache.

—Yo no lo llamaría bache, al menos no ahora.

—Pero me dijiste que odiabas estar aquí.

—Lo odiaba hasta que llegaste tú. No quería vivir contigo, pero ha sido lo mejor que me ha pasado desde que llegué, en realidad en más tiempo del que recuerdo. Haces que me sienta bien y que olvide lo que he dejado atrás.

Bajo los ojos azorada.

—No quería ponerte nerviosa. Pero me ha parecido justo decírtelo.

Suspiro. No sé si esto ayuda a mi causa de mantenerlo lejos, pero es justo que lo sepa:

—El sentimiento es mutuo.

—Tú ya eras feliz antes de venir aquí. Te recuerdo aquella mañana en la playa, tan relajada...

—Era feliz, pero de otra manera. Tú haces que me divierta, había olvidado lo que era eso.

Una sombra asoma a sus ojos:

—¿No tenías amigos antes de venir aquí?

Vacilo. No quiero mentir, pero tampoco puedo decirle la verdad.

—Digamos que mi vida se volvió solitaria después de dejar la universidad.

—Se me hace difícil imaginar alguien tan sociable como tú sola.

Tiemblo. Vincent comienza a conocerme bien. Y eso es porque me dedica toda su atención y no pierde detalle de lo que hago o digo. Lo cual es halagador y también muy preocupante porque cada palabra que no controlo le acerca más a que descubra mi secreto.

—No tienes por qué contármelo si no quieres, hemos venido aquí a relajarnos.

Asiento. Me gusta la forma en que me habla cuando observa que algo me inquieta. Con dulzura, como si no hubiera ninguna prisa en que le

contara todo y tuviéramos todo el tiempo del mundo. Solo que no lo tenemos. Lo que queda de verano es lo único que nos queda. Y, por ello, voy a tratar de no pensar en nada de lo que me afecta y disfrutar del baño.

—¿Cómo descubriste este sitio?

—Mi tío me hizo una visita guiada el primer día.

—¿Él no lo utiliza nunca?

—Ya conoces a mi tío, es un fiel seguidor de las normas.

—Algo que no has heredado... Y yo tampoco, dado que estoy aquí contigo.

—Solo es una pequeña infracción. Y vale la pena, ¿no te parece? No tenemos muchas oportunidades de disfrutar de un lugar tan espectacular como este.

Asiento mientras contemplo el cielo estrellado. Las calientes burbujas están desentumeciendo mis músculos agarrotados de llevar bandejas, y también mi mente. No es lo único. Vincent me hace sentir que puedo relajarme. Lo que le he dicho en la playa es cierto, no puedo juzgarle por cómo trata a Amber cuando ella provoca a todo el mundo a diario. Me respeta, incluso cuando leo en sus ojos que me desea tanto como yo a él, ha prometido no hacer nada y sé que cumplirá su promesa. Y eso me entristece porque desearía no tener que alejarle de mí, pero por otra parte me hace ver que puedo fiarme de él. Suspiro, definitivamente Vincent ha eclipsado a cualquier otro chico que pudiera haberme gustado antes. Pero llega demasiado tarde para cambiar el pasado y mi futuro; y nada de lo que anhele con él puede hacerse realidad. Mi destino está sellado, el suyo no.

VINCENT



—¿Cómo va con Taylor? ¿Algún avance o seguís siendo solos amigos?
—preguntó Mike.

Está de pie en el vestuario del club poniéndose el uniforme.

—Como siempre. Ella en su habitación y yo en la mía. Ya te lo dije, no quiero presionarla. Si para estar cerca de ella tengo que ser solo su amigo, lo haré.

—¡Vaya, lo lamento! —replica él—. Hacéis una bonita pareja. Y ella es perfecta.

—Creía que yo era el perfecto —protesto.

Él me observa. Me estoy desvistiendo para cambiarme de ropa, y bromea:

—Tu cuerpo es perfecto. Pero no me gustan los tatuajes.

—A todo el mundo le gustan mis tatuajes —le contradigo.

—A mí no, me gusta la piel blanca e inmaculada. Como la de Taylor...

—¿Seguro que eres gay? —protesto.

—Que me gusten los chicos no implica que no pueda admirar a una chica como ella. Llámale un enamoramiento no sexual.

—No sé si eso me gusta —protesto algo ofendido. Odio la idea de cualquiera que no sea yo enamorado de ella.

—Tranquilo, chico guapo, como he dicho es puramente espiritual.

—De acuerdo, pero que sepas que ataca a mi ego que te guste más ella que yo.

Mike ríe sin tapujos.

—Estás demasiado acostumbrado a que todas las chicas caigan rendidas a tus pies, Casanova.

—Eso es porque no has conocido a mi amigo Dallas. Aunque él también tiene tatuajes, tampoco te gustaría...

—¿No conoces ningún chico que no los tenga?

—Que te convenga, no.

Reímos los dos.

—En cualquier caso, deberías ir a cenar con Taylor esta noche. Me han regalado dos entradas para un restaurante que abre sus puertas hoy, así que está todo pagado.

—¿Por qué no vas tú?

—Tengo otros compromisos y es una pena desperdiciar la oportunidad. Ofrecen un marisco increíble y es un sitio precioso y espectacular. Disfrutad de la noche.

Le miro asombrado.

—Eres un amigo increíble.

—Lo sé —responde guiñándome el ojo—. Y ahora deberíamos volver al trabajo, hoy he puesto a Taylor contigo, podrás explicarle lo del restaurante.

¿Trabajar todo el día junto a Taylor y luego cena juntos en un lujoso lugar gratis? Suena demasiado bien para ser verdad. Tuerzo el gesto y Mike adivina:

—He puesto a Amber conmigo y me aseguraré personalmente de que trabaje esta noche.

—Te lo agradezco mucho. Te debo una.

—Cuando conozcas a un chico guapo sin tatuajes que me convenga, me lo presentas, eso saldrá nuestra deuda —propone.

—Cuenta con ello. Aunque a mí se me suelen acercar más las chicas.

—¡Engreído! —se ríe Mike, y me tira su camiseta a la cara.

Yo le devuelvo el gesto y los dos salimos del vestuario. Mike se dirige al comedor y yo a la parte exterior del club. Taylor ya está allí. Cada vez que la veo en su coqueto uniforme pienso en lo bonita que es, también en lo embriagador que fue besarla, acariciarla, en cómo me he de contener para no hacerlo cada día cuando llegamos juntos a casa. Taylor ha eliminado mi capacidad de pensar, como hacía antes, solo en el placer momentáneo de una noche. La necesito y quiero que ella también me necesite; y por eso paso el resto del día mostrando la mejor cara de mí mismo. Y por la noche dejo que Mike escoja la ropa que voy a ponerme para la cita. Ninguna de mis camisetas negras es adecuada para el restaurante de lujo, así que me ha prestado un traje que no tengo ni idea de dónde ha sacado. A veces tengo la sensación de que Mike es como un

mago que te da lo que necesitas justo en el momento adecuado. Con entusiasmo me dice:

—Taylor ya estará lista. ¡Suerte!

Me dirijo a la entrada del club algo tenso. Taylor baja por las escaleras varios minutos después. Está increíble y, a juzgar por las miradas de compañeros y clientes, no soy el único que lo piensa. Lleva un vestido corto azul estilo *vintage* que acentúa sus rasgos delicados. Se ha dejado el cabello suelto y solo ha recogido un par de mechones con un broche del mismo color del vestido. Se ha maquillado y, aunque yo la veo preciosa al natural, reconozco que sus bellos rasgos se ven realzados.

—¡Hola! Espero no haberme retrasado mucho —saluda.

—Acabo de llegar. Estás preciosa.

—Gracias, tú estás muy elegante. ¿De dónde has sacado el traje?

—Me lo ha prestado Mike, ya sabes que es una caja de sorpresas.

Sonríe, no soy el único que se ha dado cuenta.

—Te queda muy bien.

—¿Mejor que mis vaqueros y camisetas?

—No, los vaqueros y las camisetas forman parte de tu estilo —afirma con una sonrisa—. Y son perfectos para ir en tu Harley.

Sonríe.

—Tienes razón. Si nos ve algún motero va a quedarse bastante sorprendido de nuestro atuendo. ¿Nos vamos?

—Sí.

La tomo del brazo con suavidad y la guío hasta mi Harley. Conducir con traje no es precisamente mi idea de un buen paseo en moto, pero se compensa con creces por llevar a Taylor abrazada a mí.

La marisquería está en una de las mejores zonas del puerto. Aparco mi moto fuera del parquin, algo me dice que podrían cobrarme más de lo que gano en un mes por dejarla allí. Además, me niego a que el aparcacoches se acerque a mi moto. Nadie conduce mi Harley, solo yo. Cuando la aparco y descendemos, vuelvo a tomar a Taylor del brazo. Esta noche soy todo un caballero, aunque si por mí fuera la tomaría de la cintura y volvería a apretar su cuerpo junto al mío como ha estado mientras conducía. Caminamos hasta el local y, al entrar, algunos de los comensales nos observan, supongo que somos una pareja llamativa. No les presto atención, cuando estoy con Taylor es como si todo desapareciera de golpe y fuéramos las dos únicas personas en la sala. Un camarero vestido de forma muy elegante nos acompaña hasta una

discreta y romántica mesa del fondo. Súbitamente me siento algo fuera de lugar.

—¿Sucede algo? —me pregunta Taylor detectando mi ansiedad.

—Solo pensaba que me gustaría poder pagar un sitio como este, no traerte porque Mike haya conseguido invitaciones gratis.

—A estas alturas deberías saber que no me importa el dinero. Me gusta el lujo de la casa de la piscina, del club o de este lugar, y aprecio disfrutarlos. Pero no los necesito para ser feliz.

Una sonrisa se expande en mi rostro. Las chicas que he conocido este verano, como Amber, solo piensan en casarse con un millonario que las mantenga. Fingen ser lo que no son para ello, y sé que se avergüenzan de sus orígenes humildes. Pero nada de eso le sucede a Taylor. Desde el principio ha hablado con naturalidad de nuestra precaria situación económica, incluso encuentra aspectos positivos en haber vivido en un parque de caravanas, y me ha hecho recordar los buenos momentos que yo pasé en el mío. La codicia no existe en su mente, y eso me encanta.

—¿Miramos la carta? —propongo.

Taylor asiente y los dos nos escandalizamos ante los precios, más caros incluso que los del club. Muevo la cabeza:

—No puedo creer que Mike nos haya cedido estas invitaciones.

—Es muy generoso.

—Sí, lo es.

—Deberíamos hacer algo para agradecerérselo —propone.

—¿Como qué?

—Le encanta leer, podríamos comprarle un libro.

—Es una idea genial. Aunque, si no te importa, dejaré que tú lo elijas.

Me temo que tus gustos son más parecidos a los de él que los míos.

Ella ríe.

—Lo sé, pero ¿me acompañarás a la librería?

—Por supuesto.

Se hace un silencio y Taylor comenta:

—Algunas personas nos miran...

—Eso es porque estás preciosa.

—Lo normal es que te miren a ti... —me recuerda.

—Los chicos del club también te miran, solo que tú no los ves a ellos.

Pero te aseguro que he escuchado tu nombre en muchas conversaciones en los vestuarios.

—No sé si sentirme halagada o preocupada.

—No te preocupes, son inofensivos. Y me tienes a mí para protegerte.

Ella se echa a reír.

—¿Debería repetirte que sé cuidarme sola?

—Lo sé, pero me gusta que sepas que estoy ahí si me necesitas.

Sus ojos brillan halagados. Un camarero se acerca y nos tiende una carta de vinos. Yo deniego con la mano.

—Solo agua, gracias.

—Tú puedes beber...

—Ya te lo dije, ni una gota si voy a conducir. Menos si voy contigo.

—Debió afectarte mucho aquel accidente.

—No llegó a ser accidente, pero porque en un segundo esquivé a un camión. No volveré a arriesgarme a que mis reflejos estén disminuidos.

Taylor sonrío y yo me intereso:

—¿Nunca has bebido alcohol?

—En el instituto probé algunas cervezas que las amigas sacaban con carnés falsos. En la universidad parecía que hubiera la regla no escrita de que todo el mundo acabara borracho cada noche del fin de semana, pero no era lo mío y solo tomaba algunas cervezas. Y luego el alcohol comenzó a provocarme migrañas, por eso lo evito.

La miro con lástima. No dudo de su fortaleza, pero a veces parece agotada, como si se fuera a romper de un momento a otro; y me pregunto si será a causa de las migrañas. Inquieto, pregunto:

—¿Has ido al médico?

—Sí, no te preocupes. Con que evite el alcohol todo estará bien.

Suspiro aliviado y me intereso:

—¿Cómo es la vida en la universidad? He oído que puede ser un desmadre.

—Lo es para algunos: alcohol, drogas y sexo. Pero nunca quise entrar en ese juego, así que para mí fue algo muy tranquilo.

—¿Y tu novio? —me atrevo a preguntar.

—Compartíamos muchas clases y su mejor amigo era novio de mi compañera de habitación; y comenzamos a salir, primero como amigos y luego como novios. Pero como te dije no fue nada especial y se terminó cuando me fui.

—¿Y no hubo nadie más?

—No. A estas alturas ya sabes que no me van las relaciones de una noche, que es lo que suelen buscar la mayor parte de los universitarios. Además, hay muchas chicas dispuestas a darles lo que quieren, así que ya no interaccionan con las sosas como yo.

—Tú no eres sosa —la contradigo—. Me gusta tu forma de ser.

—Si fuera diferente ya te habrías acostado conmigo —bromea.

—Lo sé, pero no tendría valor. Serías como las otras y te habría olvidado a la mañana siguiente. Prefiero que seas como eres —reconozco.

El rubor tiñe sus mejillas. Quizá he sido muy honesto, pero es la verdad. Es lo que me ha pasado con todas las chicas que he conocido desde Gillian. No valoré a ninguna, no recuerdo ni los nombres de la mayoría de ellas. Pero recuerdo todos y cada uno de los instantes que he pasado con Taylor, lo que sintió mi cuerpo y mi alma cuando nos besamos. Ella es especial, y cuando nos besamos me hizo sentir que yo también lo era. No uno más, sino alguien que merecía su atención. Algo nervioso, jugueteo con los cubiertos y ella clava su vista en el menú para desviar la atención del tema. Yo la imito varios segundos y después pregunto:

—¿Qué tomarás tú?

—Pasta con langosta y, si te apetece, podríamos compartir unas gambas.

—Me parece una buena idea, aunque yo me decanto por la lasaña de marisco. Y de postre esa tarta de queso tiene muy buena pinta...

—Yo tomaré la de fresas, pero si comemos todo eso más nos vale caminar un poco después o no podremos dormir.

—¿Caminar contigo por la playa de noche? No se me ocurre un plan mejor.

El camarero vuelve para tomar nota de nuestro pedido y Taylor no hace ningún comentario sobre mi frase. Cuando nos deja a solas, y el resto de la noche, me pide que le hable de mi pasado. Nunca había encontrado a nadie que supiera escuchar tan bien como ella. Me interrumpe solo en escasas ocasiones para aclarar algo, y sus ojos muestran interés en todo momento. Me gusta poder hablar con ella de lo que he dejado atrás, y mientras lo hago, observar todo lo que hace. La forma de reír, su delicada forma de comer...

Cuando terminamos de cenar, comenta:

—Todo estaba buenísimo. Tendremos que esmerarnos con el libro para Mike.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué te apetece hacer ahora? ¿Pasear?

—Sí, pero en nuestra playa. Así cuando nos cansemos solo tenemos que subir las escaleras para ir a dormir.

—Buena idea.

Salimos del restaurante y nos dirigimos a mi Harley. Cuando llegamos a la mansión ambos dejamos los zapatos a la entrada de la casa

de la piscina y descendemos descalzos las escaleras hasta la playa. La luz de la luna baña el agua y la arena, creando aguas espectaculares.

—Cada día me gusta más este sitio.

—Y a mí.

Comenzamos a pasear por la orilla, dejando que el agua moje nuestros pies descalzos. Me gustaría tomarla de la mano, pero no quiero precipitarme. La noche está resultando perfecta y no quiero hacer nada que lo estropee.

—¿Te lo has pasado bien esta noche?

—Sí, ha sido muy interesante y divertido.

Su mirada se clava en la mía unos segundos y luego seguimos caminando en silencio. Cada vez que la miro de reojo siento el impulso de besarla como hice la noche que volvimos de la fiesta. Pero tengo miedo, no soportaría dos rechazos seguidos.

A medida que nos alejamos de la casa el agua golpea con más fuerza y Taylor se sujeta en un momento dado a mí para no caerse. Yo aprovecho para tomarla de la mano.

—Es más seguro así —miento.

Ella no me contradice y entrelaza sus dedos con los míos. Su piel es tan suave... Me imagino cómo sería poder acariciar el resto de su cuerpo. Y algo más, me imagino cómo sería pasar el resto de mi vida paseando con ella con las manos entrelazadas. De pronto, me asusto al reconocer que, aunque apenas la conozco, no puedo remediar estar loco por ella. Tiemblo y ella lo advierte:

—¿Qué sucede?

—Nada.

Una sonrisa irónica asoma a sus labios.

—Normalmente soy yo la de las respuestas imprecisas y tú el que dice las cosas con claridad.

—Tienes razón, supongo que todo se contagia.

Reímos los dos y, deteniéndome, susurro:

—¿Por qué eres amiga mía? Podrías encontrar gente para salir mucho más parecida a ti.

—Porque tú y yo tenemos muchas más cosas en común de las que se aprecian a simple vista —me contradice—. Amamos la naturaleza, estar en la playa, los paseos en tu Harley y las cosas sencillas. Y también sabemos disfrutar de lo que la vida nos regala, como esa cena esta noche o la casa de la piscina. Ambos sabemos lo que es vivir con carencias

económicas, pero también tener una familia que nos quiere y echarla de menos, aunque sea por diferentes motivos.

Sus palabras provocan que se me haga un nudo en la garganta. Con la mano libre acaricio su mejilla.

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—Yo tampoco.

Nuestras miradas se clavan y me pregunto si podría intentar besarla. Y descubro que no quiero. Paso a paso, peldaño a peldaño, estoy consiguiendo que Taylor se abra a mí. Puedo controlar mi deseo una noche, porque lo que ambiciono es mucho más. Taylor no será una relación efímera y pasajera como las otras, está grabada en mi corazón y no quiero que salga de él. Necesito que confíe en mí totalmente, que se aleje de sus miedos vengan de donde vengan y que cuando estemos juntos sea definitivo.

TAYLOR



Hoy es un día para disfrutar, cálido, soleado y sin responsabilidades. Me siento relajada, feliz, y he propuesto a Vincent ir a la playa. No sé si es la mejor idea porque cada vez con más frecuencia tengo que hacer acopio de mi fuerza de voluntad para no lanzarme sobre él y acariciar su cuerpo que tanto anhelo, pero me apetece mucho pasar el día con él. Debo acostumbrarme a que estemos juntos como amigos, sin que mi sangre hierva cada vez que le veo.

El agua tiene una temperatura perfecta y resulta curativa. Sumergida en ella mis músculos se relajan y también lo hace la tensión de mis sienes. Después de estos días de duro trabajo, necesitaba este momento de paz. Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y me sumerjo unos segundos dejando que el agua se enrede en mi cabello. Cuando salgo a la superficie y abro los ojos, Vincent está contemplándome. En sus ojos bailan un sinfín de emociones y en mi cuerpo vuelve a brotar el deseo que se extiende como una llama por todo mi cuerpo. Él me propone con una sonrisa insinuante:

—¿Te apetece que vayamos a la cala de al lado?

La cala que propone es pequeña y solo se llega a ella a nado. Dado que en la playa solo estamos nosotros y alguna pareja más, es improbable que alguien nos siga.

—Es una cala preciosa, te gustará —insiste.

El problema es precisamente que lo hará. Aunque haya tratado de no fijarme, es imposible no sentirse fascinada por la visión de su torso desnudo, fuerte y musculado; y no sé si estar a solas en la otra cala es la mejor idea del mundo.

—Relájate, es solo un baño —sugiere con una sonrisa que dice lo contrario.

Acepto a regañadientes y nadamos hasta la cala. Una vez allí me admiro:

—Es preciosa.

—Lo es —corroboraba, y se aproxima a mi lado.

Yo subo la parte superior de mi bikini, ya que la natación ha dejado la parte superior de mis senos al descubierto y el borde del sujetador roza el pezón. Él finge que no lo ha visto y sugiere:

—¿Quieres que nos tumbemos un poco a descansar en la arena? Pareces agotada.

—Sí, buena idea. Pero no podemos tardar mucho, hemos dejado nuestras pertenencias allí.

—Es una playa muy tranquila, no hay robos. Disfrutemos del momento.

Trago saliva cuando acaricia mi pómulo con su pulgar.

—Vincent... —mis palabras se difuminan.

Él me mira durante varios segundos, como si tratara de leer mi mente. Nuevamente el deseo se apodera de mí y no soy capaz de impedir que acerque su boca a la mía. Sus labios son tan suaves que mi boca se abre con avidez y los dos sabemos a sal y a pasión... Mi mano recorre su espalda mojada y él comienza a profundizar el beso. Es tan fácil perderse en él... Cuando estamos juntos nuestros cuerpos se mueven en una sintonía perfecta, la boca, las manos, los latidos rápidos del corazón. El ansia de estar con él se vuelve tan fuerte que es casi dolorosa cuando la tensión de mi sien me devuelve a la realidad. No puedo permitir que sus caricias, por muy tentadoras que sean, me hagan olvidar mi plan. Me aparto con suavidad.

—Dijimos que esto no volvería a pasar —protesto con voz temblorosa.

—Tú lo dijiste, yo no.

Su respiración es acelerada y deduzco que el deseo que corre por sus venas es tan fuerte como el mío.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti, Taylor. Y eso es porque me importas. ¿Por qué no quieres aceptarlo?

—Porque no hay futuro para nosotros. En cuanto acabe el verano me iré.

—Podemos irnos juntos...

—No, no podemos.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—Porque algún defecto tenía que tener —bromeo intentando suavizar la situación.

—Taylor, quiero que confíes en mí.

Siento deseos de llorar. Ojalá pudiera hacerlo, pero no puedo. Me siento frustrada, por lo que siento, por no ser capaz de controlarme y por tener esta actitud tan pésima con Vincent.

—Sé que me ocultas algo. Pero me tranquiliza saber que no me tienes miedo. Y por eso voy a esperar con paciencia.

Su sinceridad me abruma. También la vulnerabilidad que leo en sus ojos. No quiero hacerle daño, y lo haré si esto sigue adelante.

—No me esperes, no vale la pena.

—Sí la vale —murmura acariciándome el cabello—. Haces que me sienta bien conmigo mismo, que fluya con las cosas en lugar de odiarlas. Estar contigo me cambia y no quiero renunciar a esa sensación. Ni a esta.

Suma la acción a la palabra y vuelve a besarme; y antes de que me dé cuenta, mi cuerpo está prisionero del suyo como mi boca lo está de la suya. Nuestra respiración es irregular y nuestras bocas se funden, rendidas una a la otra. Nuestros cuerpos están todavía mojados y llenos de arena y sal. Aun así, Vincent recorre mi cuello y me provoca un gemido que hace que vuelva a olvidarme de todo lo que no sea lo que siento. Mi cuerpo exige rendición y por ello me aprieto más fuerte contra él, enroscando mis piernas en su cintura. Vincent continúa deslizándose su labio por mi cuello hasta llegar a la parte superior del bikini. No me lo quita, sino que lo baja con su boca, atrapándose el pezón y haciendo estallar el deseo por su forma de besarlo. Debería recuperar la razón, pero no puedo porque mi mente está nublada por el cúmulo de sensaciones que Vincent me provoca. Y por eso hundo las manos en su pelo mientras su boca sigue en mi pecho, jugando con mis senos. Todo es tan ardiente que mi mano se desliza sobre su bañador, presa de un deseo febril. Él se aparta un poco, lo justo para deslizarme el dedo bajo la braga del bikini. Siento las yemas de sus dedos que me hacen vibrar y que su boca vuelve a estar sobre la mía sofocando mis jadeos. Y entonces, antes de que podamos llegar a nada más, el sonido de una barca acercándose nos pone en alerta. Nos separamos con rapidez, recolocando la ropa. Vincent se mete en el agua ocultando su erección, y yo hago lo mismo con más lentitud. Los de la barca, ajenos a lo que acaban de interrumpir, la amarran en la otra punta de la cala. Vincent y yo permanecemos de pie en el agua, uno al lado del otro. Nuestra respiración es entrecortada y

nuestros cuerpos parecen quejarse de que no hayamos culminado nuestra pasión. El deseo me duele por no ser satisfecho, pero, aunque una parte de mí daría lo que fuera por continuar, la otra sabe que la llegada de esa barca ha sido providencial.

Desde que dejé la universidad he evitado comprometerme con nadie, no me parecía justo. Y tampoco quería ser la chica de una noche de alguien, no va con mi personalidad. Pero cuando estoy a solas con Vincent le necesito de una forma desesperada. Y eso me asusta porque sé cómo termina irremediablemente esto. Y, aun así, no puedo evitar querer volver a estar a solas con él.

Vincent advierte lo que pasa por mi mente y me toma de la mano con suavidad.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado?

Yo le acaricio la mejilla. Debería haber sido sencillo. Dos compañeros de trabajo compartiendo casa.

—Si nos limitamos a ser amigos sería más fácil.

—¿De verdad crees que podemos conseguir eso?

Cierro los ojos un instante y muevo la cabeza en una negación, pero afirmo:

—Tendremos que intentarlo.

Alza su mano y enreda sus dedos en mi pelo. Yo susurro:

—Deberíamos ir a la otra playa.

—Está bien, pero luego quiero hablar de esto.

Yo no contesto y los dos comenzamos a nadar.

VINCENT



Ardo. No hay sensación comparable a cuando los labios de Taylor se abren a mí y me transmiten un deseo apremiante que me sorprende e intensifica el mío. La he besado porque no he podido controlar la pasión cegadora que sentía, pero temía ser rechazado. Sin embargo, no lo ha hecho. A pesar de lo que repite una y otra vez, Taylor, la chica que yo creía que era contenida, se vuelve un volcán bajo mi roce y yo me embriago de sus desbocadas caricias.

Nos imagino en esta misma playa, de noche, sosteniéndola entre mis piernas con mis brazos rodeándola, besando ese cuello tentador una y otra vez; dejando que mis manos vayan descendiendo hacia ese cuerpo firme y seductor. Taylor no es como Amber, ni como ninguna de las otras. Es única y yo quiero ser único para ella. He estado con muchas chicas que tenían un alto ego. En cambio, Taylor ignora por completo lo perfecta que me parece. Su piel aterciopelada brilla bajo el sol y, cuando se extiende el protector solar, tengo que retener mis manos para que no hagan lo mismo. Y entonces, me lo pide: que le ponga crema en la espalda. Se recoge el cabello con las manos en un movimiento tan sensual que me hace arder. ¿Sabe lo seductora que resulta con el cabello así sujeto, dejando su cuello libre para mí? ¿Lo fascinante que resulta como el mar se refleja en sus ojos, creando mil destellos? No, no lo sabe, y tampoco es algo en lo que yo debería pensar, pero estoy demasiado perdido en la vorágine de mis sentimientos por ella para cambiarla.

Se tumba boca abajo y pronto su respiración se hace suave. No tiene ni idea de lo impactante y sexy que se ve durmiendo sobre la toalla. Podría mirarla durante horas, y de hecho lo hago hasta que el sol es

demasiado fuerte. Parpadea cuando sacudo con suavidad su hombro. Se gira hacia mí y entreabre los ojos.

—Te has quedado dormida. Por suerte, la sombrilla te protege, aunque es hora de irnos.

—No puedo creer que me haya quedado dormida.

Parece compungida y ordeno con suavidad los mechones de su cabello enredados por el agua y la arena.

—Estás cansada... Trabajas demasiado, siempre te lo digo.

—Sí, puede que un poco.

—Deberíamos ir a comer algo.

—Buena idea, estoy hambrienta.

Se levanta, recoge sus cosas y observo su andar suave y relajado que, bajo el sol, me recuerda a aquella figura casi irreal de la primera vez que la vi. La tomo de la mano para que se detenga.

—¿Podemos hablar un momento antes?

—¿De qué?

—De lo que pasó en la otra playa.

Traga saliva.

—No es buena idea seguir hablando de ello. Como te dije, centrémonos en ser amigos y olvidemos lo que ha pasado.

—Eso es difícil, porque besarte a ti significa para mí más que acostarme con cualquier otra chica. Y ya ha pasado tres veces.

Sus ojos se abren atónitos. Susurro:

—¿Me crees?

Clava su mirada en la mía. Leo tanta tristeza que me asusta.

—Sí, te creo, pero eso no facilita las cosas. Solo podemos ser amigos.

Maldigo en mi interior. Sé que puedo hacer que esté conmigo. Es fácil, solo tengo que volver a besarla cuando estemos a solas. De algún modo su cuerpo arde con la misma intensidad que el mío cuando estamos juntos. Tampoco me pasa desapercibido que, cuando cree que no la veo, su mirada se desliza desde mi rostro hasta mi pecho, mis hombros, mis bíceps. Mi cuerpo le atrae tanto como el suyo a mí, es como si ambos hubiéramos perfeccionado el arte de desnudarnos con la mirada de un solo vistazo. Lo cual es extremadamente sexy, pero quiero algo más. No quiero que pase algo entre nosotros y luego me rechace. Quiero ir paso a paso sin correr ningún riesgo de perderla. Tomo una profunda respiración, alzo mi mano y le tomo la barbilla con delicadeza para que me mire.

—Hagamos un trato. No volveré a besarte, esperaré a que tú lo hagas.

—No lo haré —responde demasiado rápido en un tono poco convencido.

—Eso lo veremos.

Ella baja los ojos y eso me hace sentir inseguro, pero también expectante. Hay algo entre nosotros, es innegable, solo necesito pasar más tiempo con ella a solas para que ambos descubramos qué es.

TAYLOR



Desde que llegué al club solo he visto a Mike enfadado cuando se trata de Amber. A pesar de su edad, parece mucho más maduro que el resto de los chicos de su edad. Conduce su parte del club con precisión, ayuda a Vincent en la suya y nunca pierde la paciencia. Así que, cuando le veo hablando a gritos por teléfono, gesticulando con las manos y con el rostro desolado, me inquieto y me acerco a él. Cuelga el teléfono y frota sus sienes como si quisiera aliviar un fuerte dolor de cabeza.

—Mike, ¿qué sucede?

Alza la vista hacia mí y suspira frustrado.

—La organizadora de fiestas que contraté se ha puesto enferma.

—¿Y no podemos llamar a otra?

Mike frunce los labios sombríamente.

—Es lo que he tratado de hacer toda la mañana. Pero, en estas fechas, con tantos eventos, la agencia me ha dicho que es imposible contratar a otra. Tendremos que cancelar la gala.

Ahora soy yo la que está horrorizada. La gala anual de verano del club permite a muchos chicos sin recursos ir a la universidad.

—Eso ni mentarlo. Esos chicos necesitan esas becas, no tendrán otra oportunidad de estudiar.

—Lo sé, y ojalá hubiera la manera de hacerlo. Pero no podemos organizar esa fiesta nosotros.

—Pero hay mucho personal que lleva años participando en las galas. Podemos aprovechar su conocimiento.

—Sí, pero necesitan a alguien que los dirija y no tenemos a nadie con esa experiencia. Lo lamento tanto como tú, Taylor, pero no puedo hacer nada. Sin organizadora no puede haber gala.

Una idea asoma a mi mente.

—Se me ocurre una solución.

—¿En serio?

—Sí, pero necesito que me des un par de horas libres. Puedes descontármelas del sueldo, por supuesto.

—No voy a descontarte nada, pero ¿en qué estás pensando?

—Prefiero no decirlo hasta confirmarlo. Te veo en dos horas en la sala de actos, ¿de acuerdo?

Salgo como un torbellino en cuanto él asiente y voy en busca de mi coche. No me molesto en cambiarme, necesito solucionar esto con urgencia.

La señora Dumphy está sentada en el porche cuando llego. Sonríe ante su pose en el balancín, nunca he conocido a alguien tan elegante como ella. Sorprendida, sale a mi encuentro.

—Buenos días, señora Dumphy, espero que no le importe que me haya pasado por aquí sin avisar.

—Pues claro que no, querida, me alegra volver a verte fuera del club. Pero ¿no deberías estar trabajando?

—Sí, pero Mike me ha dado un par de horas libres para solucionar un tema. Y tengo que hablar con usted para ello.

—En ese caso, pasa. ¿Te apetece una infusión?

—Sí, muchas gracias.

La sigo al interior de la casa y me lleva al salón. Mientras da indicaciones a la doncella sobre el té, yo observo las fotografías de las paredes, todas ellas de fiestas llenas de gente elegante. La señora Dumphy se da cuenta de mi interés y comenta:

—Solíamos hacer muchos eventos cuando mi marido vivía. En aquella época me gustaba mucho tener la casa llena de gente.

Noto la nostalgia de su voz.

—A mi abuelo y a mí nos pasó lo mismo cuando murió mi abuela. Nos costaba relacionarnos con la gente que antes veíamos juntos, su ausencia se hacía más fuerte. Aunque poco a poco fuimos superándolo y volviendo a nuestras rutinas con los viejos amigos.

—Me alegra oír eso, yo no fui capaz —reconozco—. Quizá también porque muchos de los que frecuentaba ya no están. Es lo malo de hacerte mayor, dejas a muchos en el camino.

Sonríe comprensiva y susurro:

—Quizá ha llegado el momento de hacer nuevos amigos.

—Te pareces a mí cuando era joven. Ilusionada por todo, y también muy cabezota. Pero ya soy mayor para hacer nuevos amigos.

—¿Y yo qué soy?

Ríe.

—Directa. También te pareces a mí en ese aspecto. Con la edad empeora —avisa.

Me encojo de hombros.

—Tendré que arriesgarme. Y por eso le voy a explicar qué hago aquí.

Tomo aire, espero que esto salga bien, necesito que salga bien. La pongo en antecedentes de todo lo relativo a la gala, e incido:

—Mike está decidido a anularla si no conseguimos a alguien que dirija todo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? No conozco a organizadoras de fiestas, nunca las utilicé.

—Lo sé, usted me lo contó mientras paseábamos el otro día por la playa. Por eso se me ha ocurrido que usted podría ayudarnos.

—¿Organizar la gala? ¿Yo?

Me mira como si estuviera loca. Comienzo a sentirme fracasada, pero eso es algo que no entra en mi vocabulario, e insisto:—Es la única persona que se me ocurre que pueda hacerlo.

—Soy una vieja solitaria. Ya no organizo fiestas, solo pequeños eventos como los té con las damas de la zona.

—No es una vieja solitaria. Si lo fuera no disfrutaría de pasear conmigo por la playa ni iría a desayunar cada día al club.

—Soy vieja, no estoy para...

—Le garantizo personalmente que Mike, yo misma y el resto del servicio haremos todo el trabajo duro. Pero necesitamos a alguien que nos guíe. Debía ser muy buena organizadora si nunca necesitó a nadie que la ayudara.

—Eso fue hace muchos años.

Suspiro.

—Señora Dumphy, entiendo por qué dejó de hacer esas fiestas tras la muerte de su marido. Pero estoy segura de que él habría entendido que nos ayudara, que la necesitamos desesperadamente.

—Nadie me necesita desde hace años —susurra con tristeza.

—Se equivoca. Yo la necesito para organizar esa gala y los chicos que se beneficiarán de lo que ganemos con ella también. Usted puede marcar la diferencia en sus vidas. Esas becas les permitirán acceder a estudios

que no podrían costearse de otro modo. Se merecen una oportunidad. No se la niegue, por favor, no lo haga.

La señora Dumphy se queda observándome unos minutos, en silencio, con el tictac del antiguo reloj de pared acompasando sus pensamientos. No la presiono, pero espero su decisión impaciente. Finalmente se levanta y me pregunta:

—¿Sabe Mike que has venido a pedírmelo?

—No, he preferido que no se sintiera presionada.

—¿Y qué te hace pensar que él querrá trabajar conmigo?

—No se me ocurre ningún motivo por el que no quisiera hacerlo. Para él también es muy importante recaudar dinero para esas becas. Y estoy segura de que le gustará tenerla en el equipo.

La señora Dumphy se levanta.

—Está bien. Pero espero que todo el mundo esté dispuesto a trabajar duro. No aceptaré nada menos que la excelencia.

—Yo tampoco.

Una sonrisa se escapa de sus labios.

—Tal y como he dicho, igualita a mí. ¿Nos vamos?

—¿Ahora?

—Jovencita, hay una fiesta que preparar y no hay tiempo que perder. Con el timbre llama a la doncella y la avisa:

—No prepares comida, estaré en el club todo el día.

La doncella la mira extrañada y la señora Dumphy ironiza:

—¿Algún inconveniente?

—No, por supuesto que no, señora —contesta con docilidad.

Me gustaría explicarle que la forma de hablar de la señora Dumphy es solo una fachada, pero si no lo ha intuido ella misma no es la mejor idea. Permanezco en silencio y la señora Dumphy añade:

—En ese caso, vamos, Taylor, tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Aviso al chófer, señora? —incide la doncella.

—Yo puedo llevarla y traerla después —le ofrezco—; aunque le aviso que mi coche es...

—Una tartana —termina mi frase sin rodeos—. Iremos las dos en mi *limousine*.

—Pero, mi coche...

—Tranquila, alguien se encargará de llevarlo a tu casa. Mi chófer te llevará cuando terminemos.

Asiento sorprendida. Nunca me he subido a una *limousine*, y se me antoja extraño para ir al trabajo, pero no haré nada que contraríe a la

señora Dumphy, estoy demasiado contenta de que haya aceptado como para estropearlo. Cuando llegamos al club, vamos directos al despacho de Mike. Este alza la vista sorprendido.

—Señora Dumphy, ¿puedo ayudarla en algo?

—Tengo entendido que eres tú el que necesita mi ayuda, jovencito. No puedo creer que estuvieses a punto de cancelar la gala.

Mike nos mira boquiabierto:

—¿Has pedido a la señora Dumphy que organice la fiesta?

—Sí, espero que te parezca bien...

—¿Bromeas? Señora Dumphy, todo el mundo de por aquí recuerda sus fiestas... Debería haberseme ocurrido a mí, aunque no pensé que... ¿Cómo la ha convencido Taylor? —pregunta sin tapujos.

—Me dijo que me necesitabais.

—¿Tan fácil?

—A veces funciona pedirle a la gente lo que uno necesita —replica ella.

Mike sonríe, me mira admirado y me levanta en volandas para finalizar con un rápido beso en los labios.

—¡Te adoro!

—Ya sabía yo que no eras gay...

Mike ríe.

—Sí soy gay, señora Dumphy, solo estaba agradeciendo a Taylor que la haya traído.

—Curiosa manera de celebrarlo. Solo espero que no se te ocurra besarme a mí también.

—Eso no se me ocurriría jamás.

—¿Por qué no? —inquieta la señora Dumphy fingiendo estar molesta.

Mike arquea una ceja y yo le hago un gesto con la cabeza de que es mejor que no continúe la conversación. Los dejo para que comiencen a concretar los detalles de la colaboración, pero antes de volver a mi trabajo me dirijo escalones abajo hasta el gimnasio del club, que Vincent tiene autorización para usar y en el que suele estar a estas horas. Es un lugar amplio, espacioso y con unas impresionantes vistas al mar. Me quedaría absorta en ellas si no fuera porque Vincent está haciendo deporte sin camiseta y la visión de su pecho masculino con todos los músculos marcados como si los hubiera cincelado un escultor es mucho más interesante que la del paisaje. Y también infinitamente más

inconveniente. Trato de centrarme en lo que he venido a decirle y comento:

—Tengo algo apasionante que contarte.

—¿Vas a quitarte tú también la camiseta? Así yo también podría comerte con los ojos como estás haciendo tú conmigo.

—Yo no estoy haciendo eso —miento.

—¿Estás segura?

—¿Quieres que te cuente lo que he descubierto, sí o no? —protesto.

—Sí, pero me pondré la camiseta, así no estarás nerviosa.

—No eres el primer chico al que veo sin camiseta —incido.

—¿Y tenía estos abdominales?

Río, pero no cederé con facilidad.

—Ya te he visto unas cuantas veces sin camiseta, así que, si te digo que tienes un gran cuerpo, ¿dejarás el tema para que pueda explicarme?

—Por supuesto.

Sus ojos se clavan en los míos y declaro:

—Tienes un cuerpo espectacular.

—Tú también...

—El pacto era que solo lo decía yo. Y ahora que hemos solucionado eso, tengo que contarte que he conseguido que la señora Dumphy nos ayude a organizar la gala benéfica. Mike estaba a punto de anularla porque nos habíamos quedado sin organizadora.

—¿Cómo se te ocurrió pensar en ella?

—Porque la señora Dumphy siempre está muy triste y enfadada con el mundo, y he pensado que colaborar con la comunidad en un proyecto que no es suyo sería muy beneficioso para ella. Y su ayuda es buena para el club y, sobre todo, para los que recibirán las becas.

Sacude la cabeza.

—No lo entiendo. Tratas a todo el mundo de una forma increíble, te interesas por una señora que le cae mal a la mayor parte de la gente, incluso consigues que la gala siga adelante... ¿Por qué te preocupas tanto por los demás?

Me encojo de hombros.

—Me gusta que las personas que me rodean sean felices. Me hace sentir que estoy aquí para algo.

Sus manos entrelazan las mías.

—Eres diferente.

—No es la primera vez que me lo dices —comento recordando nuestro primer día en la casa de la piscina.

—Lo sé, pero ahora creo que eso es bueno, muy bueno.

Nos miramos a los ojos embelesados varios segundos, hasta que la voz maléfica de Amber se escucha a nuestras espaldas.

—¡Vaya, vaya, Taylor! Tengo que reconocer que eres lista. Camelarte a una vieja para que te deje su dinero.

Me giro horrorizada.

—Eres mezquina, Amber. La señora Dumphy es una gran mujer. Si paso tiempo con ella es porque me gusta hacerlo, le hago bien y eso me hace bien a mí. Deja de tergiversarlo todo.

Amber deja reposar las manos sobre las caderas y se burla una vez más:

—Apuesto a que dejará su herencia a alguno de sus estúpidos gatos y tú te quedarás sin un centavo a pesar de tus esfuerzos.

Se aleja de nosotros y yo mascullo furiosa:

—Me pregunto cómo puede ser tan...—¿Bruja? —termina Vincent mi frase.

—Yo iba a decir intolerante.

—Eso es porque eres políticamente correcta. Pero, entre nosotros, es una mala persona y no voy a parar hasta despedirla.

—No por mi causa, por favor.

Él me mira con los párpados entornados.

—Eres demasiado buena. Por suerte para ti, yo no lo soy tanto, si hay problemas con Amber te aseguro que los resolveré. Mi paciencia se ha terminado.

Tuerzo el gesto y él añade:

—Tú encárgate de ayudar a Mike y la señora Dumphy. Y yo me ocuparé de recalcarle a Amber que no quiero escenas, jugarretas ni dramas. Es un momento para ganar dinero por una buena causa, no para sus maquinaciones.

—Está bien, muchas gracias.

—¿Nos vemos en casa?

—Sí, aunque me temo que saldré tarde. Se me ha acumulado el trabajo.

—¿Y si te ayudo a terminarlo?

—No es tu obligación.

—Lo sé, pero cuanto antes salgas antes podremos ir a casa, cenar y dar un paseo por la playa. Incluso, si eres lo suficientemente osada, podemos volver a colarnos en el jacuzzi.

Sus palabras me estremecen. Sé que me equivoco, pero comienza a sentarme demasiado bien ser tan cuidada por alguien como para rechazarle.

—Suenan bien. Jacuzzi incluido.

—Bien, en ese caso voy a ducharme y en nada estoy en el comedor para ayudarte.

Asiento y me alejo de él tratando de borrar de mis labios la estúpida sonrisa de satisfacción que asoma a ellos.

VINCENT



El comedor ha cerrado dos horas antes para que el servicio pueda prepararse. Nunca había estado en una fiesta similar, con deslumbrantes vestidos de lujo y elegantes esmóquines. Se sirve champán como si fuera agua y las bandejas de canapés son tan vistosas que dan ganas de hacerles una fotografía. Todo el personal lleva sus mejores galas y las sillas han cambiado sus fundas habituales por unas blancas con lazos plateados, a juego con los candelabros que están dispuestos encima de la mesa. Los centros de mesa son muy elegantes, formados por lirios y rosas.

Camareros perfectamente conjuntados pasean con ligereza por el salón ofreciendo exquisitos aperitivos que llevan en sus bandejas. También ofrecen licores y vino, incluso a mí. Mike se ha empeñado en que él y yo esta noche llevemos esmoquin y no el traje del club, ya que actuamos como representantes y debemos estar a la altura del lujo. Mike se ve increíble con ese traje, yo me siento raro y añoro mis botas y mis vaqueros. No obstante, aunque este no sea mi ambiente, debo reconocer que es una fiesta espectacular. Mike, Taylor y gran parte del personal, bajo la varita de la señora Dumphy, se han esmerado mucho para que todo esté perfecto. Aunque yo me he centrado más en que el club siguiera funcionando con normalidad, siempre que he podido me he quedado a ayudarles. Al principio solo lo hacía para estar más rato con Taylor, pero pronto comprendí por qué le importaba tanto. Esas becas cambiarán el destino de muchos chicos. Yo fui testigo de cómo la beca que le dieron a Cody en Harvard cambió su vida, y el potencial que podrá desarrollar gracias a ella. Así que me gusta formar parte de esto. Sonrío. Hubo un tiempo no muy lejano en que solo me quejaba de mi mala suerte, ahora intento cambiar la de los demás. Y todo se reduce a ella: Taylor. Ella es un

nuevo comienzo en mi vida. Desde que llegó no maldigo tanto haber perdido mi trabajo o estar lejos de mi familia y mis amigos. Ella lo cambia todo, lo es todo.

Miro alrededor de mí. Los invitados, que esperamos tengan las chequeras listas para grandes donaciones, pasean libremente por las zonas habilitadas mientras beben champán y hablan en ese tono elegante y suave que los caracteriza.

Aunque la idea me sorprendió, Taylor tenía razón al pedir ayuda a la señora Dumphy. Mi tío me enseñó fotografías de las fiestas que daba en su casa, en las que no dudo que debió ser una anfitriona perfecta. Aunque también muy perfeccionista... No ha parado hasta que las camareras han aprendido a disponer las flores con elegancia, las limpiadoras han dejado todo brillante y se ha asegurado de que todo funcione con la precisión de un reloj. Taylor es la única que no ha perdido la paciencia con ella, quizá porque la entiende más allá de su tono severo o quizá porque también quiere que la velada sea perfecta y saquemos el mayor dinero posible para las becas. Me pregunto cuánto tardará en aparecer, cuando la voz de Amber se escucha acercándose:

—Hola, Vincent, estás guapísimo...

—Estoy esperando a Taylor.

Su rostro se contrae.

—Taylor... Al final ha sido la más lista. De invitada y no trabajando como le corresponde.

—Taylor se ha dejado la piel para que esta gala sea perfecta. Se merece el descanso. Mike lo cree, yo lo creo y, cuando Mike se lo comentó por teléfono al dueño del club, este también lo creyó.

—El dueño tiene una opinión muy sesgada de lo que pasa aquí, me temo que Mike le cuenta solo lo que le interesa. Pero todo cambiará cuando venga.

Sus palabras me enervan. Está claro que su último desvarío es creer que cuando el dueño del club la conozca caerá rendido a sus pies. Ella parece adivinar mis pensamientos porque insinúa:

—No te preocupes, eso no significa que no podamos divertirnos.

Desliza su dedo por mi pecho en ese gesto que tanto me molesta, y la detengo.

—No me toques.

—¿Quieres que vayamos a un sitio más discreto?

—Quiero que me dejes tranquilo.

—Es verdad, tienes que esperar a la zorra de Taylor.

Sus ojos echan chispas y comprendo lo que pasa por su cabeza.

—Sé lo que estás pensando, y ni se te ocurra.

—No sé de qué me hablas —replica en tono de falsa inocencia.

Me acerco a ella y le ordeno en tono amenazador:

—Entonces te lo explicaré de una forma que hasta tu cabeza de chorlito comprenderá. Es la noche de Taylor, y si haces cualquier cosa para estropearla, no me importa delante de cuántos de estos niños pijos te hayas arrodillado; porque no solo conseguiré que te despidan, sino que me aseguraré de que jamás vuelvas a trabajar en la zona. ¿Entendido?

—No tienes ese poder.

—Yo no, pero el dueño del club sí y, como tú has dicho, hará lo que Mike opine que es justo. ¿De parte de quién crees que va a ponerse?

Se marcha de mi lado bufando, pero creo que ha captado el mensaje. Vuelvo la vista a la escalera y allí, en lo alto, está Taylor con la señora Dumphy. Desciende por la escalera principal y desliza su palma por el brillante pasamanos. Cuando llega al salón, la espectacular araña de cristal parece que esté solo encendida para iluminarla a ella, al menos es lo único en lo que me fijo. Creía que no podía ver a Taylor más bella. Me equivocaba. No es la ropa o el peinado, es su expresión y sus ojos, que esta noche tienen una intensidad diferente, como un mar agitado. Mi sangre bombea salvajemente en mi cuerpo. Está increíble. Se la ve serena, elegante, perfecta y también extraordinariamente deseable. Su vestido es tan ajustado que no puedo evitar imaginarme acariciando el borde de su escote, ese que marca a la perfección sus pechos bien formados. La miro una y otra vez, y solo puedo preguntarme qué es lo que ella estará pensando en este momento.

TAYLOR



No puedo creer que haya llegado el día. Hemos trabajado duro, hemos pasado muchos nervios, y ahora es hora de disfrutar de la velada. La señora Dumphy insistió en que yo debía ser su acompañante, y ni siquiera cuando le dije que no tenía un vestido apropiado cambió de idea. Acaricio la seda de la larga falda. No puedo creer que lleve puesto algo tan bonito y a la vez tan especial. Es el vestido que la señora Dumphy llevó cuando fue presentada en sociedad. Ella temía que yo lo viera anticuado, pero es perfecto, y apenas ha necesitado arreglo, ya que nuestro talle es muy parecido. Suyas son también las perlas que adornan mi cabello, mis orejas y mi cuello. He ido a vestirme a su casa, donde la peluquera me ha hecho un complicado y bello peinado. Cuando juntas hemos subido a la limusina, me he sentido como la protagonista de un cuento de hadas. Y por una noche es como quiero sentirme, libre, feliz. Queda poco para que termine el verano y todo mi cuerpo y mi corazón me piden saborear cada instante de esta noche.

Cuando llegamos al club y entramos por la puerta grande, tengo que concentrarme para no caerme de la impresión cuando bajo por las magníficas escaleras. Vincent está abajo, esperándome en mitad del salón. Mis ojos se encuentran con los suyos y es como si toda la gente que hay en el salón se desvaneciera. Está increíblemente sexy y guapo con el esmoquin que Mike le ha conseguido y que parece que esté hecho a medida por la forma que marca la perfección de su cuerpo. Él también me observa, desde mi peinado hasta los zapatos de tacón, pasando por el vestido que enmarca mi pecho y mis caderas. Nunca me había sentido tan bonita y deseada en toda mi vida. La señora Dumphy sonrío con picardía y se inclina hacia mí:

—Deberías ir a hablar con él. Está muy guapo...

—Soy su acompañante —le recuerdo.

—Yo te sustituyo —propone Mike, que se ha acercado a nosotras—. Señora Dumphy, está usted espectacular.

Ella lanza una mirada coqueta y Mike me toma de la mano:

—Taylor, estás preciosa.

—Es obra de la señora Dumphy.

—Organiza eventos perfectos y pone a las chicas preciosas... Señora Dumphy, el mundo se está perdiendo un gran talento.

Una sonrisa asoma a los labios de la señora Dumphy.

—Eres un adulator, jovencito. Pero me gusta, así que puedes seguir mientras me consigues una copa de champán.

—Por supuesto, señora Dumphy —asiente mientras me guiña el ojo—. Te vemos en un rato, Taylor.

Respiro hondo. Es hora de caminar hacia Vincent, y no puedo evitar que mis piernas tiemblen al hacerlo.

—Taylor... Estás preciosa.

Estiro la mano y rozo su mejilla con mi pulgar.

—¿Me concedes un baile?

—Por supuesto.

—Pareces feliz...

—Lo estoy. Esta noche es perfecta. Me siento libre y feliz.

Toma mi mano y comenzamos a bailar una pieza, que se me antoja demasiado corta. Nuestros cuerpos se acercan más de lo que las convenciones sociales dictan y siento la dureza de sus músculos sobre mi apretado vestido. Nuestros ojos están clavados el uno en el otro, como si no hubiera nada ni nadie más en el salón que nosotros. Sin embargo, cuando termina la pieza, y a pesar de que quiero que siga sosteniéndome por la cintura y haciéndome sentir en el cielo, le hago una señal para que nos alejemos de la pista de baile.

Vincent protesta:

—¿Por qué no seguimos bailando?

—Porque tenemos que hacer de anfitriones. Sonreír y conseguir grandes donaciones.

—Se suponía que era tu noche libre.

—Lo será cuando termine la gala y haya conseguido el máximo dinero posible para esos niños.

—¿Es una promesa?

Asiento y él acepta:

—Está bien, pero seremos anfitriones juntos. Estás demasiado bella para dejarte sola, y yo también quiero colaborar con esos niños.

—Me parece bien.

Vincent sonríe, me toma de la mano y vamos en busca de la señora Dumphy y Mike para que nos den instrucciones de las personas a las que debemos dirigirnos.

Tres horas más tarde y con la recaudación finalizada, el club comienza a vaciarse de invitados. De los que quedan, muchos han abandonado el salón principal y deambulan por los jardines. La noche es cálida y el cielo está completamente despejado; y la luz de las estrellas se entremezcla con la de las velas que decoran toda la zona. En el salón de baile hay parejas que siguen moviéndose al son de las melodías que toca una orquesta, y en el comedor algunos comensales tardíos disfrutaban del bufé. Aunque deseaba estar con Vincent a solas, ambos hemos hecho lo que la gala necesitaba: atender a los invitados y buscar el máximo posible de donaciones. Pero ahora Mike nos ha convencido de que es hora de que nos relajemos. Él se encargará de acompañar a la señora Dumphy, que quiere retirarse. Paseamos por el jardín y Vincent comenta:

—Todo está precioso. Tú y la señora Dumphy sois brillantes.

—Ella lo es, yo solo miro y aprendo.

—Pues podrías dedicarte a esto, se te da bien.

Tuerzo el gesto. Por una noche, no quiero pensar en el futuro, así que cambio de tema.

—¿Qué quieres hacer ahora que somos libres?

—Honestamente, me basta con poder estar a solas contigo.

Me ruborizo.

—Ha sido la mejor recaudación en años, nos hemos ganado el descanso.

—En ese caso, ¿nos vamos a casa?

Asiente, y de la mano vamos hasta el coche. Vincent ha sido previsor y ha dejado la Harley en casa teniendo en cuenta nuestros atuendos. Cuando llegamos y entramos en la casa, los dos nos miramos nerviosos. Está claro que ninguno de los dos quiere dar por terminada la velada, también que no sabemos cómo comportarnos. Finalmente Vincent susurra:—No me cansaré de repetirte lo guapa que estás esta noche.

—Gracias, tú también.

Se hace un silencio y comienza a acariciar con suavidad mi mejilla, llegando a mis labios. Lanzo un pequeño gemido y trato de sincerarme:

—Puedes tener a cualquier chica. ¿Por qué insistes conmigo? Solo te traeré problemas.

—Siempre dices eso, pero solo soy feliz cuando estamos juntos. Además, soy un chico que sabe enfrentarse a los problemas. Y la única chica a la que quiero eres tú.

Sus palabras me desarman y entierro mi cabeza en el hueco de su cuello, aspirando su olor sensual, que es una mezcla del perfume con su propio aroma. Cuando me separo, nos miramos a los ojos y su frente se apoya en la mía. «No volveré a besarte, pero esperaré a que tú lo hagas». Ha cumplido su promesa, de igual forma que yo no he podido olvidar sus palabras. Aquel día en la playa hubo mucho más que pasión y placer sobre la arena. No llegamos al final, pero todo cambió desde ese momento. He tratado de fingir, pero su imagen acariciándome se cuela entre mis pensamientos durante todo el día. He resistido recordándome a mí misma que el verano terminará y no puedo correr el riesgo. Pero ahora que estamos aquí a solas en nuestra casa después de una noche mágica, la pasión y el amor que me inspira derriban todas mis barreras y no sé cuánto tiempo más podré mantener el control.

—Ojalá pudiera besarte —susurra.

Temí enamorarme de él porque luego sufriría cuando debiera marcharme. Pero ya estoy enamorada, ya voy a sufrir. Lo que haga esta noche no cambiará mis planes, pero estoy cansada de luchar contra mis propios anhelos. Me volveré loca si sigo rechazando al único chico al que he amado. Por una noche, quiero ser solo una chica enamorada. Entrelazo mis manos por detrás de su cuello y poso mis labios sobre los suyos con ternura. Su boca se une a la mía, cálida, y comienza a moverse devorándome con su lengua de una forma que hace que una ola de calor recorra todo mi ser. Pierdo el sentido de cuánto tiempo alargamos el beso, hasta que él se separa y susurra, su aliento entremezclándose con el mío:

—Has tardado mucho en besarme.

—Me estaba controlando —reconozco.

—Me alegra que ya no lo hagas, porque eso significa que yo tampoco tengo que hacerlo.

Me mira esperando una respuesta afirmativa, que le doy con una sonrisa. Me acerco a él para volver a besarle, pero me detiene:

—Vamos a la habitación. No tengo prisa.

En sus ojos hay un destello de pasión que me hace bromear:

—¿Seguro?

—He esperado mucho, y pienso disfrutar cada segundo.

Uniéndolo a la acción a la palabra, me toma en brazos para llevarme hasta la habitación. Enciende una de mis velas aromáticas como una luz y me mira como si yo fuera lo más bello de este mundo. Me levanto para recibirle y él amolda su cuerpo con el mío. Escucho el latir de su corazón al unísono con el mío, la respuesta de su cuerpo cuando le beso, y permito que la pasión que llevo días reteniendo emerja descontrolada. Su lengua se enreda con la mía y me estremezco de placer. Me besa con tanta intensidad que mi respiración se entrecorta, y entonces él vuelve a cogerme en el aire para tumbarme en la cama. Vuelve a besarme, pero esta vez mordisquea con suavidad mis labios y luego hace lo mismo con mi cuello dejando un reguero húmedo sobre él. Me dejo llevar y gimo cuando sus caricias se hacen más apremiantes, y me lleva hasta el borde de la cama. Ya no hay marcha atrás, no quiero que la haya. Lo deseo tanto... He esperado mucho para esto, por el efecto que temo tendrá en mi vida y en la de Vincent, pero bajo la excitación de sus besos interminables sé que mi deseo nubla mi cordura y solo quiero estar con él.

VINCENT



Taylor está completamente entregada a mí. Ya no leo duda ni miedo en sus ojos, solo pasión. Mi cuerpo arde, pero voy a mantener lo que le he dicho. Quiero ir despacio, enloquecer poco a poco, sensación a sensación y, sobre todo, que se sienta amada. Esta noche voy a hacer por primera vez el amor, será el fin de sexo vacío que he tenido hasta ahora. Y quiero grabar a fuego en mi memoria y en mi piel cada momento. Con suavidad, deslizo un dedo por el borde del escote de su vestido hasta llegar a la parte trasera. La miro fijamente mientras arrastro su cremallera, hasta que mis manos ya pueden tocar su piel. Bajo los tirantes y dejo al descubierto su torso, en el que puedo ver un sujetador de encaje blanco. Mis manos vuelven a sus pechos, que anhelo devorar, pero todavía no he terminado de desvestirla. Ella se alza un poco para ayudarme a que deslice el vestido por sus caderas, sus muslos y, por fin, caiga sobre el suelo. Lo recojo con ternura, sé lo importante que es ese vestido para ella, y lo dejo sobre una silla. Me mira estremecida de placer, y vuelvo a ella para quitarle con suavidad los zapatos de tacón. Es el momento de deleitarme mirándola. Es tan bella que podría mirar su cuerpo durante horas. Sin embargo, ella se incorpora, y acercando sus manos a mi camiseta me dice:

—Mi turno.

Con un gesto delicado pero apasionado desabrocha los botones de mi camisa y la deja caer al suelo. Sus dedos, hábiles, acarician mis duros músculos hasta llegar al cinturón. Verla desvestirme y observar en sus ojos lo que le provoca la visión de mi cuerpo es una sensación embriagadora.

Su cuerpo se estremece y tiembla como hace el mío, pero antes de entrar en ella quiero probar cada centímetro de su piel, escucharla gemir con cada lamido, con cada beso. Su piel es tan cálida como apasionada en su forma de moverse junto a mí. Nunca había sentido tanta sensación de intimidad, tanto deseo, ni me había vuelto tan loco con cada gemido que arranco de su boca. Mis manos y mis labios la acarician durante largo rato en un baile frenético de besos y caricias voraces. Ella se contonea y frota su cuerpo anhelante contra el mío de una forma que me hace arder como no pensé que fuera posible. La miro. He soñado con tenerla así, presa de amor y deseo por mí, desde hace días, pero la realidad supera cualquier expectativa. Su forma de moverse, de gemir, de temblar por mí hace que mi sangre hierva y pierda la sensación de realidad. Devoro con ansia sus pechos, hambriento de una forma que no sé si puede ser saciada. Nuestros gemidos y jadeos aumentan, hasta que llego al límite y la miro a los ojos. Ella afirma con una sonrisa y susurro en su oído:

—Te amo, Taylor.

—Y yo a ti.

Me hundo en ella, que me atrapa con su cálido cuerpo. Quería ir despacio, pero no estoy preparado para las sacudida de puro deseo y placer que toman mi cuerpo, que encaja con el suyo a la perfección, como si estuviéramos hechos para fundirnos uno en el otro sin darnos tregua. Taylor arquea la espalda para permitirme que me adentre más en su interior y mi visión se nubla y pierdo la noción del tiempo. Cuando el clímax llega en oleadas, transforma todo lo que había pensado sobre el sexo. No hay nada comparable a lo que he vivido esta noche con ella, a lo que estoy deseando repetir. Salgo de ella, pero me quedo tumbado a su lado, cuerpo con cuerpo, deseo con deseo. Taylor sonrío como no la había visto hacer nunca y arquea sus piernas rodeándome, impidiéndome que me mueva, y sé que ella también está devorada por la necesidad de volver a repetir una unión que ha sido mucho más que física.

TAYLOR



Abro los ojos y, durante unos segundos, el zumbido en mi cabeza me hace olvidar todo. Vincent tiene su cabeza enterrada en mi pecho y su mano descansa sobre mi estómago. Podría estar horas en esta posición, sintiéndole desnudo a mi lado, si no fuera por el dolor de cabeza y las náuseas insoportables. Necesito ir al baño y mojarme la cara, pero no quiero despertar a Vincent. Su respiración es tranquila, relajada, y quiero disfrutar de unos segundos más de normalidad. Hay algo increíble en ver dormir a quien amas. El rostro plácido, sereno, libre por unas horas de preocupaciones. Está en paz y eso me hace estar en paz a mí a pesar de todo.

Diez minutos más tarde, Vincent se despierta y, en cuanto me mira, sabe que algo está mal.

—¿Te encuentras bien? Pareces enferma.

Entrelazo mis dedos con los suyos y le aseguro para tranquilizarlo:

—Solo estoy algo cansada. No hemos dormido mucho.

—Culpa mía... En ese caso, hoy puedes quedarte todo el día en la cama conmigo —propone.

—¿Esa es tu idea de descansar? —bromeo, aunque apenas puedo abrir los ojos del dolor.

Él se incorpora:

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, pero ¿me harías un favor?

—Claro, ¿cuál es?

—Traerme una infusión. Tengo el estómago algo revuelto.

—Haré algo mejor, te prepararé el desayuno completo. Y luego te dejaré volver a dormir, lo prometo.

Me estremezco. No podía imaginar que nuestro despertar sería así. Creí que Vincent era solo el típico chico seductor, ahora sé que es mucho más. Es abrumadora la forma que tiene de mirarme, de estar conmigo, de amarme. Anoche fui una egoísta, lo sé ahora que Vincent se ha quedado durmiendo abrazado a mí y que su boca cálida con la que me ha besado durante horas sonrío como si yo fuera la única mujer en la tierra. Pero anoche no había preocupaciones, ni náuseas, ni nada que me recordara por qué estoy aquí. Soy la única responsable, por permitir una noche que la mujer que hay en mí se adueñara de mi calma y mi serenidad, de todos mis propósitos de no dejarme llevar. El sabor de las náuseas se apodera de mí y pugna por salir de mi garganta.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —murmuro girándome hacia él y apoyando mi mejilla en su pecho.

Sus dedos masajean mis hombros en una sensación tan placentera como tentadora. No debería seguir aquí conmigo. Pero es una sensación tan maravillosa... Su mano juguetea con mis rizos enmarañados y uno de sus dedos se enreda en uno de ellos, atrapado como yo lo estoy de mis mentiras. Intuyo que mi aspecto delata mi estado, porque insiste una vez más:

—Has trabajado mucho últimamente, me encargaré personalmente de que descanses.

—Estoy bien... —aseguro con una sonrisa.

—No parece estarlo.

Sus ojos se clavan en los míos. Sé que quiere saber lo que le oculto, y sería muy fácil para mí hacerlo, desahogarme con él. Pero eso solo haría que empeorasen las cosas. Es mi problema y no puedo dejar que me reconforte cuando sé el daño que le haría saber la verdad.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

Asiento, pero no es cierto. Debo protegerlo.

—Iré a prepararte el desayuno.

Antes de hacerlo, toma su almohada y la pone en mi cabeza, ayudándome a recostarme. Es tan dulce que me dan ganas de llorar. Él sonrío y me acaricia la mejilla.

—Te amo.

No estoy preparada para escucharlo, tampoco para oír como yo le digo lo mismo. Anoche también lo hicimos, pero podía parecer fruto de la pasión. Pero hoy por la mañana todo cambia, es una declaración de algo que voy a tener que romper. Pero no ahora, sería demasiado cruel.

Todavía tengo tiempo de intentar arreglar esto, minimizar el impacto de mi marcha. Agotada, apoyo mi cabeza en la almohada y le observo salir de la habitación. Le veo alejarse a la cocina. He estado a punto de decirle que ya estoy recuperada, pero lo cierto es que siento más debilidad de la que quiero admitir. Además, es muy reconfortante ser mimada por él. Siempre he sido yo la cuidadora, como cuando tuve que encargarme de mi abuelo. No es que tuviera queja de ello, fue lo justo después de todo lo que él había hecho por mí, lo que quería hacer. Cuando él murió, ya no había nadie a quien pedir atenciones, así que aprendí a cuidarme yo sola. Y lo hago bien, pero es reconfortante recibir tanta atención.

Una arcada me saca de mis cavilaciones. Voy al baño apenas sosteniéndome y vomito hasta quedarme casi mareada. Me lavo los dientes y me enjuago la boca con rapidez, me arrastro de vuelta a la habitación y doy gracias de que Vincent todavía esté preparando el desayuno. No le estropearé esta mañana, no lo haré.

Cuando regresa, lleva una bandeja. Me entrega la infusión y cuando me la bebo me dice:

—Y ahora el resto del desayuno.

—No tengo hambre.

—Puede, pero estás muy pálida y necesitas comer. Así que no rechistes.

Silencia el resto de mis protestas con un beso dulce y acepto lo que me ofrece, aunque en lo último que puedo pensar ahora es en comer. Aun así, reconozco que lo que me ha traído renueva mis fuerzas y, cuando terminamos de desayunar, tiro de él hacia mí y le beso. Él se aparta.

—¿Te encuentras bien?

La respuesta sería que no del todo, pero miento:—Perfectamente.

Y lo digo porque quiero buscar sus labios y su cuerpo, sentir el alivio momentáneo de dejarme llevar por la pasión, ya que es más fácil aceptar el deseo que haberme enamorado locamente de él. Vincent sonrío de esa forma dulce que me desarma y susurra:

—Llevo deseándote desde que nos hemos despertado.

Sus labios se unen a los míos. No nos movemos de donde estamos, yo me inclino hacia atrás y Vincent se tumba sobre mí. Con suavidad recorre con sus dedos mi rostro, trazando un dibujo desde la curva del pómulo hasta el cuello, bajando por la mandíbula con delicadeza hasta recorrer el borde de mi escote. Cada caricia me transporta a otro mundo, en el que ya no estoy sola, en el que él y yo somos uno. Adoro su forma de tocarme,

tan tierna, como si cada contacto fuera tan placentero para él como para mí. Sus labios se acercan a los míos y yo enredo mis manos en su cuello para profundizarlo. Cuando me suelta, es para seguir besándome en el cuello y en el pecho, que va destapando poco a poco. Cuando sus manos comienzan a recorrerme, el apremio domina mi cuerpo y mi piel late por el deseo, así que comienzo a deslizar mis manos por su pecho, su vientre, sus caderas. La desesperación de la noche vuelve a mí y el fuego de mi boca marca su cuello. Él gime y se deja caer sobre mí besando mi piel desde los senos hasta las ingles. Las sensaciones que provoca en mí son vertiginosas y tienen el poder de hacerme olvidar todo lo que no sea su cuerpo. Puede que solo tenga unos días, pero valen por toda una vida. Nunca había experimentado algo así, y dure lo que dure, hoy quiero ser todo para él y que Vincent lo sea todo para mí. El placer hace estremecer mi cuerpo y me arqueo, pidiendo que se hunda en mí como ha estado haciendo durante toda la noche. Sus músculos se tensan por mi petición y mis caricias y cuando levanta mis caderas siento que cada vez está más adentro de mí. Cuando nuestros cuerpos entran en erupción gritamos los dos en la cumbre del placer, para luego dejarnos caer sobre el colchón saciados y llenos del amor que nos hemos entregado. Vincent susurra:— Adoro hacer el amor contigo. Nunca pensé que sería así.

Sus palabras me emocionan. Sé lo que me está diciendo con ellas. Que no tengo nada que ver con lo que haya hecho antes con chicas como Amber, que no significaron nada para él, que eran solo cuerpos y unos minutos de placer con facilidad olvidables. Pero lo que hacemos deja huella, me temo que demasiada. Por ello acaricio su espalda desnuda y respondo:

—Yo también.

—Te quiero, Taylor. Nunca había amado a nadie, pero te amo a ti.

En mi interior se libra una batalla al volver a escuchar las palabras que anhelo tanto como temo. Y sé lo que debería decir, pero las palabras vuelven a escaparse de mi boca antes de que mi mente las domine:

—Yo también te amo.

—¿Y por qué estás tan triste cuando lo dices?

—Porque tengo miedo de que nos separemos —reconozco.

—No voy a dejar que eso pase.

Entierro la cabeza en su hombro. Le agradezco sus palabras, que las sienta, que las piense. Si solo tuviera más tiempo... Pero se me está escapando, igual que esta situación. Me prometí que alejaría a Vincent de mí, pero no he podido hacerlo. Él añade:

—No sé cómo he podido vivir sin ti hasta ahora.

Sus palabras hacen que me tambalee. ¿Qué he hecho? ¿Cómo pude olvidar todo excepto la embriagadora sensación que me daba la pasión? La respuesta es fácil: porque Vincent es lo mejor que me ha pasado nunca. Le amo, y por eso tengo que encontrar la forma de alejarle de mí sin hacerle daño. Aunque desnuda, en sus brazos, eso me parezca imposible.

VINCENT



Es de noche y acabamos de cenar. Antes de la llegada de Taylor, sería mi momento de marcharme a alguna fiesta, emborracharme y terminar en la cama con una desconocida. Pero eso era antes de ella. Ahora siento un bienestar increíble en estar aquí sentado, en la penumbra, viendo una serie en la televisión, con ella entre mis brazos. Es una sensación de hogar, como cuando visitaba a Dallas y Gillian en su caravana. Incluso para alguien que ha vivido su amor desde el principio, a una parte de mí se le antojaba extraño que Dallas, con su historial, se hubiera comprometido tan joven. Pero cuando estabas con ellos lo comprendías. Formaban un hogar, una pareja estable, un refugio envidiable. Recuerdo haber pensado que yo jamás encontraría eso, de hecho, había dejado de buscarlo. Pero ahora siento que lo he encontrado. Acaricio a Taylor con suavidad. Podría quedarme aquí con ella para siempre. Una sonrisa asoma a la comisura de mis labios. ¿De verdad estoy pensando en comprometerme con una chica con la que apenas he comenzado a salir? Mi respuesta es fácil: sí. Taylor es única y no quiero que esto termine nunca. Ella advierte que la estoy observando y pregunta:

—¿Algo va mal?

—Al contrario, todo es perfecto —contesto entrelazando su mano con la mía.

El tono de mi voz parece afectarla y finge concentrar la mirada en el televisor. Yo insisto:

—Significa mucho para mí que estés aquí conmigo.

Ella se vuelve y sonrío de un modo extraño:

—Cuando te conocí no podía imaginar que serías tan romántico, chico de la Harley.

—Ni yo que tú eras tan apasionada, chica que no quería salir con nadie —respondo con un brillo pícaro en los ojos.

Ella ríe.

—Parece que los dos éramos bastante prejuiciosos.

Yo me enderezo y ella hace lo mismo para poder besarme. Comienza con suavidad, pero, como siempre que estamos juntos, algo se desata.

—Tu boca me vuelve loco.

—Y a mí la tuya —susurra—. Es como si tus labios hicieran que no quisiera parar de besarte nunca.

—No se me ocurre ninguna razón para que lo hagas.

Ella sonrío e ironiza:

—¿Significa eso que vas a llevarme a la cama?

—No es necesario. Este sofá parece muy cómodo —contesto, y mordisqueo con suavidad su labio inferior.

Ella gime y veo que mi táctica ha resultado persuasiva, así que tomo su nuca con mis manos y la beso con profundidad. Taylor acomoda su cuerpo contra el mío:

—No puedo pensar en nada que no sea estar contigo.

Sonrío orgulloso. Eso es con lo que sueño. Entregada a mí, sin pensar en el mañana, en dudas o en nada que nos separe. Quiero que anteponga el deseo que provocho en ella a todo lo demás, y que ese deseo la lleve a estar tan perdidamente enamorada de mí como yo lo estoy de ella. Con suavidad, coloco mi mano sobre su pecho:

—Me gusta como late cuando estamos juntos.

—Igual que el tuyo —señala con dulzura.

Nos miramos embobados varios segundos, hasta que comienzo a jugar con el botón de su camisa.

—¿No te parece que llevas mucha ropa?

—Sí, y tú también —replica mientras estira mi camiseta hacia arriba.

Yo la dejo hacer y mi torso queda al descubierto.

Ella me observa y confieso:

—Me gusta tu forma de mirarme. Al principio lo evitabas...

—Eso es porque eres demasiado deseable y todavía creía que podía resistirme —replica pasando una mano por mis marcados abdominales.

Su gesto me estremece de placer.—Me encanta que te regocijes contemplándome, pero yo también quiero hacerlo.

Uno la acción a la palabra y, botón a botón, abro su camisa y se la quito con suavidad, deleitándome con la mirada en la forma contundente de su pecho bajo el sujetador. Pronto mis manos la recorren como ella

hace con mi pecho. Aunque el deseo nos quema, parece que los dos queremos tomárnoslo con mucha calma. Cada caricia es más excitante, cálida y sensual que la anterior; hasta que la avidez toma el control de nuestra acción. Las manos de Taylor recorren con visible anhelo los músculos de mis brazos, de mi abdomen e incluso de mis piernas. Y yo le devuelvo el gesto, dejando que las yemas de mis dedos estimulen las terminaciones nerviosas de su piel sedosa. Taylor se arquea estremecida para permitirme que le quite los pantalones cortos, primero, y la ropa interior después. Yo hago lo mismo hasta que nuestros cuerpos están sobre el sofá, desnudos, envueltos por mucho más que la pasión. Me siento embriagado, con el deseo circulando por mis venas a toda velocidad y perdiendo la cordura poco a poco. Nunca había pensado que una chica podía ser tan cálida ni transmitirme tantas sensaciones con solo tocarme. La calma va dando paso a la tormenta, que nos hace temblar, y necesito recorrerla con mi boca. Humedezco su piel y, cuando vuelvo a su boca, Taylor enrosca sus piernas en mi cintura con los ojos nublados por el deseo, pero también por el amor que veo reflejado en mis destellos. Sin dejar de mirarla a los ojos para no perderme nada de lo que le hago sentir, me deslizo en ella con lentitud. No quiero perder el control, todavía no. Al igual que antes con las caricias, quiero eternizar la sensación de estar en su interior, y lo hago hasta que leo en sus ojos y en sus gemidos, que se unen a los míos, que ninguno de los dos puede aguantar más. Grita mi nombre y yo el suyo y ambos explotamos en un momento único y vibrante de placer inolvidable.

Me despierto de madrugada y voy a buscar un vaso de agua. Cuando regreso a la habitación, no me duermo, prefiero mirarla. Adoro verla dormir con mi camiseta, acurrucada junto a mí compartiendo la almohada. Sé lo que le ha costado bajar la guardia conmigo. También que un secreto la rodea y la afecta de un modo que solo sobrelleva cuando estamos en la cama. Lo que no sé es si debo insistir en que me lo cuente. ¿Acaso no tiene derecho a esa parcela de intimidad? Me lo dirá cuando esté preparada, me convengo. Al fin y al cabo, no puede ser tan grave. Ahora solo quiero disfrutar de estar con ella, protegerla y amarla.

TAYLOR



Hace días que trabajo hasta la extenuación. El club está más lleno que nunca, y no quiero ni puedo parar. Me duelen los músculos, y el sol implacable sobre mi cuerpo mientras sirvo bebida en el campo de golf comienza a hacer mella en mí. Normalmente estoy en la parte interior del club, pero hay un pequeño torneo y nos han requerido a casi todas las camareras que ayudemos aquí fuera. No es un trabajo difícil, aunque sí agotador, ya que hay que recorrer los hoyos del campo de golf con el carrito de bebidas, que con el calor que hace desaparecen a una velocidad de vértigo y hay que reponer con frecuencia. Por suerte para mí, las propinas de los golfistas son más generosas que las que recibo del comedor, lo que compensa el calor. También coquetean más que allí, delante de sus mujeres o novias, pero es algo que he aprendido a llevar. Además, dado que hay chicas tan dispuestas como Amber a aceptar mucho más que piropos, a las otras nos dejan tranquilas. Menos mi querido señor Hobbes. Es un anciano viudo que apenas puede jugar, pero al que le encanta estar al aire libre. Es educado, pero como siempre que me acerco a él me guiña un ojo cuando le tiendo su bebida:

—Mi chica favorita ha vuelto. Deberías estar siempre en el campo de golf. ¿Has pensando ya en mi propuesta?

Río.

—Todavía no, señor Hobbes.

—No deberías tardar mucho, no es que yo sea precisamente un chaval.

—Yo le encuentro muy bien, señor Hobbes. Le veré en un rato cuando traiga más bebidas.

—Te estaré esperando.

Subo al carrito de las bebidas y continúo sirviendo a los clientes. El calor es tan asfixiante que me está nublando la cabeza. Cuando termino de pasar por todos los hoyos, me dirijo a recargar el carrito. Vincent está allí. El sol dora su piel y se ve tan hermoso que me embriaga. Se acerca y siento su cálida respiración cerca de mi oído. Me estremezco y él susurra:

—Te echaba de menos... ¿Tú a mí?

—No, he recibido de nuevo la proposición de matrimonio del señor Hobbes —bromeo.

—Deberías aceptar, es muy rico.

—Es cierto, pero prefiero a un chico joven y guapo que he conocido.

—¿Muy guapo?

—Sí, y con una Harley espectacular.

Reímos los dos, pero, en ese momento, noto que la presión en mi cabeza que he sentido cuando recorría los hoyos se ha hecho más fuerte. Arrugo la frente y Vincent se preocupa:

—Taylor, ¿estás bien?

—Sí, solo necesito un poco de agua.

—Yo te la traeré.

—No, estoy bien —repito, y trato de alejarme, pero antes de dar dos pasos seguidos todo se mueve a mi alrededor, la vista se vuelve borrosa y finalmente todo se desvanece.

Cuando abro los ojos, la hierba del campo de golf cosquillea mi piel. Vincent está a mi lado con el rostro angustiado y sostiene una toalla de tela húmeda sobre mi frente. Parece muy preocupado, igual que algunos clientes, que me observan inquietos. Todos menos Amber, que se burla:

—Las hay que no soportan un poco de calor.

—Amber, cállate —la voz de Mike se deja escuchar desde el camino—.

Dejad que Taylor respire.

Se acerca a mí y se arrodilla a mi lado:

—¿Puedes levantarte?

—Sí, solo ha sido un desvanecimiento.

Ayudada por Vincent me incorporo con lentitud. Mike aleja a la multitud y cuando estamos solos propone:

—Tiene que verte un médico. Vincent, acompaña la.

—No necesito ningún médico, solo ha sido un golpe de calor.

Mike aprieta los labios e intercambia una mirada cómplice con Vincent. Este propone:

—Debería ir adentro, con el aire acondicionado.

—Mejor llévala a casa.

—No pienso irme a casa. Tengo mucho trabajo.

—Hoy no.

—Mike, ¡el club está lleno! No puedo marcharme —protesto.

—Sí, pero sobreviviremos sin ti y sin Vincent. No te quiero aquí trabajando, estás muy pálida y necesitas descansar.

Hago además de protestar, pero Vincent me toma de la cintura y hace hincapié:

—Mike es tan cabezota como tú, será mejor que nos vayamos.

Una parte de mí seguiría discutiendo, pero la otra, la que está agotada, acepta con un gesto. Estoy dando más de lo puedo, y pronto no podré ocultar lo evidente. Agarrada a Vincent camino hasta la camioneta y dejo que me acurruque en el asiento trasero. Necesito estar tumbada, cerrar los ojos unos segundos y calmar la ansiedad porque sé que no falta mucho para que deba marcharme.

VINCENT



Aparco la camioneta y, cuando el motor deja de rugir, Taylor abre los ojos con lentitud. Me bajo y abro la puerta de su asiento para ayudarla a incorporarse.

—Me dormí —susurra.

—Sí. Lamento haberte despertado, pero puedes continuar en la cama, será más cómoda.

Sonríe de esa forma que hace que mi corazón lata con fuerza. Acaricio un mechón de su cabello y confieso:

—Me has dado un susto de muerte.

—Solo ha sido un mareo.

—Puede, pero estás tan pálida...

—Creí que te gustaba mi piel blanca... —bromea.

—Pareces enferma —insiste.

—Solo estoy cansada.

Aprieto los puños.

—Si tuvieras algún problema, me lo contarías, ¿verdad?

—¿A qué viene tanta preocupación por un simple mareo? —protesta.

—A que no quiero perderte.

Baja los ojos. Querría que me dijera que no voy a perderla, que siempre estará conmigo. Pero en lugar de eso hunde su cabeza en mi pecho, escuchando el latido de mi corazón. Me suelta varios segundos después y propongo:—Será mejor que entremos, necesitas descansar.

La acompaño hasta el sofá. Cuando nos sentamos, la tomo de las manos, me las lleva a los labios y beso las puntas de sus dedos. Taylor se inclina hacia delante y posa sus labios sobre los míos en agradecimiento unos segundos. Cuando nos separamos, me levanto y le digo:

—Te prepararé algo de comer.

—¿Esa es tu respuesta a un beso mío? —ironiza.

Río. Sus besos me hacen perder la cabeza, pero estoy demasiado preocupado por la palidez de su rostro y por su debilidad, que sé que es mayor de la que quiere admitir.

—Sí, hasta que esté seguro de que te has recuperado.

Vuelvo unos minutos después con un chocolate y unas galletas en una bandeja, que le ofrezco con un beso suave y cariñoso en la cabeza. Me siento a su lado y absorbo la felicidad del momento. Acaricio su mano.

—Gracias por dejarme cuidarte.

—Lo dices como si te extrañara.

—Eres independiente y autosuficiente.

—¿Y eso es malo?

—No, me gusta que seas una chica tan fuerte y valiente. Pero también cuidar de ti, sobre todo si estás enferma.

Ella sonrío enigmáticamente, termina su chocolate y se acurruca contra mí. Tiene la mirada perdida.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien.

Su rostro no me dice lo mismo, pero acepto.

—De acuerdo, pero hablaré con Mike sobre tus turnos. No puedes acabar cada día agotada.

—Solo ha sido el calor y no quiero trato preferencial.

—Trabajas mucho más que otras camareras —insisto.

—Vincent, no te preocupes, de verdad.

Mantenemos la mirada fija uno en el otro hasta que ella se acerca a mí y besa las comisuras de mis labios. Atrapa mi boca unos segundos, pero la suelto para protestar:

—¿Esta es tu forma de acabar una discusión?

—No es una discusión. Me gusta mi trabajo y solo ha sido un mareo. Olvidémoslo.

—Está bien, pero, como Mike ha dicho, hoy tenemos el día libre. Y quiero que descanses.

Una sonrisa asoma a su rostro.

—De acuerdo. Pero solo por hoy —susurra—. Mañana seguiré con mis turnos normales.

Hago una mueca, es cabezota. Pero al menos he ganado que hoy haga lo que le pido, así que propongo:

—¿Quieres que veamos una película? Después te prepararé algo de comer.

—Me parece bien.

—Voy a coger un zumo para beber, ¿te apetece algo?

—No, gracias, el chocolate me ha dejado llena.

Me levanto, abro la puerta del refrigerador y tomo el zumo. También una botella de agua por si nos da sed durante la película. Vuelvo al sofá y le doy el mando a Taylor. La televisión tiene acceso a varios canales de pago, aunque no solemos utilizarlos porque por las noches preferimos bajar a la playa a hablar.

—Elige tú.

—¿Comedia romántica? —propone.

—Lo que quieras.

La dejo que escoja y, en cuanto comienza la película, la atraigo hacia mí para que se acurruque. Paso mi brazo por sus hombros y trazo pequeños círculos en sus brazos. Taylor ronronea y se deja caer sobre mi pecho. Y yo solo puedo pensar que tengo un día para estar así con ella, abrazados y dejando todo lo que no seamos nosotros fuera de la casa.

TAYLOR



Me despierto antes de que suene el despertador. Me gustaría acurrucarme sobre la almohada, sobre la que también duerme Vincent, pero con la excusa de nuestros turnos he perfeccionado el levantarme antes de que lo haga él y marcharme de casa antes de que despierte. Traté de decirle que era mejor que durmiéramos separados, pero en cuanto me besó supe que no lo haríamos. Adoro dormir con él. Me hace sentir placer, pero también más ternura y amor de lo que pensé que podría existir. Las noches son tan bonitas y sencillas como complicado y triste es despertarme cada día con unas náuseas que no puedo explicarle.

Llego al club sin haber desayunado y, por tercer día consecutivo, cuando entro en la cocina el olor de los desayunos se apodera de mis sentidos y mi estómago se revuelve de tal modo que corro hasta el baño. Mis náuseas están empeorando por momentos. Antes de que nadie se dé cuenta, salgo corriendo de allí en busca del primer baño disponible. Me arrodillo en el suelo, me apoyo en el inodoro y vomito hasta que las náuseas que sacuden mi cuerpo parecen calmarse. Luego me levanto, tiro de la cadena y me apoyo sobre el mármol para poder lavarme la cara, la boca y echarme algo de agua en el cuello.

Cubro mi boca con una mano cuando el olor de un fuerte perfume hace que vuelva la necesidad imperante de vomitar. Alzo la vista. Parece que alguien sí se ha dado cuenta: Amber, que me observa con curiosa malignidad. Pero con la debilidad que me han dejado las arcadas no estoy de humor para aguantarla, y sigo limpiándome sin hacerle caso.

—Vaya, vaya, la chica angelical embarazada.

—No estoy embarazada.

—¿Seguro? Porque llevas tres días vomitando cada vez que hueles a comida.

—¿No tienes nada mejor que hacer que espiarme?

—Es divertido hacerlo. Y lo será más cuando Vincent se entere...

—Ni se te ocurra decirle ningún embuste. No estoy embarazada, solo es un virus que me ha afectado al estómago.

—¿Provocado por el hombre casado que vino al congreso? Porque no te ha dado tiempo a que sea de Vincent...

Aprieto los puños controlando mis ganas de abofetearla.

—Por última vez, no estoy embarazada. Así que déjame tranquila. No es de tu incumbencia nada de lo que yo haga.

—Claro que lo es. Te dije que te desenmascararía y acabo de hacerlo.

Me resultan curiosos sus cambios de voz. Con los hombres, sobre todo los clientes ricos, utiliza un tono sensual, casi dulce. En cambio, con el resto de las camareras es brusca, como si siempre estuviera enojada. Y ahora suena terriblemente acusadora. Ella insiste:

—¿Quién es el padre?

Tengo que esforzarme para contener mi genio.

—No estoy embarazada y no tengo por qué darte explicaciones.

Una sonrisa cruel asoma a sus labios.

—Eso es cierto. Ya lo harás a quien corresponda, pequeña zorra mentirosa.

Su insulto me deja boquiabierta y con ganas de lanzarle la primera copa que encuentre en la mesa. Sin embargo, no es momento de perder los nervios. Clavo mi mirada en la suya, desafiante, y le espeto:

— No vale la pena discutir contigo.

Salgo furiosa del baño. Con cualquier otra, no tendría miedo. Pero Amber me pone furiosa. Siempre lleva un paso por delante de mí y siempre lo hará, básicamente porque su mala intención está enfocada a vengarse de mí porque estoy con Vincent. Y no temo por mí, sino por lo que pueda sufrir él si la verdad sale a la luz.

VINCENT



Mike y yo estamos repasando unas facturas. Con él es más fácil hacerlo, quizá porque no odia los números como me pasa a mí. Además, no lo molesta que esté la mitad del día pensando bobaliconamente en Taylor. Al contrario, es visible su satisfacción del efecto que Taylor ha causado en mí. Mientras él toma unas notas, yo preparo un par de cafés en la pequeña máquina que compartimos. Estoy a punto de ofrecérselo a Mike cuando Amber entra sin llamar. No esconde su frustración al ver que estoy acompañado.

—Vincent, ¿podemos hablar a solas?

La miro con desgana.

—¿Nunca te han dicho que hay que llamar antes de entrar?

—Cuando sepas lo que tengo que contarte lo de menos serán mis modales.

—¿Por qué tengo la impresión de que intentas molestar a Vincent con algún comentario malévolo sobre Taylor? —incide Mike.

Amber ladea la cabeza.

—No vale la pena discutir contigo. Vincent, ¿hablamos a solas o no?

—No quiero estar contigo a solas.

Aletea las pestañas coqueta.

—¿Tienes miedo de no controlarte?

—Tengo miedo de que si estamos a solas inventes que ha pasado algo entre nosotros para molestar a Taylor —confieso sin tapujos.

Ella me estudia.

—Bien, en ese caso lo diré delante de Mike. Al fin y al cabo a él también le concierne saber que una de sus empleadas está embarazada.

La ira hierve en mi sangre y levanto mis ojos para mirarla con odio:

—¿Embarazada? Amber, has ido demasiado lejos. ¿Hasta cuándo vas a inventar cosas de Taylor?

—No me lo estoy inventando. Lleva días vomitando, se marea y tiene todos los síntomas. Por eso no bebe alcohol desde que llegó. Está embarazada y se ha enrollado contigo para colarte un bebé que no es tuyo.

Sus palabras me horrorizan. No puedo rebatir sus pruebas, pero tampoco creer sus conclusiones. Me quedo rígido, frustrado.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque me dijiste que ella era la mujer perfecta y yo una chica de solo una noche, pero resulta que ella está embarazada y ni siquiera sabes quién es el padre. ¿En qué la convierte eso?

—En mi novia —la defiendo.

—Amber, nadie te ha pedido tu opinión sobre Taylor, lo que hace o si está o no embarazada —dice Mike con frialdad—. No deberías estar aquí.

Amber abre la boca para hablar, pero cuando se encuentra con la mirada inflexible de Mike comprende que no es el momento de decir cualquiera de sus tonterías, la cierra y se va altanera por donde ha venido. Yo me dejo caer sobre la silla y pregunto con un hilo de voz:—¿Crees que tiene razón?

Mike respira hondo.

—No lo sé, pero si tienes dudas sobre algo que afecta a tu novia debes hablar con ella y no dejarte llevar por los rumores.

Apoyo mi cabeza sobre las manos.

—No sé cómo enfocar esto.

—¿Quieres que hable yo con Taylor? —se ofrece.

Ojalá pudiera hacerlo, pero no puedo escapar de esto. En un susurro confieso:—No, me temo que esta vez Amber dice la verdad. Yo también he notado síntomas, solo que no los asocié a un embarazo. Pensé que era cansancio.

La preocupación toma el rostro de Mike.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, necesito un poco más de tiempo para asimilarlo.

—Muy bien, tómate el tiempo libre que necesites. Y si te hace falta, tienes mi apoyo.

—Lo sé, gracias.

Mike sale del despacho y me quedo solo con mis pensamientos. ¿Tenía intención de decírmelo? Mis ojos se llenan de lágrimas de

incredulidad y de dolor. Después de todo lo que hemos vivido juntos, no puedo creer que me haya ocultado esto.

Dejo la taza sobre la mesa y paseo con nerviosismo por el despacho. He tenido ganas de estrangular a Amber por lo que estaba diciendo. No por vergüenza de que mi novia esté embarazada de otro hombre y yo no lo supiera, sino porque eso me hace sentirme profundamente inseguro.

La culpa es mía, solo mía. Taylor me repitió una y otra vez que no podíamos estar juntos, que debía marcharse. Supongo que quería hacerlo antes de que su embarazo fuera evidente, pero no pudo evitar estar conmigo. Aun así, ¿por qué lo hizo? ¿Por amor? ¿O quizá todavía está enamorada del mismo que la dejó embarazada y no tengo duda de quién es? Seguro que él lo sabe, por eso actuaron de aquel modo cuando se vieron. Le pidió que se alejara de ella, pero había mucha tristeza en sus ojos aquel día. Quizá no quería destrozar su matrimonio. No lo sé. Es tan difícil saber lo que le pasa por la cabeza... Creía que la conocía, pero no lo hago en absoluto.

Me siento y apoyo de nuevo mi frente en las manos. ¿Cómo he podido caer en lo mismo? Se suponía que después de lo de Gillian había aprendido algo. Que protegería mi corazón y solo tendría relaciones sin complicaciones. Y Taylor las tiene todas porque está embarazada. Me repito esto una y otra vez hasta que un golpe quedo se escucha en la puerta. Es ella. Con la dulzura que la caracteriza se acerca a mí y me da un beso en los labios al que yo apenas respondo.

—¿Sucede algo?

Estoy demasiado aturdido para contestar. No quiero hablar de esto ahora, no hasta que esté preparado.

—Tengo mucho trabajo.

—No quería molestarte. Pero te echaba de menos.

—Has salido muy pronto esta mañana, no hemos podido desayunar juntos...

—Prometí a Nora que haría su turno, ya te lo dije.

La observo. Algo me dice que siente dolor por la forma de moverse. No es la primera vez que me fijo, pero siempre lo había achacado al cansancio por el trabajo.

—¿Te encuentras bien?

—Solo estoy cansada, en cuanto descanse esta noche en tus brazos estaré bien —me asegura acariciando mi mejilla con ternura.

Mi corazón se desgarró al pensar en no tenerla una noche conmigo, y entonces lo sé. Estoy locamente enamorado de Taylor y ella lo está de mí.

Y por eso voy a ser yo y no ese maldito doctor quien cuide de ella y de su bebé. Me levanto y, en un impulso, la abrazo para terminar con un beso tan profundo que nos deja a los dos temblando. Cuando me suelta, su voz dulce me invade:

—Debo volver al trabajo.

—Sí, yo también. Tengo que ir a hacer unas gestiones para el club y volveré tarde esta noche.

Arquea una ceja.

—No me habías dicho nada.

—Mike me lo acaba de pedir.

Sonríe y acaricia mi mejilla con suavidad.

—Te echaré de menos.

—Y yo.

—Te esperaré despierta. Pasear por la playa no es lo mismo sin ti.

Me da otro largo beso y, cuando me quedo solo, tengo ganas de dar un puñetazo a la pared. No sé cómo actuar frente a esta situación, pero solo se me ocurre una idea y voy en busca de Mike. Este se levanta en cuanto me ve.

—¿Has hablado con Taylor?

—Sí, pero no de eso. Antes necesito solucionar algo.

—¿En qué estás pensando?

—Quiero hablar con el tipo que la dejó embarazada. Estoy seguro de que es el doctor que vino a la convención, el que estaba casado. Lo sabe y por eso ella actuó de forma tan extraña cuando le vio.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Dado que no asumió su responsabilidad cuando tuvo la ocasión, quiero dejarle claro que se aleje de Taylor.

—Pero si es el padre, no te corresponde a ti decidirlo.

—Taylor le pidió que se marchara. Yo solo voy a recordárselo.

—Vincent, lo que propones puede ser muy imprudente. ¿Quieres que vayamos a tomar algo y lo comentemos?

—No. Sé que tratas de hacerme entrar en razón, pero necesito solucionarlo a mi manera.

Mike suspira y aprieta la mandíbula, para finalmente aceptar.

—Está bien, no puedo hacer nada por evitarlo, pero no me gustaría que te metieras en líos por actuar de forma imprudente.

—No lo haré.

—¿Qué vas a decirle?

—No lo sé. Supongo que estoy demasiado confuso para haberlo pensado, lo haré por el camino —contesto con sinceridad.

Estoy a punto de salir cuando Amber, que supongo me ha seguido, entra en el despacho de Mike contoneándose:

—¿Y bien? ¿Ya habéis hablado con la embarazada?

Sacudo la cabeza incrédulo por hasta dónde puede llegar, y Mike se levanta y le grita:—Se acabó, estás despedida.

Amber lo mira como si estuviera loco.

—No puedes hablar en serio.

Mike se acerca a ella. Nunca le había visto tan serio.

—Claro que sí. No me gusta que el club esté lleno de rumores y especulaciones. No es como deseo trabajar. Te he tolerado muchas cosas, pero has llegado demasiado lejos. No te quiero aquí.

—Me necesitas. Muchos clientes me aprecian.

—Aprecian tus servicios sexuales, no les será difícil encontrar sustituta.

—¿Cómo te atreves?

Amber levanta la mano para abofetearle, pero yo lo impido.

—Mike tiene razón. Yo tampoco te quiero aquí, ni la mayor parte de tus compañeros.

—Pero os he dicho la verdad... No es un chisme —protesta.

—Solo lo has hecho para herir a Taylor y separarla de Vincent —incide Mike—. ¡Fuera del club ahora mismo!

Se echa a llorar, pero no me importa. No son lágrimas de dolor, sino de rabia porque no se ha salido con la suya.

—Te acompañaré a la puerta. Puedes quedarte el uniforme y me encargaré de que alguien te envíe tus cosas.

Amber sigue mirándonos incrédula.

—¿Vas a despedirme de este modo?

—No pienso dejar que esparzas tus conclusiones sobre Taylor por todo el club. ¿Vienes por las buenas o tengo que llamar a seguridad?

Me sorprende el tono de Mike. Es duro, y está claro que quiere defender a Taylor tanto como yo. Amber comienza a temblar.

—Te arrepentirás de esto. Conseguiré el teléfono del dueño del club y se lo contaré todo.

Una mueca irónica asoma al rostro de Mike.

—Suerte con eso. Y ahora, vámonos, Vincent tiene cosas mejores que hacer que escucharte.

Le agradezco con la mirada su apoyo y me dirijo a mi despacho. Gracias a las reservas del club localizo con rapidez el hospital en el que el doctor presta sus servicios, y me dirijo a él con una velocidad que puede que me acarree alguna multa. Pero no me importa. Necesito hablar con él y tengo que hacerlo cuanto antes. El hospital es grande, pero una enfermera me informa dónde está ubicada su consulta. Cuando llego a ella, su imagen me altera de tal forma que tengo que controlar los deseos de dar un puñetazo a ese médico con aspecto encantador. Me lo imagino persuadiendo a Taylor de acostarse con él a pesar de ser un hombre casado. ¿Cómo pudo ser tan ingenua? No la culpo, con lo que ha sufrido con su familia supongo que ese maldito tipo apareció con sus buenos modales y sus atenciones en el momento adecuado. Y después la dejó embarazada y la abandonó. Comprendo ahora el porqué de los miedos de Taylor. Supongo que él le prometió compromiso, pero terminó utilizándola y teme que yo haga lo mismo. Aprieto los puños.

Él deja su maletín sobre la mesa, parece preocupado:

—¿Puedo ayudarte en algo? Mi secretaria me ha dicho que no tienes cita, pero que tenías que hablar conmigo con urgencia sobre Taylor. ¿Está bien?

Su amabilidad me sorprende.

—Es usted un cínico.

—¿Disculpa?

—La ha dejado embarazada y ni siquiera es lo bastante hombre como para responsabilizarse de ello.

Sus ojos se clavan en mí.

—Eso es ridículo. Nunca me he acostado con Taylor y nunca lo haré —responde en el mismo tono tranquilo que me saca de quicio.

—¡Eso es mentira!

Sin poder evitarlo le agarro la solapa de la chaqueta. Él clava su mirada en la mía y aparta mis manos en un gesto pausado.

—¿Eres el novio de Taylor?

—Sí.

—En ese caso sería mejor que te ocuparas de ella en lugar de venir a hacerme reclamaciones incoherentes.

—¿Ocuparme? ¿De qué?

Se separa y trata de mantener la calma. Supongo que es inherente a su profesión. Con voz serena me explica:—Si crees que Taylor está embarazada es porque se marea, vomita y cada día está más agotada. ¿Me equivoco?

—No.

Él se apoya sobre la mesa, como si mi noticia le trastocase.

—Son síntomas de que está empeorando a gran velocidad.

—¿Empeorando?

Suspira, como si hubiera temido mi pregunta. Ya no hay serenidad en sus ojos cuando me dice:

—No te lo ha contado.

Mientras le miro, mi enfado desaparece. Esperaba a un tipo prepotente, pero solo parece ofendido por lo que le he dicho y también profundamente preocupado por Taylor. Con voz triste me explica:

—Taylor no es mi amante, es mi paciente.

—¿Qué le pasa?

—No puedo hablarte de ello.

—¡Es mi novia!

—Aun así, no puedo hacerlo.

Le miro frustrado y con los ojos brillantes. Él me observa y sopesa unos segundos una idea antes de decir:

—No puedo hablarte de ella, pero algo me dice que tú puedes ser su única opción. Así que voy a jugarme mi carrera y mi puesto, pero vale la pena. —Arqueo una ceja y él continúa—: Voy a salir del despacho y, en contra de las medidas de seguridad habituales, voy a olvidarme de cerrar la puerta. También voy a invitar a mi secretaria a tomar un café, y dado que hoy estoy muy olvidadizo, el cajón de los expedientes que contiene toda la información sobre Taylor también estará abierto. Ahora márchate. Yo volveré en veinte minutos. Y si después de que vuelva tienes algo que decirme, ven a verme.

Muestro mi conformidad con un asentimiento de cabeza, estoy demasiado atónito para responder.

Salgo del despacho y, en cuanto veo que el doctor Nolan y su secretaria se han ido, entro sigilosamente y leo el expediente de Taylor. Cada palabra y cada documento ahondan más la herida que se ha abierto en mi corazón como si me hubieran clavado un puñal en él. Cuando termino, salgo del despacho corriendo y me refugio en el baño hasta que estoy lo bastante calmado como para hablar con él. Regreso a su despacho y él me mira con lástima. Me doy cuenta de que he hecho el ridículo. He tomado al pie de la letra las acusaciones de Amber y le he gritado al doctor por algo que no es culpa suya, sino mía. ¿Cómo no me di cuenta de que Taylor está enferma? En un susurro y con los ojos lacrimosos afirmo:—Se está muriendo.

—Sí —el doctor aparta la vista y mira por la ventana—. Es duro cuando ves a alguien tan joven y lleno de vida como ella.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Apoya su mano sobre mi hombro:

—Es difícil de precisar —reconoce—. Hace un año le dije que duraría menos de seis meses, pero tuvo una mejoría a raíz de un tratamiento. Por un momento creí que habíamos conseguido el milagro, pero pocas semanas después el tumor que hay en su cabeza se recrudeció. Dado que hace dos meses que dejó sus visitas, no tengo información reciente, pero no creo que dure más allá de otoño.

Las palabras tardan en salir de mi boca.

—Por eso no hace planes más allá del verano. Porque su muerte es inevitable.

—Eso no es del todo cierto —me contradice.

—¿De qué habla?

—Hay un tratamiento. Muy costoso, experimental y que incluye una operación muy peligrosa.

Un conato de esperanza se abre en mi corazón.

—¿Eso podría salvarla?

—Sí —afirma el doctor con rotundidad.

—¿Y por qué Taylor no está aquí haciendo el maldito tratamiento?

—Porque no tiene el dinero. Lo que gane este verano servirá para pagar sus deudas con el hospital.

—Podemos pedir un préstamo y...

—Hay algo más —me interrumpe—. El otro tratamiento fue muy duro y doloroso para ella y su mejoría solo duró unas semanas. Eso hizo que, además de arruinarla económicamente, perdiera la esperanza.

Sacudo mi cabeza.

—Pero ella es la persona más positiva que conozco. No puedo concebir que se niegue la posibilidad de seguir viviendo.

—Tienes que tratar de entenderla. Lo que le propongo le traería un dolor horrible y una posibilidad mínima de éxito. Supongo que después de tanto tiempo de lucha continua y en solitario ya no puede más. Y aunque como médico he seguido insistiendo, no puedo culparla por ello.

—Ha dicho que tuvo que pasar por todo esto sola y por eso perdió la esperanza. Pero ya no lo está.

—Lo sé. Por eso he quebrantado las normas, eres el único que puede convencerla de que acepte ese tratamiento. Yo lo intenté una y otra vez y lo único que conseguí es que se marchara y cambiara su número de

teléfono para evitar que la localizara. Y cuando la encontré en el club tampoco quiso escucharme.

Sus palabras me conmueven y susurro:

—Si la convenzo, ¿estaremos a tiempo?

—Sí, pero no nos queda demasiado. Y está el tema del dinero.

—Conseguiré ese dinero y la convenceré —afirmo categóricamente.

El doctor me estrecha la mano y afirma:

—Ojalá lo consigas. Taylor es una de las pacientes más fuertes que he conocido. Ha tenido que serlo para soportar su enfermedad, y no te imaginas lo que le debe estar costando hacer una vida diaria normal con todo el dolor que sufre y la medicación que toma. Se merece una segunda oportunidad.

—La traeré de vuelta, se lo prometo.

Él respira hondo. No está convencido, pero yo sí. Taylor vivirá, tiene que hacerlo, y voy a hacer lo que sea necesario para conseguir el dinero y convencerla de que acepte el tratamiento.

TAYLOR



Vincent acaba de llegar. Le observo desde la ventana. Podría estar horas deleitándome con sus rasgos perfectos, su cuerpo musculoso, lo bien que le quedan la estrecha camiseta y los vaqueros; el movimiento tan seductor cuando desciende de su Harley. Entra en casa y acudo a su encuentro. He dejado varias velas encendidas buscando crear un ambiente más íntimo y romántico. Él escucha mis pasos y se gira.

—Estaba deseando que llegaras. Has tardado mucho...

No termino mi frase. El rostro de Vincent emerge de las sombras hasta quedar iluminado por la luz de una vela cercana. He admirado su belleza muchas veces, también me he dejado subyugar por el deseo y el amor que emiten sus ojos cuando me miran y que son un reflejo de mis sentimientos. Pero hoy leo algo muy diferente en ellos, algo que me asusta.

—Taylor... —susurra acercándose a mí.

Yo me quedo de pie, petrificada, mientras él me estrecha entre sus brazos. Puedo notar su respiración en el pecho, que sube y baja a toda velocidad, como si su corazón fuera a estallar. Me besa los cabellos y sé lo que me está diciendo sin necesidad de palabras: que siempre estará a mi lado. Comienzo a temblar y me separo.

—¿Dónde has estado?

—Fui a ver al doctor Nolan.

Extiendo mi mano y me apoyo sobre la mesa. Tengo la sensación de estar a punto de marearme a causa del pánico que se está adueñando de mi pecho y mi respiración.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

—Amber me dijo que estabas embarazada y creí que era el padre.

—¿Quééé?

—Fue por los vómitos y todo eso.

—¿Y tú la creíste? ¿Pensaste que era una estúpida chica engañada por un hombre casado? Parece que no me conoces bien.

—No sabía qué creer, por eso fui a hablar con él. Quería decirle que se mantuviera alejado de ti, que yo me encargaría del bebé.

Estoy tan sorprendida que apenas me sostengo. Con un hilo de voz me atrevo a preguntar:

—¿Qué te dijo?

—Me dejó ver tus informes médicos.

—No puedo creer que tú y Nolan hayáis violado así mi privacidad —le acuso furiosa. Vincent no debía enterarse así, tenía que encontrar la forma de irme sin hacerle tanto daño como le he hecho.

Él me toma de las manos.

—Lo lamento, pero no voy a disculparme. Era la única opción de saber la verdad y de poder ayudarte.

Me alejo de él.

—No puedes ayudarme. Si has leído esos informes ya sabes que pronto lo único que quedará de mí serán las cenizas que se lancen sobre el mar.

Mi sinceridad le destroza, lo sé porque sus ojos centellean entre heridos y furiosos.

—Podemos intentarlo. El doctor Nolan dijo que...

—Sé lo que te dijo, pero no servirá de nada.

—No es lo que él me explicó.

Comienzo a temblar y Vincent me abraza. Me cuesta hablar.

—No puedo, lo siento...

—Taylor... Tenemos que intentarlo.

Sacudo con la cabeza y me suelto de su abrazo. No quiero que me den una esperanza irreal.

—No hay nada que intentar. Comprendo lo que quieres hacer, yo estuve en ese punto. Sufrí, me gasté todo mi dinero y solo duró tres semanas. No volveré a pasar por eso —le explico entre lágrimas.

—Si no lo haces morirás.

—Moriré igualmente. Nolan no debió hablar contigo ni darte falsas esperanzas.

Vincent suelta una palabrota entre dientes.

—¿Y si no son falsas?

Respiro hondo y me tomo un tiempo antes de contestar:

—Nadie puede ayudarme. Yo lo he aceptado y ahora debes hacerlo tú.

—No voy a hacer eso. Te amo.

Sus palabras se clavan en mí como un puñal.

—Lo sé, y siento mucho haberte hecho daño. No quería...

—Taylor, te adoro. Solo déjame ayudarte y podremos estar juntos.

En sus ojos brilla la desesperación. Me acerco a él, le tomo de la mano y le propongo señalando a mi habitación:

—Acompáñame.

Vincent se queda donde está antes de comprender lo que quiero decir. Me toma de la mano y me obliga a darme la vuelta.

—No es el momento.

—Sí lo es. Necesito que vuelvas a verme como la chica a la que deseas, no como a un cadáver andante.

Mi respiración es entrecortada, estoy temblando.

—No puedo fingir que no lo sé.

Acaricio con suavidad su mejilla.

—Yo lo he hecho todo este tiempo. Al principio solo quería llorar. Pero después transformé mi desesperación en fuerza para seguir adelante. No quería pasar el tiempo que me queda quejándome, sufriendo más de lo necesario y haciéndoselo pasar mal a los demás. Y no quería hacerte daño, por eso traté de alejarte de mí hasta que no pude resistirlo.

Me acaricia con ternura.

—Taylor, te conozco. No te equivocaste. Simplemente me amas como yo te amo a ti. Por eso no te alejaste de mí. Tu corazón se rindió al mío como el mío hizo con el tuyo. Y ahora que no hay secretos entre nosotros, podemos hacer que todo sea mucho mejor.

—Me muero, Vincent, nada cambiará eso.

No hay solución —mi voz se quiebra.

—No puedo creer eso. Y aunque fuera así, quiero estar a tu lado, no porque lo necesites y yo me sienta obligado, sino porque quiero hacerlo. Te amo.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Nunca he visto llorar a un chico antes, mucho menos pensé que Vincent lo haría. Y es por mi culpa. No quería que Vincent se enterara. Podía haberme ido y sería una ruptura común. Pero ahora la intervención de Amber me ha robado esa posibilidad. No hay marcha atrás, no puedo recuperar la fingida normalidad de los últimos días. He trabajado duro para que nadie advirtiera mi enfermedad,

pero ahora toda la farsa se ha desmontado. Aprieto los puños, tengo que recuperar el dominio de mí misma. Lo último que Vincent necesita es que yo pierda el control. Su dolor me sacude con fuerza y lo atraigo hacia mí, enterrando la cara en su hombro. Sus lágrimas mojan mis cabellos, que acaricia con suavidad. Emanan tanto amor... Podría ser mi muro donde apoyarme en los últimos días, lo sé, pero eso le destrozaría todavía más.

—Debo marcharme, es lo mejor para ti —el temblor de mi voz traiciona sus sentimientos. Sé que quiere quedarse conmigo, lo leo en sus ojos, en su forma de mirarme, de sonreírme...

Él me mira angustiado. Da un paso hacia mí y yo levanto las manos para detenerlo. No puede abrazarme, no puede.

—Te ayudaré, estaré contigo.

—No quiero que te amoldes a mi enfermedad, quiero que te alejes de ella. Por eso no te lo dije.

—¿Y qué creías que pasaría? ¿Que te reemplazaría por otra? No puedo hacerlo, eres única y solo puedo amarte a ti.

Las lágrimas vuelven a mis ojos y esta vez sí dejo que me abraze largo rato. Cuando me suelta, siento la necesidad de besarle. Él se separa.

—Tenemos que seguir hablando de esto.

—No puedo, hoy no —suplico—. Vincent, dame una noche de ser normal, para ser igual que era ayer.

Me escudriña con la mirada.

—¿Y mañana hablaremos de esto?

Afirmo con la cabeza, es solo un gesto, no una promesa, pero él la toma como tal. Me acerco a sus labios y le doy un beso suave, tierno, que se moja con las lágrimas que han quedado retenidas en su boca. Es un beso que suena a despedida, pero que quiero que sea inolvidable para los dos. Vincent cree que logrará hacerme cambiar de opinión. Y no puedo permitir que eso suceda. Debo marcharme. Una vez más el destino me obliga a dejar atrás lo que amo. Ya lo hice con la universidad, ahora lo haré con el hombre del que me he enamorado con locura y con los amigos que he hecho. Es culpa mía. Sabía que no debía crear lazos, pero lo hice. Así que no sentiré lástima por mí, sino por las personas a las que he dañado.

VINCENT



Abro los ojos. Estoy solo. En la habitación reinan el silencio, la oscuridad y el lejano murmullo de las olas. Trato de aguzar el oído, pero no escucho ningún ruido en la casa. Aterrado, me levanto y ruego para que Taylor esté en su habitación o quizá en la playa. No llego lejos, en cuanto voy a la cocina la carta y el teléfono de Taylor sobre la repisa de mármol lo dicen todo. Mi corazón se paraliza: Taylor se ha marchado. Cojo el papel con manos temblorosas y empiezo a leer:

Querido Vincent:

Sé que no debería marcharme en silencio mientras duermes en la habitación, en la misma cama en la que me has llenado de amor, pasión y ternura. Pero es la única forma, los dos sabemos que, si me quedo, si seguimos hablando, no lo haré, y no puedo permitirme quedarme más tiempo. Cuando me diagnosticaron mi enfermedad creí que no podría experimentar tanto miedo nunca más. Me equivocaba. Ahora es mucho peor. Me aterroriza el daño que te he hecho, el que podría hacerte si me quedo. Eres un buen chico, el mejor que he conocido. Y yo te he mentado y ahora solo puedo marcharme para que tu vida no empeore.

Siento mucho lo que te he hecho y por lo que estás pasando mientras lees esta carta. Hay muchas cosas que querría decirte, pero no sé cómo expresar lo que me has hecho sentir. Nunca había sabido lo que era amar hasta que te conocí a ti. Quizá por eso, y aunque no me excuse, me dejé llevar. Cada momento que hemos vivido juntos ha sido extraordinario y ha dotado a mis días de más significado que todo lo que viví con anterioridad. A tu lado me he sentido amada, protegida y segura. Desde el instante en que te conocí en la playa me enamoré de ti, aunque me costara aceptarlo.

Lo daría todo por poder seguir contigo amándote con toda mi alma. Pero no me queda tiempo. Ojalá pudiera consolarte, pero no puedo porque soy la causa de tu tristeza, aunque estoy convencida de que Mike y tu tío estarán a tu lado para ayudarte.

Me has hecho la mujer más feliz del mundo. Vine aquí para pasar mis últimos meses de vida. Lo había aceptado, pero no podía olvidarlo. En tus brazos lo hice y ese fue el mejor regalo que podrías haberme hecho. Eres increíble, y espero que algún día encuentres a la chica que te mereces.

Una vez me dijiste que te habías enamorado de mi sonrisa. Recuerda eso cuando estés triste y, sobre todo, imagínate así, sonriendo. No enferma, ni demacrada, ni con miedo a la

muerte. Solo una chica que te sonreía porque te amaba.

Sé que me echarás de menos, pero una parte de mí siempre estará contigo. La que te mostró el tipo de chico que eres y del que tanto me cuesta alejarme. No podemos cambiar mi futuro, pero si al menos estar conmigo te ha servido para darte cuenta del tipo de relación que te mereces me daré por satisfecha.

Sé feliz, te lo mereces. Te amo, siempre y allí donde esté. Taylor

Las palabras se convierten en un borrón a medida que mis lágrimas mojan el papel. La dejo caer al suelo, no aguantaré volver a leerla una vez más. El dolor es demasiado fuerte. Taylor se ha marchado y no volverá. Mi última esperanza se ha resquebrajado por completo. No puedo hacer esto, me repito. No quiero aceptar que Taylor se ha ido, que no volveré a verla. Que su sonrisa desaparecerá. Que no se despertará en mis brazos, que no la veré intentando hacer que las vidas de los demás mejoren mientras la suya se extingue en secreto. Evoco al detalle todo lo sucedido desde que nos conocimos en la playa. Su forma de reír, su conversación inteligente, su belleza suave y delicada, su capacidad de mantener la calma incluso cuando el club estaba a rebosar de clientes, la forma única que tenía de estar conmigo cuando hacíamos el amor. Taylor penetró con tanta profundidad en mí que llegó a un lugar al que nadie había llegado antes. Y ahora que se ha ido ese lugar es un vacío enorme que me devora.

No, no puedo aceptar esta carta. Por primera vez en la vida, he sentido que lo tenía todo, y ahora su partida me lo ha arrebatado. ¿Por qué tiene que irse? ¿Por qué no quiere intentarlo? Siempre la he visto llena de vida, pero está dispuesta a aceptar que se acaba sin una última lucha, la que yo quiero que haga. Comprendo lo que habrá sufrido, pero no puedo entender que precisamente ella se rinda de esta forma. Derrumbado, me dejo caer en el suelo y lloro hasta que no me quedan más lágrimas.

TAYLOR



Es muy pronto, apenas ha salido el sol. Antes de dejar mi teléfono en la casa de la piscina para evitar que Vincent me localice, he pedido a Mike que se encuentre conmigo en una cafetería de la carretera cercana al club. Su preocupación es visible cuando me ve.

—¿Qué sucede? ¿Por qué has querido que nos veamos aquí a esta hora?

—Lamento haberte despertado tan pronto.

—No es eso lo que me preocupa. ¿Qué sucede?

—Me voy, tengo que marcharme ahora mismo. No podía hacerlo sin despedirme de ti y sin disculparme por dejar el club de este modo.

Arquea una ceja incrédulo.

—Taylor, sea lo que sea, si me lo cuentas...

—Yo... no puedo volver a pasar por esto. Vincent hablará contigo. Yo solo quería despedirme de ti.

Las lágrimas se escapan por mis mejillas y él me estrecha entre sus brazos. Me aferro a él unos segundos, pero después seco mis mejillas y digo:

—Debo irme, no puedo esperar más tiempo.

—¿A dónde vas?

—No lo sé —reconozco.

Sus ojos brillan frustrados.

—¿Podrás decirme al menos dónde estarás cuando te instales?

—No, es mejor para todos que no lo sepáis.

—Eso no tiene sentido. Además, tengo que enviarte tu sueldo de la semana.

—No es necesario, quédatelo por las molestias de marcharme de un día para otro.

—No es un favor, es tu dinero.

—No lo necesito.

Mike me escudriña con la mirada.

—¿Quieres que te haga una carta de recomendación?

—No, yo tengo dinero ahorrado y no voy a trabajar.

Mi voz se rompe. Estoy a punto de quebrarme. Acaricio su mejilla con mi mano:

—Has sido un jefe y un amigo genial. Gracias por todo.

—Taylor, me estás preocupando mucho, ¿qué sucede? ¿Te has peleado con Vincent?

—No exactamente.

—¿Has roto con él?

Asiento, no puedo decir nada más.

—¿Por qué?

—Porque lo he estropeado todo. Ojalá no hubiera venido. Ahora Vincent sería...

—Un amargado que bebía demasiado y perdía su tiempo en chicas fáciles que no le convenían. Tú le cambiaste. Con tu dulzura, tu ternura, tu compasión y tu manera de hacer con todo el mundo lo que es correcto —termina mi frase. Bajo los ojos y él insiste—. Tu expresión te delata. Siempre has sido muy transparente en lo relativo a Vincent, aunque no te dieras cuenta. Tú le amas.

—Sí —contesto con sinceridad.

—Entonces no lo entiendo.

Me levanto nerviosa.

—Mike, cometí un error. Esto no tenía que pasar. Y durante un breve espacio de tiempo me convencí de que podía salir con él y vivir solo el presente. Pero no puedo pasar el resto de mi vida con él, no tenemos futuro.

—¿Por qué no? Sea lo que sea, podéis arreglarlo, yo puedo ayudaros —objeta.

—Nadie puede ayudarme. —Hago una pausa y trato de tragarme las lágrimas—. No debí enamorarme de él ni permitir que él lo hiciera de mí.irme ahora es mi forma de evitar que sufra más.

—Taylor, no estás pensando con claridad —protesta Mike—. Si lo hicieras te darías cuenta de que no hay nada más importante que lo que

sentís el uno por otro. Estáis hechos para estar juntos, lo intuí desde el primer momento.

Sacudo mi cabeza con fuerza.

—Tú no lo entiendes, no puedes entenderlo.

—Pues explícamelo.

—No puedo.

—¿Es por lo que dijo Amber? ¿Estás embarazada? Porque te garantizo que Vincent va a estar ahí para ti.

—No estoy embarazada.

Él me mira alterado, y declaro:

—Mike, me gustaría explicártelo, pero no puedo. Todo esto duele demasiado. No debí venir, no debí involucrarme tanto con vosotros. Cometí un error, pero ahora ha llegado el momento de que tomemos caminos diferentes.

—Intuyo que te marchas para protegerle, pero lo único que vas a conseguir es que ambos acabéis con el corazón completamente destrozado.

—Eso ya ha pasado, y ahora me encargaré de que no empeore.

—Taylor, no te vayas, quiero ayudarte, en lo que sea.

—Nadie puede ayudarme. Lo siento, pero debo irme.

Ahora son sus ojos los que se llenan de lágrimas. Le doy un beso en la mejilla y susurro:

—Cuida de Vincent por mí. Te necesitará. Y perdóname tú también por todo esto. No quería hacer daño a nadie.

Me voy antes de que pueda responderme. A la señora Dumphy y a Aaron les escribiré una carta. He sido injusta con todos ellos, se merecen mucho más que eso, pero es lo único que puedo darles. Estoy destrozada física y anímicamente y ya no puedo soportarlo más.

VINCENT



Sigo sentado en el mismo suelo en el que me he dejado caer cuando he leído la nota. Noto los músculos entumecidos, pero no es nada comparable a lo que siente mi corazón. Está roto y no sé qué hacer con los pedazos restantes.

Un golpe en la puerta me saca de mis cavilaciones. Respiro hondo y seco mis lágrimas. Me levanto con las piernas temblorosas, atravieso la habitación y abro la puerta. Es Mike. Para su sorpresa, sin dejarle ni hablar, lo abrazo con fuerza. Cuando le suelto, tiene el ceño fruncido y parece muy preocupado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha marchado Taylor?

—¿Cómo sabes que se ha ido?

—Vino a despedirse. No me dijo el porqué, pero estaba destrozada. Lo único que conseguí sonsacarle es que no está embarazada. Me dijo que tú me lo explicarías, que ella no podía.

No la culpo. Hablar de esto tiene que ser casi imposible de llevar para ella. A mí me cuesta un gran esfuerzo, pero finalmente logro explicarle a Mike todo lo sucedido. Cuando termino de hablar, él se cubre la cara con las manos horrorizado, y se sienta en el sofá como si estuviera mareado. Puedo intuir que la angustia se está expandiendo por todo su cuerpo como me pasó a mí cuando descubrí la noticia. Durante unos minutos, el silencio se cierne sobre nosotros. Cuando consigue hablar, masculle con frustración:—No he debido dejarla marchar esta mañana.

—No lo sabías.

Mike pasea nervioso por la habitación.

—¿Cómo puede estar tan enferma? Trabajaba tanto sin quejarse...

—Supongo que tenía tantas ganas de exprimir al máximo sus últimas semanas que lo daba todo.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Se suponía que hoy tenía que convencerla de ir a ver al doctor Nolan para ese tratamiento, pero se ha marchado. La amo y no he sido capaz de retenerla. Soy un desastre —musito.

—Al contrario. La amas tanto y fuiste tan bueno con ella que no quiere hacerte daño. Ahora lo entiendo todo, por qué parecía que su mundo se acababa cuando se despidió de mí y me pidió que cuidara de ti —se acerca a mí y apoya las manos en mis hombros—. Esa cabezota está convencida de que tiene que salir de nuestras vidas para que estemos mejor. Está preparada para sacrificarse y morir sola con tal de no hacernos daño, sobre todo a ti.

—No le corresponde a ella decidirlo, quiero estar con ella y ayudarla —declaro.

—Lo sé, no podemos consentirle que se aleje.

—¿Y cómo vamos a encontrarla? A estas horas puede estar en cualquier sitio —maldigo entre dientes.

Mike se alza y recupera su tono más sereno, el que utiliza en el club cuando hay algún problema.

—La encontraremos con dinero y astucia.

—¿Es un buen momento para decirte que no tengo ninguna de las dos cosas? —mascullo.

—Tranquilo, yo sí.

—Tu sueldo es similar al mío —le recuerdo.

Una mueca de culpabilidad asoma a su rostro.

—No exactamente. Te lo contaré por el camino, es una larga historia.

—¿A dónde vamos?

—A ver a la señora Dumphy, necesitamos aliados.

—Tengo que avisar a mi tío, querrá saberlo —se me ocurre de pronto.

—Perfecto, su ayuda nos irá bien.

Se le ve decidido, pero yo todavía soy un saco de nervios.

—¿Estás seguro de que la encontraremos?

—Sí, claro que sí.

—Pero, cuando lo hagamos, quizá no podamos lograr que cambie de opinión.

—Vincent, escúchame. Taylor es diferente. Lo mejoraba todo y a todos. Su mundo se caía a pedazos y en cambio era la roca más dura que

he visto. No existen muchas personas con su carisma. Y por eso no vamos a dejar que se rinda ahora.

Esbozo una sonrisa triste. Me pregunto si Taylor sabrá alguna vez el impacto que ha tenido en todas las personas que ha conocido este verano. Mike se está involucrando en su búsqueda y estoy convencido de que mi tío y la señora Dumphy también lo harán. Mis ojos se humedecen al pensar que está sola, librando una batalla que ha dado por perdida y en la que yo no puedo ayudarla. Tomo mi teléfono y también el suyo. No pienso separarme de ellos, quizá cambie de idea y me llame. Necesito saber de ella, que me dé y se dé la oportunidad de estar juntos. Con la voz entrecortada susurro:

—Debería haber estado lamentándose y llorando, pero estuvo aquí trabajando y haciendo un mejor verano para todos nosotros.

—Incluso ahora sigue siendo fuerte por nosotros. Aunque me duela, puedo entender lo que le pasa a Taylor. Está cansada de luchar por una enfermedad que la está matando, y frustrada porque cree que por su culpa nos ha hecho daño. Debería estar preocupándose por ella, pero lo hace por nosotros.

—Yo solo quiero encontrarla y llevarla al hospital, el doctor Nolan me dijo que no teníamos mucho tiempo.

Aprieto los labios con fuerza para serenarme, pero no lo consigo. Mike me mira y declara:

—La chica que se despidió de nosotros tenía el corazón roto. Es hora de que le recordemos que tiene un hogar al que volver y en el que quedarse. No vamos a fallar.

—No, no vamos a hacerlo.

—Entonces, en marcha.

TAYLOR



Camino desnuda hasta el baño y abro el grifo del agua caliente para llenar la bañera. Me meto en el agua y vierto sales de baño. No me molesto en recoger el cabello, necesito que el agua me limpie por completo, como si fuera capaz de borrar el dolor y las lágrimas vertidas estos últimos días. El día que llegué a este motel me pasé el viaje por carretera controlando mis lágrimas, ahora que estoy sola ya no tengo motivos para hacerlo. Necesito desahogarme o me volveré loca. Nunca he sentido absolutamente nada como lo que siento por Vincent y eso hace todo más difícil.

Nunca me gusta compadecerme a mí misma. No funciona para mejorar nada y te hace sentir peor. Aunque fingir tampoco sirve de mucho. Siento un profundo remordimiento por haber hecho daño a Vincent, decepción conmigo misma por no haber sabido hacer las cosas de otro modo y un miedo a morir sola que no quiero reconocer ni a mí misma.

Si solo hubiera sido una aventura para Vincent, al menos podría dejar de sentirme culpable. Pero él me ama de una forma tan intensa que no sé cómo sobreviviré a ella. Me he equivocado tanto, me recrimino con pesar. Me había prometido no hacer daño a nadie con mi muerte. Se trataba solo de pasar el verano. Trabajar para pagar mis facturas médicas, incluso divertirme con gente a la que trataría de ayudar. Y después me iría y no pasaría nada, no afectaría a nadie con mi marcha. Fui una ingenua y destruí a Vincent por causa de ello. Confió en mí y yo le traicioné. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, cierro los ojos y me sumerjo unos segundos en el agua. Cometí un error que no puedo

subsano. Y eso duele más que cualquiera de los síntomas de mi enfermedad.

Los días pasan y la tristeza se apodera de mí con más fuerza que el dolor. No sé cuánto me queda, pero algo se ha muerto ya en mi interior por la separación de Vincent. Fui una ilusa al convencerme de que no nos enamorábamos. Estamos hechos el uno para el otro, ¿cómo no me di cuenta de lo que pasaría? Quizá porque no sabía lo que significaba estar enamorada. Y ahora que lo sé toda yo dependo de él. Si solo pudiera verle una vez más, aunque fuera de lejos... Pero no puedo arriesgarme. Vincent quiere estar a mi lado, pero no le permitiré que sufra viendo mi deterioro, cada día más palpable. Mi cuerpo está cada vez más débil, quizá porque también lo está mi mente. Luché por estar con él aunque comenzaba a notar que mis síntomas empeoraban, pero ahora que estoy sola ya no lucho, no tengo fuerzas.

Salgo de la bañera, me seco el cabello y me pongo un vestido corto. Unos golpes en la puerta me inquietan, aquí no hay servicio de habitaciones. Abro con cuidado y la sorpresa es tal que me quedo sin habla. Vincent está ahí, de pie, con la mirada rota y los hombros hundidos. Le dejo pasar sin saber qué decir y me apoyo contra la pequeña mesa de la habitación. Vincent se coloca detrás de mí y me estrecha la cintura con ambos brazos. Quiero girarme, pero en su lugar permanezco inmóvil. Él me abraza con más fuerza hasta que consigue que le mire. Mi sentimiento de culpa es tan grande que me embarga por completo hasta casi marearme y me aferro a él. Nuestros cuerpos se quedan pegados, con nuestros corazones latiendo al unísono con fuerza. Permanecemos en la misma posición durante largo rato, hasta que siento las extremidades entumecidas.

—Te quiero, Taylor —susurra.

—Yo también te quiero, pero eso no cambia nada.

—Te equivocas, lo cambia todo.

Sus manos toman mi rostro y su boca se posa sobre la mía. Durante unos segundos, ruego para que esta sensación dure eternamente. El deseo se abre en mi interior, pero ya no puedo dejarme llevar por él. He ido demasiado lejos y le he hecho mucho daño. Me aparto, pero él acaricia mis brazos desnudos.

—¿Qué estás haciendo?

—Extrañaba acariciarte —responde con suavidad.

Cierro los ojos con fuerza. Mi cuerpo tiembla por su contacto, reconfortante y cálido, mi respiración se agita y mi corazón late como lo

hacía antes de dejarle. Nada que me pueda permitir.

—¿Cómo puedes perdonarme lo que te hice?

—¿El qué? ¿Amarme? ¿Hacerme el hombre más feliz del mundo? Si no te hubiera conocido, mi vida hubiese seguido vacía. No lo sabía, pero te esperaba a ti, te espero a ti —replica con los ojos iluminados por el amor.

Me aparto de él unos pasos. Si estuviera enfadado, si me odiara, todo sería mucho más fácil. Pero en lugar de eso me mira con el mismo amor que me enamoró. Las lágrimas asoman a mis ojos.

—Debes irte.

—No. No estás sola, me tienes a mí —declara.

—Lo sé, pero quiero estar sola. Es lo mejor para todos.

Digo la verdad. Aunque me dé miedo morir sola, lo prefiero a que puedan sufrir las personas que amo. Y no aceptaré ninguna discusión al respecto, por eso me marché. Fue una decisión que me desgarró el corazón, pero era lo que tenía que hacer, lo justo para Vincent. Y ahora debo reafirmarme en ella. Me olvidará, tiene que hacerlo. Respiro hondo. Con la voz rota me disculpo:

—Me gustaría volver atrás para no hacerte daño.

—Yo odiaría que lo hicieras. No me importa el dolor que siento ahora, nada es comparable a la felicidad de amarte. Taylor, nada ha cambiado en lo que siento por ti. Quiero que vuelvas conmigo.

—No puedo hacer eso.

—¿Quieres quedarte en este hotel a morir sola? ¿O prefieres volver e intentar tener un futuro conmigo?

—No hay un futuro para mí, y lo sabes.

—Eso no es lo que el doctor Nolan dice —hace una pausa—. Te amo y haré lo que sea necesario para tener más tiempo contigo. Lo que sea. Y no soy el único.

Arqueo una ceja.

—¿De qué estás hablando?

—Mike, mi tío y la señora Dumphy. Desde que te fuiste no hemos pensado en otra cosa que en encontrar la forma de ayudarte. Tenemos un plan y también novedades que contarte, pero para eso debes volver conmigo. Ellos son los que me han ayudado a encontrarte.

Sus palabras me conmueven. Lo quiero a mi lado, lo necesito a mi lado, pero lo justo es decirle que se vaya.

—No puedo.

Emite un suspiro de frustración.

—Claro que puedes. Quiero estar contigo. Abrazarte, que llores sobre mi hombro si lo necesitas, que grites, que me hables. Te ayudaré aunque no quieras que lo haga porque no puedo estar lejos de ti. ¿Puedes entender eso?

—No —contesto con sinceridad.

—Taylor —su voz es tan suave que me acaricia con ella—, vuelve conmigo. Dame un día para explicarte lo que hemos pensado.

—¿Y si quiero marcharme después de oírte?

—Entonces, volveré a insistir —contesta con sinceridad.

—¿Nunca te das por vencido?

Deniega con la cabeza y yo miro alrededor. Tiene razón en algo, no quiero morir en este agujero. Pero tampoco hacer daño a las personas que quiero.

—Está bien, volveré contigo. Pero solo para escuchar lo que tenéis que decirme.

—Me basta, de momento. Te ayudaré a hacer la maleta.

Entre los dos recogemos mis escasas pertenencias. Vincent se horroriza cuando me ve sacar los frascos de pastillas de uno de los cajones.

—¿Es muy fuerte el dolor? —se atreve a preguntar.

Yo abro un frasco, tomo dos pastillas y un vaso de agua y me las trago.

—Puedo controlarlo.

—Es obvio que te afecta mucho.

—Sabía que empeoraría, estoy preparada.

—Deberías haber consultado al doctor Nolan.

—Esto es lo más fuerte que puede darme —contesto en tono apagado. Leo el pánico en sus ojos.

—Por eso no deberías estar aquí. No es agradable verme así.

—¿Agradable? Me importa un bledo si es agradable o no. Quiero estar contigo, apoyarte. Y por eso nos vamos ahora mismo de este maldito sitio.

Bajo los ojos y él se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos. Puedo notar los latidos de su corazón, la angustia corriendo por sus venas. Apoyo mi cabeza sobre su pecho y susurro:

—Te arrepentirás de haberme venido a buscar.

—Jamás. Eso te lo juro.

Respiro hondo y ahogo mis lágrimas en la garganta. Me separo de él y voy a buscar mi bolso. Todo esto es un error, pero no tengo fuerzas para

insistir en que se vaya.

VINCENT



La reacción de Taylor cuando ve el coche con el que he conducido hasta aquí, un Ferrari, es la que esperaba. Lo recorre con la mirada, incrédula, y luego clava sus ojos en los míos.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo han prestado. Era más rápido para llegar antes a ti.

—¿Te han prestado un Ferrari?

A pesar de la situación, leo un brillo de admiración en sus ojos. Taylor comparte conmigo la pasión por los coches y motos bellas, y aunque nada es comparable a mi Harley, este coche es con diferencia el mejor que he conducido. Y supongo que a ella le sucede lo mismo, porque cuando se acomoda en el asiento del pasajero acaricia con suavidad la tapicería, como si temiera estropearla. Yo guardo su maleta en la parte trasera, subo al asiento del conductor y enciendo el motor, que ruge con su sonido característico.

—Es muy cómodo. Y precioso —comento.

Ella esboza una leve sonrisa, pero no dice nada. Echo de menos sus bromas, su conversación que fluía con facilidad desde que nos conocimos y que ahora apenas si son monosílabos. Tampoco revisa las emisoras de radio como tiene por costumbre, permanece ausente, con la vista en la ventanilla. Una arruga de preocupación surca su rostro. Quiero que vuelva la chica de la que me enamoré y, sobre todo, que confíe en mí para lo que le quiero pedir.

Dos horas más tarde, mi cuello y hombros están rígidos y doloridos de conducir. Bostezo y Taylor sugiere:

—¿Quieres que paremos a tomar algo? Pareces cansado.

—Sí, no he dormido bien estos días.

—Lo siento.

Suspiro y detengo el coche delante de una cafetería. Me giro hacia ella y le ruego:

—No te disculpes. Nada de esto es culpa tuya.

—Sí que lo es.

—Te lo dije y te lo repito. No querría estar en ningún otro sitio más que a tu lado, incluso en estas circunstancias.

Taylor no contesta y entramos en la cafetería. Si no fuera por la situación y porque estoy deseando que lleguemos a casa, me gustaría estar aquí con ella. Es un lugar informal, como a los que solía ir con Dallas. Tiene seis compartimentos para cuatro personas y delante de la barra se alinean taburetes de asientos negros algo gastados por el uso. La cocina está abierta, y observo a un par de camareras entradas en los cincuenta que preparan los pedidos mientras una tercera nos indica que nos sentemos en uno de los compartimentos vacíos. En el fondo hay una máquina de discos, algo retro pero que me gusta cuando comienza a sonar de ella una vieja canción que mi madre siempre ponía en la caravana. No hay mucha gente, apenas algunas parejas o grupos de amigos que hablan en los otros compartimentos o en la barra. El lugar está limpio, bien fregado, y la comida expuesta tiene muy buen aspecto. Algo en lo que no me fijaba hasta que comencé a trabajar en el club y Mike me enseñó todo lo que debía controlar. La camarera vuelve a acercarse a nosotros y yo pido una hamburguesa y un refresco, pero Taylor comenta:

—No tengo hambre.

—Deberías comer algo. Has adelgazado mucho en tan pocos días...

Su voz se rompe al confesar:—Son las náuseas. Vomito casi todo lo que como.

Maldigo no haberlo pensado.

—¿Y la medicación?

—Apenas sirve ya. Pero me irá bien una infusión o una sopa.

Asiento y le pido lo que quiere. Nos sirven rápido, aunque apenas puedo comer solo de pensar que ella vomita todo lo que come. Dejo la mitad de mi hamburguesa en la mesa y, dado que ella tampoco parece poder acabarse la sopa, pago y volvemos al coche.

Durante el resto del camino, Taylor se duerme. Se la ve muy agotada y eso me destroza. Por primera vez, comprendo lo que es amar a alguien por encima de todo. No es algo físico, sino que lo trasciende todo. La necesito y no puedo soportar verla sufrir.

Cuando llegamos a la casa de la piscina, Taylor me dice que no está preparada para ver a mi tío esta noche. Tampoco parece estar dispuesta a hablar mucho, es como si la Taylor de la permanente sonrisa que yo conozco hubiera desaparecido. Angustiado, observo que solo cena de nuevo un poco de sopa y se marcha a su habitación. Yo voy a la mía y me paseo por ella sin saber qué hacer. He escuchado el ruido del agua mientras se lavaba los dientes, y ahora supongo que estará a punto de acostarse. Debería dejarla descansar, pero temo que vuelva a alejarse. No puedo dejar de pensar en las noches que pasamos juntos, uno en brazos del otro, la piel desnuda, contándonos confidencias y haciendo el amor hasta el amanecer.

Respiro hondo y voy hasta la puerta de su habitación. Está cerrada, golpeo con suavidad con los nudillos y espero. Me abre la puerta. Lleva el sencillo pijama rojo de camiseta de tirantes y pantalones cortos que tanto me gusta. La he visto con él puesto muchas noches, pero ahora está diferente. Solo han pasado dos semanas y se la ve agotada. Más pálida y con círculos oscuros en las ojeras, lo que se suma a lo que ha adelgazado.

—¿Sucede algo?

La miro fijamente. Había echado tanto de menos su dulce voz que necesito alargar esta conversación. Tembloroso pregunto:

—¿Podemos hablar?

No contesta, y por la indecisión de sus ojos temo que me pida que me vaya, pero finalmente susurra:

—Pasa.

—Quería saber si estabas bien.

—Sí, aunque me duele la cabeza. Pero tengo pastillas para eso —me indica señalando un bote encima de la cama.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—No sé si voy a tomarlas.

—¿Por qué no?

—Por el mismo motivo que no quise tomarlas este verano. Porque me hacen sentir mal. Olvido las cosas, no soy yo misma. Si mañana queréis tener una conversación conmigo, debo estar lúcida.

La miro horrorizado.

—No quiero que sufras.

Se encoge de hombros.

—Estoy acostumbrada.

—El doctor Nolan dijo que debió ser muy duro para ti trabajar en este estado —confieso.

—También tenía muchas cosas buenas, como que era feliz —incide.

Nuestros ojos se cruzan. Me acerco y acaricio su mejilla con mi pulgar. Ella cierra los ojos disfrutando de la caricia. Yo hago lo mismo. Necesito borrar por unos segundos las imágenes mentales de su enfermedad deteriorándola.

—Vincent...Los dos abrimos los ojos.

—¿Sí?

—¿Podrías abrazarme? Eso siempre me hacía sentir mejor.

—No tienes que pedirme eso. No hay nada que desee más en este mundo.

La atraigo hacia mí y ella entierra la cara en su hombro. El miedo me martillea la cabeza. Susurro:

—Quiero que estemos juntos el resto de nuestras vidas. Y que luchemos para que eso signifique mucho tiempo.

Sus ojos se humedecen por las lágrimas.

—Es duro amarte tanto sabiendo que no tenemos tiempo.

—Podemos intentarlo al menos.

—No es justo para ti.

—Lo injusto es que te alejes de mí. Estos días sin ti han sido una locura. No podría soportar que te marcharas de nuevo.

—¿Y qué pasará cuando...?

—Eso no pasará, encontraremos la forma de curarte.

—¿De verdad lo crees?

Respiro hondo para tranquilizarme.

—No lo habría dicho si no lo creyera. —Hago una pausa—. Taylor, nadie podría amarte como te amo yo. Y mi amor me da fuerzas, déjame que te las dé también a ti. Estoy aquí, completamente comprometido contigo.

Leo la duda en sus ojos e insisto.

—Taylor, mírame. Lo necesito. Necesito que tus ojos sean lo primero que vea por la mañana y lo último antes de cerrar los ojos cada noche. No puedes marcharte otra vez.

—No lo haré sin decírtelo —promete, y eso ya es algo. Nos miramos varios segundos a los ojos y ella susurra—: Se me hace extraño...

—Dormir alejados —termino su frase—. No tenemos por qué hacerlo. Solo dormir.

Una sonrisa suave asoma a sus labios.

—En realidad yo pensaba en algo más.

—Quiero estar contigo, pero no sé, si estás enferma, si te empeora.

—Nada que implique estar contigo empeora nada. Nunca lo hizo y no lo hará ahora.

Capturo su boca en un beso suave, dulce. No quiero ser brusco, parece tan cansada... Tengo que preguntar:

—¿Seguro que estás bien?

Afirma con la cabeza y se sujeta a mis hombros, esperando otro beso que llega con rapidez. Nos quedamos sin aliento recordando la pasión del último día. La tomo entre mis brazos y la llevo hasta la cama. De lo más profundo de mi interior surge una necesidad profunda de estar dentro de ella. En un par de movimientos le quito el pijama, y ella hace lo mismo con mi pantalón de deporte y mi camiseta. Los besos siguen, a la vez que nuestros cuerpos se unen piel con piel, en un ritmo perfecto. Abandono su boca para descender en un camino húmedo de besos hasta capturar su pecho en mi boca. Taylor se arquea, gime, y yo sigo deslizándome por el cuerpo que tanto he añorado en un ritmo que comienza lento pero que Taylor me suplica con sus movimientos que acelere. Estar con ella es la sensación más ardiente del mundo, y cuando mi boca se acerca a la suya nuestras respiraciones agitadas se unen. En la expresión de Taylor leo las mismas emociones que toman mi interior: pasión, amor, entrega. Mañana tenemos que hablar, pero, esta noche, es para nosotros dos, sin enfermedad ni problemas. Con ternura me hundo en ella y dejo que me apriete, me domine, se fusione conmigo en un solo latido de cuerpo y corazón.

TAYLOR



Nos despertamos casi a la vez. Desearía quedarme acurrucada en la cama con él, la cabeza sobre la almohada que lleva su olor y mi cuerpo pegado al suyo. Pero las malditas náuseas me hacen correr al baño. Cuando salgo, Vincent está allí, esperándome con un vaso de agua. También me prepara el desayuno. Es reconfortante, pero también hace que mi corazón duela con más fuerza. Sé que tiene muchas esperanzas en lo que va a suceder hoy, pero yo solo puedo pensar que tendré que decirle una vez más que no hay nada que hacer, que mi vida se agota irremediabilmente. Cuando me diagnosticaron mi enfermedad, no tenía con quien hablar. O quizá es que reprimí mis instintos de compartirlo con mis amigos o mi novio de la universidad. Siempre he sido para todos la chica alegre que mejora las cosas, no quise convertirme en la enferma que derramaba sus miedos sobre los que la rodean. Quizá me hubieran apoyado, como ahora quieren hacerlo Vincent, Mike y los demás. Pero sigo pensando que es una carga que debo llevar sola. Intenté mantenerla escondida, pero los síntomas empeoraron antes de que encontrara la forma de marcharme sin dañar a nadie. Creía que era buena, fuerte e inteligente, pero supe actuar correctamente, y ahora me he dejado convencer por Vincent. Suspiro. Lo he hecho porque le amo, también a mis amigos, pero esto no es lo mejor para ellos. Vincent adivina lo que estoy pensando, porque se acerca mí y antes de que cambie de idea sugiere:

—Debemos irnos, nos están esperando.

Le sigo hasta el Ferrari y comento:—No puedo creer que te hayan prestado un coche tan espectacular.

—Sí, por unos días. Aunque nada es comparable a mi Harley...

—Te doy la razón. Podemos ir en ella si quieres.

—No creo que sea lo mejor para tus náuseas. Mejor el coche.

Su sensibilidad me hace estremecer y le abrazo con fuerza. Él me besa la coronilla e insiste:—Debemos irnos.

Algo me dice que tiene miedo de que cambie de idea y vuelva a escaparme. No es el único, todavía no sé cómo he podido ceder, así que subo al coche antes de darme la opción de cambiar de idea.

Hemos quedado en casa de la señora Dumphy, donde en el salón nos están esperando el tío de Vincent, Mike y la señora Dumphy. Me duele ver a todos esperándome con sus rostros compungidos. Puedo sentir en el aire la preocupación y el nerviosismo impregnándolo todo, y la sensación de opresión en mi pecho casi no me deja respirar.

Me acerco a ellos y me abrazan por turnos. Trato de no sollozar, pero cuando Mike me acuna no puedo evitar que las lágrimas caigan en torrente.

Después de varios minutos de abrazos y cuando nuestras lágrimas se serenán, la señora Dumphy sugiere que tomemos asiento. Vincent se coloca a mi lado y me toma de la mano. Ha llegado el momento de que me cuenten lo que han pensado, aunque durante unos segundos se hace un incómodo silencio. Vincent es el primero en hablar con nerviosismo:

—Tenemos un plan que queremos presentarte, pero es más justo que sea Mike el que te lo explique todo.

Yo le miro extrañada, pero indico a Mike que comience.

—Como ya he explicado al resto, no he sido sincero con vosotros este verano, y espero que comprendas como ellos mis motivos para el engaño.

Sacudo la cabeza. Se me hace extraña la idea de Mike mintiendo, y estoy segura de que ha tenido que ser por un buen motivo.

—Seguro que sí, explícamelo.

Mike sonrío agradecido por el voto de confianza.

—Es una historia larga, que comienza con el matrimonio de mis padres. Él nunca la amó, solo se interesaba por su privilegiada posición económica. Las mujeres eran su debilidad y siempre hubo alguna mujer más joven y bonita y con pocos recursos dispuesta a hacer todo lo que a él se le antojara por unas migajas del dinero que le quitaba a mi madre. Esa situación debería haber acabado con su matrimonio, pero ninguno de los dos expresó el mayor interés en hablar de ello. En el caso de mi madre, porque le amaba. En el caso de mi padre, porque hubiera supuesto perder su estatus. Yo odiaba cómo la trataba, pero discutir con él me dejaba exhausto y me generaba problemas con mi madre, que siempre le

defendía a pesar de todo, por lo que puse distancia entre nosotros. Procuraba no inmiscuirme en su vida y ellos no lo hacían en la mía, de ese modo me era fácil fingir que no tenía una familia tan disfuncional. Pero entonces mi madre tuvo un accidente de coche. Las secuelas fueron graves a nivel neuronal. Suena horrible decirlo, pero mi padre no parecía tener el mínimo interés en que mejorara, así que dejé mis estudios y me ocupé de que tuviera las mejores atenciones. No duró más de unos meses en los que sufrió lo indecible. Tenía fuertes dolores, lagunas mentales... Fue devastador para mí verla morir en esas circunstancias y, como pronto descubrí, no pude llorarla en paz. Al día siguiente del entierro mi padre presentó un testamento en el que era el único heredero, y dado que nuestra relación era tan mala, me echó de casa y canceló mi cuenta bancaria y mis tarjetas.

—¿Quéééé?

—Lo perdí todo, pero entonces apareció mi tío. Él quería a mi madre muchísimo. Le había sido leal incluso cuando mi padre los había separado. No pudo ser un buen hermano porque mi padre no le dejó, pero fue un buen tío para mí. No había tenido apenas relación con él, mi padre se había encargado de que mi madre perdiera todos los lazos con su familia para tenerla más controlada. Mi tío me acogió en su casa y me explicó que desde el principio supo que mi padre solo iba detrás del dinero de mi madre. Él se codeaba con gente rica a base de préstamos con los que fingía tener el mismo nivel económico, pero en realidad no tenía apenas nada. Sin embargo, no pudo convencer a mi madre de cómo era él en realidad y al final terminó peleado con ella. Pero siempre mantuvo un ojo en la distancia velando por nosotros. Gracias a él y a sus abogados descubrimos que el testamento se había firmado cuando mi madre no era responsable de sus actos a causa de las secuelas cerebrales del accidente, y lo impugnamos. Aun así, no pude recuperar todo. La forma de actuar de mi padre es como una apisonadora. Siempre supo lo que quería y todos sus actos fueron en consonancia con ello. Y por eso su plan b fue que durante años fue robando dinero a mi madre para asegurarse el futuro si la manipulación del testamento fallaba el día que ella faltara.

Me llevo la mano a la boca.

—¡Es horrible!

—Sí, lo es. Ahora disfruta de una jubilación de oro en algún lugar de playa con una chica treinta años más joven. Pero al menos recuperé la casa de mi madre y gran parte de su patrimonio. Lamentablemente, mi

querido tío murió hace ocho meses. Y por ello heredé el club y la mansión.

Mi boca se abre por completo.

—¿Tú eres el dueño del club?

Asiente.

—¿Y por qué trabajas como si fueras un empleado normal?

—Porque quería saber en quién podía confiar y en quién no, y eso solo podía saberlo estando entre vosotros, como uno más. Por otra parte, después de lo sucedido con mi padre, quería asegurarme de tener amigos por mí mismo, no por mi dinero.

Suspiro profundamente.

—Tiene sentido. Además, no soy quien para juzgar que mantuvieras el secreto después de lo que os oculté yo.

—Ambos teníais buenos motivos —intercede Vincent.

Yo sonrío y Mike añade:

—Hay algo más. Es sobre tu padre. Siempre supe que me sonaba tu rostro y, cuando te marchaste, recordé de dónde. Volví a casa y busqué los viejos álbumes de fotografías de soltero de mi padre que se había dejado allí. Tu madre y mi padre salían en varias fotografías juntos.

Arqueo una ceja.

—¿De qué estás hablando?

Mike respira hondo y confiesa:—Cuando miré la fotografía, recordé que Vincent siempre decía que teníamos los mismos ojos, además de que entre nosotros siempre ha habido una conexión especial. Por ello pedí una prueba de ADN con tu cepillo del cabello que te dejaste en tu taquilla del club.

Abro los ojos incrédula.

—¿Una prueba de ADN?

—Sí, y salió positiva. Eres mi media hermana.

Me quedo en estado de choque unos minutos. Nadie me presiona, pero Mike se sienta a mi lado y me toma de la mano. Finalmente, susurro:

—Te dije que me gustaría que fueras mi hermano... No puedo creer que sea verdad.

—Como he dicho, nuestra conexión fue fuerte desde el principio. Debió ocurrírseme antes, cuando me contaste cómo se quedó embarazada tu madre. Quizá eso hubiera evitado que te fueras.

Las lágrimas asoman a mis ojos, son demasiadas emociones.

—Que seas mi hermano no cambia mi enfermedad.

—No, pero hace que puedas aceptar que te dé el dinero para la terapia.

Comienzo a temblar. Acabo de descubrir que tengo un hermano justo cuando apenas me queda tiempo para disfrutarlo. Un hermano rico, del que no puedo aceptar su dinero. Con la voz rota respondo:

—No puedo aceptarlo. Tú mismo lo has dicho. El dinero era de tu madre, no me corresponde nada, es todo tuyo.

—Puede, pero no se me ocurre nada mejor en qué gastar parte de él si no es en salvar la vida de mi hermana.

—Ni siquiera soy una hija legítima.

Acaricia con suavidad mi mejilla.

—Taylor, no querías conocer a tu padre porque él no quiso conocerte a ti. Eras su sucio secreto. Pero yo sí quiero conocerte, decirle a todo el mundo que eres mi hermana y darte el dinero que necesites para curarte. Por favor, déjame que lo haga.

Mi estómago no deja de dar saltos.

—No puedo permitirte.

—Claro que puedes, además, no soy el único que va a ayudarte a pagar el tratamiento.

Me giro sorprendida.

—Señora Dumphy, no puedo aceptar su dinero.

—Por supuesto que sí. No tengo esposo ni hijos; y no tengo mayor interés en que mi fortuna la herede algún sobrino lejano al que nunca le he interesado más allá de mi dinero. En cambio, cuando te conocí, volví a decir sí a la vida. Dejé de pensar en los pocos años que me quedaban como una condena para valorarlos por todo lo útil que podía hacer con ellos. Tú me hiciste recordar que no quería estar sola y pasarme la vida quejándome, sino ser la mujer que una vez fui. Me escuchaste, fuiste mi amiga, y cuando te marchaste sin pedirme nada fue la prueba de que jamás te habías acercado a mí por interés personal.

—Pero...

—Es más obstinada que tú —tercia Mike—. Es hora de que dejes que te ayudemos los dos.

Dudo y la señora Dumphy añade:

—Hace mucho tiempo le dije al mundo que no quería nada con nadie. Y el mundo lo aceptó, hasta que tú viste en mí lo que nadie había visto en años y me diste la oportunidad de vivir una vida que valiera la pena. Y ahora es mi turno de hacer lo mismo contigo.

—Nuestro turno —se suman todos.

Con una sonrisa emocionada los observo. Parecen tan convencidos como yo estoy dubitativa. ¿De verdad puedo aceptar tanta generosidad? Y, lo que es más importante, ¿sin tener garantía de que funcione? La señora Dumphy advierte que no estoy convencida e insiste:

—Querida, me gusta tu carácter. Es fuerte, y eso siempre está bien. Pero fuiste tú quien me enseñó que no hay que dejarse llevar por la desesperanza, así que no lo hagas tú. Deja de ser testaruda y permite que te ayudemos.

Mis miedos salen a la luz.

—¿Y si lo intentamos y no funciona?

—Eres una joven llena de vida por delante y vamos a darte el mejor de los tratamientos posibles. Cueste lo que cueste. No fallará, lo sé.

Su vitalidad es contagiosa. Vincent me toma el rostro con sus manos y declara:

—Sé que nos protegías al alejarte, pero no queremos que lo hagas. Estamos aquí para darte apoyo y, aunque no tengo dinero, voy a darte todo mi amor para que tomes las fuerzas que necesites. Te lo dije y te lo repito: no estás sola. Encontraremos la forma de que te cures. El doctor Nolan está muy esperanzado y el dinero ya no es un problema. De lo único que estoy seguro es de que debemos intentarlo.

Sus palabras me conmueven, pero debo ser sincera.

—Aunque salvara mi vida, no podría hacer todo lo que hacen el resto de chicas de mi edad. Y cada día te preguntarías si podría empeorar de nuevo. ¿Es esa la vida que quieres?

—Cada vez que me subo a mi moto tú también puedes pensar que puedo tener un accidente. O enfermarme. Ninguno de nosotros tiene la llave del futuro, Taylor, así que centrémonos en curarte y olvidemos todo lo demás.

Sonrío y le abrazo. La calidez de su cuerpo siempre ha tenido el poder de tranquilizarme. Cuando siento que puedo volver a hablar me separo y miro a todos.

—De acuerdo —acepto—. Estoy siendo una egoísta, pero acepto.

Mike besa mi frente.

—Tú nunca serías egoísta, hermanita.

Sus palabras me conmueven y un nudo se forma en mi garganta.

—Nunca pensé que volvería a tener familia.

—Yo tampoco. Y por eso voy a esmerarme en que te pongas bien para que podamos recuperar los años perdidos.

Le abrazo con fuerza, son tantas las emociones y novedades que siento que estoy a punto de marearme. La debilidad de los últimos días se hace más acuciante y mis ojos se llenan de lágrimas. Mike me las enjuga y susurro:

—No sé cómo daros las gracias por lo que vais a hacer. Y a ti Vincent por venir a buscarme.

Él retira un mechón que ha caído sobre mi rostro y acaricia mi mejilla con una ternura extraordinaria.

—Era lo correcto. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Bien, ahora debemos ir al hospital —propone Aaron tomando las riendas. El doctor Nolan dijo que no podíamos perder ni un minuto.

Suspiro, mis piernas flaquean. Vincent entrelaza sus dedos con los míos y me veo en la obligación de recordarle:

—Será duro.

—Soy un chico duro. No voy a separarme de ti.

Su ternura mi invade y una sonrisa temblorosa asoma a mi rostro. El dolor se entremezcla con la felicidad por sentirme tan amada, tan protegida. Creía que estaba sola, pero no lo estoy. Me aprieto contra su pecho. Cuando entre en el hospital, todo será diferente. Estaré en una cama encadenada al suero, recibiendo tratamientos y pasando por pruebas hasta la operación. No habrá más noches de pasión ni de paseos bajo las estrellas. Pero Vincent tiene razón. Si he aceptado su propuesta, no puedo demorarla. Ellos tienen esperanza y me la han insuflado a mí. Me he estado sosteniendo sola en lo que creía que eran mis últimos meses de vida. Ahora lucharé con ellos por una última oportunidad, por ese milagro. Son mi familia, la que yo he escogido, la que no creí que podría tener después de haberme quedado sola. Mike me toma de la mano. Es mi hermano, tengo un hermano. Apenas puedo creerlo y menos asimilarlo, pero ahora no hay tiempo para seguir hablando de ello. Nolan tiene razón, se me acaba el tiempo, lo presiento. Y por primera vez siento que la llama de la lucha vuelve a arder en mi interior. Vincent me ama con locura y no puedo abandonarle. Y, respecto a Mike, si quiero recuperar los años perdidos con mi hermano, voy a tener que asegurarme de que me quedan muchos más. Suspiro, respiro hondo para tomar fuerzas y salgo con ellos de la casa en dirección al hospital.

§§§§§§*

Hoy es el día. Aunque Nolan ha hecho lo imposible por minimizar los costes, Mike y la señora Dumphy me han dado una cantidad ingente de dinero que jamás podré devolverles. No es lo único, a su lado he tenido todo apoyo y comprensión a diario. Igual que Vincent, que no se ha movido de mi lado. Y ahora que estoy a punto de entrar en quirófano, una parte de mí está al borde de la desesperación porque temo no despertar y poder agradecerles todo lo que han hecho por mí. Estos últimos días de pruebas y tratamientos interminables que culminan en una operación a vida o muerte me he obligado a vivir cada día como un regalo. Los fármacos para el dolor que cada día es más acuciante han hecho que durmiera parte del día, quizá ha sido mejor así, no había tiempo para pensar y, cuando estaba despierta, no quería desperdiciar ni un segundo quejándome, sino disfrutar de estar con Vincent y las personas que amo y me quieren a mi lado.

Vincent trata de parecer relajado, pero es palpable el miedo en sus ojos y la tensión que late debajo de sus músculos cuando me acompaña hasta el último pasillo en el que le dejan entrar. Observo su rostro, agotado de las guardias nocturnas.

—Tienes tantas ojeras... —lamento.

—¿Quieres decir que ya no soy irresistible?

—Al contrario, si no fuera por los cables te atacaría pasionalmente...

—Te lo recordaré cuando nos libremos de ellos.

—Bien...

Nos miramos a los ojos, no tenemos mucho tiempo.

—Te amo, Vincent, pase lo que pase. Gracias por estar conmigo.

—Te amo, y esto no es una despedida. Te estaré esperando.

Sus labios se posan con suavidad en los míos, pero una enfermera entra y le pide que se marche. Lo hace a regañadientes, y yo me estremezco. Ahora que estoy sola, esperando al anestésista, necesito aferrarme a los recuerdos de nuestros días de playa y risas para no desmoronarme. Estoy atemorizada. Creí que había aceptado mi muerte, pero eso fue antes de conocer a Vincent, de enamorarme de él y de saber que lo daría todo por un día más en la tierra a su lado. No se lo he dicho, pero temo que hoy será la última vez que le veré y podré decirle que le amo.

Mi corazón late con fuerza y Nolan entra en la habitación. Va acompañado del anestésista. Me calma con palabras que apenas son un susurro y, antes de que me dé cuenta, la inyección me está haciendo caer

en un sueño profundo del que no sé si me despertaré. Atemorizada, hago un esfuerzo por abrir los ojos, pero el peso de los párpados es tal que sé que en unos segundos volverán a cerrarse. Fijo mi rostro en el de Nolan, pero no es a él a quien veo, sino la imagen de Vincent que llevo clavada en mi retina. Y eso hace que una extraña sensación de estar a salvo me domine.

VINCENT



Nunca me han gustado los hospitales. Yo no he pasado nunca tiempo en uno de ellos como paciente, tampoco mis padres o mi hermana; pero estuve al lado de Dallas cuando su abuela enfermó y comparto con él mi fobia a este tipo de lugares. Me pone nervioso el rápido caminar de las enfermeras sobre sus zuecos blancos, como si hubiera alguna urgencia. Sobre todo si es delante de los quirófanos, donde Taylor se está debatiendo entre la vida y la muerte. Estos días he tratado de parecer fuerte, pero apenas si puedo sacarme de la cabeza su imagen en la cama, rodeada de aparatos, conectada al suero y con el aspecto tan pálido y frágil que parece que se vaya a romper en cualquier momento.

Siento una fuerte opresión en el pecho y trato de evitar que mis ojos se humedezcan. Clavo mi mirada en la puerta de la sala de espera, aunque sé que pasarán horas antes de que el doctor Nolan entre por ella para informarnos de cómo ha ido la operación. Y entonces le veo. Parpadeo desconcertado, como si no creyera lo que tengo delante de mis ojos. Es Dallas. Se acerca a mí y me abraza como hace años no hacíamos. Algunas personas de la sala de espera nos miran, supongo que ninguno de los dos tenemos el aspecto de ser chicos que se abracen al verse, pero con el alud de emociones y sentimientos no puedo evitar que las lágrimas asomen a mis ojos. Él me lleva hacia el sillón.

—¿Qué haces aquí?

—Mike me llamó y me envió el billete de avión. Gillian también quería venir, pero alguien tenía que quedarse con Lisa y Cody.

—Por supuesto. No sabes cómo te agradezco que hayas venido. ¿Por qué no me avisaste?

—No sabía si podría dejar el trabajo con tan poca antelación y luego decidí que era mejor darte una sorpresa. Si Gillian estuviera en esa sala de operaciones, me estaría ahogando de ansiedad. Y tú estarías a mi lado, así que yo quería hacer lo mismo por ti. Igual que hiciste cuando mi abuela estuvo ingresada. Esperar las noticias es lo peor.

—Sí, lo es, no quiero ni pensar que...

—Trago saliva, incapaz de concluir la frase.

—En tus mensajes me dijiste que estos últimos días ha empeorado — se atreve a decir.

—Sí, está muy débil. Aunque el doctor Nolan tiene esperanzas.

Dallas me palmea la espalda y susurra:

—Pareces muy cansado.

—Lo estoy, llevo días durmiendo aquí y apenas puedo conciliar el sueño.

—Te diría que fueras a descansar, pero ya sé lo que me contestarás.

Intercambiamos una mirada cómplice, llevamos años adivinando los pensamientos el uno del otro.

—Ella te gustará mucho, es genial.

—Por todo lo que me has contado de ella, tiene que serlo. Gillian dice que está convencida de que ambas serán muy buenas amigas.

Me imagino a los cuatro juntos riendo, y una punzada de dolor por miedo de que algo lo impida me hace estremecerme. Trato de tranquilizarme.

—Le he hablado mucho de ti.

—¿Bien o mal?

—Muy bien.

—En ese caso la decepcionaré —ironiza.

—Nunca. Dallas, siempre has sido mi mejor amigo. Lo de venir hoy lo demuestra.

Él me palmea la espalda y dice:—Tu cuñado es genial. Cuando me llamó y me envió el billete de avión me pareció muy generoso de su parte. El billete de avión hasta aquí en temporada alta es indeciblemente caro.

Dallas tiene razón, Mike es muy generoso. No ha dudado en dejarse una cantidad ingente de dinero en la operación de Taylor y ha sido un apoyo emocional básico para mí. Ahora que sabemos su secreto, se ha trasladado a vivir a la mansión y aunque ninguno de los dos apenas nos hemos alejado del hospital, me ha pedido que me quede con él en las habitaciones interiores de la mansión. Allí he traslado también las

pertenencias de Taylor, quizá porque es una forma más de convencerme de que todo irá bien y pronto ella también vivirá con nosotros.

—Lo cierto es que Mike es increíble. Te caerá muy bien cuando le conozcas en persona.

—Ya lo hace. Cuida de ti y de tu novia.

Sonríó y Mike entra en la sala acompañado de la señora Dumphy y mi tío. Dallas y yo nos levantamos y los presento.

—Muchas gracias por el billete y por mandarme un coche a recogerme al aeropuerto —le saluda Dallas.

—No me des las gracias, es lo mínimo. Vincent te necesita aquí, gracias por venir.

Dallas le estrecha la mano y los cinco nos sentamos en un rincón de la sala. Las horas pasan muy despacio, como a cámara lenta. Mi tío propone:

—¿Os apetece un café de la máquina? Nos irá bien tomar algo caliente.

Asiento, incapaz de decir nada. Dallas comenta:

—Buena idea, le ayudaré con eso. Por cierto, ¿cuándo sabremos algo? Suspiro.

—No lo sé. El doctor Nolan ha dicho que era difícil de prever.

Mi tío trae las bebidas calientes, pero mi infusión no me reconforta, nada puede hacerlo. Siento demasiada ansiedad y, conforme pasa el tiempo, temo que la operación se esté complicando. La señora Dumphy coloca su mano sobre la mía y susurra:

—Que tarden solo es señal de que están haciendo bien su trabajo.

Asiento, pero no estoy muy convencido. Sé que debo tener paciencia, pero se me está haciendo interminable. Me levanto y camino de un lado a otro con nerviosismo, hasta que Dallas me obliga a sentarme de nuevo. Me cubro la cara con ambas manos, los ojos se me cierran del cansancio, pero mi corazón late más fuerte que nunca. Dallas apoya su mano en mi hombro y permanecemos así largo rato, hasta que escuchamos el caminar del doctor Nolan, que atraviesa la puerta todavía con su uniforme de quirófano. Se acerca a nosotros y me doy cuenta de que no he estado tan asustado en toda mi vida. Él susurra con una sonrisa agotada:

—La operación ha ido bien, pero es pronto para que sepamos si los resultados serán definitivos.

La señora Dumphy se echa a llorar con suaves sollozos y mi tío la sujeta del brazo. Dallas coloca mi mano sobre mi hombro y pregunto:

—¿Cuándo podré verla?

—Ahora está en la Unidad de Cuidados Intensivos. Os dejaremos pasar, por turnos, cuando sea seguro. Deberíais ir a descansar, todavía faltan unas horas para ello.

—Me quedaré aquí —declaro.

—Bien, pero come algo. Tienes muy mal aspecto.

—Lo intentaré y, doctor Nolan, gracias por todo.

—A ti por traerla.

Le observo marcharse y vuelvo a sentarme. La fatiga y los nervios de las últimas horas están haciendo mella en mí. Dallas me convence para que vayamos a comer algo en la cafetería del hospital, aunque apenas si soy capaz de tragar nada. Volvemos con rapidez a la sala de espera, aunque todavía pasan varias horas antes de que por fin pueda pasar a ver a Taylor.

Cuando me lo permiten, ella todavía duerme bajo los efectos de la anestesia. Me han puesto un traje especial para no contaminar el ambiente, y rozo mi mano con la suya a través del guante. Mi corazón late con fuerza. Se la ve tan pálida, delgada, frágil...

Mike, que ha entrado conmigo, susurra:—El doctor Nolan ha dicho que está estabilizada y no ha habido complicaciones ni durante la operación ni durante estas primeras horas. Se pondrá bien.

—Ha sufrido tanto estos últimos días...

—Ahora no sufre, está durmiendo. Y me aseguraré personalmente de que reciba todo lo que necesite para minimizar cualquier dolor.

La observamos en silencio varios segundos hasta que una enfermera nos dice que es hora de irnos. Repetimos la operación en turnos con mi tío y la señora Dumphy durante varias horas, hasta que por fin Taylor despierta. Al escuchar mis pasos entreabre los ojos y musita:

—¿Vincent? ¿Mike?

—Sí —respondemos al unísono.

—¿Funcionó?

—Sí, preciosa, lo hizo —contesta Mike.

Yo acaricio su mano con suavidad, no puedo ni hablar de la emoción.

—¿Estoy en la Unidad de Cuidados Intensivos?

—Sí, pero el doctor Nolan dice que si sigues evolucionando tan bien te llevarán pronto a una habitación.

—Y así podremos llenarte de flores y bombones —comenta Mike tratando de insuflar alegría.

Ella esboza una sonrisa, está tan débil que le cuesta hablar. Yo propongo:

—Será mejor que descanses.

—¿Os quedaréis conmigo?

—Todo lo que nos deje la enfermera. El control de visitas es muy estricto.

Una idea asoma a su mente.

—¿Cuántas horas lleváis aquí?

—¿Quién las cuenta? —pregunta a su vez Mike.

Taylor mueve ligeramente los dedos de las manos y ambos apoyamos nuestras manos sobre la de ella. En un susurro nos pide:

—Debéis ir a descansar. Esto va a ser largo.

—¿A estas alturas no te has dado cuenta de que no puedes mandarnos porque somos tan cabezotas como tú?

Taylor ríe y un gesto de dolor asoma a su rostro, lo que provoca que la enfermera se acerque a nosotros con rapidez.

—El turno de visita se ha terminado.

Mike y yo intercambiamos una mueca de fastidio, pero Taylor intercede:

—Estoy bien, os veo en un rato.

Salimos de la habitación y noto que mi espalda está rígida. Mike comenta:

—Estoy deseando que nos vuelvan a dejar entrar.

—Y yo. Y ya que estamos, que la lleven a una habitación normal y no tener que separarme de ella.

—Yo también. Además, he movido algunos hilos y en cuanto sea posible la llevaremos a casa. Contrataré a una enferma a tiempo completo. Taylor lo pasó muy mal sola en este hospital cuando se sometió a la otra operación sin nadie a su lado, y no quiero que esté aquí más tiempo del estrictamente necesario.

Arqueo una ceja.

—¿Puedes hacer eso?

—En cuanto el doctor Nolan lo autorice, sí. Es cuestión de dinero.

—Comienzo a valorar mucho la importancia del dinero. Ojalá pudiera contribuir en algo.

—Ya lo haces, sin ti no hubiera aceptado pasar por esta operación. Tú eres su soporte emocional y también el mío. Después de lo que pasé con mi padre y mi tío, es duro ver a mi hermana así. Ha sido un milagro encontrarla cuando creía que ya no tenía familia y solo pienso en que se ponga bien y vuelva a ser la chica que nos cautivó cuando la conocimos.

Las lágrimas retenidas asoman a sus ojos y le atraigo a mí. Nos abrazamos y cuando le suelto me propone:

—Sé que te gusta mantener tu intimidad, pero ¿te quedarías conmigo y Taylor en la mansión hasta que se recupere?

—Sí, claro que sí. Ella necesita a su hermano y también esos cuidados que solo tú puedes darle.

—Los tres hacemos un buen equipo.

Intercambiamos una sonrisa cómplice, pero le recuerdo:

—El doctor Nolan dice que ahora viene la parte más complicada para Taylor. La recuperación será dura.

—Por eso estaremos a su lado, para asegurarnos de que la sigue a rajatabla.

—Eres tan cabezota como ella —bromeo.

—Por supuesto. E igual de guapo —ironiza a su vez.

Ambos reímos y Dallas, que llega por el pasillo, comenta:

—Deduzco que está despierta.

—Sí, y Mike se ha ofrecido a que en cuanto lo autoricen la llevemos a casa con una enfermera.

—Eso suena genial, odio los hospitales.

—Veo que tenemos una fobia común. Y ahora, Dallas, si quieres puedes ir un rato a descansar a casa con Vincent.

—No voy a irme —protesto.

—Ya has oído a Taylor. Además, comienzas a tener muy mal aspecto. Dúchate, duerme algo y luego iré yo y haré lo mismo.

Estoy tentado de protestar, pero Mike tiene razón. Estoy agotado y necesito ducharme y cambiarme de ropa. Me despido brevemente de la señora Dumphy y de mi tío y dejo que Dallas conduzca hasta la mansión. Cuando llegamos, comenta:—Este lugar es increíble.

—Lo es. Pero todavía lo es más que Mike esté tan dispuesto a compartirlo con Taylor y conmigo. Es muy generoso.

—Antes, cuando estabas en el baño, me ha dicho que venga a visitaros con Gillian, Cody y Lisa. Se ha ofrecido a pagar los billetes. Le he dicho que no podía aceptarlo, pero dice no aceptará un no por respuesta.

—No lo hará, créeme. Incluso antes de conocernos ya fue generoso permitiendo que Taylor y yo viviéramos en la casa de la piscina solo porque mi tío se lo pidió.

—¿Cómo se devuelve tanta generosidad?

—No lo sé, la verdad. Como no se me ocurre otra cosa, me limito a ser su amigo.

—En ese caso, está de suerte, eres el mejor amigo que se puede tener. Te he echado mucho de menos, Vincent.

—Y yo a ti. Aunque si seguimos abrazándonos y hablando así perderemos toda nuestra imagen de duros chicos moteros y tatuados.

Dallas ríe.

—En eso tienes razón. ¿Nos tomamos una cerveza antes de ir a descansar? Por los viejos tiempos.

—Por supuesto.

Me dirijo a la cocina y tomo dos cervezas del frigorífico. Le tiendo una a Dallas, que la abre y, en silencio, nos sentamos en el porche, de la misma forma que años atrás lo hicimos en la escalera de la caravana. Y solo puedo pensar en que Taylor esté aquí, conmigo, recuperada, sana y feliz.

TAYLOR



Hoy hace un año de mi operación y la señora Dumphy ha invitado a su casa para celebrarlo a los que me convencieron para que aceptara el tratamiento que me salvó la vida: Vincent, Mike y Aaron. Como todo lo que ella organiza y, a pesar de que sea algo íntimo, es impresionante. El comedor luce muy elegante, con las sillas recubiertas con fundas plateadas que hacen conjunto con los candelabros, sobre las que blancas velas aromáticas iluminan la estancia y embriagan con su olor a jazmín. En todas las mesitas hay pequeños jarros con orquídeas blancas, mis flores favoritas, en uno de esos detalles que tanto le agradezco. De fondo se escucha una suave música clásica, la favorita de la señora Dumphy, y que me está enseñando a apreciar. En la mesa la cristalería hace juego con la luz de las velas, y los platos son de una vajilla de Limoges. Para evitar que el servicio estuviera entrando y saliendo ha pedido a la cocinera una deliciosa cena fría, que nosotros mismos nos servimos. También hay un par de botellas de vinos selectos, que miro con una sonrisa. Aunque todavía sigo dieta por la medicación, ya puedo tomar de vez en cuando un pequeño sorbo de vino o de cerveza. Y hoy soy la primera que quiero brindar por mi mejoría.

Ha sido duro, muy duro, pero por fin el tratamiento está dando sus frutos. Ahora ya no me desplomo sobre la cama ni me quedo dormida en unos segundos, y mi cuerpo acusa menos el cansancio. Poco a poco voy recuperando mis fuerzas y la vitalidad que tenía antes de enfermarme. Me esfuerzo mucho, es doloroso pero se hace más fácil porque Vincent y Mike siempre están apoyándome. No sé qué hubiera hecho sin ellos. Durante los primeros días, la agonía era tan intensa que tenía que hacer

un esfuerzo sobrehumano para soportarla. Ellos me dieron la fuerza para resistirlo.

Todavía tomo mucha medicación, por suerte voy dejando atrás las que me quitan la lucidez que tanto anhelo. Atrás ha quedado el agotamiento profundo, y las ganas de moverme y los planes que antes eran el motor de mi vida vuelven a aparecer. Vincent y yo seguimos viviendo con Mike. Las comodidades y atenciones del servicio y de la enfermera que Mike contrató me han ayudado mucho en mi recuperación; y la piscina y el jacuzzi son el perfecto lugar en el que relajarme. Lo cierto es que adoro esa mansión. Acostumbrada como estoy a haber vivido en una caravana, me recuerda a un castillo, con sus numerosos dormitorios, cada uno con su propio cuarto de baño, el solárium, la biblioteca, el salón de baile, el estudio y el gran comedor. Además, me encanta su fachada, con balcones y terrazas decorados con plantas y en las que me gusta sentarme a leer cuando cae la tarde. Y hay algo más, mucho más importante que todo el lujo. Es la sensación de estar en familia, de sentirme protegida y amada. Vincent es el mejor novio que podría haber imaginado, y con Mike estoy recuperando los años perdidos. No he querido conocer a mi padre y dudo mucho que algún día cambie de idea. Ese hombre es una mala persona que desatendió sus obligaciones conmigo y su esposa y que fue capaz de robar dinero a su propio hijo. Mike es increíble y no se merecía nada de lo que le hizo, tampoco su madre. Además, no le necesito. Mi familia es ahora la que yo he elegido. Como Aaron, que se ha convertido en alguien muy cercano a mí. Me recuerda a mi abuelo. Es sereno, afectuoso, y siempre sabe lo que hay que hacer. Y la señora Dumphy, que cada día acude a la mansión para controlar mis progresos y protestar a mis enfermeras si hacen algo indebido. Yo la dejo hacer, me gusta sentirme cuidada por ella y a la vez la veo más viva que nunca. Ambas tenemos planes para, cuando yo esté recuperada, organizar juntas eventos benéficos en la zona. El dinero me salvó la vida, ahora todos queremos que más personas puedan beneficiarse de tratamientos como el mío. No olvidaré nunca que soy muy afortunada de haber sobrevivido, y voy a aprovechar la segunda oportunidad que he recibido para ayudar a otros enfermos sin recursos para que puedan acceder a los tratamientos que necesitan. Además, me encanta trabajar con la señora Dumphy. Es una maestra excelente. Se ha pasado toda su vida siendo la anfitriona perfecta y organizando fiestas maravillosas, y ahora trata de inculcarme todos sus conocimientos. No solo cosas materiales como la disposición de las flores, los cubiertos, o la

distribución de los comensales, sino también a mantener un toque de elegancia en todo lo que hacemos. Con nuestros eventos benéficos podemos recaudar mucho dinero, por ello estoy aprendiendo a tratar a los que acudirán a esas fiestas para que comprendan la importancia de nuestros proyectos y se involucren en darnos el mayor número de dinero posible mientras se divierten. Mike me ha dicho que, cuando me recupere, no quiere que vuelva al club de camarera, él también prefiere que me dedique en exclusiva a mi faceta benéfica.

Sonrío y salgo al balcón en busca de Vincent, que está apoyado sobre la barandilla. Aunque ninguno de los dos nos hemos criado aquí, ambos amamos el mar. Su belleza, su olor, la sensación única del agua sobre la piel. Se gira al escuchar mis pasos y me mira de esa forma tan característica. Sus ojos brillan enamorados y su expresión cuando me ve hace que mi corazón salte de alegría. Le echo los brazos al cuello y lo beso con ardor. Vincent me abraza.

—¿Te gusta la fiesta?

—Es perfecta.

Una amplia sonrisa toma su rostro y sus ojos bailan felices. Sonrío ante su entusiasmo. Durante este tiempo ha pasado gran parte de su tiempo cuidándome, pero también ha iniciado un nuevo proyecto con Mike. Muy pronto el club tendrá un negocio anexo en el que ofrecerán servicios mecánicos para los coches de lujo de la zona y, por supuesto, Harleys. Para Vincent es un sueño hecho realidad. Y para mí es otra de las cosas que debo agradecer a mi hermano. Mike comprende que a Vincent le cuesta aceptar su dinero, que le gustaría ser él quien pagara mis tratamientos, y está dándole las bases para que pueda crear un próspero negocio que le dé su propia fortuna. De momento, con lo que Vincent ha ahorrado ha conseguido ayudar a sus padres para que dejen la caravana y puedan vivir en un piso de una ciudad cercana donde su padre ha encontrado trabajo y su hermana un buen colegio. El dinero de Mike es tan mágico como él, ya que no solo me ha salvado la vida, sino que también ayuda a que los demás puedan comenzar una vida mejor.

Vincent me observa y me pregunta:

—¿En qué piensas?

—En cómo ha cambiado todo este año. Las cosas buenas...

Sus brazos me envuelven y apoya sus labios sobre mi cuello, con su cálido aliento sobre mi piel estremeciéndome.

—Me encanta tu perfume.

—Me lo he puesto por ti —susurro coqueta.

—Me encanta —responde besando mi cuello hasta ir girándose poco a poco para llegar a mis labios.

Él me acaricia con suavidad la mejilla:

—Me hace muy feliz verte mejor.

—Mi futuro sigue siendo complicado —le recuerdo con voz triste.

Él toma mi rostro con las manos y declara:—Lo sé, pero el mío sería devastador si tú no estuvieras a mi lado. Te amo, solo puedo amarte a ti, para siempre. Y por eso hay algo que quiero pedirte.

—Ya te dije que no iba a volver a marcharme, pase lo que pase —le garantizo.

—Eso lo sé, pero quiero algo más.

Le escudriño con la mirada y él toma algo de su bolsillo, se arrodilla ante mí, abre una cajita de terciopelo rojo que contiene un impresionante anillo de diamantes y me pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo?

Mis ojos se llenan de lágrimas. Debería tener miedo por comprometerme con mi enfermedad, pero no lo tengo porque es Vincent, y me enamoré de él la primera vez que le vi, y volví a enamorarme cada día con nuestra amistad y convivencia. Y me enamoré mil veces más cuando se quedó conmigo y aceptó lo que significaba mi enfermedad, me ayudó a superar los peores momentos y sigue a mi lado a pesar de todos los problemas. Hubo un tiempo en que no creí que habría un «para siempre». Pero ahora quiero creer en él si Vincent está conmigo. Mi corazón late desbocado. No necesito tiempo para pensarlo, y respondo con rotundidad:

—Sí, siempre sí. Todavía no comprendo cómo fui tan afortunada de conocerte. Pero lo hice, y me amas, y yo te amo a ti; así que claro que quiero casarme contigo.

Me toma de la mano y desliza el anillo, tan espectacular en su brillo que me ciega. Es imposible que pueda costearse algo así. Él adivina mis pensamientos y me explica:

—Es el anillo de prometida de la señora Dumphy. Es su regalo de bodas. Quería que lo tuvieras tú.

—No puedo aceptarlo...

—Claro que puedes.

Una voz se escucha a nuestras espaldas, y la señora Dumphy se acerca con lentitud, seguida de Aaron y de Mike.

—Recuerdo lo que era tener tu edad, estar locamente enamorada, llena de sueños y planes. Algunos se cumplieron, otros no, como el de

tener hijos. Tú eres lo más parecido para mí a eso, así que mi anillo y toda mi fortuna el día que me muera será para ti.

—Yo no...

—Sí puedes aceptarlo, y lo harás —me interrumpes—. Has hecho que sea feliz mis últimos años de vida, y eso no tiene precio. Por no hablar de que aún tenemos una importante labor que hacer juntas con nuestra fundación benéfica. No se me ocurre que mi dinero pudiera estar en mejores manos que las tuyas.

Las lágrimas empapan mis ojos mientras la abrazo con fuerza. Cuando nos separamos, Mike se acerca y yo pregunto:

—¿Me llevarás al altar?

—Por supuesto. Y si queréis buscar una casa para los dos solos os ayudaré con eso.

Intercambio una mirada cómplice con Vincent, y él afirma con la mirada, así que contesto:

—Es genial vivir los tres juntos, hacemos muy buen equipo. Casados o no, queremos seguir viviendo contigo.

Mike sonrío feliz, me abraza y luego hace lo mismo con Vincent. Aaron se acerca a nosotros, nos toma de la mano y asegura:

—Hubo un tiempo en que no lo creí, pero ahora sé que estáis hechos el uno para el otro, y eso me hace muy feliz.

—Y a nosotros que sigas a nuestro lado.

Intercambiamos nuevamente felicitaciones y abrazos; y a una parte de mí le gustaría quedarse aquí, en esta noche, congelada en el tiempo. Sin preocuparme por el mañana, por si el tumor volverá, por si los síntomas desaparecerán del todo alguna vez. Pero no puedo hacerlo. La vida es cambio continuo, y aunque ha habido malos momentos, también me ha dado a Vincent, que es mi alma gemela, a mi hermano y a dos personas a las que quiero como si fueran mis abuelos. Y una parte de mí, la que gana, está deseando seguir adelante y averiguar al lado de las personas que amo lo que nos depara el destino. Y, de momento, tengo una preciosa boda de cuento de hadas que preparar. Me giro hacia Vincent, y, entre aplausos, le doy el beso de aceptación definitivo, aunque nuestro compromiso se selló hace mucho tiempo cuando él, a pesar de las dificultades, se quedó a mi lado.

AGRADECIMIENTOS

A mi esposo Juan Carlos, no solo por leer el manuscrito original y participar en todo el proceso de edición, sino también por escucharme y apoyarme siempre en mi carrera de escritora.

A mi querida editora, Adelaida Herrera, gracias por creer en mí. Es un honor que mis novelas cuenten con tu gran talento.

A todo el equipo de Click Ediciones de Planeta por el excelente trabajo que realizan.

Con mucho cariño y gratitud, a todos los que siempre estáis apoyándome en mi carrera de escritora:

Los lectores de mis novelas y relatos.

Mis seguidores en las redes sociales.

A los blogueros, reseñadores y administradores que promocionan mi obra.



Judith Priay nació en España. Está casada y es licenciada en Documentación y diplomada en Biblioteconomía y Documentación.

Lectora empedernida, empezó a escribir desde muy joven, y a día de hoy ya tiene publicadas numerosas novelas, con las que ha alcanzado los primeros puestos de las listas de los libros más vendidos en diversos países.

Su actividad literaria se extiende a los relatos, que ha publicado tanto en papel como en formato digital y con los que ha ganado varios premios; y a colaboraciones de radio con un espacio literario.

Encontrarás más información de la autora y su obra en

Blog: <http://judith-priay.blogspot.com.es>

Facebook: <https://www.facebook.com/judith.priay/>

Twitter: <https://twitter.com/JPriay>

Instagram: <https://instagram.com/judithpriay>

Y te quedas a mi lado
Judith Priay

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, AS Inc / Shutterstock

© Judith Priay, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17820-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Tu eres mi vez
Judith Priay

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mariposas en tu estómago (primera entrega)
Natalie Convers

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

La magia de aquel día
Clara Albori

Oh my Gothess
Lucía Arca

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Confíe en ti. Serie Por amor 1
Maria Beatobe

Amistad inesperada. Serie Sweet Love - I
Moruena Estríngana

Mil gracias!!!!

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

